This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

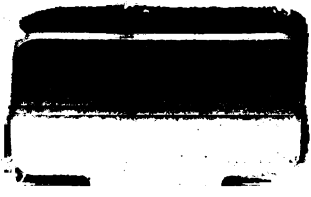
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Miembro correspondiente de las Academias Española y de la Historia

RESONANCIAS

DEL

CAMINO

MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

LIBRERÍA NACIONAL

1896

1.00

RESONANCIAS DEL CAMINO

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

Miembro correspondiente de las Academias Española y de la Historia

RESONANCIAS

DEL

CAMINO

PARIS

A. BAR[illegible]

LIBRAIRIE [illegible] ASSOCIATION [illegible] RIÈRE)

[illegible] Cadet, 11

1896

LOAN STACK

D914
Z67

DE REGRESO

CARTA A MI MUJER

El trabajo que te has tomado de guardar las cartas que te he escrito ó apuntes que te he enviado de aqui y de allá durante mis viajes, fué, dias pasados, una especie de revelación para mi.

Escribia yo con dificultad algo que se me habia pedido y que decia relación con una de mis excursiones; aquello iba saliendo malo y á tropezones, como cosa de encargo; pero era preciso darle cima, quieras que no.

Hube entonces necesidad de un dato que no recordaba, y te pedi la carta que te habia escrito, al correr de la pluma, como toda carta de familia, desde el punto y sobre las impresiones que daban asunto á mi trabajo.

La leí, y me persuadí de que aquella carta estaba mucho mejor hecha que lo que, á fuerza de dar y machacar, estaba yo exprimiendo de mi deshabitada cabeza.

Era evidente: la carta, como obra literaria, no era cosa mayor, ni mucho menos (obra mía al fin); pero la encontré ingenua y fresca; sentí que me reproducía con fidelidad las impresiones bajo cuyo influjo inmediato había sido escrita, y creí notar en ella cierta candorosa verdad que no siempre se encuentra cuando uno se lo propone, por más que se modele cuidadosamente la frase.

Puede ser que muchas de las cartas que guardas tú coleccionadas tengan siquiera algo de eso.

Préstamelas.

Las mandaré á la imprenta tales como están ó poco menos; les cortaré las puntas para que no trascienda demasiado en ellas la intimidad doméstica; las completaré y les daré alguna homogeneidad con mis apuntes de viaje, y acaso resulte así une especie de libro.

Tú querías guardarlas. Pues si las habías de conservar escritas en esa mala letra mía, que yo mismo no puedo descifrar muchas veces sin esfuerzo, guárdalas impresas.

Se leerán así mejor; si se perdiera un ejemplar, otro quedaría; y hasta si hubiera una tercera persona que deseara conocerlas, podría complacérsele con más facilidad.

Puedes darlas á leer á cualquiera; no contienen ningún secreto, ni dato alguno ni afirmación que puedan perjudicar á nadie.

Son manchas de color inofensivas, sensaciones fugaces, resonancias de las cosas en mi espíritu, sugestiones del aire, puntos de admiración traza-

dos en la luz, ó de interrogación en la sombra ó en las medias tintas.

De ahí que alguna vez resulten candorosas mis epístolas; acaso haya alguna que lo sea demasiado.

No importa: eso dará mayor carácter y transparencia mayor al conjunto. Este será un retrato del alma de su autor; y no un retrato de galería fotográfica, con tenazas de hierro en la nuca y naturalidad agarrotada, sino sorprendido, al aire libre, en toda su ingenuidad.

Y, á trueque de obtener esto, desoigo á otras consideraciones. Yo bien me sé que llorar sin saber ante quién se llora es desarmarse ante lo desconocido; que balar ante los lobos es afilar sus dientes: pero me halaga la idea de dejar en alguna parte la huella fiel de mi alma.

Es claro que si yo me hubiera propuesto hacer un libro de tendencias eruditas con motivo de mis viajes, hubiera podido consultar otros libros, guías, enciclopedias, y llenar mi obra de datos y consideraciones no inútiles. Eso no es hoy difícil ni raro, porque la librería moderna, con sus copiosas publicaciones, ha aligerado mucho los trabajos de esa índole.

Pero dejemos esos alardes para otro tiempo y lugar. ¡Que no se metan aquí á echarlo todo á perder!

Me son antipáticas las erudiciones á todo trance, por más útiles que sean. Tienen ellas la culpa, no pocas veces, de que no conozcamos muchas almas

buenas y bellas que se transparentarían en obras espontáneas, si no se dejaran arrastrar por el prurito de aparecer sabias.

¿Qué se yo de dónde y cómo vienen, ó de dónde y cómo salen una idea, una inspiración, una forma artística, producto de mi mente? Ni lo sé ni me importa saberlo, con tal que ellas salgan, y salgan mías, con sangre de mis venas, calientes con su circulación. Brotaron acaso de otras mil ideas absorbidas quién sabe dónde, y por lo tanto olvidadas, como la miel se forma de mil flores ya marchitas ó podridas: fueron hijas de sensaciones fundidas con lecturas; de dolores diluidos en crepúsculos; de sonidos inarticulados mezclados á otros articulados: palabras, ritmos del alma, ritmos de las cosas, *lacrimæ rerum*. Todos esos primeros elementos desaparecieron en el laboratorio del espíritu; se combinaron en equivalentes misteriosos, y dieron ser á una nueva substancia luminosa: la nueva idea, la forma nueva. Todo hombre es nuevo si no es hombre reflejo, simple refracción.

Dame, pues, sólo mis cartas y apuntes: lo que yo sentí, y pensé, y escribí, leyendo sólo en mí mismo, en mi impresión reciente, en mis recuerdos familiares, en mi corto caudal de conocimientos humanos y de experiencia en la vida.

Estoy convencido de que un libro de viajes, que no sean de exploración, no puede ser mucho más que eso, si no se quiere hacer una guía comercial.

Después de terminado el viaje, sería imposible escribir, para formar un todo armónico y homogéneo, la serie de impresiones recibidas en él : quedan estas en el espíritu confundidas las unas con las otras; y, si no recibió forma más ó menos definitiva cada una de ellas cuando estaba aún fresca y se ofrecía con nitidez, la forma que después reciba, vista al través del recuerdo, muy facilmente pecará de artificial y falsa.

El estado del ánimo, el del tiempo, la hora, el medio ambiente, el más mínimo detalle hacen nacer una ú otra sugestión en presencia de la misma ciudad, del mismo paisaje, de la misma obra artística, de la misma ruina.

¿Cómo hacer, pues, de una serie de impresiones de viaje, un conjunto sistemático y vaciado en un sólo molde?

Aquéllas son el movimiento fugaz é inesperado del alma, la chispa que salta en ella al contacto de los objetos exteriores; son un momento, y, para darles forma, es necessario detener ese momento. Si este pasa, pasa para no volver jamás; la misma sensación externa reproducida tendrá en nosotros una resonancia distinta, será otra emoción, engendrará otra imagen, nos dará otro adjetivo para sugerir la realidad, otro verbo que abrir sobre lo vago y misterioso, como se abre un ventanal sobre el desierto.

Eso me hace creer que, en materia literaria, *después* es muchas veces sinónimo de *nunca*.

Si no se escribe, bien ó mal, en el momento en que se debe escribir; cuando se siente que algo, más ó menos confuso, se mueve dentro de uno mismo; si no se escribe entonces, á título de que se escribirá después con mejor disposición y mayor reposo, adiós idea, adiós poema, adiós impresión.

Estos hijos de la sombra son ténues y frágiles al nacer; no son de luz; parecen sólo vibraciones de la sombra misma: dejar de vibrar es para ellos desvanecerse, volver á la nada.

¡Cuántos poemas han pasado así por mi mente! ¡Cuánto libro de historia viva, de arte, de tántas cosas!

La visión amiga me tocó en el hombro, me habló en secreto, se sentó á mi lado. Sonó la frase en mi oido; flotó en mi mente la estrofa; se alineó el plan con todos sus grandes detalles palpitantes de color y de armonía; se desarrolló ante mis ojos el paisaje lleno de carácter; vi al héroe; hirvió la multitud; pasó por sobre todo ello un espíritu, el de Dios, el de la Patria, el de la Naturaleza. ¿Qué se yo?

Pero yo lo miré y lo oí todo como un espectador extático de mí mismo, absorbido por la belleza inconsistente y frágil modelada en el éter, sintiendo el escalofrío que produce la obra genial entrevista, esa especie de zarpazo ó esfuerzo de león que quiere romper la jaula que lo encierra, y la sacude y la hace estremecer en vano.

Todo se desvaneció sin dejar huella. He sido poeta, gran poeta de un momento muchas veces; pero poeta sin cantos. Así lo somos todos.

Sonaron unas voces interiores, y se callaron. Y sonaron otras, y volvieron á callarse.

¡Y no volvieron á hacerse oir! ¡Y me consumieron, sin embargo, mucha parte de las energías del alma, y aún de las del cuerpo!

Así pasa la vida; así vamos por el mundo, dejando atrás poemas que nunca han existido, notas que no han sonado, luces apagadas que jamás se han encendido: fuegos fátuos, émanación de las sensaciones muertas, que nacieron y se extinguieron en el fondo obscuro de la memoria!

Detengamos, pues, las sensaciones vivas: tomemos manchas de color rápidas, pero vigorosas y frescas, del natural (el natural está no sólo fuera, sino también y muy especialmente dentro del alma), aunque no concluyamos el cuadro.

Fijemos las sugestiones del espíritu cuando este habla, aunque su lenguaje no sea del todo castizo.

Del lobo un pelo.

Si: *después* es *nunca* para dar forma literaria á las voces del alma ó á la de las cosas.

El genio mismo, la facultad creadora, acaso no esté tanto en la inteligencia ó la sensibilidad, como en la voluntad; genio es fuerza, y fuerza moral es voluntad.

Por eso miro con buenos ojos estas mis cartas, ahora que las veo reunidas. Para escribir es necesario prevenirse contra las sensibilidades artificiales provocadas sólo para escribir, y que son muy ocasionadas al énfasis ó al amaneramiento. Son esas situaciones de espíritu las que engendran las erudiciones que no son pensamientos, de que antes te hablaba, las imágenes que no son hijas legítimas de la madre imaginación : los afectos que, como los niños abandonados en ajena puerta, vienen á abrigarse en nuestro corazón sin ser sus hijos.

Es preciso mucho genio, es decir, mucha energía en la sensación y en el afecto, y, sobretodo, en la aplicación de la voluntad á ellos, para producir la forma artística espontánea; pero si algo puede remedar á aquél en ese sentido, sólo puede ser la rapidez en dar forma á un movimiento del alma antes de que la confusión la invada. Por la mayor ó menor premura con que esa confusión se apodera del espíritu humano podría acaso juzgarse del grado de inspiración del hombre. El genio es la ausencia de esa confusión : él se vé siempre á sí mismo con precisión, se oye con claridad. Por eso la soberana belleza es la suprema sencillez : la frase bíblica, Homero, Fidias, la línea arquitectónica ó el desnudo griegos.

Los que no podemos vernos bien el alma, podemos hacer lo posible por sorprendérnosla; y ninguna ocasión más propicia que la de un viaje, en que el ruido de las preocupaciones habituales, que

entorpecen la sensibilidad ó falsean el criterio, es apagado por la energía de las nuevas sensaciones.

Se incurre, evidentemente, en un error cuando hoy, al hablar de objetivismo ó realismo artísticos, se supone que el gran artista objetivo ve bien el objeto exterior y lo reproduce. No, no es eso precisamente : es que el gran artista ha visto bien el reflejo del objeto en su alma, *se ha visto bien á sí mismo*, y nos ha presentado, con fidelidad y en noble forma, la conjunción de la naturaleza con su espíritu. Esto es arte.

Abrigo la esperanza de haberme encontrado á mí mismo en alguna de estas cartas. ¿Quién sabe?

Te las he ido escribiendo durante mis viajes; procurando, aunque cansado y apremiado por el tiempo, dar forma á una ó dos sensaciones protagonistas que sobresalían entre muchas otras recientes y bulliciosas.

Recuerdo que las escribía muy á menudo, no para narrarte lo que había visto, ni siquiera para dar forma á lo que había pensado, sino para fijar una resonancia de todo eso que quedaba vibrando en mi espíritu, después que la impresión había pasado : recuerdos que habían abierto los ojos y habían sonreído al sentir pasar al lado suyo las nuevas sensaciones ; especie de lirios casi marchitos, hijos pálidos de las ruinas, que revivían al

contacto del ambiente nuevo y fresco que pasaba por mi alma con un rayo de sol.

Entonces lo dejaba todo y escribia un rato. Me parecia que la sensibilidad agradecida se abria asi más á las nuevas impresiones, las bebia con mayor avidez, las asimilaba con energia mayor.

Por eso intitularemos este libro, *Resonancias del Camino.*

Alguien acaso dirá que estas cartas pudieran estar mejor escritas, más completas y acabadas. ¡Si lo sabré yo!

Pero, bueno ó malo, eso es lo que he escrito. Si hubiera sido capaz de más en las circunstancias enunciadas, más hubiera hecho.

« Serás lo que has de ser, ó si nó, no serás nada. »

Te he escrito estas páginas, casi todas, en su parte principal, en mi libro de bolsillo, andando el ferrocarril ó el vapor, sentado en una piedra, apoyado en una ruina, á la luz del sol, ó á la indecisa del crepúsculo. Tomaba paisajes del natural directamente, ó fijaba mi impresión cuando aún quedaba en mi espíritu, como quedan las vibraciones de un acorde ó de una aclamación en el aire.

Otras veces las escribia en la habitación del hotel que ocupaba unos dias, casi sin conocerla: sobre la mesa cubierta por su tapete generalmente raido; mirando sin ver el reloj de bronce amarillo,

con su caballero de casco y adarga, metido en su fanal sobre la chimenea de mármol blanco; las colgaduras de tonos desvanecidos que adornaban ó sofocaban las puertas; las maletas abiertas ó á medio cerrar, como vientres destripados, diseminadas por el suelo.

Todo esto tiene cierto carácter triste, silencioso; incita á pensar. Parece que las cosas que á uno lo rodean están muy lejos: la cortina inmóvil y de color indefinible y desmayado; los visillos blancos de los cristales de la próxima ventana; las casas desconocidas que, al través de esta, se ven en la acera de enfrente. Son indudablemente muy tristes esos cuartos de hotel: muebles, alfombras, tapices, todo está lacio, cansado; todo mira con fastidio á la humanidad que pasa, y que, á su vez, lo mira también con repulsión. Son los cuartos de todo el mundo, y los cuartos de nadie, por consiguiente; huelen siempre á hule ó desinfectante, á esfuerzo para borrar el rastro de los que los ocuparon. El mozo que nos sirve tiene siempre aspecto de enemigo; nos atisba, nos avalúa, ocupa posiciones para caer sobre nosotros.

Uno cierra las puertas que comunican con la habitación inmediata, para aislarse más del individuo que está al lado, y cuyos ronquidos ó estornudos oimos á media noche, con la misma desconfianza con que él oirá los nuestros. ¿Quién será? ¿Qué lengua hablará ese hombre que tose ó que rezonga solo?

Los muebles de nuestra casa, los retratos de fa-

milia, los objetos que conservan la huella de personas queridas, de recuerdos amigos: todo eso es tan tibio, tan grato! Abriga en invierno, refresca en verano, es asilo en todo tiempo para el alma.

Los cuartos de hotel son siempre frios, por más que los abriguen: nunca calientan el corazón. Son hermanos ó parientes de los cuartos ó salas de hospital; son hospitales de sanos, con la diferencia, á favor del hospital, que, en aquéllos, los cuadros que adornan las paredes nos son á menudo indiferentes ó repulsivos, mientras que el hospital ofrece al dolor el retrato de Aquel que no puede tener enemigos, del muerto divino que redime y consuela, porque hace esperar la resurrección.

Solía sentarme á escribir en esos cuartos al caer el dia de la llegada á una ciudad; á la hora en que arrecian las fiebres en los enfermos, salen del bosque los pájaros tristes, y del alma las melancolias de alas grandes, como sombras.

Es esa la hora en que suelen hablar los seres escondidos no se sabe dónde; en que salen palabras ocultas y ritmos expresivos del fondo de las cosas.

Uno se detiene entonces á fijar impresiones, á entrar un poco en si mismo. Suenan las campanas en las nuevas vecinas torres, como voces de mujeres desconocidas que pasan quejándose por el aire; se encienden los faroles alineados en las calles, ó las luces interiores del hotel ó de las casas inme-

díatas para reemplazar la luz del dia que se va. Entonces, uno se siente realmente solo, lejos de todo: parece que no se pisa la tierra : se flota quién sabe dónde :ayer estaba uno en otra parte, mañana estará en otra distinta. Está uno lejos, un *lejos* absoluto, porque no hay punto fijo de referencia. Todo se mueve, ó todo está inmóvil.

Es necesario hacer entonces una especie de viaje para encontrarse á sí propio, para sacudir y consultar su *yo*, casi olvidado. El viaje se verifica, y salen al encuentro de uno, de allá del fondo del alma, los recuerdos ámigos, ya alegres, como la sonrisa del hijo más pequeño que nos tiende los brazos, ó como el ambiente del lejano hogar sereno; ya tristes y melancólicos, como la mirada que se echa hacia un porvenir incierto; ya consoladores, como el descanso en la voluntad y la providencia de Dios.

El recuerdo que entonces surge como protagonista; el movimiento que se produce en el alma á su aparición, es lo que da carácter á lo que entonces se escribe. Se raciocina, ó se divaga, ó se describe, como se canta, ó se silba, ó se duerme. Y se dice generalmente la verdad.

Cada una de estas cartas es, pues, un estado de mi ánimo; debe haber en ellas algo más de lo que está escrito, acaso ésto será lo menos expresivo: la índole del pensamiento es más que el pensamiento mismo.

Eso será este libro : las fases de mi espíritu á través del espacio : no yo en el mundo, sino el mundo en mí.

Y es indudablemente grande la influencia que sobre el hombre ejerce esa soledad en medio de la multitud, ese conocimiento de los hombres, y de las cosas, y de los vestigios del pasado, mezclado al vértigo del presente, que ofrece un viaje hecho con el propósito de aprender algo.

Acabo de leer las *Sensaciones de Italia*, de Paul Bourget, y no he podido menos de sorprenderme de las consideraciones que la soledad del viaje inspira al autor de *Le Disciple*.

Él mismo lo reconoce: no pensaría así en Paris: es el viaje, al restituirlo á si propio, el que le inspira nuevas y serias ideas: la frágil duración de nuestro destino, dice, la mezquindad insignificante de las pasiones individuales que nos hacen padecer, la pobreza de los accidentes que nos hieren, lo póco que representa, en la serie de las edades, el tumulto contemporáneo; todo lo sentimos plena y cordialmente en un viaje; y plena y cordialmente sentimos también ese anhelo de las cosas eternas, la más antigua, la más segura garantia de nuestro destino de ultratumba. Non sin razón, añade Bourget, los Padres de la Iglesia, que siempre se mantienen como los príncipes de los psicólogos y moralistas, á pesar del fárrago microscópico de nuestra ciencia actual, han comparado la vida humana á un viaje, y el hombre, que debe morir, á un viajero que se encamina á su morada.

Cuando leia esas páginas, y, hojeando las cartas que te habia escrito, hallaba impresiones análo-

gas en algunas de ellas; cuando pensaba en que, en dos almas de tan distintas convicciones como la del novelista francés y la mia, habían brotado espontáneas aquellas impresiones, al solo influjo de la soledad en medio á la muchedumbre, se me ocurría que acaso puede haber también, en las cartas que hoy publico, algunas verdades, dichas á veces entre veras y burlas, no del todo inútiles para quien las lea; alguna semilla oculta de sanas inspiraciones, por más que mi propósito actual no haya sido el de colocarlas ahi.

Vayan, pues, las cartas á la imprenta.

Es excusado decirte que te las dedico : mal podria darte lo que ya es tuyo y que por ti y para ti escribi; pero puesto que, una vez impresas, puedes darlas á leer á terceras personas, te pido las envies, en tu nombre y en el mio, á los amigos de nuestra ausente patria uruguaya que, conservándonos cariño, se interesen algo por nuestras cosas.

Enviémosles en esta forma nuestro saludo desde esta buena tierra española, cuyo recuerdo, al despertar en nuestra alma, no se alzará nunca sin ir en ella acompañado del movimiento afectivo, vago y hondo á la par, que los portugueses tienen la facultad de precisar con su palabra *saudades :* tristezas de separación, anhelos de felicidad, persistencia de afectos mútuos que se alejan sin morir.

J. Z. DE S. M.

Madrid, agosto 1893.

BARCELONA

¿Podrás tú darte cuenta del esfuerzo que significa el ponerse á escribir una carta después de veinte horas de viaje en tren expreso?

Tengo la cabeza llena de resoplidos de máquina de vapor que llega jadeante y tosiendo con sus pulmones de hierro á una estación en que descansa un momento goteando, sudorosa, para emprender de nuevo la carrera, al parecer desatentada; llena de gritos y de ruidos estridentes ó monótonos, y de recuerdos vagos, y sensaciones apenas esbozadas, y tipos medio borrados, sobre los cuales han sido trazados otros distintos.

Ni siquiera ha desaparecido de mi olfato ese olor á vapor y á humo de carbón, y á aceites quemados, y á alquitrán, de que están impregnadas las estaciones y los almacenes de equipajes, y el viaje entero. Hasta los viajeros, nosotros mismos, olemos á carbón de piedra. Es olor á cansancio, á mareo, á piernas entumecidas.

Y sin embargo, recojo mis recuerdos, los ato en un haz más ó menos aliñado y te los envio.

Ya conoces el plan de mi excursión: entraré en Francia por los Pirineos; recorreré la cornisa del Mediterráneo hasta Nápoles, pasando por Marsella, Génova, Pisa y Roma; de Nápoles, donde tendré que resistir la tentación del Oriente, Grecia, Palestina, volveré sobre mis pasos; atravesaré Italia, por Florencia, hacia el Adriático; Venecia me espera allí. Después de visitar á Milán y Turin, atravesaré la Suiza, pasando por el San Gotardo y Basilea hacia Paris, para buscar de nuevo la frontera española por Irún.

Cumpliré mi promesa: te escribiré largo y tendido.

Dificilmente se encuentra nada más frio, como tú sabes, que los alrededores de Madrid. Gracias á que la llegada á *Alcalá de Henares*, la tierra de Cervántes, viene á dar interés á esa misma frialdad, porque en ese paisaje árido y monótono ve uno moverse las figuras de Don Quijote y Sancho y su acompañamiento de arrieros, y venteros, y maritornes; y con ellos todo se anima y toma carácter. Yo voy ansioso de encontrar caracteres, y dispuesto á encontrarlos en todo.

El paisaje sigue, sin embargo, triste: es un plano limitado por barrancos blanquecinos, sobre los

cuales se proyectan de trecho en trecho, y caminan lentamente, las sombras de las nubes más compactas y próximas, formando manchas azuladas.

Entramos en Aragón : el plano y los cerros comienzan á vestirse de verde ; las manchas son ya de flores de sus arbolados espesos.

El tipo del campesino aragonés, ya peaton ó ya caballero á la gineta en su borrico, y con el pañuelo atado á la cabeza, se ve por todas partes.

Sigüenza, con sus dos torres cuadradas y almenadas, que me parecen de estilo mudéjar, queda atrás sentada en su colina rodeada de vegetación.

También esa ciudad mueve muchos recuerdos de estudio y ciencia y gloria en mi cabeza : el cardenal Cisneros aparece y desaparece en mi mente como la evocación de un gigante ; pero pasa sin detenerse, porque me llama la atención la hermosa tarde que empieza á caer corriendo á más y mejor.

El tren va hacia el Norte. A nuestra izquierda la última claridad ; á nuestra derecha las primeras tinieblas. Sobre el fondo pálido de la izquierda, se proyectan, ya obscuros y sin detalles, los cerros, los más lejanos y los más próximos, cuyo conjunto forma como la masa negra de algo que han amontonado sobre el horizonte : la linea de este aparece de vez en cuando interrumpida por un caserio de las cumbres ó por algún arco que se ve nitido y recortado sobre la luz crepuscular. A nuestra derecha, las laderas y cerros, aunque no pierden del todo sus detalles, se esfuman y en-

ñaba á distinguir la Osa Mayor, las siete estrellas del Carro, la constelación de su patria que nos salia al encuentro; pero yo miraba al Sur; yo queria recoger la última mirada de la constelación de mi tierra y de mi cielo, que huia de nosotros. ¡ Oh ! Ya cuidaré de sorprender la primera que me envie, á nuestro regreso, desde su atmósfera del Sur! Ya cuidaré de distinguir, entre todas las luces del espacio obscuro, la lumbre de la patria, el fulgor de la infancia que asomará un dia, Dios mediante, en el horizonte de las inmensidades atlánticas. Aún en el seno de un nubarrón, yo reconoceré y complementaré, con sólo ver una de sus estrellas, la hermosa cruz del Mediodia y su vecino y amigo el Centauro, y las *Manchas del Sur*, las nebulosas blancas que limitan el horizonte estrellado que primero vieron nuestros ojos.

El Norte ha sido siempre ausencia para mi desde niño. Por el Mediodia ha salido siempre el sol tras las noches de mi alma.

Sigamos viaje. La noche es obscura; las ráfagas de humo iluminado y de chispas fugitivas que salen de la chimenea del tren corren á lo largo de éste por el aire; los blancos palos del telégrafo se persiguen callados en la soledad como esqueletos locos.

Las luces del tren iluminan un pedazo de tierra que se desliza al lado de este; más allá, en lo hondo de la obscuridad, las colinas ondulan en el campo

como las ondas en el mar : arriba brillan las estrellas. El cuerpo se duerme parcialmente; la sensibilidad se embota; pero el oido no deja un momento de percibir el interminable traqueo de las ruedas debajo de nosotros, y algún silbido de la locomotora de vez en cuando, en el silencio de la noche. Las horas van pasando, monótonas como el zangoloteo del tren, y uno las siente pasar sin contarlas.

El dia nos alumbra á *Lérida*, sentada á orillas del Segre que corre sucio y escaso al pie del alto castillo que domina la villa : estamos, pues, en Cataluña. La barretina roja ó azul, hermana del gorro frigio, cubre las cabezas de los hombres.

Primer cambio de lengua : oigo hablar catalán en las estaciones.

¡Manresa ! gritan al detenerse el tren.

Hermoso recuerdo de San Ignacio. Allí está la gruta en que el santo recibió el espíritu de Dios y legó á la humanidad sus Ejercicios espirituales.

El recuerdo de los hijos del santo de Manresa, mis maestros, toca mi mente : los saludo desde el fondo de mi alma, con ternura y gratitud, y paso.

Tras un recodo del camino, aparece á nuestro lado, bastante cercana, clara, precisa, una sierra elevada que se me antoja una larga serie de pilones de azucar plomizo ; están soldados los unos á los otros, y se proyectan sombras azules y recor-

tadas. Algunos descuellan aislados y escuetos; otros se alzan en grupos de tres ó cuatro, como los tubos de un órgano colosal, y todos ellos descansan sobre una base escalonada y maciza, con trazos horizontales de una vegetación verdinegra que brota de las grietas de la roca cenicienta: es el *Monserrat*, protagonista legendario de aquel paisaje y de aquel pueblo, órgano brotado de la tierra para elevar al cielo sus tubos de piedra, y pronunciar el más puro de los nombres: Maria, eterna juventud del cielo y de la esperanza, luz que los astros reflejan cuando brillan mejor.

Estamos, pues, cerca de Barcelona, la ciudad condal. ¡Feliz ciudad que tiene á Monserrat como primera impresión del viajero!

Y ahi está, efectivamente, Barcelona: trás la tuberia de piedra que pronuncia el dulce nombre de la Virgen de Nazaret, aparece la tuberia de hierro y mamposteria de las fábricas que humean; es el órgano que canta el salmo del trabajo, de la industria, del progreso material.

¡Oh! ¡Si ambos himnos se fundieran en uno sólo! ¡Si ambos lograran reproducir el salmo que se oyó un dia, entre el cielo y la tierra, en la madrugada de Belén!

Desgraciadamente no es asi. Hoy he pensado mucho en eso, al recorrer esta gran ciudad fabril; el progreso material no es hoy siempre, como antaño, el progreso moral; son muchos los obreros

que ya no créen, que no rezan ya; muchos los que ya no van á Monserrat. Van sólo á la fábrica, y se sumergen en ella todo el dia; en los ratos libres van al café. ¡Cómo me ha sorprendido la cantidad de obreros vestidos de blusas azules que llenan los grandes cafés de Barcelona!

Es verdad que también son muchos los ricos que no van al santuario.

Y sin embargo, es sólo en él donde el rico y el obrero pueden encontrarse; sólo allí son iguales, pues sólo allí se arrodillan, el uno junto al otro, inclinados ante Dios que ve los corazones y juzga mayor y declara más ensalzado al más humilde de los dos, no al más rico, ni al que goza más en la tierra.

Sólo allí puede adquirir resignación y noble paciencia el pobre; noción clara de justicia, caridad y respeto soberano á la pobreza el rico: la única solución del pavoroso problema contemporáneo. Allí la paciencia es altivez, porque es virtud; el pobre se humilla sin rebajarse, porque se humilla ante Dios, porque llena una misión; y el rico se ensalza humillándose, porque se acerca á Cristo.

Fuera de allí, en el café, en la calle, en el teatro, la distancia entre los dos extremos, es inmensa: la guerra inevitable.

No crée el obrero; no crée el rico. El objeto de ambos en la vida es evitar el dolor, hallar el goce.

Son, pues, necesariamente desiguales, porque el mérito moral de la paciencia y de la resignación en el dolor no se computa. Eso se computa sólo

dentro de la religión del Pobre crucificado, en la cual se aprecia y debe apreciarse, no sólo moralmente, sino también en dinero, esa resignación y esa paciencia.

Según el principio cristiano, la *justicia*, es decir, la remuneración material debida al trabajo y á la virtud, están antes que la *libertad forzada* impuesta al pobre en un contrato. La libertad de la injusticia es un absurdo.

Fuera de aquel principio está la guerra : *struggle for life.*

El rico ocupa la plaza ; el obrero la sitia ; el primero goza cuanto puede : ese es su objeto en la tierra ; el segundo trabaja en el taller, porque no puede ménos ; pero no acepta esa su situación como definitiva en la tierra, ni como medio de ganar el cielo ; espera su turno y tiene necesariamente que tratár de apresurar su llegada ; morir antes seria perderlo todo, pues todo termina en la muerte.

El obrero no ve, como antes, al rico arrodillado á su lado en Monserrat ; pero lo ve pasar á lo lejos en su carruaje, ó en el teatro donde ocupa los sitios preferentes, mientras él lo atisba desde las altas galerías.

Procura también verlo á su lado en el café, donde paga, como él, aunque con gran sacrificio, su taza de té ó su vaso de cerveza. Y lo mira con enconada altivez, tanto más enconada cuanto más empapado está en las doctrinas anticristianas, cuanto más leé.

Trata á su superior sólo como á un probable inferior de mañana; mira en la autoridad una simple hija de la fuerza y de la injusticia; jamás la encarnación de una ley divina que obligue en conciencia.

El rico tampoco ve ni quiere ver al pobre; su sóla presencia le disminuye el placer. ¿Y por qué tener ménos si puede tener más? La mendicidad le irrita; para evitarla, da algunas pesetas al mes para sostener un asilo, ó concurre á un baile á beneficio de los pobres. Otras veces da limosna de miedo, como se arroja cebo á la fiera para tenerla lejos; pero el pobre no se la agradece, pues crée que, por más que se le de, siempre se le debe más, pues se le debe todo.

Y el progreso material avanza prodigiosamente: todos los días se descubren nuevas substancias explosivas, con un gramo de las cuales se puede hacer saltar una montaña, para arrancarle el oro ó el cobre que circula en sus arterias. ¡También un gramo basta para hacer saltar el santuario de Monserrat, y también un teatro! ¡Y un palacio ó dos palacios también!

La guerra social está empeñada; planteado al pavoroso problema.

Para resolverlo, se quiere prescindir de la Religión; por todas partes se ven ricos y pobres que la miran como enemiga; pero la existencia de ese enemigo común no ha conseguido reconciliarlos; antes al contrario, es evidente que los ha enconado y los encona cada vez más. ¿Quién puede negarlo?

¿Con qué sustituir, pues, ese elemento de reconciliación y de paz?

El Estado no quiere ejercer influencia moral, por otra parte; renuncia á ello: no quiere contar con tal elemento, ni directamente ni estimulando y protegiendo la influencia de la Iglesia; para él, el alma, el pensamiento, la conciencia no son factores apreciables en el problema de gobernar pueblos.

¿Sustituiremos, pues, la Religión por la Policía, por la fuerza costeada por pobres y ricos para reprimir especialmente á los pobres?

¡No! La buena policía, aún suponiéndola perfecta, no es una solución; el germen del delito está en la conciencia, en el pensamiento, en el deseo; y hasta estos no llega ni llegará jamás la policía.

Ahí, á ese fondo, á esa raiz sólo podría llegar el cura; pero mucho pueblo ya no quiere ver curas, ni pintados; los odia tanto como al rico.

Los ricos los suelen utilizar para tener á raya á los pobres, pero no para sí mismos. Conozco ricos incrédulos que mandan misioneros á sus obreros y costean ejercicios espirituales en sus propiedades semi feudales. Esos ricos creen que se puede componer una tijera enderezando una de sus ramas y dejando la otra torcida.

Y sin embargo, si no se mata el germen del mal en la conciencia misma, aquél brotará, aunque le pongan encima una montaña; como toda semilla fecunda, es cuña; agrietará la piedra. Es cuestión de tiempo. Muerta la fé, la desesperación sustituye

á la esperanza, y el ódio, el desprecio ó la venganza remplazan á la caridad. Las injusticias del mundo claman por la otra vida, como los niños llaman á su madre; el alma sin fé es alma huérfana, es alma sóla; ¡cuidado con ella!

La falta de caridad del rico, fundada en su vida puramente material, en su ódio á todo lo que disminuya el goce, es el abono que vigoriza la tierra en que cae la semilla del ódio del obrero sin fé.

Y en esto no me refiero sólo al rico disoluto; también me refiero, y muy especialmente, al que se cree bueno y honrado, pero no tiene en la vida más móvil ni más anhelo que el de pasarlo bien, el de evitar á todo trance lo que incomoda ó lo que humilla, teniéndo como único criterio el sentir y el proceder de los demás.

Maldito el hombre que en el hombre confia.

Lo que deben sugerir las consideraciones de esta indole, es, ante todo, el examen de conciencia; el de todos, todos, todos; cada uno en su estado, en su misión ó vocación moral. No hay remedio: tenemos que caer en el catecismo. Para tirar la primera piedra, es preciso hallarse sin culpa; y para hallarse uno á si mismo, es preciso buscarse. Bien mirado, todos contribuimos á cargar las bombas de nitro-glicerina.

Sólo hay una solución para ricos y pobres : hacerse amigos de un amigo común que los pondrá en paz : *el dolor, el buen amigo dolor :* no sólo no rechazándolo cuando viene (*conformidad*), sino buscándolo cuando no viene : (*penitencia*, abstinencia ó limitación del placer, aun licito ; negación de sí mismo).

Jesucristo no decía palabras inútiles. « Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. »

¡ Y vaya á decirse á un rico sin fé que debe buscar el dolor ó disminuir el placer !

Eso es un disparate, una locura. ¡ Vaya si es locura !

Sí : la locura de la Cruz, la loca divina que redimió al mundo.

Pues si no quiere ó no puede entender eso el rico, el que debe dirigir la sociedad, ¿ cómo ha de querer entenderlo el pobre ?

Los buenos ó los malos ejemplos penetran tanto más en el corazón del pueblo, cuanto de más arriba caen.

No quiere esto decir tampoco que, tratado bajo este soberano aspecto el problema que el siglo actual legará al inmediato, esté ya resuelto por todas sus faces : sociales, económicas y hasta patológicas, si se quiere.

No : quedan muchos otros problemas prácticos que reclaman estudio y solución : organización del

trabajo, relaciones y derechos mutuos entre obreros y patrones, huelgas, y, sobre todo, el problema de la inmediata defensa de la sociedad, amenazada por el hambre armada.

Pero todas las soluciones serán poleas locas si no se apoyan en la primera.

Resuelta ésta, el mismo individualismo económico dejará de confundirse con el egoismo; la armonía de los intereses *legítimos* no pugnará entonces con la justicia, con la caridad, ni engendrará la opulencia pagana y sibarítica; el régimen capitalista no será « la explotación que transforma en fortuna para algunos, la miseria del gran número»; la propiedad no será sólo un derecho; será también una *función social*. El trabajo humano tendrá un *valor absoluto*, y el salario una ley superior á la de la oferta y la demanda; el trabajo será compatible con la libertad y con la dignidad del hombre, con su reposo dominical, con su educación religiosa y moral; vender la fuerza del brazo no será vender la dignidad y la salvación del alma, ni sacrificar la organización, el honor y el decoro del hogar.

Y, después de satisfechos esos *derechos* del hombre que constituyen los deberes correlativos de *justicia* que el hombre pude hacer efectivos, quedarán todavía por satisfacer los *derechos de Dios*, que constituyen los deberes de *caridad*.

Pero para que esta deuda de caridad exista, es necesario que exista un acreedor. No lo es el pobre personalmente, un pobre determinado; pero lo es

la pobreza en quien Dios ha delegado sus derechos.

Faltando Dios, falta el acreedor, y la deuda no existe.

La simple filantropia no es un deber por que no hay un derecho correlativo; humilla, pues, al pobre. La caridad, en cambio, lo levanta hasta hacerlo representante de la Divinidad.

Entonces se hará práctica la vieja doctrina de santo Tomás, que siempre nos han enseñado y según la cual, en caso de extrema necesidad, todos los bienes del mundo son propiedad común de los hombres. Entonces se seguirá el precepto del divino propagandista de la eterna verdad : » Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura. » Esta sola fórmula es un programa y una solución. Y es la única del gran problema.

La virtud en el hombre no consistirá en *ejercitar* derechos, sino en *renunciarlos*. Ejercitando *derechos del hombre*, se suelen cometer iniquidades.

Ricos y pobres habrá siempre; pero el rico será un administrador de los bienes comunes de la humanidad : el comunismo cristiano del porvenir.

Tienes derecho á beber tu propio vino ; pero no puedes embriagarte con él aunque sea tuyo.

Cuando se hace notar á los economistas que las máquinas dejan sin trabajo á muchos hombres, ellos contestan que, en cambio, por la natural ex-

pansión del capital, la producción es mayor, muchísimo mayor con menos esfuerzo humano, y el pobre obtiene más facilmente el alimento, el vestido, todo con menos esfuerzo de su parte, más barato.

Supongamos que asi sea; pero esa misma circunstancia, no yendo unida con el perfeccionamiento moral, que limita los apetitos, ha hecho nacer nuevos deseos, nuevas necesidades económicas, no sólo en el rico, que disipa mucho más el esfuerzo de los otros, sino también en el pobre, que ya no se conforma con lo que antes se conformaba. Se produce cien veces más con el mismo esfuerzo, pero se anhela y se reclama doscientas veces más. El pobre enriquecido suele ser el peor de los ricos, el que más odia á la pobreza. Cuando era pobre era idealista, decia que aspiraba à la ascensión colectiva, á la ascensión de la clase; ahora que es rico, es materialista ó sensualista: sólo aspira á la *ascensión individual.* La formación de la pequeña *burguesia* sin fé cristiana, ahonda, pues, cada vez más, el abismo entre ricos y pobres, en vez de allanarlo, y demuestra palmariamente toda la inconsistencia de los ensueños socialistas.

Es preciso gozar mucho, todo lo que se pueda, todo lo que se conciba; ser pobre es el mal.

Las razones, pues, de los economistas, me hacen recordar la ilusión del niño que esperaba ser de la misma edad de su hermanito mayor, una vez que transcurrieran los dos años que éste le llevaba de ventaja en la vida. El niño no advertia ¡ niño al

fin! que, á medida que él crecía, también crecía su hermanito.

Creo que alguien ha dicho (y si nadie lo ha dicho, lo digo yo ahora), que el hombre es un niño de cuatro mil años. El Padre está en los cielos y es preciso obedecerle; sólo Él mira de arriba las cosas y tiene experiencia ¡ Y no siempre ha de estar dando la razón de sus órdenes! Esto es lo que se llama fé : lo más natural y lo más racional del mundo.

Acabo de leer esta página de Sainte-Beuve, que es uno de mis compañeros de viaje : « Estar *contento* es estar *contenido* : lo dice la palabra; es decir, contener sus anhelos en los términos que Dios ha trazado y porque ha sido Él quien los ha trazado. Estamos todos en el mundo para estar contentos y no para estar á nuestro gusto, ampliamente y sin límite; y el *contento*, término relativo, es el verdadero nombre de la *felicidad.* »

El anhelo de lo imposible; la actividad nerviosa sin rumbo, efecto de la falta de conformidad con lo que cada uno es y tiene; la falta de reposo en la vida, consecuencia inevitable de hacer de ella el objeto único y final del hombre, son el germen de los fenómenos patológicos que también quiere estudiar la ciencia para buscar en ellos la solución del gran problema : los desequilibrios, las neurósis, las exaltaciones que empujan al fanatismo criminal, el prurito de la máquina nerviosa transfor-

mado en vértigo crónico, dueño del cerebro conmovido.

Busque, en buena hora, la ciencia los medios terapéuticos de curar esas enfermedades de nuestra época; busque, en buena hora, y resuelva *la higiene del cerebro humano.*

Pero esa higiene no se hallará si se prescinde del factor que imprime vida y movimiento al cerebro : *la voluntad.*

Y como la ciencia moderna se empeña á veces en prescindir de ese factor, ya puede presumirse el resultado.

¡La ciencia hoy en boga, nó la de Pasteur, nó la verdadera, dice que la vida, el pensamiento, el genio, son reacciones químicas!

Según me decia dias pasados, en Madrid, Don José de Echegaray, parece que el más reciente descubrimiento científico consiste en haberse conseguido la suspensión temporaria de la vida en ciertos organismos inferiores, merced á un descenso de temperatura, en la cual toda reacción química es imposible. La vida se suspende, pero no desaparece; luego no es sólo reacción.

No se lo que habrá de cierto en todo eso; pero no me sorprende.

Yo estoy convencido de que la ciencia, que, como dice Victor Hugo, es ignorante, irá ella misma rectificando los disparates de los que se dicen sus intérpretes y la suponen infalible, cuando apenas si deletrean el inmenso abecedario de que nuestro mundo no llega á ser una letra; la *ignorancia*

sabia, de que habla Pascal, se irá convenciendo de que sólo es un grado de la ignorancia, y respetará los secretos de Dios. Pero mientras tanto, la ciencia actual, cuando se sale de su benéfica esfera de acción, lejos de ser un recurso eficaz para curar los vértigos del cerebro, muy á menudo los encona y los inocula por todas partes. Niega *a priori* el alma y, prescindiendo de ella sin discutir, ausculta corazones tristes, visceras melancólicas, como si fueran relojes descompuestos.

Recuerdo muchas veces, á este respecto, las hondas y chispeantes ocurrencias de nuestro sabio é ilustre amigo el doctor Letamendi, en aquella su alcoba de la plaza de las Cortes, en que lo tenia postrado la enfermedad.

Necio ó loco, me decia, el que, teniendo su alma en su almario, anda hurgando en los sesos del vecino para reconocerla y estudiarla más auténticamente.

La frase es de lo más plástico que conozco : hurgar los sesos de los muertos para estudiar y curar las operaciones de la vida; examinar cuidadosamente la estructura exterior de los almarios de los vecinos, para saber mejor *lo que se mueve* dentro del nuestro !

Si no se induce metódicamente la voluntad á que obre libremente el bien, según los dictados de un axioma indiscutible, el dogma y la práctica cristianos; si no se consigue asi la gimnasia indirecta

del cerebro por la directa de la voluntad educada en la moral, el cerebro quedará siempre enfermo; habrá vértigos y neurósis criminales que seguirán en pavoroso aumento.

La gimnasia directa del cerebro, la esgrima del corazón, no han sido descubiertas, ni lo serán jamás por la ciencia.

Cuando se piensa, vibra la masa cerebral, como cuando Sarasate ejecuta una de sus celestes melodias vibran las cuerdas de su violin; pero vibrar las cuerdas de ese violin colgado en la pared no es brotar la dulce melodia del artista, como estremecerse el cerebro recién muerto del genio, no es nacer la madre idea.

¡Cuidado, que no afirmo que haya fidelidad absoluta en la comparación! La unión de Sarasate con su violin no es la *union substancial* del pensamiento y el cerebro; pero es indudable que, para obtener celestes melodias, no basta saber fabricar ó componer violines: es necesario tener Sarasates.

Para componer pueblos enfermos moralmente, no basta con remendar cerebros; es necesario tener voluntades, almas sanas que les den movimientos ó funciones ordenadas . . . . . .

. . . . . .

Todo esto que te escribo aprovechando una larga y hermosa mañana de descanso, se me antoja una sinfonia de pensamientos que ha brotado, sabe Dios por qué, de los tubos de piedra de la sierra de Monserrat, y de los de hierro ó de ladrillo rojo de las fábricas barcelonesas.

Más aun que escribir pensando, suele uno á veces pensar escribiendo. Te aseguro que, al sentarme á escribir, no tenia el propósito de extenderme tanto sobre un asunto tan ajeno á las impresiones de viaje como el que me ha arrastrado á sí.

Pero una multitud abigarrada, llena de color y de carácter, se agita allá abajo en la *Rambla* que miro desde el balcón del hotel Falcón, donde te escribo. Un sol amarillo se filtra por entre las hojas de los árboles inmóviles que forman bóveda sobre el paseo, y, en gotas ó chorros de luz, cae en el suelo y sobre la gente que va y viene, formando una mancha de color llena de vida y transparencia.

Veo desde aqui ventas de flores, muchachas que las ofrecen á los transeuntes, chiquillos que corren vendiendo papeles, y van con las bocas abiertas, que veo desde aqui como agujeritos negros, de los que supongo sale vibrando el nombre de algún periódico ; son pequeñas locomotoras que pasan silbando; su ruido se mezcla á otros mil ruidos que llegan hasta mi como el vapor sonoro de la multitud.

Vamos, pues, allá : demos un paseo por las ramblas, y visitemos la ciudad. Pondré de paso esta carta en el correo.

Salta de ella lo que te parezca pesado.

En otras me corregiré, si puedo, filosofando menos y contándote más.

BARCELONA

¡Qué diferencias de carácter entre las distintas regiones de España!

Está más lejos Sevilla de Barcelona, que Méjico de Buenos Aires.

Y sin embargo existe indudablemente una gran patria española; la variedad precisamente es lo que constituye el vigor de su unidad. En ninguna parte mejor que aqui puede realizarse el ideal de la descentralización administrativa dentro de la más inquebrantable unidad política. La Patria, la región, la provincia, la ciudad, el gremio, todo es compatible. Más aún : en la sabia organización de los gremios, con derechos y representación colectivos, en sustitución del sufragio individual, está acaso la solución de las dificultades que ofrece en su aplicación nuestro hermoso régimen democrático.

Madrid es el espécimen de España. Se viste de capa, y de abarca, y de boina, y de mantilla, y de

calañés, y de zaragüelles, y de frac, y de unifor
palatino ó académico.

Llego á Barcelona, y me la encuentro vestida
blusa y de barretina, el gorro de lana rojo ó a
enroscado hacia adelante.

Barcelona es seria; hasta se alegra con serieda
Trabaja ante todo; canta en sociedades corales,
orfeones, nó al son de la guitarra, ni al aire lib
se rie en catalán. Y, pese á los versos de Verd
guer y á la artistica fraternidad de los felibres
aquende y de allende los Pirineos, yo encuent
duras las vocales paladiales de la lengua de Oc.

Allá en el mediodia dejamos ¿te acuerdas? á
luminosa Sevilla, vestida de corto y de mantilla.

¿Recuerdas aquellas airosas cabezas de cabe
negro vueltas hacia el hombro derecho, inclinad
hacia atrás, y llevadas en triunfo por cuerpos
beltos, cadenciosos y flexibles? Los claveles roj
que arraigan en esas cabezas, participan de la vi
de la andaluza; parece que se enrojecen allí m
porque circula en ellos la sangre de su gracio
dueña.

En Sevilla todo se mueve y sonrie; la luz es m
sutil que en otras partes; todo lo compenetra, cu
pos y almas. En los ojos andaluces la luz apa
el fuego: por eso son transparentes. Allí se
muy á menudo, color verdadero de ojos de niño
pupilas de mujer.

Sevilla no toca el suelo: flota en el sol.

De ahi acaso que las castañuelas, cuyo sonido se parece al hervor de las chicharras en las siestas ardorosas, suenan alli en su ambiente propio, hasta cuando se las oye en las naves de la espléndida catedral.

Nada me ha conmovido más que el *baile de los seises* que vi en la catedral de Sevilla en la octava de *Corpus*. Oir pasar por sobre las cabezas inclinadas del cardenal-arzobispo, de los canónigos, del pueblo entero, los grupos de notas desgranadas de las castañuelas agitadas por manos de niños que se mueven en danza cadenciosa ante el altar; oirlas pasar por entre el silencio, entre los hombres y Dios, envueltas en humo de incienso, es algo de una belleza incomparable. Yo recuerdo que, cuando oi los primeros choques de las castañuelas, miré á mi alrededor para cerciorarme de que aquello era verdad. En otra parte que no fuera Sevilla me hubiera parecido una profanación; alli era una cascada de alegria que caía de la tierra al cielo, una risa de amor de Dios.

Como se ofrecen al cielo las flores; como la madre hace rezar al hijo balbuciente entre las risas del despertar, Sevilla hace rezar á sus castañuelas que son su mejor tributo, pues son el órgano fiel de su espiritu impregnado en cielos azules, en claridades reverberantes, en ebullición de notas y de colores.

Sevilla, aunque no está estrangulada, como Cadiz, por vetustas fortalezas que impiden su expansión, conserva todo su carácter; aun se vé alli la

casa de Figaro el barbero; aun se puede reconocer el balconcillo de la serenata nocturna. Existe la *Macarena*, vive *Triana;* hay macetas de flores en los balcones, y azulejos en los frisos de sus patios blancos, y ojos negros detrás de las persianas y de las rejas.

Barcelona, la ciudad condal, ha cambiado, cambia cada dia; se está devorando á si misma; ya no está siendo más que una gran capital, ya no es más que una espléndida ciudad!

Las grandes y hermosas avenidas modernas, al abrirse paso, amplias y luminosas, han ido amontonando en los rincones la vieja ciudad. Roto el circuito de sus antiguas fortificaciones, la villa se ha lanzado al campo; y sus ensanches, del mismo carácter, del mismo color que todos los ensanches modernos, improvisados, fabricados, ocupan diez veces más espacio que la ciudad antigua que tuvo su carácter propio muy interesante. Las viejas calles se ensanchan, y se prolongan, y corren á buscar las nuevas plazas, los paseos nuevos, el parque ó jardin público, el paseo de *Gracia*, el barrio de las fábricas, erizado de chimeneas que humean sin cesar. Nadie irá á buscar hoy en Barcelona la huella de Roger de Flor ó de Lauria, ni la de los Berenger, ni la de aquellos heroicos catalanes y aragoneses que fundaron en Grecia el legendario imperio, ni la de los conquistadores de las Baleares.

Aún el Monjuich, con sus fortalezas, es sello de gloria catalana; aún la catedral gótica del siglo XIII es, con su maravilloso claustro, timbre de piedad y de grandeza pasadas, como lo es la deliciosa fachada de la capilla de San Jorge, de estilo gótico florido, de lo más puro y elegante; pero la Barcelona que hoy se ve es la hija de la industria moderna, la del trabajo pujante que tiene su noble símbolo en la estatua de DonAntonio Lopez, erigida en una de las plazas de la ciudad, y su tipo viviente en el obrero de blusa y barretina que pasea las calles, puebla los cafés en las horas de descanso y los andamios y las fábricas en las de labor. Su tipo es duro, vigoroso, inteligente, lleno de carácter.

Aqui se trabaja, se emprende, se progresa : puerto, grandes vias, palacios modernos, plazas, fortunas recién nacidas y que constituyen ya nuevas clases sociales : ese es el sello de esta gran ciudad.

Aquí se recuerda el *fervet opus* de Virgilio : la colmena, la labor de la hormiga.

Por eso, sin duda, he recordado á Sevilla.

Yo, francamente, no estoy del todo conforme con Lafontaine; su hormiga, á fuerza de ser trabajadora, llega á ser egoista y prosaica.

La pobre cigarra se entretuvo sonando sus pequeñas castañuelas de plata, y se le vino encima el invierno cuando menos lo pensaba, sin haber he-

cho provisiones. La hormiga, antipática y cruel, no sólo la deja morir; la humilla con su estúpido sarcasmo. Mal hizo la cigarra, es verdad; debió haber trabajado algo; pero si no hay quien cante, el mundo será triste.

¡ No dejemos morir de hambre á las pobres cigarras porque no contrataron con nosotros antes de cantar!

Si lo hubieran hecho, les hubiéramos pagado caro para no trabajar á obscuras.

¡ No las desdeñemos porque no saben hacer grandes provisiones! La cigarra es la vocación irresistible á la alegria; sin esa vocación no madrugarian las alondras para alegrar las auroras, ni interrumpirian su sueño los ruiseñores para dar voz al misterio de la noche. Y tendriamos auroras sin risas en el aire, siestas sin hervores en las ramas, noches sin quejidos en la obscuridad transparente. ¡ Vaya un mundo el que tendriamos!

Eso son los poetas, eso los artistas. Han sido pobres y han enriquecido con su pobreza á la humanidad.

Yo hubiera deseado sentir aquí una cigarra entre tanta hormiga; oir un cantor popular esencialmente catalán, algo que equivaliera á las sevillanas oidas en Sevilla, al zortzico oido en las provincias vascongadas, á la gaita oida en Galicia : á todo eso junto que, mezclado á las jotas y á las peteneras, y á las malagueñas, se oye tan á menudo en las

calles de Madrid; oir á España, en una palabra, la madre España que, en su unidad y en su variedad pintorescas, es la que hace grande á cada una de sus hijas sin arrebatarles por ello su carácter propio.

Yo bien se que nadie con más titulos que Cataluña contribuye á la grandeza de la patria común; pero el hecho es que yo no he oido *sardanas*, cantos populares locales en Barcelona; oi músicos ambulantes que cantaban en italiano ó en francés. Casi me he olvidado á veces aquí de que estoy en España; y, por más titulos que conquiste Barcelona al amor y á la admiración del mundo, jamás adquirirá ninguno que equivalga para ella á su titulo de española.

Admiremos, sin embargo, el arte español interpretado por un artista catalán, algunas de cuyas obras encuentro en la *Casa de la Diputación*, interesante edificio que acabo de visitar.

Aqui están la *Odalisca el Contino* y la *Batalla de Tetuán* de Fortuny, el gran poeta del color.

Fortuny es una gloria artistica de Barcelona. Nada seria que hubiera nacido, como nació, en tierra catalana, si Barcelona no lo hubiera amado como lo amó, si no lo hubiera estimulado, y ayudado, y comprendido. El artista es como la semilla: no germina ni fructifica sin el concurso de la tierra en que cae, de la *temperatura moral* que lo envuelve. Sólo tienen poetas los pueblos y las épocas que los merecen: Velasquez, Murillo, Zurba-

rán, Herrera, Alonso Cano aparecen en España con Lope de Vega, Calderón, Guillén de Castro, Cervántes, Tirso de Molina, Fray Luis de León. Es la atmósfera la que nos enciende los astros. ¡Cuántas estrellas pasarán apagadas por nuestro cielo!

Yo casi no conocia á Fortuny y, sin embargo, lo amaba desde que el Museo del Prado de Madrid, mi soberano maestro de arte, me hubo enseñado un esbozo de batalla que posée del gran pintor catalán. Muchas veces he entrado al Museo del Prado y subido las largas escaleras que conducen al piso alto, sólo por ver ese esbozo; en él no he mirado yo batalla, ni figuras, ni movimientos, sino color, alma y armonia de color.

En pintura, el color por sí solo es el arte, como lo es el sonido en música. Un pintor español no es español por la escena ó el motivo que pinta, sino por el color vivo que derrama en el lienzo; una mancha, una impresión, vale á veces más que un cuadro; y, muy á menudo, el primer apunte de un artista es muy superior al gran cuadro que nace de él. A mi me gusta más el esbozo de Fortuny del Museo del Prado, que su magnifica *Batalla de Tetuán* que veo aqui. Es que en la mancha de color está sólo el pintor y todo el pintor, el poeta del color expresivo; después vienen la indumentaria, la historia, las contumbres, las exigencias de taller, la misma poesia como arte universal; y la intensidad de la belleza color se va ofuscando. Luz más luz, suele ser obscuridad,

A mi me encanta la simple paleta de un gran artista que trabaja; me parece que, en ella, los colores son gérmenes vivos que se buscan; se me antoja que son ellos los que se lanzan espontaneamente de la paleta al pincel del artista, buscando en él el otro color amado, para fundirse en un beso de pasión que engendra la nota genial que vivirá para siempre en la tela.

En mis inútiles .tentativas de animar tintas embadurnando lienzos y paletas, con que he recreado mis ocios, yo he visto los colores, fríos como cadáveres, moverse indiferentes, inertes bajo mi brocha; he visto en cambio al artista genial coger con la espátula los residuos de la paleta con que ha estado pintando, y arrojar casi inconscientemente ese pedazo de pasta palpitante sobre la tela, dejando en ella un surco de tierra llena de sol, un trozo de cielo impregnado de grises transparencias, una hondura de noche carminosa ó azulada, llena de *más allá.*

Es que en aquella paleta agitada por el espíritu había más que colores materiales ; había vida; eso es pintura : alma del color.

Fortuny dibujó por modo insuperable, con vigor y facilidad, con depurada corrección y elegancia exquisita; su contorno es expresión; tiene su línea la ondulación de la vida. Pero lo que triunfa en él es su manera de ver el color, su intensidad en sentir las misteriosas armonías que flotan en el aire y en las cosas. Ese fué el secreto de Velasquez, el primer pintor del mundo.

El maestro del dibujo ó de la composición se forma; el colorista, como el poeta, nace. Es que los colores no están en las cosas: están en nuestra retina, son modificaciones producidas en ella por el mundo exterior; el mismo objeto produce distintas sensaciones de color en almas diferentes. De ahí que el pintor tenga su colorido propio, sus motivos y tipos preferidos, sus actitudes, sus procedimientos de ejecución, como el poeta tiene sus imágenes, su estrofa, su verso, su vocabulario.

El artista tiene en el alma una intuición propia, una especie de ensueño de color, como tiene la juventud un ensueño de mujer. *Esa es*, dice el alma cuando encuentra el original en la vida.

Fortuny tenía un ensueño español de luz y de color. Lo buscó con pasión, y lo halló por fin en Africa, donde, más que hazañas y batallas, pinta luz y sombras, armonías de tonos sorprendidos en albornoces flotantes al sol, en masas blancas erizadas de espingardas y proyectadas sobre fondos de ocre, en tipos cobrizos de blancos trajes talares, envueltos en medias tintas bajo el arco de herradura; lo halló en Granada y Sevilla, donde la luz protagonista invade todos los planos del paisaje, reverbera en los arabescos de los alcázares y alhambras, y da vigor y carácter y tonos calientes á los tostados tipos populares.

Fué entonces cuando se reveló el gran colorista; fué entonces cuando Fortuny realizó grande obra artística; no tanto porque sus cuadros se ajustaron á la realidad, sino porque el pintor habia ha-

llado, por fin, la realidad que se ajustaba á su ensueño de color y de armonia.

Ese fué el momento decisivo de Fortuny; de entonces es el vigoroso esbozo que yo conocí en el Museo del Prado, y que es sin duda la base de esta *Batalla de Tetuán* que estoy viendo aquí. Pintó después mucho y siempre magistralmente; Roma y Paris fueron teatro de su gloria é influyeron poderosamente en él: el *Jardín de los poetas*, que conocí en la Exposición del centenario de Colón, es un Meissonier sumergido en luz de Andalucía. Pero siempre, debajo de la superficie formada por los gustos y exigencias transitorios, queda en este genial pintor, como rasgo predominante y vencedor, su incomparable sentimiento del color: color español que, resucitado en Goya, para iniciar el siglo actual después de largo eclipse, nos ofrece hoy en su renacimiento los primeros coloristas modernos: Rosales, Villegas, que es Fortuny redivivo, Pradilla, Casado del Alisal, Moreno Carbonero, Sanz, Casto Placencia, Ferrant, Domingo; y un grupo de jóvenes, como mis queridos amigos Ramirez y Garnelo, y como Sorolla y Plá, y Martinez Abades, y Masriera, y Muñoz Degrain, y muchos otros que son legión en marcha.

Vuelvo á mi hotel, atravesando las hermosas *Ramblas* llenas de animación y de sol, y encuentro de nuevo en mi camino la estátua de D. Antonio Lopez, y, allá á lo lejos, el magnifico monumento á

Colón. Me quedo mirando un largo rato por aquellos sitios llenos de árboles, palpitantes de color.

— ¿Qué busca? me dice mi compañero.

— El sitio en que levantará Barcelona la estátua de Fortuny.

— ¿La hormiga y la cigarra?

— Sí; unidas y reconciliadas por la meditación. Vea Vd. aquel otro ángulo; allí irá el monumento á Balmes. El filósofo de Vich estará sentado, con la cabeza apoyada en la mano, y la mirada hundida en el pensamiento.

MARSELLA

Viaje en ferrocarril : comenzado al amanecer cuando los millares de pájaros de la Rambla de Barcelona formaban entre los árboles una verdadera ebullición de notas, como si en cada rama se hubiera colgado una campanilla, y terminado cuando las luces eléctricas de la estación de Marsella alumbraban en plena media noche, ya cansadas y pálidamente brillantes.

El trayecto de Barcelona á Marsella no ofrece gran interés : cerros y viñas; los primeros parecen torres de Babel. Tal aspecto les dan los escalones que, sostenidos por paredes de piedra, trepan hasta la cumbre á fin de formar planos horizontales superpuestos de tierra casi artificial en que plantar. Las grietas de la roca en que existe un poco de tierra vegetal; las sinuosidades de la orilla arenosa del rio, todo sirve, todo se utiliza para plantar un olivo ó una hilera de viñas. Cuando yo, recordando aquella fecunda tierra virgen de nues-

tra patria, que se ofrece casi gratis al esfuerzo humano, rebosante de vigor y fecundidad, veo estas tierras así agotadas y trabajadas, me asalta el recuerdo de esas madres mendigas, cuyo seno casi vacío exprime el pobre niño buscando en vano con avidez jugo de vida en alguna glándula de esa fuente exhausta.

Aquí la tierra es como un organismo vivo : como el buey ó el caballo que sirven para labrarla; es necesario darle alimento sin cesar, para que no se muera de inanición. El arado en ella es puñal.

En nuestra patria, la tierra pide á gritos un surco, un simple surco y una semilla, para reir de gratitud y alegria en la flor, en la espiga, en el racimo. Para ella el arado es el bien venido; es el esposo que la hace madre en la edad del amor.

Pocas impresiones tengo que comunicarte de este trayecto; pero, ¿ cómo pasar por *Gerona* sin recordar su gloria? Veo, al pasar, vestigios de antiguos baluartes que parecen pedazos dispersos de la mohosa armadura de un gigante que allí cayó sobre el escudo.

¡La buena España! ¡ Yo no puedo recordar sin entusiasmo sus glorias!

Hoy he sentido en mi la prueba más poderosa de que mi cariño á esa tierra tiene hondas raices.

Portbou es la última estación española; próxima á ella está la montaña pirenáica, atravesada por un túnel.

Entramos en él por territorio español; y, dos ó tres minutos después, salimos á territorio francés y nos detenemos en la estación de Cervêre. Ese túnel me parece una noche de un minuto entre dos grandes auroras.

Estamos en Francia.

Todo ha cambiado.

¿Es en sentido favorable ó adverso?

Yo no lo se; ¡ sólo se que me siento extrangero por primera vez en la vida!

Y sin embargo estábamos en Francia, la grande nación que nos es tan simpática y querida. Más aún: estábamos en el mediodía de la Francia, en la antigua *Provincia* romana, en el Languedoc que el mismo romano no confundia con la Galia, y que conserva todo el carácter, toda la tradición y todos los grandes monumentos que señalan el paso de la gran nación conquistadora, madre común de los pueblos latinos, por las riberas del Mediterráneo. Ese territorio no era la Galia; era la *Provincia*, provincia romana; por él no habia solución de continuidad entre Roma y la histórica Tarragona, y las márgenes del Ebro, teatro de las grandes guerras de César.

¡Y sin embargo me sentia extrangero!

¿Era acaso porque tú y mis hijos quedaban del otro lado del monte?

Quizá: pero ¿por qué ese monte, y no los otros que habia atravesado, constituia un muro de separación?

Que yo me sentia mucho más lejos de Uds. que media hora antes era indudable ; era evidente también que me notaba casi raro.

¡Ah! Era que, por primera vez en mi vida, estaba hablando una lengua extraña, en el pais en que ella es instintiva en todos menos en uno.

El muro que yo sentia no estaba entre Francia y España ; estaba entre mi idea y mi palabra que se desconocian mútuamente y se detenian un momento á reconocerse antes de fundirse. España y Francia tropezaban dentro de mi mismo.

Esa sensación dura poco, sin embargo ; cuando uno menos lo piensa, se sorprende á si mismo hablando en francés ; un dia de respirar aire de Francia, enseña más que un mes de curso ó de lecturas.

Y con la lengua, va penetrando poco á poco en uno el nuevo espiritu, el carácter nuevo, insensiblemente.

Y eso se efectúa mucho más rapidamente de lo que es de presumir ; el acento, las formas del trato mutuo, la fogosidad ó la calma, la indiferencia ó la pasión, la cortesia ó la dureza, todo eso, que es una especie de irradiación moral del hombre, puebla, como la luz, el medio ambiente de los diferentes pueblos, dándoles un carácter propio al que necesariamente se va adaptando nuestro espiritu, como se adaptan nuestros pulmones al aire que respiran.

Entremos pues, en Francia, devolviéndole el saludo, notoriamente fino, que nos hace por órgano

de todos los nuevos tipos que se ofrecen á nuestro examen : de los empleados de la estación, de los de la aduana, de la mujer de acento cadencioso que vende los billetes y nos cambia la moneda, del gendarme de luciente tricornio que contesta solicito á nuestra pregunta, indicándonos nuestro rumbo.

Una vasta llanura limitada por los Pirineos, cuyas más altas cumbres se ven nevadas en el horizonte lejano, atraviesa el ferrocarril. El mar Mediterráneo aparece inmenso y azul á nuestra derecha ; sus olas se rompen con ruido de hervor en las rocas de la costa á cuyo lado pasamos.

Port-Vendres ocupa una de las muchas ensenadas que forma el mar.

Me ha quedado grabado en la mente su recuerdo, mas aún que el de Perpiñan y Cette y Narbona, por un pequeño cementerio qui vi, al pasar, en el mismo centro de la población, y que segui con la vista largo tiempo, á medida que nos alejábamos. Junto á los cipreses que asoman por las tapias y acompañan los sepulcros, brotan, muro de por medio, los árboles que asombran las casas vecinas. A la sombra de estos juegan los niños; á la de aquellos duermen los viejos, los abuelos... y también otros niños que se durmieron más temprano, antes de ser de noche, como los pájaros.

Y te aseguro que no encontré diferencia alguna entre unos y otros árboles ; todos proyectaban la

misma fresca sombra, y los rayos del sol descendian entre las hojas transparentes con igual brillantez á tocar el suelo del camino ó de la huerta, y el del sepulcro. Como yo lo miraba todo desde arriba, veia perfectamente lo que pasaba.

¡ Oh ! ¡ Mirando desde arriba, hay tan poca diferencia entre la vida y la muerte !

¡ Pero cuánta viña han plantado en esta llanura! Esa es la impresión que persiste en este trayecto, hasta llegar á Marsella. Se me ocurría, al ver esto, que no era tan desatinado el deseo del viejo contramaestre de la zarzuela : con poco más, con sólo inclinar la llanura sobre el Mediterráneo, Dios hubiera hecho de vino el mar.

¡ ¡ Arles ! ¡ Y no poder detenerme en Arles¡

Yo deseaba hacer un viaje por el mediodia de Francia, por la Provenza ; visitar la tierra de los felibres y del *Gay saber;* llevar á Mistral á Aviñon muchos abrazos que traia para él de sus amigos de Madrid y el mio muy especialmente; y preguntarle á él mismo por los sitios que recorrió Mireya, por las dunas, por los vientos.

Como antes te lo he dicho, la Provenza tiene vinculos especiales indudablemente con todo lo que es de raza española : y todo ello no es otra cosa que el origen romano, cuyos grandes vestigios existen en el mediodia de Francia, quizá tanto como en Italia ; *Arles*, *Valence*, *Avignon*, *Nîmes*, *Toulouse*, *Orange*, conservan monumentos que yo deseaba con ansia conocer.

Se me ocurre que á España pasa con los romanos, lo que á nosotros los Hispano-Americanos nos pasa con España. Invoca ésta entre sus glorias á Numancia y á Sagunto y canta á Viriato; invocamos nosotros las Piedras y Chacabucó y Maipú, y cantamos á Artigas, á San Martin y á Bolivar.

Todos hacemos bien.

Pero, en resumidas cuentas, ni España reniega hoy de su origen romano, ni nosotros del nuestro español.

Pasamos por Tarascón. No vi á Tartarin, pero si á un principe de Montenegro, compañero de viaje, que se empeñaba en ser nuestro guia en Marsella : le di las gracias, porque no iba á cazar leones, ni mucho menos.

¡Gracias á Dios que estamos en Marsella! El tren entra triunfante en la estación iluminada con luz eléctrica que parece de luna aproximada á la tierra: son las once y media de la noche.

No hemos comido.

¿Dónde hay un restaurant? pregunto al administrador del hotel *Petit Louvre*, en que nos alojamos.

A pocos pasos de aquí, me dice, está *la Maison Dorée*, el primer restaurant de Marsella.

Pues vamos allá.

Dos ó tres espléndidos salones divididos entre si por arcos y pilares; profusión de luz; sofáes de terciopelo carmesi y mesas de mármol; espejos in-

crustados en las cuatro caras de los pilares ó en los grandes lienzos de muro. Y, en ese medio cargado de ácido carbónico que hace languidecer las amarillas luces del gas, un mundo de hombres y mujeres que se mueve, se agita, fuma sin distinción de sexo, canta *sotto voce* y bebe y juega. Descuella entre los demás ruidos la carcajada vibrante é histérica de la mujerzuela, carcajada que brota de aqui y de allá : del grupo más cercano á nosotros, del que ocupa el ángulo opuesto, allá á lo lejos. Las *cocottes* discurren en todas direcciones; pasan y repasan ante las mesas como los *teru-teros* de nuestro pais cruzan por el aire; se sientan y vuelven á levantarse; se acercan á los espejos á componerse el peinado aunque no esté descompuesto, sobre todo si para llegar á ellos tienen que pedir permiso al que come tranquilamente su *beefsteak*.

Veo pasar por todas partes ojos transparentes en que mira la tisis con triste intensidad; pómulos pálidos con pinceladas de un rosado vivo; languideces de hastío sacudidas por movimientos de juventud artificial, juventud de oficio; sonrisas que parecen flores de sepulcro.

En el fondo de todo ese movimiento de oleaje de mar, ¡ cuánta inmovilidad de pantano!

Esas luces de gas amarillas y lánguidas, ¡ tienen tánto de luz de cirio!

Una mujer sola está sentada hace largo rato allí, al lado de una mesa redonda, mirando tristemente á todos los que pasan, con ojos de mirada honda

que arde en el fondo de ellos como llama livida de alcohol.

La luz de las lámparas de gas cae pesada, como si fuera liquida, sobre muchas cabezas calvas; los mozos de café corren entre las mesas sosteniendo en alto, en las puntas de los dedos, las bandejas; algunos concurrentes cruzan el salón callados y taciturnos, con las manos en los bolsillos; otros forman grupos bulliciosos, con ese bullicio de aturdimiento compuesto de risas que no rien, de admiraciones que no se admiran. Esas gentes se divierten todo lo que pueden, y sin embargo sienten que no se divierten, y se resignan á hacer consistir el goce en aparecer divertidas.

Veo desde mi mesa una cara que rie mucho; entre una y otra explosión de risa se queda seria, fatigada; esas risas me parecen calambres de los músculos faciales que quedan doloridos por la contracción.

Un joven, casi un niño, enteco, hundido de pecho, delgadísimo de extremidades, pálido de tez y con largo cabello negro que le llega hasta los hombros en que se hunde la cabeza, lee en un rincón un libro de versos y fuma su pipa.

Muy de vez en cuando, alza la cabeza y pasea la mirada indiferente y abatida por entre el tumulto. Es un aborto poeta. Este café es su gabinete de estudio; en estos invernáculos nacen y se desarrollan muchas de las flores literarias que hoy aspiran las almas en la sociedad moderna; son flores

calientes, flores con fiebre, que se moririan si recibieran una gota de rocio del cielo.

Se siente mucho de eso en la producción literaria de las grandes capitales modernas. Almas borrachas, que producen resplandores fugaces é inconsistentes, nacen y mueren entre el bullicio de una vida sin ideales; las estrofas arden con intermitencias de llama de alcohol movida por el aire; en el sopor de la voluptuosidad pasan formas disparatadas que son cogidas al vuelo en un momento de inspiración que es un espasmo del cansancio, en un resplandor del alma que se quema y se consume para encender algunas estrofas. Los dioses griegos se aparecen al poeta en esos momentos y vemos salir entonces seres hibridos é inconsistentes: una Minerva ebria, una Palas con brillo de lujuria en los ojos sin pupilas. ¡La belleza griega en un café de Paris! ¡El dia encerrado en una habitación para ser visto á la luz del gas!

Otras veces el helenismo consiste sólo en palabras tomadas de la mitologia ó quién sabe de dónde, y puestas al servicio de una lánguida voluptuosidad que no conocieron los Griegos. La poesia es entonces una música de palabras helénicas que dan á la estrofa vacia el prestigio de los clásicos recuerdos; pero no le dan el calor de vida que esas vibrantes palabras tenian cuando, emanadas del pueblo que las formó, eran el ritmo espontaneo del alma griega y su hermosa irradiación. Todo eso es

falso, pues; es el esfuerzo de la impotencia que, incapaz de producir lo bello, se empeña en sustituirlo por lo raro; que rechaza lo espontáneo por que es viejo, y procura envejecer los niños para hacerlos nuevos. De ahí no puede salir una literatura.

Brotan también del Café versos devotos, poetas místicos y religiosos de *boudoir*. El incienso huele entonces á esencia de *patchouli*; los nombres y las invocaciones sagradas suenan á profanación y rayan á veces en blasfemia.

Otros blasfeman francamente de todo; su originalidad consiste en averiguar todo lo que ha amado ó ama la humanidad; todo lo que ella ha venerado y venera: Dios, familia, tradiciones; y decir mal de ello, fundando una nueva filosofía madurada en tres ó cuatro años de vida de café-concierto.

Unos poetas hablan entonces de los otros; se comparan mutuamente con los grandes genios de la humanidad, se clasifican en escuelas, en sistemas, en grupos de astros ó constelaciones; se estimulan con sus mutuas calificaciones, en las que todo, aun lo más estólido, se atribuye al resplandor del genio independiente, audaz, ciego, soberano... Pero es indudable que el siglo se está poniendo, y este crepúsculo secular es triste.

Yo, francamente, siento profonda tristeza en esta *Maison Dorée*, al mirar al joven poeta tísico que

está frente á mi, y leer en mi espíritu el reflejo que forma esa figura melancólica al pasar por sobre él.

Es indudable que el vicio es tristeza; sólo la virtud es alegría verdadera y permanente.

Llega á la mesa inmediata á la nuestra una muchacha de ojos y cabello negros, vivaracha, movediza como un pájaro. Tiene, también ella, sus pinceladas de carmín en las mejillas morenas: la mordedura de la muerte en la sangre.

Todos hablan y vocean en francés; ella, que también ha estada charlando á gritos en esa lengua, canta ahora *sotto voce:*

Pobre chica,
La que tiene que servir;
Más valiera,
Que se llegara á morir.

Y sigue:

Caballero de gracia me llaman...

Es española y nos ha reconocido como compatriotas. Nosotros seguimos impertérritos con nuestra chuleta, lo mismo que un hombre viejo y rechoncho, de cabeza muy pequeña y piernas muy gordas, que, con la servilleta atada al cogote, que parece salir de madre, mastica y engulle furiosamente, inclinado sobre el plato.

Ahí tienes, esbozado á la ligera, el primer cuadro que me ha tocado en suerte en la ciudad francesa que primero he conocido.

¿Entonces es cierto, me decia á mí mismo, lo que nos cuentan de Francia? ¿Es esto Francia?

¡Oh! ¡Nó! Eso es lo que flota, lo que se vende al extrangero que llega y pasa, y habla de ello generalmente después, y escribe á veces, y se hace órgano del rumor y de la vida del *boulevard* ofreciéndolo como reflejo fiel de una sociedad en que ha vivido ocho ó diez dias, y en la que no ha conocido una sóla familia porque estas tampoco han querido conocerle.

Felizmente para Marsella, la luz del dia se encargó de desvanecer esa impresión de la noche.

Al salir á la calle por la mañana, una mañana brillante y fresca, y llegar hasta el puerto, lo primero que llama la atención es el cerro que domina á este y á toda la ciudad. Sobre el cerro se levanta un santuario terminando en esbelta torre bizantina; y sobre esta, proyectándose en el cielo como en su nimbo, se alza nítida y colosal una estátua dorada de la Virgen con el niño en los brazos. Aún á la distancia en que estábamos, veiamos claramente su actitud, casi su sonrisa y la del niño; se vela el cielo al través de los calados de su corona; se distinguian los pliegues de su manto entre la sombra.

Me pareció una aparición y un desagravio.

Es *Notre-Dame de la Garde*, patrona de aquel pueblo. *Maris Stella.*

Tomé un carruaje y subí á la cumbre del cerro.

Desde allí, desde los pies de la Virgen, se ve tod Marsella; se ve su puerto, su posición sobre e mar, sus hermosos alrededores, sus costas y sus islas : también se ve su alma.

Los millares de *ex votos* que tapizan las paredes de la iglesia de la Virgen, verdadero primor de arquitectura bizantina, consisten principalmente en planchas de mármol con inscripciones :

Oh madre mia de la Guarda : te debo mi hijo, dice una con una fecha al pie ; *Madre mia de la Guarda*, dice otra, *tú sola sabes mi secreto : apiádate de mi!* Otra tiene sólo una fecha, otra sólo un nombre, otra un cuadro que representa un naufragio; otra una escena de familia en que un enfermo lucha con la muerte.

Esto también es Francia, también esto es Marsella. ¿Por qué entónces, á título de realismo y de verdad, me presentan sólo lo otro?

Te diré de paso que, al subir al cerro, me encontré con la *rue Montévidéo*. Ya te imaginarás la buena impresión que me causó ese nombre que leí y releí con cariño. Es una de las buenas calles de la ciudad.

Pero lo que constituye el orgullo de los marselleses es la *rue de la Canebière*, arteria principal de la villa.

Sin duda algún maligno parisiense fué el que atribuyó á un marsellés aquel dicho que se hizo popular :

« Si *Paris avait une Canebière, ce serait un petit Marseille.* »

Diga lo que quiera el chusco parisiense, la verdad es que los marselleses pueden estar orgullosos de su hermoso *boulevard*, como pueden estarlo de su nueva catedral de estilo romano-bizantino que está por terminarse, de su *Palais Longchamps*, con su Museo de Historia Natural y Bellas Artes, y muy especialmente de su espléndido puerto, uno de los mas notables del mundo.

En este termina precisamente el gran *boulevard* de la *Canebière*, como las Ramblas de Barcelona pero en Marsella el puerto interior se extiende angosto en la misma dirección del boulevard, de modo que parece una prolongación de este. Los grandes edificios que limitan la calle por ambos lados, continúan, después de un ensanche, limitando el puerto interior ó *puerto viejo*, franjeado de amplios muelles ó malecones; el mar parece, pues, que se introduce en la ciudad por una gran calle líquida que es, á mi sentir, la que da su carácter propio á Marsella.

No esperes que yo te describa calles ó *boulevares* de grandes ciudades modernas; yo, francamente, no los veo; me cargan en razón directa de su magnitud. Eso de condenarse á verlo todo an-

dando en caterva; á ser espectador y espectáculo á la vez; á verse siempre arrastrado por el torbellino de hombres y de cosas que se quitan mútuamente todo carácter sin crear ninguno nuevo; eso de ver desfilar ó atropellarse mil objetos heterogéneos fuera de su sitio, y de oir los mismos vulgares ruidos de siempre, más ó menos amontonados y estrepitosos : coches, omnibus, carretas, vendedores de periódicos, peatones que cruzan azorados las calles; eso de ver colores que jamás se funden para dar tono á ese cuadro chillón que me trae á la memoria los cuadros pintados en dos horas sin conciencia artística por un charlatán en un escenario; todo eso me saca de quicio : hay tanto ruido que yo no oigo; hay tanto color que yo no veo.

En cambio, este puerto interior me despierta vivo interés; le encuentro colorido y carácter; incita á tomar apuntes del natural, á mirar largamente un tipo pintoresco, un grupo que se mueve en su ambiente propio.

La innumerable cantidad de vergas y mástiles metidos dentro de la ciudad, alineados á lo largo de los malecones atestados de mercancías, y entre cuyas cuerdas ondean en primer término banderas de todos colores, constituye una especie de andamio sutil y aereo; los cordajes se cruzan en todas direcciones y forman una inmensa telaraña que se pierde allá á lo lejos, trazando sólo rayas ténues en el cielo,

Alli, al lado de los muelles, en el agua negra é inmóvil, estan echados los grandes barcos, cuyos bauprés se adelantan hacia arriba, y que semejan una hilera de pájaros enormes que levantan el pico. Bajo ese gran palo de proa viven esos muñecones de madera pintada que parecen echados en el aire, diosas, sirenas, náyades, bajo los cuales se lee el nombre del buque en letras doradas ó blancas, sobre fondos azules, negros, rojos.

Esos barcos que, vistos en libertad cuando cruzan el mar, parece que tienen músculos, y arterias, y circulación de sangre vigorosa, y aire de vencedores, mirados ahora de bruces, los unos al lado de los otros, como en trahilla, lácios, marchitos, con el cuello estirado hacia el seco muelle, con el casco sucio y chorreado fuera de la linea de flotación, parecen pájaros con el vientre hinchado ó peces enfermos, ó hipopótamos de jardin zoológico que, en su charco artificial, languidecen y mueren soñando con los juncos del desierto.

Entre uno y otro buque, se ve de vez en cuando un pedazo del plano de azogue negro del agua inmóvil en que aquellos están enterrados; no se concibe cómo podrán desencajarse de alli; el agua parece mas pesada que sus cascos de madera ó de hierro : se diria que es naturalmente sólida y que la han derretido en aquel gran estanque como en un caldero de hervir brea.

Y sin embargo, un gran barco de vapor que hace largo rato está humeando, arroja una bocanada mayor de humo espeso como algodón negro de su enorme caño, humo que se revuelve y atropella como una multitud que sale huyendo y se arremolina en una puerta. De los agujeros del liso y alto casco negro salen, á flor de agua, como largos estornudos que forman una neblina flotante; el vapor comprimido se escapa con ruido de hervor por los tubos, por los resquicios; suenan toques de campana; el capitán está en el puente con su gorra galoneada y su levita de botones dorados; los pasajeros, recostados en la borda, miran largamente por última vez la tierra; los marineros andan corriendo de un lado al otro; tiran de las cuerdas, enrollan cabos, levantan escalas, cierran portalones con estrépito. Vuelve á sonar la campana, se oye una corta é imperiosa voz de mando, y sale del redondo caño, apresurada y en tropel, otra multitud aérea, otra bocanada de humo más espeso y negro que el primero. Por la popa del barco comienza á hervir el agua, hierve un momento, se detiene, y vuelve á agitarse. Es que el monstruo dormido en la orilla ha despertado, vive, agita la cola, se mueve lentamente como si se desperezase; bufa de nuevo, arrojando chorros intermitentes de vapor comprimido por las branquias de hierro; el agua inmóvil se agujerea en rededor suyo formando como embudos giratorios que cambian de sitio; él se revuelve entre ellos, y entre grandes manchas de espuma; toma rumbo,

y parte, lanzando un largo y ronco grito de triunfo por su silbato de bronce que arroja un vigoroso aliento de vapor blanco.

Anda al principio con cuidado, á tientas, temiendo hacer daño, y mirando con compasión á sus compañeros que quedan ahí inertes, achatados, alicaidos. El está ya hermoso : circula la vida por todo su organismo; sus nervios están en tensión; olfatea la libertad, el desierto inmenso de agua limpia y azul en que viven las tempestades espumantes ; mira hacia adelante, hacia el horizonte; oye el oleaje de allá lejos, el que viene del puerto exterior, y lo oye como el caballo que siente el galope de otros caballos á su lado.

Va á Malta, á Egipto.

¡Buen viaje!

GÉNOVA

De Marsella á Génova. ¿Pero cómo pasar por *Niza*, como por *Mónaco* y *Montecarlo* sin asomarme á ellos?

Bastante es, para sufrir el suplicio de Tántalo, el haber pasado de largo por el mediodia de Francia sin haber podido detenerme á examinar la huella del pie romano, para seguirla desde Nápoles hasta las ruinas de Itálica en Sevilla; bastante es el ver pasar ahora en este trayecto á *Tólon*, cuna de la gloria de Bonaparte, sin detenerme siquiera dos horas. Vamos, pues, á Niza; pero veamos, aunque sea de paso, ese pequeño golfo Juan Vallauris, en cuya costa se distingue una columna blanca. Allí desembarcó y pasó la noche Napoleón á su regreso triunfal de la isla de Elba; allí fué donde, al pisar el territorio francés, que se estremeció al sentirlo, se arrancó del alma, para hundirla en la de los franceses, aquella proclama con alas de fuego que se hizo legendaria:

« *La victoire marchera au pas de charge, et l'aigle, avec les couleurs nationales, volera de clocher en clocher jusqu'aux tours de Notre-Dame.* »

Allá queda *Hyères. ¡ Hyères !* ¿No es la patria de Massillón el gran orador sagrado que enfundia en su palabra todo el calor y la vida que otros oradores infunden en su voz y en su actitud y en sus ojos?

Él hablaba inmóvil, con los ojos cerrados. Toda la luz que había entrado por ellos salia sólo por su boca, después de bañarse en su espíritu resplandeciente; compenetraba su palabra serena; fulguraba en las vibraciones de su voz; iluminaba los corazones. El pueblo recogía esa irradiación del pensamiento, tanto con los oidos como con los ojos absortos y los labios entreabiertos. La palabra del orador flotaba en el silencio; en los intervalos que mediaban entre los grandes periodos, el auditorio respiraba con fuerza, hacia acopio de aliento para el tiempo en que tenía que contenerlo...

Ya hemos dejado atrás la patria de Massillón. El paisaje se ensancha; el mar de la derecha, azul y espléndido, envuelve en circulos de espuma las rocas negras de la costa; los árboles trepan hasta la cumbre de los montes cercanos de la izquierda. El cuadro es más vario y más brillante á izquierda : arboles, plantíos, caserios pintorescos en los pe-

queños valles; castillos y construcciones hermosas en las cumbres, notas blancas y graciosas que salpican el extenso diapasón de los matices del verde.

¿Porqué entonces todos los viajeros se asoman al balcón del tren y miran largamente á la derecha?

Es la misteriosa atracción del mar, de lo azul sin limites; de aquella ola que asoma blanca, rueda y se hunde en el elemento que la engendra, para dar paso á otra y á otras mil que apuntan y desaparecen. Y todas vienen al fin á formar un encaje en la playa, á desaparecer en burbujas que estallan, ó á acurrucarse silenciosas bajo las piedras negras.

Es la atracción de lo vago y lo infinito: de lo que es ansia, esperanza sin objeto fijo, recuerdo sin imagen sensible, impulso sin rumbo, actividad sin empleo.

Es la persistencia en el alma humana de una sensación grande que permanece en ella por no haber cambio en el objeto que la produce; es algo que, en mi sentir, es el símbolo más perfecto de la eternidad del goce, una vez obtenida por el hombre la intuición directa de Dios en el sentido de amor, ó de la triste eternidad de la amargura, una vez obtenida la intuición del soberano Bien en el sentido de odio. El objeto es inmutable, inconmovible: su efecto en nuestra alma será también invariable, eterno.

Los cambios en la voluntad humana, sólo se determinan por cambios en el objeto que la mueve.

¡ *Y Dios no se muda!* Y el odio á Dios es separación de lo que debe estar unido, disgregación, fuego eterno!

¡ Oh mar! ¡ Oh eternidad!

Tempus fugit.

Niza aparece, y bajamos del tren.

Ciudad hermosa, llena de luz; amplias calles tiradas á cordel y rodeadas de jardines; no se ven en ella las vias tortuosas y estrechas que, en las demás poblaciones de Europa, son, como los arroyos tributarios de los grandes rios, pobres tributarias de los espléndidos *boulevares*. En Niza, todas las calles tienen aire, luz, limpieza y casas de recreo; las flores y el aire perfumado y el cielo azul son aquí patrimonio común; todos son ricos.

En la *Jetée des Étrangers*, asistimos, en el lindo teatro del establecimiento, á un concierto instrumental. El edificio, construido sobre el mar con esplendidez, es el punto de reunión de los extranjeros. Pero vámonos; esto es sólo divertido. ¡ Y es tan tonto el darse uno el trabajo de viajar sólo para divertirse!

¿ Pasaremos la noche en Mónaco?

Hagamos ese trayecto : describamos, pues asi lo quieren los rieles que siguen las curvas de la costa, una linea sinuosa á orillas mismo del mar. El arbolado de los cerros se hace cada vez más tupido y

espléndido; toda esta cornisa hasta más adelante de Ventimiglia, es hermosísima; el tren es un calidoscopio gigante. Como va siguiendo la orilla del mar, bordea las pequeñas ensenadas de la costa; y así se ven los castillos, y chalets, y caserios de los verdes promontorios que entran en el mar presentar sus diversos aspectos como si giraran lentamente sobre un eje. En el magnífico arbolado de la izquierda asoman entre los árboles, para desaparecer de nuevo entre ellos, palacios, caserios, casitas aisladas; parece que todo el continente se asoma allí para mirar el mar desde el bosque ó desde las puntas de tierra que se adelantan en él.

El tren corre desatentado dando silbidos de vez en cuando, y respirando jadeante. El sonido metálico y monótono de ruedas y ejes y cadenas se hace á intervalos sordo, cavernoso, pero más potente, y quedamos á obscuras y aspirando un aire impregnado de olor á humedad, vapor y humo de carbón. El tren atraviesa un túnel, y las funciones de su organismo de hierro parece que se apresuran, que corre buscando aire como una bestia que se ahoga, y forceja desesperada para salir á flote: crujen hierros, se arrastran cadenas, se oyen como las pisadas de un galope desaforado en un suelo hueco. La locomotora no se siente bien allí; va sofocada, furiosa; ama el aire, la libertad.

Comienza por fin á ampliarse el ruido, como si fueran destapando poco á poco una boca en que han estado ahogando la voz. Vese resbalar un reflejo lejano de luz intermitente en las paredes de

piedra que corren casi pegadas á las ventanillas. Silba la máquina, y entra un torrente de claridad, y una ráfaga sana de aire libre que se aspira con avidez.

Otra vez á orillas del mar.

Y luego otro eclipse, y otro, y ciento. El tren allí va jugando al tira y afloja con la luz : parece que abre y cierra los ojos; es una pieza perseguida en el bosque por lebreles invisibles que jamás la alcanzan : entra en un matorral, y vuelve á correr por el llano, para sumegirse de nuevo en la espesura.

Llegamos á la pequeña ensenada cuya herradura ocupan *Mónaco y Montecarlo* en los dos extremos, extendiéndose hasta unirse en el centro.

Las perspectivas son hermosas en todas direcciones.

La tarde va cayendo, y subimos lentamente, desde la estación, la cuesta que termina en la esplanada en que se levanta el *Cercle des Etrangers*, rodeado de espléndidos hoteles.

Nos alojamos en uno de estos para pasar la noche; y, mientras llega la hora de comer, nos dirigimos al palacio real de Su Majestad el Juego.

Magnífico es el vestíbulo sostenido por columnas dóricas y decorado con brillantes pinturas; puertas á la izquierda y á la derecha, que indican la entrada y la salida de los salones de juego.

Estos son numerosos y divididos entre sí por

grandes arcos : todo ricamente decorado : pinturas murales ligeras y transparentes, chapiteles y artesonados dorados.

En el centro de los salones, amplias mesas con tapete de paño verde, rodeadas de gente de ambos sexos; quiénes están sentados, quiénes de pié mirando el tapete con ojos ávidos y adelantando las cabezas por entre las de los primeros. En los sofáes de las paredes ó discurriendo por los salones, hombres y mujeres, mujeres sobre todo, unas con bolsas llenas de dinero en las manos, otras mirando las bolsas ajenas por si se presenta la ocasión de hacerlas propias.

En el centro de las mesas está el banquero; frente á él, el que cobra y paga y que, con una especie de garfio ó pala de madera que introduce entre las monedas y billetes, hace la liquidación de cada jugada en un minuto, con destreza de prestidigitador.

Messieurs, dice el banquero con voz mecánica, impertérrita, que parece voz de oboe ó de registro bajo de clarinete : *Messieurs, faites le jeu.*

Messieurs, le jeu est fait? Y los concurrentes van colocando en silencio piezas de oro acá y allá sobre el tapete verde: unos cuatro, otros diez, otros quinientas ; millares de francos.

Le jeu est fait : rien de plus! dice el banquero que tira la cartas con gran limpieza.

En un segundo el tapete queda vacio.

Unos han ganado, otros perdido ; pero nada revela su impresión ; es necesario desenterrarla de

los músculos de la cara del jugador, de su siniestra impasibilidad, análoga al aspecto de dulce mansedumbre que suele tomar el gato martizado que achica la pupila, echa hacia atrás la oreja, maúlla suavemente y crispa la garra, barriendo el suelo con la cola esponjada.

Esa excavación hecha en el hombre hasta dar con el alma, sería por cierto muy interesante aquí. Los individuos se prestan á las mil maravillas; nadie se preocupa del que está á su lado, y se puede hundir en cada uno de ellos sin insolencia la mirada.

Me hicieron notar un sofá recién tapizado en un ángulo del gran salón de juego : se trataba de un pequeño perjuicio ocasionado á la empresa en aquellos días por una dama rusa que, después de haber perdido cuarenta mil rublos, se retiró de la mesa, se sentó en aquel sofá, y se dió un tiro en la cabeza. Fué, pues, necesario cambiar el tapiz del mueble, que quedó en mal estado.

El incidente, por otra parte, casi entorpeció una partida.

¡Matarse allí cuando la tradición de la casa es salir del salón y colgarse en otra parte sin molestar á nadie!

Después de mirar el sofá, volví á acercarme á las mesas; las caras que las rodeaban me parecían máscaras de cera; aquellos grupos me causaban, francamente, una impresión penosa.

Los vastos salones están casi en silencio; la gente habla poco y en voz baja; se escucha solo el chirrido áspero de los aparatos de la ruleta al hacer su movimiento de rotación, ó la voz de clarinete del banquero, ó el sonido de las monedas al ser arrastradas sobre el tapete. Y el hervor de colmena de los jugadores que se consultan en voz muy baja. El ruido de los pasos de los que andan se ahoga en las magnificas alfombras; parece que la genta entra en una casa mortuoria; al acercarse á la mesa del juego, parece que se acerca al muerto; se aproxima seria, silenciosa.

¡ Con qué devoción están los hombres en ese templo! ¡ Qué respeto mútuo! Allí nadie protesta aunque no se dé cuenta de por qué ha desaparecido, en un abrir y cerrar de ojos, su dinero puesto en el tapete; todos son devotos. Las deudas de juego se llaman, entre todas las otras, *deudas de honor*, como se llama *campo de honor*, entre todos los campos, el terreno del duelo. Y esos son dogmas entre muchas gentes que no créen en Dios ó que blasfeman de Él.

Sigamos viaje, que estamos en la mañana de otro dia.

El tren continúa por la cornisa : túneles y túneles.

Hénos ya en la linea divisoria entre Francia é Italia,

Ventimiglia : estamos en Italia.

¡Oh! La reconozco bien. El tipo general, los trajes, las actitudes, el modo de accionar y hasta el de emitir la voz, todo dice, aún sin oirse la palabra articulada, que estamos en otro pais, y en un pais que no puedo confundir con otro alguno.

Siento un movimiento de viva simpatía: me parece que me he acercado á mi tierra, que llego al puerto de Montevideo, poblado de barqueros genoveses. Y además, es indudable que hay algo caracristico en el italiano, que inspira confianza y cariño.

¡Qué fenómeno tan complejo el de las diversas nacionalidades que pueblan la tierra!

Hemos salvado sólo una línea imaginaria y todo cambia fundamentalmente.

Los empleados de la estación con vistosos uniformes; aquel *bersagliere* que allí cruza con su matorral de plumas negras y brillantes le que caen hasta el hombro desde el elegante sombrero de hule; aquel grupo de mujeres del pueblo, muchachas la mayor parte, de tipo franco, abierto como la lengua que hablan; todo es nota original de color que forma la mancha llena de nuevo carácter que se ofrece á mis ojos.

Las bocas de esas mujeres están hechas, sin duda alguna, para dar salida á esas simpáticas *aes* de la lengua italiana, abiertas, llenas de aliento, que brotan de muy adentro sin obstáculo gutural ni nasal, melodiosas, dulces, llenas. Esos obreros de pecho velloso descubierto y nervudo brazo, son los que Italia ha enviado por millares á nuestra virgen tierra sedienta de sudor humano y dispuesta

á remunerarlo agradecida, pues tiene el tesoro de su porvenir. Viejos amigos.

Entremos, pues, en Italia; bebamos en nuestro primer almuerzo un frasco de vino de esos de vidrio transparente y fino, de vientre redondo y cuello sutil, que parecen arañas sin patas, con el abdomen envuelto en paja, y entremos en Génova, el primer puerto comercial de Italia.

Génova exige una visita detenida. Se la haré de tres ó cuatro días y te escribiré algo.

GENOVA

Es claro que, en Génova, es preciso ver, en primer término, el cementerio.

Está fuera de la ciudad y situado en un pequeño plano completamente cerrado por hermosos cerros en uno de los cuales se apoya, trepando por él con sus sepulcros de mármol.

La impresión que me ha causado este célebre cementerio, es la misma que experimento en todos los de su especie: siempre hay en ellos algo de declamatorio; la muerte, tema de composición, modelo de escultura. Hay aquí columnas, pórticos, estátuas, galerías, alas y flores de mármol. ¿Los muertos? ¡Oh! ¡Los muertos! No se piensa en ellos.

¡Qué distinta es la impresión que produce una cruz de madera clavada en el suelo!

Aquí el protagonista es el muerto; allí es la estatua; aquí, bajo la cruz, parece que se siente el hombre que duerme el sueño de la tierra; algo del

muerto filtra á través de la yerba; allí, francamente, no se siente nada : se compara una estátua con otra, se estudia la composición, el modelado, el pliegue; se pregunta por el autor, y algunos preguntan por lo que ha costado el monumento.

¿Y el muerto? El muerto tiene que ser aquí más indiferente que en otras partes, pues se ve á veces un monumento modesto que encierra las cenizas de un grande hombre, y otro colosal á su lado, espléndido, con ángeles de mármol que tocan la corneta, y lanzan al aire el nombre de un rico fabricante de fideos ó de un negociante de aceite de oliva.

Veo aquí, por ejemplo, algo muy curioso Una buena mujer del pueblo ha logrado hacer fortuna vendiendo tortas y pasteles por las calles, y ha invertido gran parte de ella en erijirse un monumento en el cementerio. Aquí está su estátua de mármol admirablemente ejecutada; viste la anciana el traje de vendedora ambulante; lleva en la mano una rosca, y ha hecho grabar su epitafio en el pedestal, redactado en gracioso dialecto genovés. En él declara que ha ganado dinero vendiendo tortas, y que en nada ha creido invertirlo mejor que en hacer su estátua.

Pero la viejecita vive, y va de vez en cuando al cementerio á visitarse.

No hay duda : aquí se piensa poco en los muertos ; hasta los vivos les hacen competencia.

Y al contrario : si en presencia de una cruz clavada en la tierra, no se piensa en el pobre hermano

que allí duerme, ó en Dios, ó en las vagas melancolías de los horizontes lejanos, ¿en qué se piensa entonces?

Algunas notas me sacudieron, sin embargo, al recorrer las grandes galerías pobladas de estátuas : las inscripciones bíblicas ó calcadas en el libro santo. Es que este es un cementerio cristiano.

Un viejo de mármol sobre un sarcófago levanta el brazo desnudo y descarnado, en actitud imperativa. A su pie está escrito :

Ossa arida audite verbum Domini.

Un escalofrío recorrió mis huesos.

En la rotunda central del cementerio hay ocho estátuas colosales que la circundan : allí están algunos patriarcas y profetas; allí Eva, nuestra primera madre; allí Adán.

Al pie de la estatua de Adán, han escrito, ¿quién lo habrá escrito? este verso del Dante, que cayó como una montaña sobre mi cabeza :

« *Sol per mia colpa qui la morte impera.* »

Sólo por mi culpa impera aquí la muerte.

Nada conozco más grande, después del libro santo.

Y nada más dulce que el ¡*O Crux*! *Ave spes unica.* ! Oh Cruz! ¡Oh la sóla esperanza! que se lee varias veces escrito con letras de oro en las cruces de los sepulcros.

¡ Esperanza! Los sepulcros paganos vivian sólo

del pasado; eran árboles que se nutrían sólo de la tierra por las raices. *Que la tierra te sea leve*, decian ellos. Nosotros decimos: *¡Descansa, duerme, espera en paz!* La tumba cristiana se abre al porvenir; vive de sus flores, de la cruz abierta sobre ella y sobre la que llueve la esperanza.

Después de hundirse el alma en esas cifras misteriosas, ¿cómo prestar atención al amable amigo italiano qne me acompaña y me dice mostrándome otra estátua: « Esta es de Saccomano; aquélla es de Rota; esotra, que es de Monteverde, costó 100,000 francos »?

¡Qué desengaño!

¿Entonces el *Ave spes unica* también costó dinero?

¡Oh soledad!

El gran cementerio está situado, como antes te he dicho, entre dos cerros próximos; se apoya en uno de ellos y trepa por él. En el plano hay dos amplios patios circundados y divididos entre si por dos galerías sobrepuestas, cerradas de un lado y abiertas al patio por arcadas de orden dórico. Ambos patios se comunican por grandes portadas. En los muros de las galerías y bajo los arcos, lo mismo que en los intercolumnios, hay sepulcros de mármol de gran riqueza. En los patios, entre la yerba que los tapiza, hay cruces clavadas en el suelo, y que miran con asombro los suntuosos sepulcros de las galerías.

Entre estos hay algunos notables, aunque no todos lo son : hay aquí mucho mármol esculpido y sin alma. Pero no puedo detenerme á apreciar el arte al salir del cementerio, y, sobre, todo, cuando resuena en mi oido, como si hubieran disparado un cañonazo, el verso del Dante, de arte y verdad soberanas :

¡Sol per mia colpa qui la morte impera!

Sin embargo : ¿cómo olvidar por completo la personificación del *sueño eterno* de Saccomano? Una mujer, que es de piedra, aunque no lo parece, duerme sentada en el umbral y apoya la cabeza en la puerta de mármol negro del un sepulcro. En la mano derecha tiene una amapola, el sueño; en la izquierda una serpiente que se muerde la cola, la eternidad.

Esa mujer no está muerta, respira, su aliento es tibio; y es, sin embargo, el más hermoso símbolo de la muerte. Ante ella se guarda instintivamente silencio; sería un delito despertarla.

Recuerdo también una hermosa Vírgen de Monteverde; una niña que flota sobre un rosal, ligerísima y casi transparente, de Rota; y, por fin, la parte más hermosa sin duda alguna de todo el cementerio que es la que sube por el cerro, poblando á este de sepulcros hasta la cumbre.

Allí las tumbas están solas, aisladas, colocadas sin simetría. Una aprovecha un pedazo de roca del cerro y ofrece un nombre sobriamente escrito en

la piedra; otra se oculta en una gruta y bajo los árboles que dan sombra á su entrada; otra se extiende entre la maleza natural que casi borra la inscripción.

Se sube hasta allí por caminos casi incultos, muchas veces difíciles, caminando entre sepulcros en que se siente la muerte, sin sentirse el arte, aunque allí lo hay y grande : el arte verdadero, el que sugiere, no el que imita; el que, en música, despierta en el alma la tempestad sin imitar truenos y rayos y granizo; el que, en pintura, hace de un paisaje un estado del alma sin pintar figuras; el que, en poesía, encarna una verdad suprema, aunque el tipo creado no sea verdadero ni tomado fotográficamente del natural exterior.

Descendamos del cerro de la muerte; crucemos de nuevo las grandes galerías y visitemos la ciudad.

Génova es hermosa; es y quiere ser una ciudad moderna; trabaja frenéticamente por darse ese carácter; abre nuevas calles, derriba lo que se opone á su paso triunfal, bien sea edificio, barrio ó roca. por dura que sea. Se ven aquí cerros de piedra que han sido cortados por su base, como pudiera hacerse un sencillo desmonte, y convertidos en un llano, en que se prolongan las principales calles de la ciudad que antes tropezaban en la roca.

Me parece que hace bien : Génova, como ciudad de antigüedades, no podría competir con otras

ciudades de Italia; mientras que, como ciudad moderna, no está lejos de ocupar el primer puesto, si es que ya no lo ocupa.

No quiere esto decir que no encierre tesoros de arte arquitectónico. La *Catedral* de siglo XI, de piedras de mármol blanco y negro, alternativamente colocadas, es un ejemplar interesantísimo de aquel arte toscano que precedió al renacimiento del siglo del Dante y de San Francisco en esta gloriosa Italia, casa solariega del arte cristiano; la *Santa Annunziata*, es riquísima, sobre todo por su decoración : el palacio *Real* que detenidamente visité, lo mismo que los del *Municipio*, *Ducal*, *Durazzo*, etc., son nobles vestigios de la grandeza de la Génova medioeval que, por sus construcciones, supo conquistarse el dictado de *soberbia*.

¡Que no me olvide de citarte la preciosa iglesia de la *Sine Labe* ó *Concezione*, en que me tocó oir la misa dominical, y que es una verdadera joya de arte moderno y de riqueza!

Si no tuviera necesidad de escribirte al correr de la pluma, y si mi objeto no fuera el de comunicarte impresiones solamente, te describiria ese transparente templo de Génova.

Pero puesto que sólo deben ser mis cartas sensaciones de viaje, y este mío es demasiado rápido por desgracia, allá va la última impresión para cerrar la presente epístola.

Dejé á Génova con pesar : su naturaleza esplén-

dida me atraía; sus colecciones de cuadros me reclamaban un estudio especial que he de hacer mas adelante, cuando pueda comparar las distintas galerías pictóricas que visite; hallé caballerosidad y amable acogida en todas partes; el síndico de la ciudad, que me recibió en el palacio del municipio, me hizo sentir realmente que Génova conoce y ama á Montevideo fraternalmente; y, acogido en el seno de una familia italiana, con franca cordialidad, tuve la suerte de sentir la intimidad doméstica, nota que no siempre es accesible, siendo tan fundamental para apreciar un pueblo, al viajero transeunte.

Pero Pisa, y Roma, y Nápoles, me llamaban. No podía prolongar más mi estadía, y tomé el tren á la tarde.

En nuestra compañía venía un hombre que me pareció excitado: fumaba, chupando á cortos intervalos un cigarro de esos largos y delgados con una paja en el extremo, tan comunes en Italia; se asomaba á ambas ventanillas, pasando por sobre nuestras piernas; deseaba dirigirnos la palabra.

Era un franco tipo italiano; viejo pero muy fuerte aún; de gran bigote gris, y alta frente; mirada serena y noble.

Su posición social era modesta; parecía un hombre trabajador; tenía las manos tostadas y duras.

El tren rodaba en el fondo de largos desmontes y atravesando túneles: no se había visto aún el mar.

En una revuelta del camino, apareció aquél, por-fin, plano, sereno, inmenso : algunas velas inmóviles en primer término; en la linea del horizonte crepuscular, un buque de vapor cruzaba esfumado por entre la niebla rosada.

El viejo se echó á la ventanilla y miró al mar largo rato.

Volvióse repentinamente á mí, y me dijo riendo y señalando el barco lejano : Es que allí va un hijo mio. Viene de Nápoles y va á Montevideo y Buenos Aires; va de segundo maquinista.

— Ya seguirá Vd. con ansia ese buque, le dije.

— ¡ Oh! ¡ Oh ! Y se encogía de hombros, meneando la cabeza; y se golpeaba el corazón con el puño.

Se sentó á mi lado : yo no lo miraba, pero sentia que se sonaba fuertemente la nariz, con los codos en las rodillas.

Y él miraba al mar, y volvía á mirarnos riendose por fuera. ¡ Y tornaba á mirar la columna de humo lejana!

— ¡ Tiene diez y ocho años! me dijo al fin; y diciéndolo se fué al otro ángulo del coche, sacó su pañuelo de colores, hundió en él la cabeza cana, y su risa estalló en un largo sollozo.

¡ El pobre viejo lloraba!

¿ Querrás creerlo? Yo también senti un nudo agrio en la garganta, y me hice el distraido mirando hacia afuera. Hubiera abrazado á aquel hombre; hubiera llorado con él.

¡ Oh! ¡ Los poemas del mar!

Leo á Shakespeare y miro el mar, decia el poeta para indicar dos inmensidades.

Yo miraba el mar, y oia los sollozos de aquel padre viejo, que seguía con los ojos un buque de vapor que se hundía lentamente en el horizonte rosado.

PISA

Yo he tenido siempre la obsesión de Pisa; no de Pisa propiamente; de la torre inclinada. No hay duda de que algún cuento me han contado sobre ella, allá en mis años primeros. El niño está siempre dentro del hombre, y no hay porqué no dejarlo pensar y sentir, sentir sobre todo, dentro de nosotros, algunas veces. Es él acaso el que nos proporciona los grandes deleites morales : la admiración sin reserva, el entusiasmo puro, la emoción grandiosa ó llena de ternura, y también esos miedos sin causa que solemos experimentar en el mismo momento en que nos reimos de ellos. El niño y el hombre sienten juntos dentro de nosotros; el primero es acaso la inspiración, la imagen plástica, la poesía, la frase de grandiosa ingénuidad. ¡Las niñerías de Shakespeare con sus Arieles y Calibanes! ¡Y el niño Homero!

Vine, pues, aquí, con una ansia infantil de ver la torre.

Llegamos, únicos viajeros, de noche, á las once, y nos metimos en el primer *albergo* que encontramos al lado de la estación. Está situado en una plaza muy sola, á un extremo de la ciudad.

Dejamos en él nuestras maletas, y salimos de nuevo á la calle. No me resolvía á acostarme sin ver la torre. Todo estaba silencioso; *ni un ratón se movía.* Sólo una estátua muy grande, deforme, de Víctor Manuel, se nos presentó en un extremo de la plaza. El rey está allí de pie, serio, con las manos sobre el pomo de la espada, las piernas metidas en los anchos pantalones de bronce, y envuelto en la atmósfera de solemnidad que forma la noche silenciosa en torno de todo bulto entrevisto.

¡Detrás de la estátua, hay una verja que atraviesa la primera calle de la ciudad; la puerta de esta está á un lado de la verja, con dos faroles encendidos en lo alto. También hay luz en la habitación de los guardas, luz que sale por la puerta abierta, y traza un cuadrado amarillento sobre el empedrado de la acera al proyectarse en él.

La calle, como un tajo obscuro practicado en la masa de edificios, se hunde en la ciudad dormida con sueño profundo; algunos pocos faroles, encendidos de trecho en trecho, determinan la dirección en que la calle se interna.

¡La atracción de lo misterioso!

Damos una vuelta al rededor de Víctor Manuel, mirándolo de alto abajo. La reja que corre detrás

de él lo hace parecer encarcelado. Se me ocurre que hablábamos en voz baja y andábamos de puntillas para no turbar el silencio, ni meternos con aquel hombre tan grande de bronce.

¿Y la torre? ¿Vamos á verla? — Es tarde; son las once y media, pero...

— ¿Y por dónde se irá? ¿Estará lejos de aquí?

Lo preguntamos á los guardas de la puerta de hierro, que hablan á media voz, en la habitación iluminada, única que se ve abierta en toda la ciudad.

— Quince minutos. Al final de esta calle encontrarán Vds. el puente sobre el Arno; deben cruzarlo, y seguir sin interrupción la calle de la derecha.

Y emprendemos nuestro camino por la calle solitaria. Los fenómenos más nimios tienen interés y carácter en esas circunstancias. Se me han quedado en la imaginación.

Cada farol que dejamos atrás de trecho en trecho, hace salir de debajo de nosotros nuestra propia sombra que se va alargando, alargando, hasta que el farol inmediato la borra con su luz y la arroja á nuestra espalda.

El ladrido de un perro, difundido en el silencio, es entonces una onda sonora que sacude el aire obscuro, y pasa por sobre los techos de la ciudad, como un viajero negro que se va.

Las luces, en el fondo de la calle llena de noche,

parecen golpes dados con una punta en un cristal negro que se estria; pero, como los cuernecillos del caracol, los rayos luminosos se estiran y se repliegan; hunden sus puntas en la obscuridad, penetrando más ó menos en ella, y se encogen de nuevo; circundan el foco, como las barbas de una espiga viva.

Dos hombres vienen de allá lejos, de lo hondo de la calle en dirección á nosotros. ¿Son dos? Si; pasan por debajo de un farol y, á la luz lejana de este, los vemos ya con precisión. Se acercan; pasan.

Esas frescuras de aurora que suelen andar por las noches de verano, con olor á campo húmedo de rocio, atraviesan las calles silenciosas, van y vienen, sacuden de vez en cuando las luces de los faroles, mueven algun pedazo de papel en la acera, ó algunas hojas secas que han bajado de un árbol dormido en el borde de aquella, y que, al arrastrarse, parece que arañan el suelo con sus bordes mellados.

Cruzamos otra plaza con otra estátua, que me parece de Garibaldi, cerca de un mercado denunciado por el olfato; enseguida una calle atraveseda en lo alto por un arco, de suerte que el piso superior de la casa de un lado continúa en la acera de enfrente.

Todas las puertas estan cerradas, por supuesto, y no vemos nada con precisión, por más que, de vez en cuando, bajamos de la acera para ver las casas desde el centro de la calle. Parece que los edi-

ficios entreabren los ojos para decirnos : no estamos visibles á esta hora; los gatos andan par los tejados.

¿ No es verdad que aún los edificios que nos son más conocidos en nuestra propia ciudad, se transforman por completo si pasamos frente á ellos cuando están en su segundo sueño, allá á la madrugada? ¿ Verdad que hasta desconocemos las ventanas de nuestra casa?

Un guardián nocturno está apoyado en una esquina; un farol arroja á su lado, sobre la acera, una mancha de luz movediza.

— ¿ Dónde queda el *Campanile?*

— Pasen el puente que está ahi; tomen después por la calle de la derecha; la plaza del Campanile está en el otro extremo de la ciudad.

El puente resuena bajo nuestras pisadas; el Arno, borrado por las sombras amontonadas sobre él, es un largo vacio obscuro; las casas que lo limitan por uno y otro lado se extienden sosteniendo la hilera oblicua de lucecillas de los faroles.

Una calle angosta y curva, con sólo paredes bajas á ambos costados, se nos presenta pasado el puente; tomamos por ella, mirando de vez en cuando hacia atrás para poder reconocer á la vuelta el camino.

Otro guardián. — ¿ La plaza del *Campanile?*

— ¡ Oh! ¿ No la ven Vds.? Ahí está, á veinticinco pasos de aquí; á la derecha.

Desembocamos en ella, y la torre inclinada sale de entre la sombra á mi encuentro, se me aparece

sola, oblicua, como un palo enorme clavado en el suelo.

Te lo confesaré francamente : el niño tuvo miedo dentro de mí.

¿ Te ries? Pues fué una sensación real.

Y no creo que fuera sólo la noche y la soledad las que me ocasionaron esa impresión; he vuelto á ver hoy de dia la plaza del Campanile, y la torre me ha detenido, se me ha venido siempre encima, me ha infundido respeto, cuando menos.

Esa plaza de Pisa es una sorpresa en cualquier circunstancia y á cualquier hora; es un pedazo de tierra en que crece la yerba, situado casi fuera de la ciudad, en un extremo; parece que es de otra parte. Y en él, colocados el uno aquí y el otro allá, sin relación alguna entre si, ni con las calles que limitan la plaza, se levantan los cuatro célebres monumentos de Pisa : el bautisterio, que parece una campana enorme abandonada en el campo, está en un lado; en el otro ángulo, la masa del *duomo*, gran catedral románica, cierra el horizonte con la silueta de su frontón triangular, y oculta el Campo Santo que está detrás; y en el otro lado, clavada en el suelo ó brotada de él, como el tronco redondo de un arbol seco, se levanta la torre inclinada. Pero no está sólo inclinada; está torcida; no es una linea recta, oblicua; es una curva bien perceptible; parece que se han propuesto enderezarla haciendo un esfuerzo desde la punta, y sólo han

conseguido doblarla en el tercio superior, sin modificar la dirección rigida de la parte inferior, clavada en el suelo.

Es muy original esta torre de Pisa; es realmente rara, disparatada. Yo la he encontrado hermosa, muy hermosa; hay disparates que me encantan. La encuentro... iba á decir candorosa, con sus ocho anillos de arcos iguales, sostenidos por tenues columnillas, y sobrepuestos sin más propósito que el de subir. Como son ocho, podrian haber sido diez ó doce, ó seis, esos anillos, sin que la idea arquitectónica cambiara en lo más mínimo. Se ocurre que los constructores cesaron en la tarea de sobreponer arcos y anillos de cornisa, cuando vieron que la torre se torcía, como cesa un niño de agregar piezas de dominó á su castillo, cuando lo siente bamboleante.

Estos cuatro edificios colocados sin ton ni son en la plaza de Pisa, parecen cosas muy grandes, dejadas aqui provisoriamente, para trasladarlas después á su sitio. Se dijera que, hace cuatro ó cinco siglos, época de la construcción, estaban moviendo la torre para llevrásela, y dejaron en suspenso el trabajo.

Pero mientras los obreros, olvidados ó dormidos, no vuelven desde hace trescientos años, el hecho es que esta torre se está cayendo... pero se está cayendo eternamente.

ROMA

Al fin, pues, en Roma.

Ayer visité el Capitolio, el Foro Romano, las termas... Pero dejemos todo eso para después, y vamos á la impresión protagonista : ayer vi á León XIII.

¿Quién puede detenerse á hablar de monumentos cuando acaba de ver al Papa?

A ti también es lo que más te interesa ; estoy seguro.

Cúpome la suerte de que, al dia siguiente de mi llegada, se celebrase la beatificación de cinco siervos de Dios, del orden dominicano, mártires y confesores que la Iglesia elevaba solemnemente á los altares ; y tuve la no menos grande fortuna de obtener billete para ocupar un sitio de preferencia, que me permitiria presenciar de cerca el acto.

Pasemos, pues, por sobre todo, y vamos al Vaticano. Ni siquiera me detengo ahora á hablarte de la gran basilica de San Pedro : temo que pase la frescura de mi última impresión.

La guardia suiza, con su pintoresco uniforme negro y amarillo y su casco de bronce con lacio penacho de crin blanca que lo cubre; los alabarderos y los zapadores de alta talla y colosal morrión de piel negra; la hermosa escalera de grandísima extensión en línea recta, de amplios peldaños y suave declive; el gentío que sube por ella y se ve hasta allá arriba, lejos, como un camino de hormigas que tuerce por fin á la izquierda y entra en una puerta; los guardias pontificios formados en compañías, con el fusil al brazo y los oficiales al frente, en el vestíbulo que precede á la *Loggia de la Benedizzione* en que ha de celebrase el acto, todo pasa en mi memoria que se fija sólo en su grande impresión: León XIII.

La *Loggia de la Benedizzione* es la extensa capilla de una nave, que ocupa todo el espacio que está sobre el gran vestíbulo de San Pedro: sus ventanas son, pues, las que forman el segundo cuerpo del frente de la basílica. Al entrar yo á la capilla, que estaba ya completamente llena, su efecto era sorprendente: sobre el altar mayor se veía un transparente rodeado de nubes y ángeles é iluminado por detrás vigorosamente, de modo á formar en el centro una especie de gran ojiva de luz amarillenta y dulce, concentrada en la superficie de la tela; sobre ésta, artísticamente colocadas, se veían las cinco imágenes de los mártires, en actitud de adoración y éxtasis.

Cinco círculos concéntricos de arañas de bujías rodeaban el cuadro de millares de luces que, arrancando de ese deslumbrante foco, se extendían por toda la cornisa de la capilla, formando á esta una aureola resplandeciente.

A ambos lados de la *Loggia*, dos órdenes de palcos ó tribunas, á la sazón llenas de gente; en el plano de aquélla se abría un camino central, por el que adelanté, atravesando la capilla, hasta ocupar mi puesto á la derecha y cerca del altar mayor.

La gente esperaba ansiosa; era ya la hora en que debía comenzar la ceremonia. Por la puerta principal, por la que yo había entrado, debía entrar el Papa, y atravesar la iglesia hasta un reclinatorio cercano al tabernáculo.

Por fin se sintió ese rumor de la multitud que se comunica la llegada de lo que espera, que se adelanta, y se aprieta, y se empina para ver mejor; que quiere apresurar el instante. Yo no veía lo que pasaba allá lejos, en la puerta de entrada; pero, después de un corto espacio de silencio, sentí que penetraba en mis oidos y en mi alma, una aclamación inmensa, estentorea: ¡ *Viva il Papa!* gritaba la multitud; ¡ *Vive le Pape Roi!* ! *Viva il Papa Re!* resonaba en todos los ámbitos de la capilla. Las señoras agitaban los pañuelos como poseidas de un vértigo; los hombres alzaban las manos repitiendo el apasionado ¡ viva ! cada uno en su lengua.

Imaginate el efecto de esa explosión, inesperada para mí, en medio de aquella atmósfera sagrada.

Yo no veia aún al Papa; pero sabia por dónde venia, por la dirección de las miradas y manifestaciones delirantes que partian de las tribunas altas y se dirigian hacia la calle central del templo. Yo esperaba, para verlo, el momento en que pasara frente á mí, después de desfilar los guardias nobles, los camareros secretos y el colegio de cardenales que le precedian.

Por fin está ahi Leon XIII vestido de su sotana blanca y su muceta roja orlada de oro; pasa á dos metros del sitio que yo ocupo.

Me parece pequeño, menudo, muy fino, muy pálido; su cabeza blanca y cubierta por un solideo, blanco también, aparece entre las cabezas del grupo en cuyo centro viene; los mechones de cabellos blanquísimos le rodean la frente como una aureola de nácar desflocado; camina agobiado pero con paso firme, corto y casi apresurado; levanta la cabeza, que se hunde por ese movimiento hacia atrás en la muceta de terciopelo escarlata que cubre sus hombros, y dirige la mirada viva y movediza á una parte y á otra de las tribunas que lo aclaman; trae el brazo levantado en actitud, al parecer, de bendecir, y al mismo tiempo de sofocar ó moderar benévolamente aquellos estallidos de entusiasmo y de amor que lo circundan y reclaman por todos lados sus mira-

das; sonrie dulce y gravemente; parece el padre ó el abuelo muy anciano que es recibido en triunfo por sus hijos pequeños. Estos se aprovechan de su inevitable tolerancia para turbar con sus voces y saltos el orden de la casa.

¡Viva el Papa! continúa la multitud.

¡Viva Léon XIII! ¡Viva el Papa-Rey!

Es un estallido constante, un desborde de las almas por los labios, un tronar no interrumpido del corazón. Me parece, francamente, que la capilla se tambalea.

Es un grito de entusiasmo, de pasión; pero lo que en él predomina es la ternura, evidentemente; en ternura esta empapada su vibración. Se oyen gritos que parecen sollozos; otros que se quedan estrujados en las gargantas, que casi no brotan, á pesar del ademán frenético del que lo siente dentro de su alma y quiere echarlo fuera. Cada hombre se cree allí solo con el Papa, no se preocupa de su vecino, y procura adelantar la cabeza, los brazos, la voz, el corazón.

El Papa llega, por fin, á su reclinatorio; se arrodilla, y apoya la cabeza en sus manos pálidas.

El más completo silencio vuelve á reinar en el templo.

En mi alma sigue resonando el eco de la tempestad que aún parece flotar en el silencio.

Léon XIII está allí, á seis pasos del sitio que yo ocupo. Su actitud hace que me parezca más agobiado, más anciano; que su cabello blanco se proyecte más enérgicamente sobre el escarlata obs-

curo de la muceta orlada de oro y armiños. El Papa reza en silencio.

Yo devoro con los ojos aquella cabeza blanca, hundida entre las manos.

Entretanto, el sacerdote oficiante entonó et rosario en latín.

El pueblo contestaba en todas las lenguass del mundo : todos sentian, sin duda, la alegria de estar rezando con el Papa, en su compañia, como en grupo de familia. Aquí se oía el dulce *prega per noi* del italiano; allí el solemne *Our father who art in heaven* del inglés, el *que votre volonté soit faite* del francés, el *hágase tu volutad* del español, y el del alemán, y el del polaco, y el del ruso.

Y todos están unidos en la misma fé, en la misma esperanza, en el mismo amor; todos unidos en la misma fórmula sagrada, en esa fórmula divina en que nadie dice *yo*, en que nadie dice *Padre mio*, sino *Padre nuestro*, dulce grito de fraternidad humana, bajo la paternidad del Padre celestial; todos están agrupados al rededor de aquel viejo de sotana blanca, y roja muceta orlada de armiños, que ora arrodillado en el centro del mundo; todos proclaman y alaban á Jesucristo, soberano Señor de la creado, hijo de Dios y de la dulce Virgen de Judea corredentora de la humanidad, á quien aquel pueblo llama una y cien veces, unido al arcángel y participando de su alegria :

Salve, oh tú, la bendita entre las mujeres; glo-

ria á ti, oh María, oh la llena de gracia; á ti, consuelo de los afligidos y estrella de la mañana.

¡ Qué hermosa, qué humana es esa repeticion, una y cien veces, de la misma fórmula en nuestros rosarios !

Creo que, en el cielo, ese rumor monótono tiene un nombre: debe de llamarse *la lluvia de la tierra.*

¡ Y va tánto de aquí para allá en cada gota! La una va impregnada en la pura inconsciencia de un niño; la otra en la honda meditación de un sabio; la una tendrá el ágrio de la lágrima; la otra el brillo de la risa, y el de la esperanza, y el del consuelo.

« Llueve de la tierra », dirán allá arriba, cuando nuestros crepúsculos se llenan de rosarios que salen de las iglesias y de los hogares felices ó desgraciados, para unirse á las campanas; que salen de las almas atribuladas, y las consuelan, como salen las gotas de lluvia de la nube cargada, y la disipan; que brotan de las alegres, y encienden en el aire las acciones de gracias como estrellas que se van.

Pero el rosario que yo oí ayer, al rededor de León XIII, tenía un sello propio; me parecía que todos los que se decian en el mundo, giraban en torno de él como los planetas al rededor del sol, como los átomos del remolino en torno de la fuerza rotatoria que los mueve y los empuja hacia el vértice.

Terminado el rosario, que me pareció muy breve,

se expuso el Santísimo Sacramento á la adoración del pueblo.

Un cardenal quitó al Papa el solideo blanco; otro le presentó un incensario de oro.

León XIII, de pie, con la cabeza descubierta, que aún me parece ver limpia, transparente, con el cabello crespo un poco en desorden al dejar de ser ajustado por el solideo, arrojó el incienso en las áscuas, y la columna de humo, símbolo de la oración y del acatamiento, se elevó al cielo.

El sumo sacerdote, con el incensario en la mano, fué con paso firme, desde su reclinatorio, hasta el altar; se arrodilló y ofreció al Dios vivo la adoración simbolizada en aquella nube de humo que, envolviendo al pontífice, y al altar y al tabernáculo, subió hasta las efigies de los mártires del trasparente radioso, y se difundió por el templo, pasando por sobre todas las cabezas inclinadas ante Dios.

La impresión de ese cuadro será indeleble en mi memoria. Yo alzaba á intervalos la mirada, y distinguia entre el humo, ya el brillante sol de oro que contenía el Pan en que Dios respira, y palpita, y vive: la divinidad de la substancia en la pálida especie del trigo; ya el brazo vestido de blanco del pontífice que alzaba en alto el incensario de oro, su cabeza descubierta, hundida hacia atrás en la muceta carmesí, el vigoroso perfil de su cara casi en éxtasis.

Todo lo demás había desaparecido á mis ojos. En aquella columna de humo perfumado, mucho más que en la nube misteriosa que guiaba á Moi-

sés en el desierto, más que en la que envolvió la cumbre del tronante Sinaí, flotaba el hálito de Dios, su comunicación directa con su elegido, su voluntad y su ley, su redención y su amor.

Yo oraba, prosternado ante la misteriosa nube de la nueva era, en cuyo seno estaba el misterio.

La oración cristana, desde la puramente vocal, hasta el éxtasis ó anonadamiento de los santos, tiene infinitas gradaciones, como los colores medios del iris, como los matices del verde en el bosque : los unos se identifican con el celeste diáfano, los otros se funden con las tierras, y todos constituyen la armonía.

El alma se hunde más ó menos en la inmortalidad de sí misma, abandona más ó menos los sentidos : concibo que llegue á abandonarlos por completo ó á arrebatar el cuerpo suspendiéndolo. Las sensaciones se van alejando mucho; la música del órgano se desvanece en la distancia; los ruidos de nuestro lado se borran; va quedando solo el zumbido de nuestra propia circulación en los oidos. Todo calla por fin : las emanaciones del alma que cree pasan por el pensamiento en ráfagas intermitentes; pasan hacia arriba, dejándonos la vibración de sus alas.

La fé se vigorizaba en mi alma, cuando yo oraba cerca de León XIII, y también la esperanza y el amor.

Buscaba forma para hablar con Dios, y acudia

á mis labios, con su comprensión inagotable y misteriosa, la fórmula que nos enseñó el Maestro: el grito al Padre, al Padre que está en los cielos; el ansia de su gloria y de su reino, y de su gracia, y del cumplimiento de su voluntad soberana; la súplica del pan, sobre todo del pan vivo, bajado de lo alto como prenda del divino amor; y la dulce demanda del perdón, con la protesta, más dulce aún, de haber perdonado y de estar dispuesto á perdonar siempre; y el clamor del hombre que pide á Dios refugio contra la tentación y el mal, sitio en el cielo para guarecerse de las tempestades de la tierra.

Allí flotaba en mi alma tu memoria; yo pronunciaba tu nombre, y el nombre de nuestros hijos uno por uno, y el de nuestra patria, y el de todos los que quisimos y nos precedieron en la otra patria sin fronteras. Y todo eso iba á la nube que brotaba del incensario de León XIII; y todo envolvía el tabernáculo como haciendo violencia al mismo Dios; y todo se elevaba y se hundia en lo ilimitado. Y allá ha quedado. Estoy seguro de que algún dia lo encontraré.

Yo entonces sentia una lágrima que se hinchaba en mis ojos; y cuando, terminada la ceremonia, volvió el Papa á cruzar la iglesia, recibiendo primero los homenajes de los cardenales y demás personas que lo acompañaban, y después las aclamaciones del pueblo que nuevamente lo victoreaba, y

agitaba los pañuelos, y pugnaba por romper el circulo de los guardias para arrojarse á los piés del anciano, yo miraba casi impasible, al través de mis ojos anublados, á León XIII, que iba ganando terreno lentamente entre la multitud y desapareció entre ella; á la multitud misma que se agitaba como miés sacudida por el viento, y su dispersión, al fin, en las amplias galerias del Vaticano

ROMA

Una pincelada, una sóla, quisiera enviarte que te sugiriera mi primera sensación del interior de la basílica de San Pedro.

Pero como es esta una sensación luminosa, necesita su fondo propio.

¿Recuerdas la catedral de Sevilla? ¿Recuerdas que yo vivia en ella la mitad del dia cuando visitamos la ciudad del Guadalquivir?

Ese era el tipo de gran catedral que yo traia en la mente cuando, en este mi primer viaje por Europa, fuí ávidamente á conocer á San Pedro: hileras de columnas góticas, agrupadas, casi negras, que suben como haces de saetas disparadas de muchos puntos del suelo, y se encuentran allá arriba, muy arriba, formando los enérgicos nervios de la bóveda, que parece el interior de un largo craneo humano desenterrado; ojivas envueltas en medias tintas; luces de colores vagos y flotantes; ventanales radiosos é irisados, abiertos en honduras de claridades dudosas; antiguas rejas negras, vene-

rables; coros situados en el centro de la nave, dentro de sus altas verjas de hierro oxidado, y con sus maravillosas sillerías esculpidas en maderas duras; grandes facistoles y candelabros de bronce; sepulcros antiguos de piedra en el centro ó á los lados de las capillas, y sobre los cuales están tendidos arzobispos con su báculo y su libro en las manos, ó arrodillados, inmóviles, con las manos juntas, hombres vestidos de armaduras ó ilustres damas de piedra; losas sepulcrales en el suelo con inscripciones en caracteres góticos casi borrados; cuadros admirables que, para ser vistos, necesitan una pupila largo tiempo habituada á la media luz; figuras de granito con las cabezas hundidas en la sombra del doselete calado; esculturas raras, venerable vetustez, rincones misteriosos, amplia, y obscura, y flotante soledad.

Eso, en mayores proporciones, con mayor prestigio y en estilo greco-romano, en vez de gótico, esperaba yo encontrar en la basílica tres veces secular de San Pedro, según las descripciones que había leido; y eso fué lo que comencé á sentir al llegar á la gran plaza en la cual, ya las antiguas losas de piedra del pavimento, ya la vieja y grandiosa columnata circular que la rodea, ya el obelisco que se eleva escueto en el centro, levantando su cruz de hierro, ya el frente mismo de piedra obscura de la basílica, sentada con severa serenidad allá en el fondo como una reina anciana, sugieren la idea de lo vetusto, unido á lo grandioso, tienen musgo en las suturas de

los sillares, aristas rotas ó desgastadas, humedad negruzca.

Yo, pues, ó no he sabido leer, ó mi preocupación era inconmovible, ó nadie había sabido darme idea del interior de San Pedro.

Cuando retiré la pesada cortina de la puerta central y, ya en la nave, levanté la cabeza, una explosión de inesperada claridad, de brillante amplitud sonriente me deslumbró. Aquella bóveda de relucientes casetones dorados, sostenida por pilastras y arcos de mármol blanco y brillantísimo, é inundada por la luz de los inmensos ventanales clarísimos de vidrios esmerilados, color de leche aguada; aquella excelsa curva no limita el cielo; parece que lo hace descender.

Eso no puede tener tres siglos. Así no sonrien los ancianos

Ese inmenso espacio determinado por la redondez nítida y sencilla de las bóvedas y de la cúpula no encierra, da libertad.

Allí no hay nada oculto; todo va apareciendo á primera vista, brillante, sencillo, inundado de luz natural, luz meridiana de cielo; todo aparece á medida que se avanza en la espléndida nave hacia la cúpula.

Son unas cuantas líneas purísimas que ondulan en el espacio como cintas de oro y mármol; que corren por el arquitrabe, el friso y la cornisa; se abrazan en el anillo en que reposa la cúpula, y siguen, siguen serenas y nobles, difundiéndose sin interrupción hasta los extremos del crucero y del ábside.

Y de aquel anillo sencillísimo, al que convergen las curvaturas de las cuatro bóvedas; de aquella base tenue de cinco líneas puras, entre las cuales se lee el *Tu es Petrus*, arranca con flotante solidez y sube, y sube, ya perdida la idea de dimensión, la curva solemne de la cúpula de Miguel Angel.

Las líneas de los arcos que sostienen el cornisamento y la bóveda, se apoyan en los chapiteles de los pilares y se lanzan al espacio en busca del otro chapitel, leves é ingenuas, como si sonrieran para demostrar que no sienten el peso que sobre ellas gravita. Los ángeles de mármol recostados en esas tenues curvaturas á ambos lados de la clave de los arcos, descansan tranquilos, y parece que se asoman y miran sonrientes hacia abajo para gozar con nuestro extático asombro.

No se mira más que eso: líneas ilimitadas que flotan en ilimitada luz. Yo no podía ver detalles; la zarpa del conjunto se había clavado en mí: la belleza tiene también algo de la fiera.

La iglesia es inmensa; pero, ó las líneas se achican al ajustarse á sus maravillosas proporciones, como el sonido agudo se suaviza en el acorde y el ritmo, sin perder su intensidad, ó uno se agranda cuando respira aquel aire.

Allí no hay nada enorme; nada que agobie; allí nada se hunde, nada surge: nada material es protagonista, á no ser la luz.

Es como la firme é indiscutible conciencia del

poder y de la fuerza que en nada se manifiesta, y que parece decir sin énfasis : *soy, porque soy.*

Se diría que un arquitecto y algunos escultores gigantes de un planeta mayor que el nuestro se propusieron construir y decorar una iglesia del estilo de las de nuestra tierra, muy pequeña con relación á ellos y á su mundo, como si cincelaran una joya, un juguete sideral; y, terminada la obra en pocos días, allá en su astro nativo, la bajaron á la tierra, á fin de que los hombres, al caminar bajo la cúpula, se convencieran de lo pequeños que son, y de que sólo Dios es Dios.

Todo allí es nuevo, reluciente, virgen; no hay una arista cascada, ni una losa desgastada. Todo brilla : mármoles de colores, chapiteles blancos, acanalados de las dobles pilastras corintias, casetones interiores de los arcos, ménsulas de las cornisas, medallones, retablos, pavimento, esculturas, cuadros de mosaico que parecen telas que acaban de recibir la última pincelada.

Todo allí es joven, hasta la luz.

Recuerdo que cuando el escultor Fabisch, encargado de interpretar en el mármol la visión que había tenido la niña aldeana de Lourdes en la gruta de Masabielle, pedía á aquella inspiraciones para modelar la estatua de la Virgen, le preguntó, entre otras cosas, qué edad tendría la Señora que había visto. La niña le contestó entonces con sublime ingenuidad : Pero Señor, *la Señora no tenía edad.*

La basílica de San Pedro no tiene edad : es el

símbolo de la eterna juventud y de la amplitud en el tiempo y el espacio de la Iglesia, basada en la Piedra. La eternidad es eso : *posesión perfecta y simultánea de una vida interminable.*

La basilica es, y debia ser, greco-romana, y no gótica. La nitidez de la madre linea griega, que corre por sus arquitrabes ó se envuelve graciosa en sus volutas; la grandiosidad de la curva etrusco-romana que esplende en sus bóvedas, son la regeneración, la consagración de la linea y del arte paganos. Ese cuerpo bellísimo de formas que fueron profanas, compenetrado aquí por el espíritu cristiano, es como el cuerpo del hombre que pecó y que, una vez salvado y glorioso, adquiere en la inmortalidad la transparencia, la agilidad, la clarividencia del espíritu libre en su ingénita necesidad de amor. No era posible que la hermosura plástica griega dejara de adaptarse á la hermosura moral cristiana.

Sólo hay dos estilos arquitectónicos : el griego y el ojival. San Pedro es un símbolo de gloria, y el griego es el estilo triunfal ; el arco en plena cimbra es nimbo de vencedores.

El templo ojival parece modelado en el molde de un quejído de Job, en el de una lágrima del profeta de las ruinas, en el de un grito de penitencia, de perdón y de esperanza del rey salmista ; y alumbrado con la luz de las antorchas del huerto de Getsemaní. La basílica de San Pedro toma su forma

en un verso del Cantar de los Cantares, en uno del libro de Ruth, en el salmo incomparable de la esclava dichosa del Señor al elevar su acción de gracias; y está iluminada por la lumbre del Thabor ó por la de la aurora del sábado, en que oyeron las mujeres el ¡*surrexit!* ha resucitado.

Las venerables basílicas góticas que, en el fondo obscuro de sus ábsides, rompen su vetusto muro con la explosión de luces irisadas de su calado rosetón, son espacios sagrados de nuestra tierra, con vistas al cielo.

El cielo tiene vistas á la nave incomparable de San Pedro.

Parece que acaba de salir de ella, para volver pronto, la banda de grandes seres flotantes y felices creados expresamente para vivir en su ambiente, nadar en su luz, y recorrer sus ámbitos poblándolos de inauditas resonancias.

ROMA

Déjame escribirte hoy sólo sobre mi dia de ayer, que yo quisiera colocar «*nel mezzo del cammin di nostra vita.*»

Su recuerdo morirá conmigo; aún más: creo que conmigo resucitará.

Comenzó en el Vaticano y terminó en el Coliseo.

Por la mañana asistí á la misa del Papa: recibí en ella, de manos de Léon XIII, el pan eucarístico; hablé después un rato con el Vicario de Jesucristo.

Te imaginarás, pues, el estado de mi alma en ese dia.

¿Cómo terminarlo?

Me fui, antes de venir la tarde, al gran anfiteatro romano; me senté entre sus ruinas, y dejé caer sobre ellas y sobre mi el crepúsculo, y la noche, y la luz de la luna, y la soledad gloriosa.

Vamos á ver cómo te hablo algo de todo eso.

Yo no podré describirte la misa de Léon XIII; tengo sólo en la mente un confuso eco de mis impresiones en ella.

Cuando yo estoy dispuesto á recibir al Dios vivo en las divinas especies, todo lo demás es accidental para mi: accidental es el recibirlo en la más humilde iglesia de aldea, de manos de un pobre sacerdote, ó en una capilla del Vaticano de manos del Vicario de Cristo.

Aún más : si Cristo personalmente me ofreciera el divino Pan que es su cuerpo, y su vida, y su divinidad, siento que mi fe soberana veria también sólo un accidente en la presencia ante mis sentidos del Divino Hijo de María, mi Dios y mi Redentor. Dándoseme en esa forma, casi no me concederia más de lo que ya me ha concedido al darme el Pan vivo que está en su tabernáculo, y la fe que está en mi alma.

Sin embargo, las grandes conmociones de los sentidos ofrecidas á Dios son también un tributo que Él acepta ; y yo le doy gracias por haberme permitido consagrarle la indeleble impresión de ver subir al altar al sumo sacerdote de su ley de gracia ; la de verle ofrecer al cielo la victima inmaculada, y, con ella en las manos, radioso como una aparición entrevista, decirme al presentármela : *Aquí tienes el cordero de Dios; este es el que quita los pecados del mundo.*

Todas las grandes impresiones de la vida se borran, al encenderse en mi mente el recuerdo de esa impresión.

León XIII, alto, pero algo agobiado y muy delgado, muy fino, se alzó del reclinatorio en que oraba, vestido de su sotana blanca y su esclavina, preparándose á reproducir el Eterno Sacrificio. Se lavó las manos al pie del altar y, revestido de las rojas vestiduras de nuestro rito, comenzó la misa. Yo oía por primera vez su voz.

Es clara, enérgica y solemne. Su invocación á la Santísima Trinidad, al alzar la mano hacia la frente para santiguarse, se difundió en medio del mayor silencio. Veinticinco ó treinta personas estábamos en el oratorio, y todas, como yo, esperaban seguramente ansiosas el sonido de su oración.

Siempre he hallado una belleza incomparable, aún artísticamente apreciadas, en las fórmulas de la misa, *alma mater* de las bellezas inagotables de los libros sagrados.

La solemnidad de sus primeras palabras, introducción como ninguna del gran poema eternamente vivo, siempre me eleva el espíritu y me conmueve.

« *Entraré en el altar de Dios* », dice el sacerdote al pie del ara santa, con serenidad de cielo sin nubes sobre el mar. ¡Entraré en el altar de Dios!

Y el pueblo contesta llamando á Dios « *alegría de su juventud* »: Al Dios que alegra mi juventud.

¡Cómo se definen los dos espectadores del gran sacrificio!

El sacerdote que lo anuncia, que avisa al pueblo que va á subir al altar; el pueblo que reconoce al

Dios que espera, y lo reconoce como soberano autor de la alegria pura y santa, de la alegria juvenil!

Eso, que siempre es grande y hermoso, dicho por León XIII resonó en mis oidos como el toque á silencio de un ejército invisible. Sus primeras palabras sonaron como seres vivos: agitaban las alas.

El Papa dice las oraciones lentamente y vocalizando con claridad; su voz tiene ciertas inflexiones, cierto ritmo caracteristico: fatiga de vigorosa ancianidad, solemnidad de sumo sacerdote, dulce amargura, quejido de espiritu agobiado que se desahoga, expansiones enérgicas de consuelo y de esperanza. Parece que, cuando le va á faltar el aliento para terminar una frase, arroja una gran cantidad que tiene comprimido en el pecho, para renovarlo en una fuerte inspiración que le hace alzar la cabeza con movimiento casi convulsivo.

Estoy buscando en vano cómo interpretar con fidelidad, cómo hacerte oir el sonido de la voz del Papa en ese *Introibo ad altare Dei*, en ese *lavabo inter innocentes manus meas*, en ese Evangelio, en ese *sanctificetur nomen tuum* que oí ayer de sus labios, y, sobretodo, en el *Ecce agnus Dei ecce qui tollit peccata mundi*, con el pan de vida en las manos, que, con haber estremecido tantas veces mi alma, jamás habia tenido una resonancia igual en el fondo de mi ser.

¡Si yo pudiera hacerte sentir el momento de la

consagración y de la elevación; su silencio de tempestad que se acerca!

Cuando León XIII separa los pies del altar para inclinarse apoyado de codos sobre él, y arrojar el aliento de las palabras omnipotentes sobre la cándida substancia que va á aniquilarse; cuando, después de realizado el portento, más grande que el de la creación del mundo, cae el Papa de rodillas, sosteniendo en sus manos la nueva substancia divina; cuando, por fin, el viejo augusto, como haciendo un supremo esfuerzo, eleva lentamente la hostia blanca que tiembla entre sus dedos pálidos, y la sigue con los ojos en el aire, inclinando hacia atrás la cabeza cana, y cae de nuevo de rodillas, apoyando la frente en el altar como aniquilado por el peso de la víctima divina caida entre sus manos, entonces parece que el silencio se concentra en el aire y se hunde en las almas. La voz de la campanilla, que ha sonado tres veces, se apaga, dejando ecos de paraiso perdido; se perciben los ruidos más débiles. Yo oí algunos sollozos, el sonido de la campanilla de la que se desgranaron de nuevo algunas gotas sonoras, el crujido de las ropas del Papa al arrodillarse... y, dentro de mí, las palabras del libro de Job, que resonaban: *descendieron los cielos, y Él bajó.*

¿Pero cómo hablar del sublime silencio sin turbarlo? Lee, pues, aquí lo que no está escrito, y así me entenderás.

El Papa abre los brazos hacia el pueblo, repitiendo el sereno saludo del Divino Maestro: *La paz sea con vosotros*, y difunde la paz; alza el brazo derecho algo tembloroso, mientras inclina un tanto la cabeza sobre el brazo que levanta, diciendo: *caiga la indulgencia y el perdón sobre vosotros*, y parece que aquel brazo trémulo derrama sobre el mundo el perdón y la indulgencia. Arrodillado, por fin, al pie del altar, reza clara y lentamente las tres *Ave María* que él mismo ha agregado á la misa universal, pidiendo á la Madre de Dios que venga en auxilio de la Iglesia hoy perseguida y atribulada; ruega é insiste; invoca al jefe de la milicia angélica, que un día arrojó al arcángel rebelde del cielo, pidiéndole que hoy lo arroje de la tierra y de las almas, en cuyo torno vaga como el lobo alrededor del aislado caserío, y su voz cobra nuevo fervor, nuevo y especial ritmo de súplica acongojada. Dios no puede menos de atender el clamor de ese anciano sacerdote; este no le pide su triunfo personal, porque ya se inclina al sepulcro, sino el de su Iglesia, el de sus hijos redimidos, esparcidos por el mundo.

Ya te lo he dicho: de todo eso cási no tengo idea precisa. Mi ser, hundido en si mismo, adoraba á su Dios que circulaba en él como el calor y la vida; que fundia su sangre con la mia, dejando en mi cuerpo simiente de resurrección y de inmortalidad: mi acción de gracias se elevaba sin forma, como el incienso desde el áscua.

Después de la misa del Pontifice, uno de sus pre-

lados domésticos celebra otra que Léon XIII oye desde su reclinatorio, con la cabeza entre las manos.

Todos oyen en silencio esa misa, unidos al Papa. De vez en cuando, un suspiro hondo, que brota de entre los dedos de éste, le hace alzar los hombros que bajan después lentamente. Esos suspiros suenan como rugidos ahogados que repercuten en el cielo. Todos miran entonces hacia aquel reclinatorio; todos sienten que algo grande pasa allí. ¿Se queja á Dios aquel viejo del peso que ha puesto sobre sus flacas espaldas?

Terminada la misa de acción de gracias, recibe el Papa, sentado en su sillón, á las pocas personas que han sido invitadas á su misa. Un cardenal anuncia á los que van llegando.

Afable, sencillo é ingénuo, me tomó la mano que conservó entre las suyas, mientras permaneci arrodillado á su lado.

Me hablaba en francés con acento expresivo. Sus ojos verdes azulados, miran con intensidad de joven; y, como se abren en una cara de una palidéz mate, semejante á la de un mármol de excavación con finas grietas azules, parece que están solos, desprendidos, como un desentono en una mancha timida de color, y que concentran en sí toda la luz de aquella vida. Porque el color de la tez no excluye en el varonil anciano la fuerza de concentración de los músculos; no es su cara una cara impasible y fría: es viva, movediza, enérgica. Los músculos de la sien tienen un movimiento es-

pecial hacia los ojos que, por esa contracción, brillan más en lo hondo. Si no fuera irrespetuosa la palabra, yo diría que me había parecido ver algo de picaresca jovialidad en los puntitos de luz que se movían en la transparencia de los ojos de León XIII.

Su nariz fuerte, saliente, no es aguileña; pero da rasgos de águila al conjunto de la cara, y descansa firme sobre una boca grande y expresiva, muy italiana, muy elástica, que parece seguir en sus movimientos directamente la intensa vivacidad de los ojos.

El paño blanco de su sotana cae en pliegues amplios y duros desde la rodilla, como sostenido interiormente por una punta, como si allí dentro no hubiera más que un armazón vacío; no se siente el músculo, no hay allí más cuerpo que el indispensable para sostener y mantener, como una antorcha, la luz de la cabeza.

La cadena de oro de la cruz pectoral que cuelga de sus hombros, parece demasiado pesada para estos, al caer á lo largo del pecho.

Sus manos, de dedos largos, son también, como el rostro, pálidas y frías; cuando descansan sobre la sotana blanca, parecen las manos de un convaleciente. Al sentir su contacto prolongado en la mía, mientras sus penetrantes ojos azulados buscaban hacia abajo mi mirada con afable interés, yo experimentaba, francamente, un escalofrío que no se parecía á ningún otro. Ningún otro hombre puede producirlo.

Y sin embargo, es tal el movimiento de benevolencia y de interés con que León XIII se inclina hacia uno, para oirlo y estimularlo á hablar, que el profundo respeto que inspira su blanca persona se refunde en un sentimiento de filial confianza. Yo le hablé muy conmovido, pero con plena posesión de mi mismo, casi con locuacidad.

Recuerdo bien que la primera idea que me sugirió ese momento, fué el sentimiento de hallarme allí sin Vds., y así se lo dije al Papa.

¡ Cuánto siento, Santo Padre, el hallarme solo á vuestros pies; el no poder compartir con mi mujer y mis hijos la alegria de veros al fin; el no poder pediros todos juntos vuestra bendición!

¡ Oh! pero aqui estais vos, me dijo; aqui están, pues, todos ellos. Yo os bendigo á todos, todos, ¡ seguramente!

Comprendió entonces, sin que se lo indicara, que una cajita que yo llevaba en las manos, contenía objetos de culto para Vds., que reclamaban su bendición: tus rosarios, las medallitas recuerdo de la primera comunión de nuestros hijos, las memorias sagradas de los seres queridos que nos precedieron en la muerte, y otros objetos que yo habia adquirido con ese fin en Roma. Puso la mano sobre la cajita, como haciéndola propia para regalármela, destinándola á Vds., é infundiendo así con su intención en aquellos objetos, su bendición y su recuerdo. No tengas cuidado; de todos me he acordado, hasta de José Luis y de Antonio.

¿ Qué hablé, además de eso, con León XIII? Nues-

tra patria, sus destinos, su felicidad en la fe y por la fe, fueron el tema de nuestra conversación. Oh, me decia, esa es la felicidad única de los pueblos; pero es necesario merecerla; es preciso trabajar en defensa de la Religión, perseguida por tántos enemigos! Pero yo no te podré decir todo lo que hablé con el Papa; no lo pretendo tampoco. Yo no iba allí á conferenciar, ni mucho menos; iba sólo á gozar de la alegria de ver de cerca á León XIII, de oir de cerca el timbre de su voz articulada. Recuerdo, sin embargo, su sonrisa, cuando advirtió el empeño con que yo quise fijar su atención y atraer su memoria y su bendición sobre nuestra tierra, nuestro Uruguay, *situado en la margen izquierda del Plata*. El Papa hablaba de nuestra América española; estaba bien, muy bien; él es el padre. Pero yo era uno de los hijos y no el otro; yo queria, á todo trance, que él hablara de nuestro Uruguay especialmente; no quería ver á este confundido con nadie en ese momento del Papa, que era un momento exclusivamente mio.

Oh, sí, sí, no lo confundo, me dijo, adivinando mi candoroso empeño y sonriendo.

Llegue, pues, á la patria ausente ese recuerdo y esa bendición de León XIII, y llegue también á Vds., á tí, á nuestros hijos, como el mejor recuerdo que puedo enviarles de mi viaje.

Salí del Vaticano, y encontré pequeño el mundo real. El sol, sin embargo, bañaba la plaza de San

Pedro y la columnata de Bernini. El contacto con Dios y con el Papa, parecia que habia hecho nacer en mi espíritu la necesidad de algo más grande que el mundo.

¿ Dónde encontrarlo dentro de lo material?

¡ Hay tántos sitios para ello en Roma!

Frente á mí se ofrecía la basílica de San Pedro, coronada por la cúpula colosal de Miguel Angel; el cielo me parecía sólo la aureola espléndida de aquella cúpula sumergida en la transparencia azul.

A ella me acogí. Entré por quinta ó sexta vez á la gran maravilla del arte cristiano, y oí tranquilo, bajo su bóveda dorada, la misa de acción de gracias. Casi no vi sin embargo á San Pedro esa vez: era que habia entrado dentro de mí mismo y sentia que, en la capacidad de mi alma, se movia con holgura la cúpula de la basílica.

Sólo Dios es grande.

Y busqué en seguida asilo para mí dia y mi tarde, y mi noche. Y las catacumbas, y la via Apia, y la carcel Mamertina me lo ofrecieron para el primero; y la ruina del gran coloso pagano, del anfiteatro consagrado por la sangre de los mártires, satisfizo, al caer la noche, mi anhelo de grandeza y majestad.

Te contaré algo de todo eso, si puedo, en mis cartas siguientes.

ROMA

Era la *Via Apia*, á la que salgo por la puerta de San Sebastián, un camino que llegaba hasta Albano, muy frecuentado en los tiempos romanos. En sus bordes, á uno y otro lado, y de trecho en trecho, hacian construir sus sepulcros los poderosos. En otros caminos se ven alineadas las sombras de los árboles; aquí se alineaban las sombras de los muertos. Aún se notan, aislados y en ruinas, el sepulcro de los Escipiones, el suntuoso de Cecilia Metella, y algunos otros : son troncos secos de la selva que segó el tiempo.

Por ese mismo camino huía de Roma una vez San Pedro, incitado á ello por sus propios discípulos, que veian en peligro la vida del apóstol en medio á la persecución.

Huia este entre los sepulcros que orlaban el camino, cuando, de improviso, se encontró con un hombre á quien de pronto no reconoció : tenia la frente alta; los ojos garzos y dulces; el cabello, par-

tido sobre la frente, le caia en ondas sobre los hombros como lo usaban los nazarenos ; la barba era rubia. Llevaba las manos y los piés taladrados, y caminaba en dirección á Roma, á paso lento, y agobiado por el peso de una cruz de madera que cargaba sobre los hombros.

San Pedro lo reconoció al fin.

— ¡ Señor! exclamó; ¿ á dónde vais?

— *Domine : ¿ quo vadis?*

— Voy, contestó el hombre de la cruz, á Roma: á hacerme nuevamente crucificar.

Poco tiempo después, San Pedro recibia en Roma el martirio. Fué condenado á muerte de cruz ; pero no se consideró digno de ser crucificado como Aquel á quien habia encontrado en la Via Apia, y pidió serlo con la cabeza hacia abajo.

Hoy, en el sitio del encuentro, se levanta una iglesia, y en esta se conservan las losas del antiguo camino, en una de las cuales se ven grabadas las huellas de dos pies taladrados. La tradición reconoce, y la piedad respeta en ellas, las huellas dèl Redentor.

La iglesia se llama el *quo vadis.*

Debajo de la via Apia, en que ostentaban su grandeza los muertos paganos, está la otra via subterránea, la que era llamada *dormitorio* por los primeros cristianos : alli, bajo la tierra, están las catacumbas.

Penetremos en ellas; bajemos á las de San Ca-

lixto, y recibiremos una impresión extraña, completamente nueva y solemne.

Te aseguro que yo nunca crei que las catacumbas conservaran el carácter que conservan. Parece, al penetrar en ellas, que acaba de entrar la comitiva de los primeros cristianos, que traain oculto el cadáver despedazado de un mártir para darle sepultura, y que pronto vendrá otra comitiva á ocultarse á los ojos de los perseguidores.

Un guia nos acompaña y nos provée de largas cerillas que encendemos al entrar. Se penetra en una cueva abierta en la tierra, y se camina hacia abajo en medio de la obscuridad. El olor á tierra húmeda y la frialdad del aire, causan inevitable impresión de pavor. La cueva tuerce á la izquierda, y sigue larga y negra; después á la derecha y sigue, y sigue, y vuelve á torcer, yo no sé en qué dirección. De repente se ensancha, ocupando un espacio circular.

Francamente, yo me sentia incómodo.

Aqui, dice el guia, está el sepulcro de Santa Cecilia : aqui se colocaba la Santa á alumbrar con una lámpara el camino á los cristianos.

¡ Santa Cecilia! : ¿Querrás creerme? Senti que la impresión penosa se aliviaba en mi espíritu; senti luz.

Allí estaba, efectivamente, el sepulcro. Sobre él habían colocado una maceta de flores.

Yo sentia allí el espíritu de la dulce virgen ciega; recordaba su historia, ante la cual desaparece la hermosura de las Cordelias, y de las Julietas, y las

Ofelias de la leyenda profana. Cecilia es la encarnación de todo lo puro, de todo lo adorable que la poesía puede soñar en la mujer.

¡Y los cadáveres de las Cecilias y de las Ineses poblaron las catacumbas cuyo suelo yo pisaba!

Aquel aire era para mi ya más respirable; aquellas tumbas que me rodeaban, envueltas en la obscuridad, tenian algo menos de sepulcro al convertirse en altares.

Pero estábamos aún muy cerca de la entrada: el plano que pisábamos, que yo creia el fondo de la escavación, queda casi en la superficie.

Seguimos caminando y caminando hacia abajo; parecia que la obscuridad se hacia más densa; delante de los ojos, sólo se veia el punto negro y profundo del agujero que continuaba; alrededor, sombras que se alejaban algo del foco de nuestras cerillas, é iban á amontonarse en los rincones. Sepulcros destapados y vacios á un lado; cerrados y mudos al otro; abiertos y con su habitante á la vista, en el de más allá. Se ve en éste el blanco esqueleto de un hombre; parece, por sus dimensiones, un joven, acaso un niño.

¿Fué un martir? ¿Fué traido del circo, despedazado por las fieras?

No puede asegurarse. La Iglesia no ha declarado despojos de mártires, sino aquellos que, sea por la inscripción del sepulcro, sea por los instrumentos de martirio que en este se hallaban, ó por otras

pruebas concluyentes, demostraban que el ser que los animó habia sido muerto por odio á Cristo.

Pero aquellos despojos que blanqueaban en la obscuridad, tendidos á lo largo del sepulcro entreabierto, tenian en ese sitio religiosa solemnidad.

Caminábamos, uno detrás de otro, pues en esos callejones no caben dos hombres de frente, cuatro personas en pos del guía. En medio de las sombras, la pequeña luz de las cerillas formaba como una aureola pálida y flotante.

Aqui, decía el guía, hay otra capilla. Era un nuevo ensanche circular del camino; el techo se elevaba en forma de cúpula chata y negra; se alzaba la cerilla del guía para alumbrarlo, y todas las nuestras detrás de la suya como fuegos fatuos movidos por una corriente aerea; las sombras huian á replegarse en los ángulos.

Allí hay un sepulcro abierto y vacío : el cuerpo del pontífice mártir que lo habitó ocupa hoy su gran mausoleo en San Pedro.

En los primitivos tiempos esa tumba era el altar; á su alrededor oraban los primeros cristianos á la luz de sus lámparas de aceite; allí recibian el pan de los fuertes; de allí partian muchas veces á entrar en la inmortalidad gloriosa por la fauces de una fiera.

— ¿ Terminan aqui las catacumbas?

— ¡ Oh! contestó el guia, esta tiene más de tres leguas de extensión. Por aqui continúa.

Efectivamente : allí donde parecia cerrada la galería, hay un agujero estrecho, un camino que circunda la capilla y se trifurca; sigue hacia el frente, y hacia la izquierda, y hacia atrás, y continúa, siempre angosto y negro, siempre hacia abajo, y siempre con sus paredes tapizadas de sepulcros más ó menos entreabiertos ó cerrados.

El acre olor á humedad es cada vez más fuerte : el frio, acurracado por todas partes, abajo, arriba, en los costados, parece que lo toca á uno desde la obscuridad, y se esconde, para volver á tocarlo de nuevo en la cara, en las piernas, en el cuello, en las puntas de los pies.

Allí se pierde todo rumbo, y una impresión de soledad y extravio, sin vuelta posible á la luz del dia, comienza á experimentarse. Parece que las galerias se van tapiando detrás de nosotros con sombras petrificadas á medida que vamos avanzando.

¿ No se extraviará este guia, y, cuando quiera volvernos á la luz, nos hundirá más en la sombra ?

¿ Dónde estará ahora la salida? ¿ Quién será capaz de encontrarla?

Esta desatinada idea se clava en la mente cuando uno menos lo espera : al menos á mi se me ofrecia importuna y tenaz.

Mis impresiones se iban haciendo lentas, intermitentes; mis ideas parecia que volteaban, ó que huian como un ejército en derrota, perseguidas por una sóla que las iba matando y apoderándose de mi mente, á pesar de su resistencia: el deseo de

ver otra vez la luz que ya me imaginaba perdida para siempre; de apagar aquella cerilla que llevaba en las manos; de meditar sobre las tumbas, pero fuera de ellas. Ese era el sentimiento vencedor.

Por fin triunfó y volvimos á la luz del dia.

¡ Oh! qué hermosa es la luz! La vida, ¡que hermosa! ¡El verde de los árboles llenos de sol, el azul del cielo lleno de gloria, la libertad del aire lleno de gérmenes!

¡ Y que esto no baste!

Es que, aun sumergido en la luz, no he salido de las catacumbas, no he salido del *dormitorio*. Dormimos. Estamos en las catacumbas del cielo y, para alumbar los pasos de nuestra alma, el sol es pequeño; necesitamos la lámpara de aceite de allá abajo, la lámpara de Santa Cecilia.

Pero yo no habia escarmentado: yo tenia que visitar la cárcel Mamertina, que queda en el camino del Coliseo en que debia pasar la tarde, y bajé á ella.

Ese antro da una idea de lo que eran les antiguas cárceles á que arrojaban á los cristianos. Consta de dos capacidades sobrepuestas. A la superior se entraba por un agujero proyectado en el suelo exterior, que constituye el techo de la prisión; á la inferior se penetraba por otro agujero hecho en el piso de la primera. Se descolgaba al prisionero por medio de una cuerda y alli quedaba.

Son dos sepulcros sobrepuestos á los que descendimos par una escalerilla lateral. Las paredes negras están formadas por la misma roca socabada, y cerrada por una tosca construcción de piedra. En uno de los lados, en el que da sobre el Tiber, se ve una especie de ventanal cerrado por una gruesa placa de hierro; por él se supone que arrojaban al rio los cadáveres de los prisioneros que sucumbian.

Allí, en la cueva inferior, que fué cárcel de Yugurta, estuvieron ocho meses presos los apóstoles Pedro y Pablo; allí se conserva y se venera la columna á que el primero estuvo atado durante su prisión; y allí, por fin, está la fuente que el principe de los apóstoles hizo brotar milagrosamente para administrar el bautismo á sus compañeros de prisión, á quienes habia convertido á la fé de Cristo.

Tengo una grande impresión de la cárcel Mamertina; es un monumento de soberana hermosura. Mi pensamiento bajará muchas veces á ella en el transcurso de mi vida.

ROMA

Imaginate un espacio del mar, una gran playa ó bahía en que la tempestad ha sumergido una flota de barcos colosales. Pasada la borrasca, el mar recobra su sereno movimiento y su color habituales; el borde blanco de la ola rueda sobre la superficie azul, y va á desenvolverse, rompiendo sus burbujas, en la arena. Pero un mástil escueto y triste que se alza aquí como el brazo crispado de alguno que se ahoga, ó una punta que asoma allá, acariciada por la ola que anda en su torno, ó tres ó cuatro vergas cruzadas que, mas allá, se inclinan sobre el agua de cuyo seno surgen, revelan que allí, en el fondo del agua en calma, yace la ciudad flotante muerta.

Otros barcos nuevos, sobre las ruinas de esta, fondean y viven, zurcan tranquilos el mar, despliegan sus velas blancas al aire bonancible.

Se me antoja que la Roma moderna es la flota nueva que ha echado el ancla en el sitio en que los

vestigios de la antigua sacan aqui y allá sus brazos de esqueleto desde el fondo de la tierra en que la hundió el tiempo. Esa es, al menos, la impresión que se me despierta cuando, al recorrer las calles modernas de esta ciudad, veo salir de la tierra, ya la columna escueta del *Foro Trajano*, rodeada de fustes de columnas rotas; ya, en el otro lado, los arcos medio tumbados y enormes de las termas de Caracalla; ora la pirámide de Cayo Cestio, al dirigirme á la basilica de San Pablo; ora, á orillas del Tiber y yendo al Vaticano, la mole Adriana. La ciudad moderna está como amarrada á esas ruinas, incrustada en ellas muchas veces, anidada entre ellas. Ya se ve una iglesia cristiana que ha utilizado el antiguo frontón greco-romano de un templo de Júpiter ó de Augusto; ya una oficina pública que tiene aun como soporte de uno de sus lados una colosal columnata corintia con su antiguo arquitrabe de piedra y los intercolumnios cerrados por los nuevos muros; ya una estátua de San Pedro ó San Pablo que se ha posado en la punta de una columna conmemorativa de las victorias de un César, como una ave marina gigante y negra, que se ha detenido á descansar en el mástil de un barco sumergido.

Salgo de la carcel Mamertina en dirección del Coliseo, descendiendo por el monte Capitolino entre las calles angostas de la ciudad moderna, é inmediatamente me encuentro con el núcleo prin-

cipal de las antiguas ruinas, con el gran espacio que, comenzando en el arco de Septimio Severo, termina allá á lo lejos en el Coliseo.

Todo ese depósito de ru nas está seis ú ocho metros más bajo que el nivel de la ciudad, si bien rodeado por las calles y edificios de ésta.

Era ese terreno una hondonada formada por los declives de algunas de las colinas sobre las que se extendia la antigua Roma: el monte *Capitolino*, que dejamos á nuestra espalda, hoy completamente ocupado por las calles modernas; el *Palatino* y el *Esquilino*, que vemos á nuestra izquierda y á nuestra derecha respectivamente, poblados de ruinas; y el monte *Celio*, allá en el fondo. En el centro de esa hondonada existió un lago que fué desecado; y, en su lugar, así como en los declives de las colinas que á él convergen, se edificaron los más grandes y memorables edificios de Roma. Cruzo por entre sus ruinas, desde el *Foro* hasta el *Coliseo*, pasando bajo los arcos de triunfo de Septimio Severo y de Tito, que se atraviesan en la calle ó avenida central, y al través de los cuales se ve siempre, allá en el fondo, la mole redonda del Coliseo.

Todas esas grandes construcciones fueron arruinadas; todas fueron convertidas en un montón de escombros. Y los siglos hicieron llover sus horas y sus años sobre ellos, colmando casi por completo la hondonada comprendida entre las cuatro colinas. Y todo se transformó en un gran depósito de inmundicias, cuyo nivel fué subiendo, subiendo,

hasta dejar completamente sepultadas las ruinas colosales de Roma. Y sobre todo eso creció la yerba.

Ese campo se llamó mucho tiempo *Campo Vaccino* (campo de las vacas) ó porque en él pastaron los ganados, ó porque sirvió de feria ó mercado de bestias, ó no sé por qué.

Se excavó por fin, ese terreno; y las ruinas, como los escollos á medida que va bajando el mar, fueron, poco á poco, sacando de nuevo las tristes cabezas destrozadas á la luz del dia, en medio de las escorias de veinte siglos

Ahí están; su aspecto es soberano y sugestivo: es esto un osario de gigantes en el que uno siente muy pequeños sus propios huesos. No te las describiré en detalle; cruzo por entre ellas en dirección al Coliseo que se ve allá en el fondo y donde busco mi noche. El arco de triunfo de Septimio Severo está á mi lado: lo miro de arriba abajo largo rato, ando á su alrededor. Está roto, agrietado; sus mármoles son negruzcos. ¡Cuánto se ha hecho por destruirlo! ¡Acaso más que por construirlo! Tiene golpes por todos lados, agujeros, bajo-relieves sin cabeza, cornisamentos rotos, columnas truncas, chapiteles rapados, inscripciones borradas. Los hombres lo han mordido como fieras, los años lo han roido como ratones, poco á poco, pero sin cesar. Y ahí está, sin embargo. Es más hermoso, sin duda, que cuando sus mármoles brillaban; tiene la grandeza de un símbolo; la solemne majestad del estrago.

Allí enfrente, en la misma dirección, se alza el arco de Tito, esbelto y vivo al parecer. Es que de donde yo lo miro no se le ven las heridas; y la línea greco-romana invulnerable, hija de la gravedad y del reposo, es lo que constituye su belleza. La belleza arquitectónica griega estaba hasta en los huesos de las construcciones : el alma y la vida estaban hasta en los tuétanos de la piedra.

El suelo está cubierto por todas partes, hasta donde alcanza la vista, de fragmentos de columnas, chapiteles que cayeron de su alto fuste como penachos de palmeras tronchadas cuyo tronco seco queda en pie, miembros de estátuas, pedazos de frisos con bajorelieves.

Dos columnas solas, como dos huérfanas que sobreviven de una larga y hermosa familia, están ahí de pie, la una al lado de la otra, desnudas, ateridas. Siete ú ocho se levantan mas allá sobre sus bases áticas, recortando en el cielo sus tristes cabezas jónicas ó corintias, cabezas que fueron bellas y hoy son frías calaveras de piedra, ovarios secos de flores deshojadas. Sobre los chapiteles corre aún, uniendo la hilera de columnas, un largo pedazo de arquitrabe, y sobre este se apoyan algunos trozos de cornisamento y de construcción que se diría van á caer. Parecen pedazos de carne momificada entre las costillas de un esqueleto. Series de columnas, que no alzan más de un metro, determinan más allá el sitio en que existió otro templo, otro pórtico ó atrio de nombre resonante : templo de la Concordia y de Vespasiano, atrio de

Vesta, casa de las Vestales, tribuna de las Harengas... Nombres, nombres difuntos!

A la izquierda, en la altura del Esquilino, se ven tres pedazos de nave que parecen tres hornos colosales unidos; de sus bordes exteriores cuelgan algunas plantas arraigadas en las grietas : son la basilica de Constantino. Esas curvas son acaso las madres de la arquitectura greco-romana; esa bóveda apoyada en otra bóveda se elevará andando el tiempo; buscará la intersección de la curva en el ángulo ojival; cruzará en su centro los nervios de dos arcos diagonales; se apoyará en el arbotante, y elevará al cielo la nave gótica con sus ventanales y ojivas espledorosas.

Allá, á la derecha, en lo alto del declive de la colina palatina, cuna acaso de la ciudad de Rómulo, están las primitivas murallas de la Roma cuadrada, y se ven las series de poderosos arcos y bóvedas que sostuvieron los palacios de los Césares; hoy son agujeros de bordes negros y roidos; me parecen las entradas de cuevas de topos gigantes. Quedan sin embargo vestigios de los palacios: el de Tiberio, ó Lidia, su madre, conserva aún algunas de sus estancias, con sus paredes pintadas sobre fondos rojos y sus pavimentos de mosaico.

El arco de Constantino está allá lejos, en el extremo de la derecha; pero no lo he visto; no lo veo al menos en mi imaginación en el momento en que escribo, porque á su lado estoy viendo, casi sobrecogido, la mole del Coliseo al que me voy

acercando, viéndole tomar proporciones. Me parece que es él el que se acerca á mí con su redondez desmesurada desde el fondo de los siglos; lo siento hablarme, mirarme ceñudo y casi amenazante. Es el señor de este pueblo de ruinas; es un monstruo, una especie de pulpo negro, hecho pedazos, lleno de ojos ó de mordeduras por todas partes, achatado, agarrado á la tierra en que se hunde, y dispuesto á no soltarla jamás.

Antes de entrar en él á ver morir la tarde, me siento en una piedra, y miro largo rato el conjunto de las ruinas por entre las que acabo de atravesar.

Los rayos oblicuos del sol se arrastran por el suelo, tocan el borde de los escombros, resbalan por los fustes del ejército derrotado de columnas muertas ó heridas, tiñen de amarillo triste el frente de los arcos...

Rayos de luz fugaces y débiles como ese sol cruzan también por mi espíritu; ideas que vienen de lejos, de puntos distintos de mi memoria.

Esos chapiteles corintios que ruedan por el suelo, rotas ya y dispersas sus hojas de acanto, se me antojan cráneos insepultos de hermosuras griegas. En Grecia nació también la línea nítida y expresiva que corre por aquel pedazo de arquitrabe apoyado en una hilera de columnas, ó sonríe al envolverse en la graciosa voluta de aquel chapitel jónico. Grecia, la madre Grecia vió también nacer aquella otra línea recta que determina el ángulo de aquel

timpano roto, y es la misma que encerró en el timpano del Partenón la vida de la gloria, como comprimió la vida de la belleza dentro del límite sutil de las formas soberanas que Fidias modeló en sus frisos.

En cambio, todas esas lineas curvas, esos arcos, esas naves, esas bóvedas que se apoyan mútuamente, esas arcadas poderosas, aún esas columnas griegas empotradas en muros, todo eso no es griego. Grecia apoyaba el nítido dintel en la columna esbelta y firme : las ideas de elegancia y las de ornato se identificaban con las de solidez y resistencia en la noción pura de belleza que era el alma de su arte jamás superado. Después, en Roma, la columna deja de ser esencialmente soporte, para ser sólo ornamento; la resistencia queda confiada al arco, á la bóveda, hijas de Etruria aunque de sangre asiática.

Si : todo eso es Etruria, Italia primitiva que se impone á Roma bárbara, su señora, y se viste después con la clámide griega. Etruscos fueron los primeros arquitectos y los primeros escultores y hasta los primeros dioses de Roma. No creo en la existencia del cuarto órden arquitectónico, que, con el nombre de toscano, se ha atribuido á Etruria. El toscano es un dórico corrompido; pero el arco y la bóveda, que son sin duda etruscos, constituyen la médula, los huesos y los nervios de los colosales organismos greco-romanos, cuyo tipo admiramos en ese coliseo. En él se ve á Roma tomar la arcada y la bóveda, refundir los órdenes griegos

para vestirlos y ornamentarlos, dar bases á la columna dórica, modificar las volutas, combinar el estilo jónico con el corintio para formar el compuesto, y amontonar todo eso con inaudita pujanza en los anfiteatros que construye para sus tigres, en los arcos triunfales que eleva para sus césares, ó en los panteones bajo cuyas cúpulas abriga sus dioses.

Roma no concibe, pero hace esclava á la tierra y engendra en ella.

Su misión era esa : formar, de todo el mundo antiguo, un inmenso bloque que quedará abandonado en el desierto. Una simiente, que caerá del cielo, arraigará en sus grietas y, al brotar el árbol, hará saltar en pedazos el bloque abandonado, y el mundo resucitará de entre las ruinas.

Virgilio que, en su Egloga IV, presiente la aurora, entrevió también esa misión de Roma. Mientras miro cómo empieza á caer la tarde sobre los escombros que me rodean, me parece oir pasar entre ellos, como la voz de una campana, la vibración del verso de la *Eneida :*

Excudent alii spirantia mollius æra...
... vivos ducent de marmore vultus.
. . . . . .
Tu regere imperio populos, Romane, memento.

« Otros pueblos sabrán, mejor que tú, ablandar y animar el bronce; otros darán vida al mármol. Tú, oh Romano, acuérdate de tu misión, que es la de someter y regir el mundo. »

Vamos al Coliseo : es la hora.

ROMA

Al acercarme al anfiteatro Flavio á pasar la tarde, recuerdo la basílica de San Pedro en que pasé la mañana.

¡ Qué impresiones tan diferentes!

Y, sin embargo, son complementarias.

Yo me imagino la basílica de San Pedro construida dentro del Coliseo, como una flor brotada dentro de un cráneo desenterrado; me imagino que veo surgir la cúpula por sobre el muro negro del anfiteatro; que veo, al través de los arcos derruidos de éste, la figura del Cristo que corona el frontón de la basílica.

Porque aquí, efectivamente, en este circo se arrojó la simiente de la Iglesia ; fué aquí regada con sangre. Y brotó el árbol, y volaron las nuevas semillas.

La basílica de San Pedro es como la piedra angular, el eje del mundo cristiano conquistado por Cristo por el amor: es la parroquia del mundo

entero, la casa solariega de la familia del Padre que está en los cielos.

En ella han orado las generaciones de quince siglos, postradas ante el Dios de amor, llamándole todos á una *Padre*, y consagrando así la fraternidad de todos los hombres. En ella, rodeando el sepulcro de los apóstoles, han doblado la rodilla desde los emperadores, y reyes, y magnates, hasta los hombres mas humildes: y han sido en ella canonizados y glorificados reyes y mendigos, que ocupan su altar de mármol, el uno al lado del otro.

San Pedro es el Panteón de la gloria, es el baluarte de la Iglesia militante, y el esplendor en la tierra de la triunfante.

El Coliseo es la calavera de la Roma antigua, dominadora del mundo por la fuerza y la sangre. En él concentró su gloria, su poder, todos sus triunfos, todos sus vicios y crueldades, cuando, ya sin misión en la tierra, porque la cruz se habia alzado en el Calvario, no tenia más anhelo que el de la sangre y la matanza en la fiebre de su feroz agonia.

La antiguedad no habia conocido un circo ó anfiteatro igual: los siglos posteriores no han tenido otro que pueda comparársele.

Llenaban cien mil personas, ávidas de muerte, su hemiciclo. Allí estaban los sacerdotes y las vírgenes romanas pidiendo sangre; allí los nobles y los plebeyos. Los esclavos no eran hombres; las mujeres no eran personas: los gladiadores eran

músculos y sangre organizados para divertir muriendo.

El emperador Tito lo inauguró con cien días de fiesta. Mataron entonces en la arena cinco mil fieras y diez mil hombres cautivos: quince mil piezas capaces de dolor, es decir, de placer para el pueblo.

Millares de seres humanos lanzaban gritos de rabia cuando un hombre, que habia recibido un buen golpe, no sabia corresponder á él muriendo con elegancia y rapidez, sin larga agonía que descompusiera su actitud de muerto.

El deleite del dolor ageno era el nuevo y supremo placer de aquel pueblo.

Se iban contando las heridas recibidas por el gladiador, y, al verlo caer, se exigía su muerte rápida, que no quedase en él el más mínimo aliento de vida al ser arrastrado al *Spoliarium.*

Otras veces el pueblo gozaba viendo huir por la arena, aterrorizados, á los infelices indefensos, ó viéndolos correr al rededor del circo buscando en la lisa pared un sitio, que no encontrarian, donde trepar ó esconderse, hasta que las fieras los destrozaban. Entonces aplaudia alborozado el pueblo-rey vencedor.

Y tras eso aparece el mártir cristiano en la arena. No huye, no se queja, no mata; sonrie y muere invocando á Jesucristo y compadeciendo al César.

La luz del cielo alumbra el anfiteatro, y envuelve en una sola claridad al mártir y á la fiera; pero deja en la sombra á la multitud que vocea.

Todo eso y ¡tánto más! acude á mi memoria al entrar al esqueleto del gigante anfiteatro de Flavio.

Estaba este formado de tres círculos concéntricos de muro, unidos entre sí por arcadas, que constituían dos series de galerías. El muro exterior, ornado por cuatro colosales columnatas y arcadas sobrepuestas empotradas en él, ha desaparecido en sus dos tercios; queda en pie la otra tercera parte. En el interior se ve el gran óvalo del circo; la mitad es un plano horizontal: la arena; la otra mitad, que antes complementaba el plano, hoy ofrece á la vista, descubiertos, los subterráneos del circo: arcos derruidos, bocas de galerías que los atraviesan ó dan entrada á los subterráneos que estaban bajo las graderías que ocupaban los espectadores.

Estas últimas están en ruinas: se ven allí arranques de arcos, fragmentos de muros colosales, graderías interrumpidas; y, detrás de esa masa confusa, el muro exterior que cierra el horizonte, dejando ver el cielo de trecho en trecho por sus ventanales cuadrados ó sus arcos redondos.

Dos ó tres horas pasé sentado en un chapitel de mármol, ó recorriendo el circo dentro de aquel esqueleto de gigante.

Las recuerdo; más aún, las veo discurrir.....

—Aún es de día. El cielo está gris. Ha llovido algo, y el tiempo no se ha despejado.

Sentado al norte del circo, en el primer piso de

la ruinosa graderia, veo á mi derecha el cielo, algo más claro, por donde el astro salió y ahora abandona dejándolo casi obscuro. Toda la gran bóveda celeste parece que se adapta á ese muro ya casi negro que recorta el cielo; éste se ve al través de los agujeros, unos en forma de arco, otros de arcos interrumpidos por la curva de nuevos arcos interiores, otros cuadrados.

A mis pies está el óvalo de la antigua arena; la mitad plana, la otra mitad con los subterráneos descubiertos y, en estos, los arcos que sostenian el piso, los trozos de muro, las entradas laterales de los secretos de aquel organismo, las de las habitaciones de los tigres, las de las de los mártires, el acceso del *spoliarum*, ó lugar de los cadáveres. Todo aquello parece las visceras secas, momificadas, del esqueleto que se ofrece tendido ante mis ojos.

Las campanas de la ciudad suenan á lo lejos por el occidente; y, de lo alto de los muros negros que me rodean, salen volando en todas direcciones bandadas de cuervos que pueblan el aire con sus chirridos; unos salen gritando, no se de dónde, y forman en el viento una asamblea estrepitosa que, al parecer, protesta ó riñe; otros vuelven en silencio, y se meten en sus mechinales como se si retiraran despechados de la reunión aerea; otros se posan en el borde dentellado del muro exterior formando largas hileras de puntos negros, ó se distribuyen aqui y allá en los escalones más altos de la graderia, en las puntas de los pedazos de escom-

bro. No cesan de chirriar. Las campanas, á lo lejos, suenan, de vez en cuando, como voces tristes.

La luna está en lo alto del cielo, rodeada de una aureola; pero la luz que alumbra el circo, no es luz de luna. Aunque sólo es la debilísima del crepúsculo, aún predomina sobre la del astro.

Yo espero la noche, que es el dia de las ruinas; espero el silencio que hace perceptible su lenguaje débil; quiero oirlas hablar á ellas solas. Los cuervos se dormirán.

Tres notas de color se ofrecen á mis ojos: el color gris claro, color de polvo, de los arcos interiores derruidos, más iluminados hacia el oriente y casi negros hacia el poniente; la masa terrosa del muro circular exterior que da la espalda al cielo crepuscular sobre el que abre sus agujeros; y las manchas negras y redondas de los arcos y entradas de la graderia colosal, que parecen viejas órbitas vacias que miran al circo. El color del cielo, por fin, de un cielo que se apaga, se ve al través de los agujeros y sobre los horizontes.

Todo está esfumado, como si se viera de muy lejos; immóvil, como si contuviera el aliento.

. . . . . .

Muere por completo el dia.

La mirada de la luna se fija ya directamente en la ruina; esa luz ya no se confunde con la crepuscular.

La estrella compañera del astro está ya encendida á su lado; caminan juntos, como el grupo de la sagrada familia por el desierto.

La aureola de la luna se ha ido agrandando y adelgazando hasta desvanecerse; y la idea de soledad arde en el redondo disco de nácar.

Los cuervos se han callado; pero se siente el chirrido de los murciélagos, y se les ve pasar en el aire huyendo de los enemigos impalpables que los persiguen y les hacen quebrar bruscamente la línea de su vuelo agitado, como si esquivaran golpes repetidos de largos látigos invisibles.

Parece que lo que estaba inmóvil cobra un movimiento imperceptible. Los agujeros del gran muro no se ven siempre definidos: aparecen y desaparecen; alguién, que no se ve, pasa delante de ellos por el aire.

La luna está muy débil y pálida; su brillo no da enérgico relieve á las ruinas, no marca con precisión sus aristas, no recorta el claro-obscuro; pero ya proyecta en el suelo las sombras de los muros y arcadas derruidos.

Resuenan los subterráneos al choque de mis pasos al través de las triples galerías silenciosas; los bultos me miran pasar de entre las medias tintas en que están inmóviles: chapiteles, pedazos de cornisa de mármol, fragmentos de estátua.

. . . . . .

Hé aquí, por fin, la noche, la noche que yo esperaba, la noche del anfiteatro Flavio; el día del pasado. Es esta la hora en que flotaban los ángeles transparentes en el aire, sobre los despojos de los mártires y entre el vapor de su sangre.

La luna brilla sín nubes, y da ya todo su carác-

ter al cuadro indescriptible. La mitad del circo flota en su luz; la otra mitad en la sombra que avanza hasta el centro de la arena como hasta una playa de mar, y recorre los muros, los arcos, las aristas y las hondonadas de los subterráneos abiertos. La raya de sombra sube y baja; trepa, á orillas de la luz, por las escalinatas rotas; se rompe, por fin, y desaparece en lo alto del muro ruinoso.

Este muro circular que cierra el circo recorta los horizontes. Sobre su masa negra se abren las altas ventanas cuadradas y los agujeros circulares interrumpidos por los arcos interiores.

La noche está estrellada.

Alzemos la cabeza y miremos las estrellas largamente. ¡Y estemos callados!

¡Oh noche, noche soberana del esqueleto de Roma!

ROMA

Siento resonar en mi memoria todo el dia de ayer muy nutrido de impresiones solemnes ; pero sin duda por lo mismo que lo son tanto, mi espíritu cansado busca reposo en un recuerdo más sereno, pues al ponerme á escribirte, sólo por escribirte algo hoy, huyo de las grandes impresiones, y una sensación sencilla y tierna se desprende del conjunto y se me impone.

Me parece algo asi como si, escuchando el torrente de notas de un órgano, oyésemos, en un tiempo de silencio entre dos grandes acordes, el llanto conocido de un niño.

Fuimos ayer á la tarde al cementerio de San Lorenzo de extramuros, con el sólo objeto de visitar el sepulcro de Luis Nadal, un jóven uruguayo que murió hace algunos años en el colegio *Pio Latino Americano;* sólo á acercarnos á un puñado de polvo de nuestra sangre uruguaya, que está allí entre mucho polvo extrangero.

zábamos la cabeza y la íbamos bajando poco á poco.

Mexicano... Chileno... Hic in pace... Colombiano... Paraguayo... ¡ La familia, toda la familia aqui reunida!

Salimos de la capilla. También en su frente, á ambos lados de la puerta, hay sepulcros.

Otro Mexicano... un Ecuatoriano...

Hic in pace... Compositus est... uruguarianus. ¡Uruguay!

No te puedes imaginar el efecto que produce ese nombre querido escrito en un sepulcro de Roma.

Aquí está. Y nos agrupamos los dos, silenciosos, á leer aquel nombre:

Ludovicus Nadal, Uruguarianus.

Miramos largo rato, sin hablarnos, la lápida de mármol blanco encabezada por el busto en *alto* relieve del joven seminarista, encerrado en un medallón.

— Está parecido, me dijo por fin Adolfo. ¡ Pobre Luis Pedro!

Y leíamos:

Hic in pace compositus est Ludovicus Nadal, Uruguarianus. Pietatis, studio, animi, candore Insignis...

« Fué insigne en la piedad y en el estudio, y en el candor del alma, y en la dulzura, y en las costumbres. »

Y sigue la inscripción diciendo dónde y cuándo murió.

El busto del joven, con el cuello de su esclavina ceñido á la garganta de mármol, miraba sonriendo los cipreses, el aire lejano; parecia indiferente á nuestra melancolia.

¡Con qué sencilla intensidad senti yo en aquel momento la idea de la patria!

Aquel sepulcro me parecia un sepulcro de familia, mio.

Aquel nombre *Uruguay*, era mi nombre; resplandecia como la llama del fuego del hogar en el invierno.

He pasado por tantos pueblos en estos dias; he oido tantas lenguas; he visto girar tantas cosas, que me parecia que todas ellas giraban en torno de aquel nombre inmóvil, grabado en una piedra de Roma: *Uruguay*.

La distancia es gris en las montañas, es azul en el cielo, es cercania en los puntos más remotos, en los barcos que se alejan sobre el mar con las alas abiertas, en las estrellas que resplandecen en el aire obscuro; es rumor en los ruidos lejanos, melodia ó queja en los sonidos de origen desconocido. Es fraternidad en los hijos de la misma patria ausente que se encuentran, vivos ó muertos, á lo largo del camino.

Y en los muertos más aún que en los vivos.

Yo no conocí á este joven seminarista, y senti, sin embargo, un movimiento de grande ternura en su sepulcro. Creia que si yo hubiera golpeado aquella losa, si hubiera llamado en aquella casa, hubiera salido á abrirme, no él, sino su madre que

redondez de la gran cúpula, como si estuviera en una loma desierta envuelta en vapor.

Las montañas del fondo lejano se diluyen, arriba, en el cielo. El cielo entra, por debajo de la cúpula, á sumergirse en los vapores del valle confundiendose con ellos.

Solo, surge, pués, la cúpula, enérgica, perfectamente dibujada entre el cielo y la tierra. Podria tomarse con una máquina fotográfica, y se obtendria con toda nitidez su maravillosa forma.

Eso es Roma : es San Pedro.

Con él, es la capital del mundo; el punto de intersección entre el cielo y la tierra.

Sin él. . . . . mírala allá en el horizonte : es un girón de niebla que envuelve las colinas del Lacio. Es un recuerdo azul. . . . . .

Las diez y media de la noche. Hemos llegado á Nápoles.

Desembarque de noche y al azar en una ciudad desconocida : los viajeros que salen del tren como si salieran de una derrota y corren, con las maletas en las manos y los pescuezos estirados, buscando la puerta de salida, como si también ésta estuviera de viaje y se les fuera á escapar; los guardias impasibles que contestan con señas ó con monosilabos; algun individuo de la localidad que espera viajeros y recorre el tren asomándose á las ventanillas con una sonrisa y un abrazo preparados para el momento en que encuentre al que es-

pera; miembros de una familia que se buscan mútuamente, y agrupan sus pequeños bultos, y los cuentan, y hablan todos juntos, de modo á no oirse ni entenderse; campanadas, chirridos de fritura en la locomotora; carros de mano que ruedan; portazos de las portezuelas del tren.

Hay vértigo por salir de la estación iluminada.

Cuando se deja ésta, la ciudad parece siempre lóbrega y triste; las luces del alumbrado se ofrecen aisladas y amarillentas; las tinieblas silenciosas.

Uno quiere, sin embargo, comenzar, sin pérdida de tiempo, á conocer la nueva ciudad á que llega: tropezar con la torre inclinada si llega á Pisa, con el Vesubio si llega á Nápoles, con el gran turco si llega á Constantinopla; encontrarlos á la vuelta de la primera esquina. Saca uno la cabeza por la ventanilla del coche, para ver hileras de luces que corren y pestañean ó se reflejan en el agua negra de no se sabe qué; escaparates que se van, plazas que resbalan, gentes que caminan. Todo pasa hundido en la obscuridad del aire; todo es raro y fugaz, como un cuento fantástico.

Como uno anda con el vértigo del viaje y la excitación de la novedad, encuentra siempre impasible y fría, y apática á la nueva gente que se ve: al cochero, á los porteros, al administrador del hotel que lo recibe á uno tan tranquilo, sentado en su pupitre. Uno no concibe que haya gente que no esté de viaje; que no esté apurada.

Estos benditos cocheros napolitanos tienen, por

otra parte, la costumbre de azuzar su caballo con un grito, mezcla de ahullido y de graznido endiablado, que me parecia siniestro en medio de las largas calles obscuras y silenciosas por que atravesábamos. Me parecía que no llegaba nunca. Tuve que reñir con él, no sé si con razón. Me inclino á creer que sin ella.

¿Quién no se irrita, por otra parte, al oir hablar el italiano al pueblo de Nápoles? Yo, que vengo encantado de oir flotar en el aire la melodia de esa hermosisima lengua, no me conformo con verla estropearla.

— ¿Cómo se llama esta calle? preguntaba hace un momento á mi cochero.

— Via GARACH, me contesta maullando. Resultó que se llamaba vía *Caracciolo*.

Es verdad que, para oir lenguas hermosas echadas á perder, no tenemos necesidad de alejarnos mucho de nuestra España. Imaginate un extranjero que haya estudiado nuestra lengua y que, al preguntar en Madrid, por ejemplo, por una dirección, le contesten: Vaya V. *po el prao*.

¿Comprenderá ese extranjero que ese ladrido quiere decir *por el prado?*

Y sin embargo es muy posible que esa contestación, ¡y tantas otras por el estilo! se la diera, no un chulo, sino un hombre culto, acaso un académico.

¿Por qué tendremos, Señor, esa tendencia á echar á perder las lenguas?

Es curioso observar que el hombre, á medida que

va hablando mal, se va aproximando más á los animales; á medida que deja de articular bien su lengua, la va descoyuntando, arrancándole los nervios y hasta extrayéndole los huesos; la deja descuajaringada; iba á decir gelatinosa. El hombre acaba por maullar ó ladrar. Y todo por una especie de indolencia ó desdén que se agrava con el clima, con la latitud.

Po el prao es un ladrido; *Via Garach* un maullido.

Recuerdo que oí una vez en Chile una especie de discurso ó mensaje pronunciado por un cacique indio en lengua araucana: parecía un pavo que hacia sus gárgaras.

Hermoso dia.

Mira á Nápoles desde el corso *Vittorio Emanuele*, es decir, desde el centro de la herradura que forma su espléndido golfo y á la altura media entre el nivel de éste y la cumbre de los montes que lo circundan.

La luz meridional se difunde por el aire en aureolas como una gloria. Las hojas de los árboles, aún las más amplias, parecen retoños transparentes.

A nuestros pies se extiende la ciudad, no en colinas altas, sino en un llano que circunda el golfo azul, á poca altura sobre el nivel de éste. Veo desde aquí los millares de techos de las casas que parecen apretadas, amontonadas, las redondeces

de algunas cúpulas color pizarra, las manchas verdes de arbolados cuyas copas asoman entre los tejados; todo en un plano horizontal extenso: es el aspecto general de las ciudades europeas vistas de arriba, terrosas ó rojizas. Frente á mí, del otro lado de la gran bahía, se elevan dos picos volcánicos casi iguales. Sobre la punta del de la derecha, se levanta como una palmera de humo que ahora es casi transparente, una cinta que sube, ondula, y se enrolla en el aire.

La montaña en cuyo centro me encuentro, se prolonga hacia allá recortada sobre el cielo azul; en sus faldas, y á orillas del agua, blanquean los suburbios de Nápoles, y las casas de Portici, Resina, Torre del Greco, Torre Anunziata; y Castellamare allá en la punta, en la misma vertiente del Vesubio.

Pero éste no ocupa el extremo del golfo; por detrás de esa punta de primer término asoma y se adelanta otra cadena de montañas en cuya falda blanquean entre las nieblas, Sorrento, Salerno y, por fin, Capri, allá á lo lejos.

Es un espectáculo amplio y magnífico, una colmena de recuerdos, que miro largamente con la cabeza apoyada en la mano y recostado en un antiguo parapeto.

Han comparado este cuadro con el que ofrece nuestro Montevideo. No es exacto.

No hay ninguna analogía.

Nápoles y Montevideo tienen mucha luz; pero son dos luces diferentes. La de Montevideo es casi blanca, muy fresca; la de Nápoles es amarilla y

cálida. Montevideo es todo blancura; surge del mar en primer término, como si fuera una piedra cinceladá. Por la mañana, brota de la claridad de la aurora fresco, impregnado del agua salada, como si el alba fuera la irradiación de la blanca ciudad. El cerro que termina su pequeño golfo, despierta conjuntamente con la ciudad, y el agua color de esmeralda refleja la luz desde el primer rayo. Por la noche todo se duerme al mismo tiempo : se ennegrece el agua porque se apaga el cielo; y las estrellas y las luces de la ciudad comienzan juntas á brillar y caer sobre el mar tranquilo en chorros de luz trémula, hundidas en su esmalte negro. Montevideo es el tipo de la sencillez, de la ingenuidad en la belleza natural : se traza con una línea, se anima con un tono. Los sentidos descansan allí y los pulmones respiran con libertad, como si se viera el origen sano de todos y cada uno de los átomos de aire que llegan á ellos.

Nápoles es mucho más extenso, más complejo. Su luz es brillante, de raza meridional; pero parece antigua, algo cansada. Si pudiera concebirse una luz nebulosa yo la encontraría aquí, como encontraría una frescura caliente en las aguas azules de este hermosisimo golfo, si esas frescuras existieran.

Nápoles parece tendida muellemente desde hace tiempo á orillas del golfo. Montevideo está de pié, acaba de posarse allí donde está.

Habla Nápoles á la imaginación, y se oyen leyendas que brotan de todas partes : de Sorrento, de

Portici, de Capri, de Castellamare; leyendas que brotan de los recodos de la costa, de la isla lejana frangeada de espuma blanca, de la punta de tierra de nombre melodioso que sale allá á lo lejos. Estoy sintiendo sonar esas leyendas en mi imaginación, entre cadencias de remos y suspiros de Gracielas. Este ambiente derrama languidez en la sangre, despierta recuerdos vestidos de clámide griega, inspira idilios y barcarolas. Nápoles es un rumor que puebla la niebla azul.

Montevideo... ¡Oh, Montevideo! Lo estoy sintiendo con mucha intensidad en mi alma en este momento: es un grito balbuciente de gloria en el mar. Inspira el canto heroico; la estrofa transparente y dura y llena de luz, cristalizada en el alma: el canto al porvenir lleno de la altivez inconsciente del héroe niño.

Siento pasar su recuerdo querido por mi imaginación, como una ráfaga de luz, y tengo que apagarlo en mi memoria para no debilitar, con esa luz que viene de adentro, la que me envía á los ojos en este momento uno de los cielos mas hermosos de la hermosísima Italia.

NAPOLES

Bien : regresemos á Nápoles directamente, dije al cochero. Estaba cansado de nuestra larga excursión á *Pozzuola*, á la gruta del Perro, al lago de Agnano á las sulfataras, y era tarde. Llegaríamos de noche á la ciudad.

Y regresábamos á buen trote de los caballos. Hermosa tarde.

Pero, un poco antes de terminar la jornada, dice el cochero sin detener el paso ¡ El Pausilipo ¡ ¡ La tumba de Virgilio !

¿ Quién puede viajar de prisa en esta privilegiada tierra? Las palabras melodiosas flotan y llaman por todas partes.

— ¡Pára, cochero! ¿ Es ese cerro el Pausilipo? ¿ Dónde está la tumba de Virgilio?

Yo no dejo de subir al Pausilipo. Es precisamente la hora de hacerlo, pues no se ve bien. No dejo de visitar la tumba de Virgilio.

¿ Por qué? Hé ahí el problema.

Porque si. Virgilio es melodia, es un toque de *Angelus* al amanecer. De niños pronunciamos su nombre sin conocerlo, aprendimos sus versos sin entenderlos.

Hoy ese nombre es una especie de palabra cabalistica : queda vibrando en el oido como el éco de una voz que nos llama desde lejos, acaso desde otro mundo bueno.

Una pequeña puerta de madera, que abre un chiquillo, da entrada á una empinada escalerilla de piedra tosca y húmeda, escavada en el cerro. Se trepa después por senderos estrechos, abiertos en éste, ya al borde mismo de la cortadura, ya más adentro, en el fondo de pequeños desmontes, en cuyas paredes de tierra cortada, se retuercen las raices de los arbolillos que pueblan la pequeña capa de tierra vegetal del monte.

Yo no sé hasta dónde subi, jadeante, por aquellos atajos húmedos é incómodos, sintiendo á veces el vértigo, casi sin fuerzas ni intención de observar, y mucho menos de gozar. Pero era necesario llegar á la tumba de Virgilio.

Aquí está, por fin. Es un antiguo *columbarium* romano, monumento fúnebre en que se conservaban las urnas cinerarias; una especie de gran horno de ladrillos, en cuyo interior nos introducimos, agachándonos, para ver á media luz, en el suelo polvoroso, unas piedras, una inscripción, que no leo, unos escombros... ¡nada!

Pero, auténtica ó apócrifa, es esta la tumba de Virgilio; aqui se pronuncia su nombre, y este monte es el melodioso Pausilipo.

Y allá abajo, al través de los arbustos que rodean el sepulcro, se ve á Nápoles á orillas de su golfo. La tarde comienza á desnudar á la ciudad de sus galas del dia; le va quitando sus ropas multicolores, dejando sólo en su lugar una mancha blanquecina. Parece que aquélla va quedando envuelta sólo en sus ropas de dormir, tendida junto al agua, á la luz de las estrellas.

El Vesubio, allá del otro lado, la mira acostarse serio, inmóvil, con los ojos medio cerrados y la cabeza humeante. ¡ El negro Vesubio !

El humo revuelto del cráter no sube; cae más bien hacia abajo, como una crespa cabellera desgreñada.

—¿Has hecho la oración de la noche? decia el moro de Shakespeare á la dulce Desdémona que se desnudaba pálida como el alabastro del sepulcro, y alumbrada por la luz de la lámpara.

Ella cantaba la canción del sauce, del árbol de las silenciosas orillas. ¡ El negro Vesubio !

Casi no veo nada en lo que llaman tumba de Virgilio. Es esa hora de la tarde que parece mas obscura aún que las horas de la noche. La noche oculta los objetos; pero la media tinta crepuscular los disfraza, los hace otra cosa: tiemblan, suben y bajan, desaparecen y vuelven á asomar transfor-

mados desde el fondo de si mismos, mirándonos como si fueran seres raros.

Esta tumba será más ó menos auténtica; aqui estarán ó nó las cenizas de Virgilio; pero él amaba con predilección esta tierra de Campania, y yo pienso en él; siento pasar su sombra blanca envuelta en los pliegues de su clámide greco-romana, y con su corona de mirto en la cabeza. ¡Salve, oh poeta, habitador del aire de las tardes que parecen auroras, porque la noche es el dia de los muertos!

La idea que todos tenemos de Virgilio se ha ido formando paulatinamente en nuestro espiritu como una estrella. Comienza en una nebulosa blanca, ténue como una nube: en lós versos idílicos latinos que aprendimos de niños, sin entenderlos, y que traduciamos, palabra por la palabra, poniendo números en ellos para ordenar la oración. Recuerdo mis libros viejos; ¿què se habrán hecho? Permanece asi ese nombre mucho tiempo en nuestra alma, sin avivar su luz, hasta que nuestro ambiente literario va adquiriendo oxigeno: la nebulosa de la niñez comienza á condensarse, á brillar, á convertirse en astro.

La critica elevada nos descubre el horizonte, y vemos entonces brillar en él, allá en un extremo, solitaria y pálida, la estrella de Virgilio, como una mirada amiga.

Y amamos al poeta de la *Eneida*, tanto como al de las *Geórgicas*. Y el misterio de la egloga IV nos hace un misterio del poeta.

Virgilio, que se levanta en la aurora de la era cristiana, en el mundo romano, después de los triunfos de Augusto, es el intérprete de una ansia de paz idílica que entonces sintió la tierra, y que parece el rayo precursor de la aurora de paz del alma que ya rayaba en Palestina. Me recuerda una de esas claridades de luna que, antes del amanecer, nos parecen el alba, y después de las cuales vuelve de nuevo la noche azulada en que se diluyen las estrellas y que de veras precede al dia.

Las estrofas pastorales de Virgilio hacen algo más respirable para los niños la atmósfera romana en que cantaba Ovidio y el mismo Horacio. Canta el poeta, y, poco después, nace un niño en Belén.

La sombra y los cantos de Virgilio no huyeron al aparecer la aurora del pesebre : parece que timidamente se acercaban á él detrás de los pastores llamados por los ángeles.

Es que el poeta era piadoso y casto.

Dante, el austero poeta del amor puro, no rehuye el ser guiado por él hasta el mismo linde de la eternal pureza infranqueable para el dulce y armonioso pagano; pero éste, al aparecer Beatriz, la diáfana bienaventurada, desaparece como luz que en luz mayor se disipa.

Dante lo busca entonces ; lo busca como el niño busca á su madre cuando tiene miedo :

Col quale il fantolin corre a la mamma
Quando ha paura.

Lo necesita para decirle que, como el mismo Virgilio lo habia sentido, siente él de nuevo el amor en su alma casi con terror :

Conosco i segni dell' antica fiamma.
Agnosco veteris, vestigia flammæ.

Pero Virgilio lo ha dejado. Dante llora entonces su ausencia amargamente. ¡Llora á las puertas del Paraiso!

Lloró el Dante la belleza que se iba en el poeta; la belleza que él identificaba con la frase ritmica del dulce verso virgiliano. ¿Cómo ver á Beatriz sin Virgilio, si Virgilio no era otra cosa, en el alma del bardo florentino, que la emanación ritmica de Beatriz, de la belleza, del amor?

¡La belleza! ¡La frase numerosa! ¡El ritmo! ¡El poeta! ¡El arte!

¿Qué es eso que circunda la sombra de Virgilio, y que he sentido pasar por el aire en la tarde del Pausilipo?

Yo no sé cómo explicarme, y mucho menos cómo definir, la noción de esa belleza abstracta, hermana de la verdad y del bien, que cuaja en estrofas como se cristalizan los cuerpos en transparentes figuras geométricas; que se inocula en el ritmo como el alma en el cuerpo á que substancialmente se une. Pero, en la necesidad de reducir á formas sensibles lo que los escolásticos llaman *entes de razón*, yo quiero imaginarme un

espacio entre los mundos en que está aquello que Gœthe llama *las madres*, en el vagar fantástico de Fausto arrebatado por el espiritu: un espacio en que existe la linea perfecta, tenuisima, pura, casi sin extensión; el color recién nacido, primer estremecimiento de la luz acabada de brotar en la sombra del principio; el sonido virgen que se difundió en la infinita transparencia; las formas y los ritmos pristinos que fueron el molde del primer hombre y la primera mujer desnudos y el eco de su primer palabra de amor. De allí acaso salieron la estátua griega con la noble castidad de su desnudez, la tinta que derramó Murillo en torno de sus cabezas angélicas, la estrofa transparente que se desprende del alma sin dolor, aunque sea dolorosa, como se desprenden las lágrimas.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no puede venirnos ni de nosotros mismos ni de la naturaleza. Tiene, pues, que provenir de un Ser perfecto en si mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

A ese foco ha ido, y va é irá siempre también á parar todo lo inmaculado que pasa sin historia por nuestro mundo: suspiros que el hombre no comprende, lágrimas ahogadas en secreto, anhelos de pueblos mártires, ayes de razas extinguidas, quejidos de expiación no escuchados. Allá va el amor puro; el puro ideal de patria, emanación del alma de los verdaderos héroes; la esencia de sacrificio y de martirio que allá se concentra después de desprenderse de la lágrima de una madre, que quedó seca

en los ojos; de la gota de sangre de un soldado, gota que, al evaporarse, agrietó la herida; de la oración de un santo que redimió una ciudad maldita; del quejido de un niño huérfano; del grito, perdido en el mar, de un pescador náufrago.

Todo eso no tiene nombre, pero es ritmo, armonía, armonía suprema como la de los mundos.

El poeta es el único á quien es dado asomarse en sueños à esa región, y descender y hablarnos de ella. Y, al proponerse contar lo que allí se ve, tiene que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no tiene forma. Entonces canta; canta con palabras que buscan instintivamente el ritmo; que se abrazan en él, para ser algo más que palabras; que vibran reproduciendo otras vibraciones sin nombre; que se agrupan al rededor de núcleos misteriosos, y forman las estrofas que se engranan entre sí como collares de urnas cadenciosas.

Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y flota en torno de ella y se difunde en el verso y compenetra la estrofa; ésta palpita como un organismo vivo, con prescindencia del sentido propio de las palabras que la formaron. El sonido es entonces recuerdo, es mensaje, es latido del corazon de la belleza muda, inmóvil, impasible.

Es que allá, en el gran foco, no hay idea sin ritmo, sonido sin alma, color sin vibración melodiosa, linea sin color; y, al traerse á la tierra uno de esos elementos de belleza, lo siguen, más ó menos de cerca, sus hermanos, como la cauda lu-

minosa á la estrella errante. La palabra canta, la melodía piensa, el color y la linea palpitan. El verso y la estrofa toman forma, cuajan en el alma junto con el pensamiento y la imagen; son una misma cosa. Separarlos es separar el alma del cuerpo: es la muerte.

No se exija, pues, al poeta que hable como los hombres; no se espere de él la reproducción de lo que ven y sienten y piensan los demás. Él viene precisamente á decirnos lo que aún no se ha oido; él, con un verbo nuevo, hace un desgarrón en el velo sagrado que cubre el misterio; con un adjetivo melodioso y extraño agujerea la bóveda negra que nos oculta la luz, y deja allí una nueva estrella que nos revela la existencia de otros sistemas siderales.

Pero para ver el astro nuevo, es necesario alzar la cabeza; para reflejar su luz, es necesario tener algún brillo siquiera, aunque sea de lágrimas, en los ojos.

Algo de todo esto dice la tumba de Virgilio al visitante del Pausilipo, pues algo de todo eso siento resonar en mi espíritu al venir de ella. Sugiere nociones claras de lo vago, hace entrever la noción precisa de belleza ideal, presentándola como una nostalgia del Paraiso, como el recuerdo de la belleza absoluta de que un día tuvo el hombre la intuición.

Ese fenómeno que hoy llaman atavismo, y según el cual resucita, en un niño que nace, el tipo de un

antepasado perdido entre cien generaciones; brotan unos ojos azules que han estado muchos años ocultos en el fondo de series de ojos negros; surge un genio que ha estado escondido en varias generaciones de seres vulgares, acaso tenga su misteriosa verdad. Si ese atavismo existe, ¿no podria considerarse una de sus manifestaciones la aparición, de tiempo en tiempo, de un poeta, de una obra genial que realiza, sin saberse por qué, la belleza ideal? ¿No será eso la fugitiva reaparición en la tierra del hombre primero al través de las generaciones; la reaparición del hombre que supo, porque vió la tierra inocente recién nacida, lo que es belleza de la tierra, color puro, linea perfecta, sonido melodioso, armonia palpitante?

Yo me imagino al hombre en la vida, como un árbol que, á orillas de un lago que refleja la infinita transparencia azul, vive entre dos cielos. A su espalda, en su recuerdo, está un paraiso que perdió, vago como un reflejo; á su frente el cielo á que aspira, el que está en su anhelo, en su eterno anhelo de felicidad jamás alcanzada en la tierra.

Todo eso es confuso, ¿quién lo duda? Pero por eso la belleza no se imita, no se expresa siquiera: se sugiere. Una frase casi sin sentido suele ser á veces más que un poema. Creo que es Pasteur el que ha dicho que el hombre que no tuviera más que ideas claras, seria seguramente un tonto.

¡Hermosa tarde del Pausilipo junto á la tumba de Virgilio!

Númen, genio, musa, inspiración, todas esas pa-

labras de que el mundo se ha valido y se vale para expresar el fenómeno de la creación en la mente humana, todas significan influencia en el hombre de un ser superior al hombre mismo; rielar de una luz extraña sobre el cerebro humano en el que despierta resplandores.

Los griegos, instintivos creadores de la soberana belleza plástica, nos han legado la palabra que expresa todo eso: *entusiasmo: en theos:* un Dios interior.

¿Es éste, ó es simplemente un diablillo inquieto y mal aconsejado el que me ha estado dictando, dentro de mi, todo esto que te escribo, sin ton ni son, en esta volcánica tierra de Campania?

No lo se á ciencia cierta: pero ha salido de la tumba de Virgilio; ha sido aspirado en la atmósfera crepuscular que la envuelve. Es Virgilio en mi.

POMPEYA

Mi viaje es sin duda demasiado rápido para que yo recoja en las blancas ruinas de Pompeya la sensación que á otros han producido.

Las ruinas de Roma están pesando aún sobre mi cabeza : las columnas del *Forum*, aisladas, escuetas, altísimas; los tres gigantes arcos de triunfo; las bóvedas negras y musgosas de la basílica de Constantino; la masa enorme, triste, muerta, con sus crestas llenas de melladuras, de las termas de Caracalla; el Coliseo; la columna del Foro Trajano, con su imagen colosal de San Pedro en la cúspide; bóvedas tumbadas; arcos rotos suspendidos en el aire ó apoyados los unos en los otros; profundidades llenas de sombra húmeda en que crecen yerbas que se me antojan murciélagos del mundo vegetal... Y, sobre todo eso, el espíritu que flota, el espíritu de los siglos que lo anima, y que me parece sentirse andar por el fondo de las obscuridades, hosco, sombrío, amenazante.

Todo eso es pavorosa historia de piedra : Roma

que funde en el crisol de su pujante vida á la Etruria y á la Grecia; mezcla el arco y la bóveda etruscos á la nitida linea arquitectónica griega; retuerce, combina, sobrepone é infunde aliento de gigante á los estilos timidamente elegantes del arte helénico. Estos se adaptaban al templo de una esbelta diosa de mármol, Venus ó Diana; pero eran insuficientes para satisfacer al pueblo que debia refundir el mundo entero en si, todos los hombres, todos los dioses, tras de cuyos escombros habia de surgir la mañana eterna de la cruz.

Ese es el concepto de ruina que yo traigo en la mente: huella de siglos sobre montones de escombros; pero de escombros que han medido sus fuerzas con el tiempo y los hombres; que han luchado con ellos cuerpo á cuerpo, y han quedado heridos ó hechos pedazos, pero sudorosos y casi palpitantes aún, como miembros de un gigante que, aun á través de la muerte, mira ceñudo.

Pompeya no es eso: es una ciudad romana, no monumental, conservada en ceniza del Vesubio durante diez y ocho siglos. La han desembalado después, rompiendo la costra sólida de tierra vegetal que la cubria, y desmoronando ensèguida con cuidado la piedra pomez y la ceniza que constituian su envoltura interior.

Es un fenómeno interesantisimo, un tesoro para el arqueólogo. Es un helado misterio para el poeta.

Sobre las ruinas de Pompeya se medita; sobre las de Roma parece que se ve meditar á la ruina misma; ésta habla, dicta claramente.

Pompeya es muda, cuando se tiene en el oido la voz del Coliseo.

El año 79 de nuestra era, existía la ciudad al pie del Vesubio. Era una ciudad de provincia, una villa nueva de recreo, pues, 16 años antes, habia sido casi arruinada por una erupción, y la estaban reedificando cuando el volcán la amortajó definitivamente en sus cenizas.

Cayeron éstas, primeramente, como ligera nieve de fuego, y los hombres huyeron al resplandor de la roja mirada del volcán despierto á media noche por un ensueño pavoroso. Vino después una lluvia de piedra pomez, con el peso suficiente para derrumbar los techos de madera calcinados, sin derrumbar los muros de los edificios; y, por fin, la lluvia y las lavas formaron á la espesa pero ligera envoltura de cenizas una costra sólida en forma de colina, que fué cubierta al fin por la tierra vegetal.

En esa colina brotaron las flores de diez y ocho siglos; y abrió en ella surcos el labrador; y sembró; y la tierra fué cubierta de espigas y de parras; y el pastor apacentó en ella sus ganados.

El viejo Tiempo se olvidó de la ciudad desterrada del cielo y de la tierra; en sus calles no pudo poner ni una mancha de musgo; no pudo colgar una rama de hiedra en sus cornisas, ni en el fuste de sus columnas casi intactas; no pudo hacer llegar su mano amarilla hasta el blanco esqueleto de la

muerta amortajada en cenizas como una penitente sin redención.

Pompeya era una griega que se habia arrojado en los brazos del César romano moribundo y en descomposición; pálida flor de estercolero, de agrio perfume y vida efimera, de estambres sin polen, de ovario sin gérmenes.

Su arquitectura no era griega, (aunque el estilo griego predominaba en sus edificios más notables), porque, al mezclarse á la romana, perdió su transparente nitidez (el monumento griego era pequeño), sin adquirir grandiosidad. No era romana; no sólo por la falta del arco y la bóveda, sino porque precisamente lo grandioso es lo que da á las ruinas de la arquitectura romana su fuerza, y su carácter, y su voz.

La impresión que se recibe al entrar en Pompeya es rara; no es de admiración, no es de melancolia, aunque es triste. Más que la ruina de una ciudad, me pareció una ciudad extraña en construcción ó en demolición. Contribuye á ello la circunstancia de verse por allí materiales é instrumentos destinados á conservar las excavaciones ó á continuarlas: carros de mano, picos, palas, cal.

La idea de lo vetusto, de lo venerable, no se despierta allí espontánea.

Se recorren calles angostas con limpio pavimento de losas irregulares de lava; y aceras altas de piedra desgastada y resbaladiza. Para pasar de

una á otra acera, existian y se conservan dos ó tres piedras cuadradas que cruzan la calle á la altura de las aceras. Sólo un carro podia, pues, recorrer la calle haciendo pasar sus ruedas por entre una y otra piedra cuadrada. No serian tampoco aquellos muy numerosos. Habia esclavos y los caballos podian ser cónsules.

Las casas de ambos lados, por lo general de un solo piso, se mantienen á la altura de los techos que desaparecieron. Los huecos de las puertas y ventanas conservan algunos los travesaños superiores ó dinteles que soportaban la continuación de la pared, hoy rota; en otros han desaparecido aquéllos, y quedan sólo los pies derechos á ambos lados del hueco. La calle es una serie de lienzos ó entrepaños de muro roto y agujeros cuadrados.

El interior de las casas, formado también por paredes ó columnas truncas, se aprecia con toda exactidud, pues hay muchas en que los muros se conservan íntegros hasta la altura de los techos, y completas las columnas hasta el chapitel: son generalmente dos patios rodeados de columnas y habitaciones pequeñas sin más luz que la de la puerta: el *atrium* y el *peristylium*. Las viviendas de los magnates son más amplias, pero de análoga construcción: en ellas se ven aún los pisos de mosaico, las columnas dóricas ó jónicas de los pórticos que circundan los patios, las habitaciones de paredes de fondos rojos recuadrados de orlas negras, en cuyo centro lucen pintados edificios de fantasía sostenidos por frágiles columnillas, figu-

ritas flotantes de tonos claros y transparentes, danzadoras aereas, amorcillos, Neptuno y Apolo que construyen los muros de Troya, Adriana y Baco, una Nereida acostada sobre un monstruo marino, un grifo ó cariátide en el centro del cuadro rojo.

Todo ello da exacta idea de la vida que hacian éntonces los romanos, y que no es mi ánimo detallarte ahora.

Un amplio espacio abierto contiene las ruinas del Foro. Doble hilera de columnas dóricas de mármol blanco lo circundan; cuatro ó cinco permanecen de pie en un lado, integras como para recibir el arquitrabe; más allá hay otras rotas; en el otro lado una larga serie de bases alineadas. En medio de estas se hierguen una ó dos columnas solas que han permanecido como seres flacos y largos que se ponen de pie entre sus compañeros tendidos para siempre.

Allí la Basílica y el Templo de Venus: los mismos alineamientos de columnas muertas lo circundan. Parece que las unas, las rotas, se agachan; que las otras saltan ó se estiran; que las de más allá se esconden en la tierra sacando solo las cabezas, como si quisieran trepar arrastrándose por la escalinata de mármol que está á su lado.

Y más allá el templo de *Júpiter*, y el de *Augusto*, y el de *Isis* con sus escaleras secretas que permitian al sacerdote introducirse y colocarse detrás de la estátua de la diosa, para hablar en sus labios y mirar en sus ojos; y el *Anfiteatro*, y el *Odeón*,

y la *Escuela de Gladiatores*, y las casas de Baños ó Termas.

Entramos en una de las casas particulares destechadas, la de Diomedes, ó de Cornelio Rufo, ó de Salustio; recorremos sus patios con la fuente de mármol en el centro y rodeados de pórticos de columnas corintias; penetramos en las habitaciones interiores : en los comedores con sus mesas y triclinios; en los gabinetes reservados en que el vicio más grosero, allí en el seno mismo de la familia, ha dejado, como en otros muchos sitios de la ciudad desenterrada, su huella repugnante. Es Pompeya un esqueleto con pústulas, que, aún hoy, son capaces de inficionar el ambiente. *Putredo ossium*, que dice la sagrada Escritura : podredumbre de los huesos.

Como el agua del mar para borrar la sangre de las manos de Lady Macbet, no han sido suficientes diez y ocho siglos de ceniza para borrar del esqueleto de la ciudad greco-romana las manchas de corrupción que brotaban de su médula.

Hoy le han saqueado el cadáver, le han raspado el esqueleto, y se lo van mondando, á medida que tiran de él, dejándolo como un esqueleto de gabinete. Las estátuas y estatuillas de líneas griegas que poblaban sus foros y sus templos y sus patios y sus jardines : el fauno ebrio; el fauno danzante ; los mosaicos; las pinturas de los muros ; las vasijas y cascos de gladiadores; las joyas; casi todo ha ido á enriquecer los museos, especialmente el magnífico de Nápoles.

Hasta los cadáveres de sus habitantes muertos en la erupción se ven en el pequeño museo que se visita á la entrada de las ruinas. Esos cuerpos se ofrecen á la vista en la actitud en que estaban al quedar inmóviles para siempre; la ceniza que los envolvió y se endureció sobre ellos formó un verdadero molde que, relleno despues de yeso, dá la reproducción exacta del cuerpo que allí dejó la huella de sus músculos crispados por la agonía. Los huesos que forman el núcleo de esas figuras conmovedoras asoman amarillentos por entre la blancura del yeso, ya en las articulaciones de los dedos, ya en algun pedazo del cráneo, ya en las puntas de los pies de uñas retorcidas.

Cruzamos la ciudad al través de las ruinas; atravesamos las calles pavimentadas de lava, desiertas, color de ceniza, en las que reverbera el sol. Vamos siguiendo las rayas de sombra casi azul ó carminosa que proyectan las paredes sobre el suelo, para evitar el peso de un sol de fuego. Llegamos, por fin, al límite actual de las excavaciones.

Aquí se ven claramente los dos pisos: el bajo en que caminamos por el pavimento de Pompeya, el de diez y ocho siglos atrás; y, cuatro ó cinco metros mas arriba, el del suelo actual de la campiña sembrada cortada verticalmente, y que se sigue cortando para continuar la exhumación de la ciudad. Sorprende el notar tan poca diferencia

de altura entre uno y otro plano; no se concibe cómo esa pequeña capa de ceniza y lava y tierra, que hoy se desmorona con el pie, ha ocultado al mundo durante tánto tiempo el misterio de Pompeya.

Subimos á la altura del suelo actual y alli, de pie en el borde mismo del corte vertical de la excavación, el espectáculo es indudablemente original, único. No sé si es triste; hace cruzar los brazos é inclinar la cabeza. El Vesubio, erguido á nuestro lado, á nuestra derecha, humea; allá á lo lejos, del otro lado de las ruinas que se extienden á nuestros pies, el mar azul, que un dia llegó hasta la ciudad y ha huido de ella; alrededor, la llanura y las colinas verdes; y, frente á nosotros, cuatro ó cinco metros más abajo del suelo que pisamos, el de Pompeya en se que extiende la ciudad desenterrada. Alli, en primer término, bajo nuestros ojos, está la última casa sacada á luz á medias, y que se prolonga hundida en la tierra por debajo de nosotros: su patio rodeado de columnas, los pisos de mosaico, las paredes rojas orladas de negro con figurillas transparentes, el *atrium*, el portal con su *Cave Canem*, las cornisas y columnatas en parte desenterradas y en parte metidas aún en su envoltura de ceniza y piedra pomez. Y, á partir de esta casa que está bajo de nosotros, se extiende toda la ciudad, plomiza, derruida, muerta; sus calles, sus columnas, sus templos, su antiguo circo que se ve redondo y aislado en un extremo como un cráter de un paisage lunar; las

crestas desgastadas de las paredes que suben, bajan, se interrumpen formando una linea sinuosa ribeteada de ceniza. Allá se distingue una serie de columnas que bordean un espacio cuadrado, una plaza; del otro lado una columna sola como un quejido aislado; un arco á lo lejos que atraviesa una calle, como un puente que cruza el lecho polvoroso de un rio agotado por la seca.

Y se vuelve á mirar hacia abajo, y se ve de nuevo la casa que están desenterrando. *Salve*, está escrito en mosaico sobre el pavimento del *atrium*: los ciudadanos de Pompeya nos saludan. Un fauno transparente y una mujer desnuda, danzan, pintados sobre el fondo rojo de la pared, apenas cubierta de un polvo blanco Más allá, en el otro lienzo de muro, los amorcillos juegan al escondite: una mujer de túnica blanca ofrece un sacrificio á Isis.

Y se mira el Vesubio; y se mira el mar azul allá á lo lejos...

Ese momento es hondamente melancólico. El sol reverberaba sobre las extensas ruinas, y proyectaba sobre las calles plomizas la sombra irregular de los trozos dentellados de pared que las bordean.

La más completa soledad nos circundaba. Solo un labrador araba la tierra en lo alto de la próxima colina.

Un viejo mendigo, salido no se dé dónde, se acercó entonces á nosotros, tocando en una pequeña guitarra un aire napolitano.

Y cantaba con voz gangosa : *Funiculi funiculà.* Y arañaba furiosamente las cuerdas con movimientos de mono que trepa. ¡Lo raros que me parecieron el viejo y su guitarra y su música !

¿Queria hacer bailar mis impresiones al son de su *funiculi ?* ¿Queria despertar á medio dia los viejos muertos de Pompeya ?

¡Ni al diablo se le ocurre ir á tocar la música allí !

Te aseguro que tengo aún en los oidos la melodia de aquella endemoniada guitarrilla :

¡Funiculi funiculà !

NÁPOLES

Mañana, después de algunos dias pasados en Nápoles, regresaré á Roma. De allá te comunicaré mis impresiones de arte en los museos. Las del de Nápoles quedan en incubación en mi mente, y me predisponen á recibir las del Capitolio y Vaticano de Roma.

Pero ahora tengo que escribirte algo; no debo perder mi dia. Copio, pues, de mi imaginación, y de mi libro de apuntes, la última mancha de color que encuentro aún fresca. El original es bellisimo. Está aquélla esbozada en la Via Caracciolo de la que vengo en este momento. Es esa Via el paseo de carruajes que se extiende á orillas del golfo; el paseo aristocrático de las tardes de Nápoles.

Lo recorro en coche.

El sol se pone tras las montañas á espaldas de la ciudad; sus últimos rayos, atravesando el aire

del golfo, van á tocar las rocas acantiladas de Capri y de Sorrento, dándoles una entonación gris violeta. Una nube larga, color de nácar en el centro, azul, que se confunde con el tono del monte, en el borde inferior, y de oro vivo en las orlas altas, se atraviesa horizontalmente en el tercio superior del Vesubio. Sobre la franja de oro escarmenado de la nube, asoman las dos cabezas del monte, de un gris obscuro; una de estas humea.

El golfo está tranquilo, muy tranquilo; todos los montes que lo circundan aparecen envueltos en sus propios alientos azules plomizos.

Por la calle que se extiende á orillas del agua, circulan los carruajes con sus escudos heráldicos, coronas ó cifras en las portezuelas. Las hermosas napolitanas se reclinan muellemente en los almohadones de los unos; en los otros se mueve el simpático grupo de familia: la madre rodeada de los niños de cabecitas rubias que asoman sonrientes. El tieso lacayo va allá sentado en la trasera del rápido faetòn; su dureza de tronco de árbol lo hace descollar sobre el conjunto; parece una cosa con sombrero de copa alta y botas de vueltas rojas.

En cambio, los visitantes extrangeros, ingleses y alemanes sobretodo, no pueden confundirse: ahí van en sus coches de plaza, con sus carteras de viaje cuya correa de charol ó de cuero amarillo les cruza el pecho, del hombro á la cintura.

Todo va, y viene, y vuelve á pasar, recorriendo la curva del golfo. Por la rapidez con que cruzan

algunos carruajes, se dijera que los que los ócupan van á algo muy urgente. Ese jóven elegante, sobretodo, que guia su faetón y apremia con la fusta á sus caballos, debe de ir muy ocupado; tiene urgencia en llegar al final del paseo, para regresar de nuevo á toda prisa, y emprender otra vez la premiosa jornada.

Pero el aire y el cielo y las vagas lejanias son los protagonistas de este cuadro esbozado en el azul.

El cielo del poniente, á espaldas de la ciudad, concentra ya en sus nubes todo el brillo del crepúsculo: es un acinamiento glorioso de azul, rosado obscuro, anaranjado vivo: todo vago, confuso, pero con orlas y escamas de oro ténue, flotante, que, poco á poco, comienza á palidecer, como una brasa á la que va apagando la ceniza, hasta disolverse en el cielo ya transformado en un conjunto de pequeños copos plomizos. Tal se disuelve el encaje de espuma en la onda azul, cuando la ola levantada por la nave se disipa sobre el mar sin playas.

Los carruajes, que han corrido hacia un extremo del paseo, ya no regresan. La concurrencia se enrarece. Nosotros vamos ya quedando de los últimos, silenciosos, dejando rodar lentamente nuestro coche.

Damos nuestra última vuelta de regreso á la ciudad, cuando todo está en calma. Sólo se ve en el paseo uno que otro carruaje rezagado, con su

dueño reclinado con abandono en los almohadones.

La tarde cae : una niebla gris casi confunde el golfo con el cielo en el horizonte; entre los hondos tules se ve aún, sin embargo, la línea sinuosa de los montes lejanos y, en primer término, con algún mayor vigor, las dos cumbres del Vesubio, completamente apagado.

Las campanas de la ciudad suenan, como lamentos dispersos. Se van encendiendo los faroles á lo largo del paseo : entre los árboles, entre la vegetación de los cerros que se han ennegrecido. Los puntos de luz aparecen y desaparecen; se ve aqui una hilera de ellos que forma una curva nítida y regular en la falda, ó allá arriba, en la cumbre del cerro en que se esfuma la ciudad; más allá, las lucecillas se apiñan en un grupo irregular como una banda de luciérnagas posada en la obscuridad; luego corren pestañando en una línea quebrada ; y al final, hacia el Pausilipo, se derraman en una mancha de luz pálida.

La obscuridad, que avanza, les va dando mayor intensidad y soledad mayor ; pero esa obscuridad que baja y se refugia en las honduras, no se inocula en el cielo, que permanece siempre azulado ; dentro de él andan las estrellas, que pronto se asomarán á sus nubes.

Ahí quedan, inmóviles en el golfo, las velas de algunas barcas pescadoras. Son la postrer nota que suena en mis ojos al volver la cabeza por última vez, para mirar el paisaje que se borra,

cuando mi carruaje cambia de dirección para meterse en las calles de la ciudad. Esas débiles notas blanquecinas quieren concentrar en si toda la melancolia de la tarde que fué, y que parece sepultada en mi espíritu para resucitar, sombra amiga, en mi memoria, y llevarte un recuerdo amable.

Casi sin ver, porque la luz se ha ido, trazo esta mancha de color tenuisimo para ti. Media hora bastaría para desvanecermela por completo.

ROMA

Los tres ó cuatro dias que me he pasado metido entre ruinas romanas y estátuas griegas, y sarcófagos etruscos, y bajo-relieves asirios y egipcios, me tienen el espíritu en un estado de constante vibración.

El corto caudal de educación artística y de preparación histórica que he podido ir formando en mi azarosa vida toma aquí desconocidas proporciones; me recuerda la vida radiosa que cobra un punto de fuego, al parecer insignificante, cuando se le sumerge en una atmósfera de oxigeno puro: se convierte en estrella que resucita entre su ceniza.

Las viejas ideas de mi educación clásica, las lecturas de arte que deleitaron mis ocios, van ahora apareciendo en mi memoria, como si se derramara un reactivo sobre el papel en que se ha escrito con un ácido invisible.

Me pasa con esto algo así como lo que nos sucede con las lenguas extrangeras que poseemos y no

practicamos; es necesario vivir en el pais en que se hablan, para darnos cuenta de que las poseemos. Quince días de vida francesa ó italiana bastan para que uno hable francés ó italiano, bien ó mal, pero no haciendo traducciones mentales, sino emitiendo unidas la idea y la frase, espontáneas, calientes.

Es preciso vivir algunos días en este mundo de las ruinas, de los hombres de piedra mutilados, de los sarcófagos vacios, de las esfinges y las inscripciones hieráticas, para saber hablar con ellas.

Yo siento todo esto, lo reconozco, lo amo. No soy un extranjero entre estos habitantes de mármol del Museo Vaticano ó Capitolino, nacidos en Grecia á la vera del Parthenón, casa solariega de la humanidad artistica, y llevados esclavos á Róma, donde vieron nacer sus hijos, y morir anémicos sus nietos, permaneciendo ellos immortales.

De regreso de Nápoles, después de visitar la tumba de Virgilio, en el Pausilipo, y la de Grecia y Roma, en Herculano y Pompeya; después de estudiar, admirándole, el Museo Nacional napolitano, y de cruzar las llanuras de Capua, pobladas de recuerdos, entro de nuevo en Roma ansioso de vivir un poco de vida clásica, de dar forma á las fugaces ideas que ella me sugiere y que sabe Dios si volverán á pasar por mi mente en el resto de mi vida. Mis destinos no parecen propicios al culto de la belleza artistica que, á haber yo nacido en otro mundo, me hubiera amado quizá. ¡Se va el hombre de la tierra con tántas cosas que decir!

¡Tiene uno en el alma tantas estrofas calladas que nadie escuchará!

Te escribo, pues, para detener instantes aislados; voces que claman en el desierto de mi vida, al visitar ligeramente los museos.

La impresión de estas largas salas de escultura antigua es una sensación de blanca inmovilidad, de serenidad noble, de pura transparencia.

Las ténues líneas de las estátuas se recortan en el aire que parece asi más diáfano. Antes de acabar de verse la primera, la vista salta instintivamente á la de al lado, á la de más allá, al grupo del fondo, á las que se ven en el salón inmediato ó en el patio iluminado por el sol al través del arco de la puerta, á las hileras de bustos que se asoman en los estantes de las paredes. Las líneas blancas circulan por el ambiente, lo compenetran, lo consagran. Un soplo frio pasa por estas ciudades de los inmortales de piedra, que parecen iluminadas por un sol que no es el de la tierra, una especie de luna que constituye un medio dia. Esto parece alumbrado por la irradiación de las estátuas mismas: aquí no puede haber noche.

En el centro de los salones se adelantan ó se recatan las Venus ingénuas, púdicas; el Galo moribundo, apoyado en la mano, inclina la pesada cabeza de cabello corto é hirsuto, mirando la tierra que recibe su cuerpo vacilante; danzan más allá los faunos sonrientes, de raras orejas, y con raci-

mos en las manos; Apolo, con el arco tendido y su ligero movimiento de impulsión hacia adelante, nos sale al encuentro y nos deja inmóviles; absorve nuestra vida y nos inocula su mármol; Minerva se alza noble, altiva, serena, con su casco y su escudo: es el gigante femenino; Hércules, el hermoso animal-hombre, se apoya en su clava á lo largo de la cual pende el brazo más pesado que ella: parece que en esa estátua sobra la cabeza ó es un accesorio insignificante. Los bustos, alineados en los estantes por centenares, se asoman inmóviles, ierguen ó estiran los cuellos. Ahí se ve el tipo griego en el busto sencillo é impersonal de Pericles cubierto con su pequeño casco: asoman después las cabezas ya personales modeladas por Lisipo; desfilan enseguida los tipos romanos, ya perfectamente humanos: Escipción, Marco Aurelio, Tiberio, Caracalla, Nerón, Mesalina. Esa serie acaba en el retrato y hasta en la caricatura: la escultura se va.

No quiero caer en la enumeración: es preciso conservar en la imaginación solo la mancha blanca, el flotar de lineas y cabezas, y actitudes, y desnudos y pliegues. Ahí está la sugestión.

Los museos etruscos y egipcios que aqui se recorren, y los vestigios asirios, y los bajo-relieves, vasos, joyas, sarcófagos y mosaicos, constituyen tesoros para el arqueólogo. Yo, sin ser sabio, los miro sin embargo con avidez.

Es por que todo eso es el fondo sobre el cual se proyectan soberanas las estátuas griegas y sus

primeras hijas, las lejitimas, nacidas en Rodas ó en Pérgamo, ó en Roma : la Venus, el Apolo, el Hércules, el Torso de Belvedere, el Laoconte, que es lo que queda como protagonista en la memoria al salir de los museos, como espiritus expresivos, como misterios blancos.

¿Dónde y cómo brotaron esas Venus griegas, ese Hércules Farnesio, esas nobles Minervas, y, sobre todo, ese Apolo de Belvedere que ayer se me apareció en el museo del Vaticano y se adelantó hacia mi con la serena arrogancia de una divinidad?

Esa figura es la de un ser parecido al hombre.

Es el hombre físicamente perfecto que ya no existe, que no existiria tampoco cuando esa estátua fué modelada, y que, sin embargo, debió existir un dia.

¿Cuándo?

En el principio.

¿Dónde?

Yo creo que en el paraiso antes de la culpa.

¿Pero cómo y por qué brotó en la pequeña Grecia esa especie de generación espontánea del arte humano? ¿Cómo y por qué esas formas sin antepasados y que no han sido superadas? ¿Quién la hizo primero madre? ¿Dónde estuvieron sus modelos?

Mira en estos museos los predecesores de esas creaciones : mira las figuras egipcias, las esfinges inmóviles, hieráticas, convencionales ó monstruo-

sas, dignas pobladoras de las pirámides sin alma y de los trapezoides sin columnas. Observa esas siluetas asirias recortadas en sus fondos monótonos, madres acaso de los símbolos mejicanos. Miremos esos bajos-relieves etruscos.

¡ Qué distancia entre todo eso y la creación escultural griega!

Y si miramos hacia adelante y observamos los nietos romanos de la estátua griega, ¡cómo vemos perderse en ellos la linea, ofuscarse el ideal, hundirse el arte en la vulgaridad y, por fin, en la nada!

Pero lo que aumenta nuestra sorpresa, es el darnos cuenta de que, aún despues de la noche bárbara de muchos siglos, cuando el arte renazca, hemos de ver á la escultura genial del hombre acudir de nuevo, no al ideal directo de que el escultor heleno tuvo la misteriosa intuición, sino á las obras ó vestigios de obras griegas. Miguel Angel se arrodillará, pidiendo líneas para sus creaciones, ante ese pedazo de hombre de mármol que estoy viendo en el Museo Vaticano, ante ese torso de Belvedere que es sólo una sombra, sin embargo, de la escultura griega. Canova seguirá á Miguel Angel.

¡Si todo lo que hoy poseemos de Grecia son sólo sombras! ¡ Si nada auténtico conservamos de Fidias! ¡Si todo lo que existe son copias ó imitaciones de genios de que solo el nombre nos han transmitido las crónicas : Mirón, Praxíteles, Escopas! ¿Dónde está, pues, el secreto del arte griego? ¿ Dónde el tipo de sus creaciones?

Vemos aparecer la raza creadora hace tres mil años en las costas é islas del mar Egeo. Es indudable que allí nace la civilización occidental; que allí comienza la Europa destinada á recibir á Cristo de manos del pueblo judío. Este sólo tuvo la misión de anunciarlo, y por eso, sin duda alguna, no tuvo arte propio perdurable : por que sólo tuvo símbolos. Esa raza griega es un misterio. No sólo yo no veo en ella la continuadora del arte y las tradiciones de Oriente, como se ha dicho; ella, al contrario, en las jornadas de Salamina y Maratón, salva nuestras artes, nuestras ciencias, el germen de nuestra civilización de la ruína con que las amenazaba la barbarie asiática.

Los filólogos, los sábios han investigado, estudiado, establecido sus conclusiones sobre el estado primitivo y la marcha de la cultura humana; unen y separan las razas ; se apoyan en las influencias del medio ambiente ó del método de vida, para desprender la estirpe griega del conjunto, y dar la clave del enigma, el porqué de sus creaciones artísticas.

Yo creo que, efectivamente, el género de vida de los griegos ofrecía al artista el modelo vivo y espontáneo de su estátua desnuda. Encerrados los hombres en sus ciudades, que eran para ellos la patria; rodeados de pueblos enemigos y obligados á una defensa sin tregua, tienen que luchar, como entonces se luchaba, cuerpo á cuerpo, casi desnudos, y hacen su ideal, su dios, de la vigorosa y sana estructura del cuerpo humano. Formar una

nacionalidad era entonces construir una hermosa raza, resistente, proporcionada, fisicamente perfecta.

Grecia era un *haras* humano.

Las termas, los gimnásios, son instituciones; el ejercicio habitual y noble del hombre, correr, saltar, luchar, arrojar el disco. Los grandes juegos olimpicos, que formaban épocas, eran la apoteosis y el triunfo del cuerpo desnudo; las mismas mujeres se ejercitaban desnudas ó muy poco menos. Del Olimpo á la tierra no habia, por otra parte, solución de continuidad: el animal humano perfecto, fuese ó no salvaje, era un dios.

Siglos de depuración de la belleza física, y de adoración á las formas humanas, bien pudieron sugerir los tipos esculturales, trazar en la imaginación del artista las lineas de los Apolos y las Venus que, con algo de eternidad, han sido la admiración del tiempo.

Pero, si todo eso fuera exacto, se me ocurre que todas esas investigaciones se han quedado á medio camino.

Si efectivamente esas estátuas de perdurable y no superada belleza tuvieron sus modelos en las lineas del hombre librado á su simple desarrollo armónico, es indudable que el hombre-tipo habia sido desfigurado, que el hombre primitivo fué hermoso, imágen de la hermosura absoluta; y que la belleza no es otra cosa que el reflejo del tipo primitivo y del mundo que él habitó: de sus sonidos, de sus colores, de sus lineas.

Mira estas estátuas que me rodean. A la pureza, al candor, á la naturalidad de la linea escultural perfecta van unidas la inocencia, el candor, la castidad del desnudo. Estas Venus, sin esfuerzo alguno, tienen la nobleza de su desnudez, ignoran que están desnudas, por que están vestidas de su belleza.

No son Venus : son Evas antes de la culpa.

En cambio, en cuanto el arte se aparta de la linea ideal entrevista por el genio, y busca sólo la reproducción del natural vivo ; en cuanto la estátua tiende á identificarse con la humanidad caida, con el hombre en pecado, cobra, no es posible negarlo, mayor calor de vida humana : pero, obsérvalo bien : comienza á caer y sigue cayendo ; comienza á alejarse y sigue alejándose de la linea pura y soberana, de la belleza no discutida que flota en la mente creadora de Fidias y Praxiteles, y que buscarán de nuevo Miguel Angel y Canova. El sol que había llegado á su cenit, comienza á ponerse ; la linea griega abandona el mundo, para sentarse á esperar el renacimiento en su inconmovible trono solitario ; las estátuas son parecidas al original, ya no son el original mismo.

¡ Oh Apolo ! Es que tú no eras un hombre : eras el hombre casi sorprendido en su primitiva desnudez paradisiaca !

VERONA

Aunque no estoy muy sobrado de tiempo, no he podido menos de detenerme en Verona.

Desde que conocí en España á Toledo, busco Toledos por todas partes: crei encontrarlo en Pisa; ahora esperaba hallarlo en Verona. Pero Toledo, la maravilla, es uno solo: es el soberano absoluto de la edad media monumental. Sentado en su trono de rocas negras y escarpadas, parece un bólido, un pedazo de astro muerto, caido á orillas del Tajo ayer no más, desde su obscuridad excelsa. Se me ocurre que debe conservarse aún, en la masa de los siglos pasados, el hueco que dejó Toledo al desprenderse de cuajo de la edad media, para caer en la moderna.

Pero yo no visito á Verona con el propósito con que visité detenidamente á Toledo; desgraciadamente el tiempo me falta para ello. Si me he detenido aqui unas cuantas horas, ha sido, no tanto por ver y admirar el magnifico circo romano, que

se admira aún después de conocer el anfiteatro de Flavio; no tanto por detenerme á meditar en la tumba de los Escaligeros, poema silencioso de piedra que parece encerrar dentro de su característica verja de hierro toda la melancolia de un siglo, ni por visitar el *Castello Vecchio* y su puente sobre el *Adige*, verdadero espécimen de la arquitectura militar del siglo XIV, sino por recorrer las calles llenas de color medioeval, en que Montescos y Capuletos cruzaban las espadas; por conocer la patria de Julieta, la transparente heroina del más flotante de los poemas de amor.

Ahi está su casa; es indudablemente auténtico su frente de sillares de color tierra de Siena quemada. En la clave del arco secular que da acceso al primer patio, una vez atravesado el ancho zaguán, aún se ve un sombrero esculpido en el escudo de piedra que constituye la misma clave. Ese arco es evidentemente el mismo del siglo XIV, y ese escudo con su *capello*, es el escudo de los Capuletos.

Julieta un dia decia en su balcón la melodia siempre nueva:

« Oh, Romeo! Romeo! ¿Porqué eres tú Romeo? Reniega de tu padre, y abjura de tu nombre; ó si eso te repugna, jura que me amarás siempre, y yo, yo, tu Julieta, reniego de la sangre de los Capuletos. »

« Tu nombre sólo es mi enemigo. Tú no eres

un Montesco; tú eres tú mismo. Romeo, Romeo, renuncia á tu nombre y, en cambio de ese nombre, que no es parte de ti mismo, yo me doy á ti, tómame toda entera. »

El hecho, por otra parte, que inspiró á Shakespeare es cierto; no ando, pues, descaminado al buscar la casa auténtica de Julieta en Verona.

Dante, en su apóstrofe al emperador Alberto, lo menciona con precisión.

« Vienne á veder Montecchi é Cappelletti,
« Monaldi et Felippeschi, *uom senza cura,*
« Color *già tristi* e costor con sospetti. »

En Verona los Montescos y los Capulętos; en Orvieto los Monaldi y los Filippescos, y, en toda la Europa medioeval, los señores rivales con sus familias y sus fieles, en sangrienta lucha, dieron carácter á una época. Y todo ese carácter, con todos sus detalles, cobró vida imperecedera en la creación del bardo inglés.

Pero eso es sólo el teatro de la escena; eso es accidental para mi. Es sólo un elemento necesario para dar vida real, y carácter y forma precisa á los tipos.

Romero y Julieta no son la lucha de familias rivales: son el amor irrealizable en la tierra.

Shakespeare quiso infundirlo en su poema; y si, como fueron las rivalidades de dos familias veronesas, hubiera sido cualquier otra circunstancia la que se interpusiera entre los dos amantes, el mismo espíritu esencial hubiera tenido el poema, el mismo amor lo animaría, la misma alondra

anunciaria la aurora en el jardin de Julieta, y la misma luna alumbraría la escala flotante en su balcón.

Accidental es también el desenlace, como sucede muy á menudo en los dramas del genio que mata á *Hamlet* con un estoque envenenado, y cumple fielmente en *Macbet* el vaticinio de las brujas.

La muerte de Romeo en la tumba de Julieta no es la de Werther : éste si es el funesto poema del suicidio, del crimen que nace en el pensamiento y en la primera falta y, no reprimido entonces, toma cuerpo y termina en la muerte.

Gœthe, en Werther, desarrolla una tesis falsa y funesta : desconoce la imputabilidad *virtual* de las acciones humanas; rompe el hilo moral que ata los efectos á las causas.

Shakespeare, en Julieta, da vida á un lirio, le hace exhalar su perfume, y lo troncha porque llega la noche, porque fué formado sólo para vivir mientras la naturaleza sonrie.

¿ Cómo, pues, no visitar la patria de Julieta? ¿ Cómo no preguntar, aún teniendo la seguridad de ser engañado, dónde estaria aquel jardin que cruzó Romeo como una sombra, mientras la blanca figura de su esposa se dibujaba en el balcón y su voz lloraba?

¿ Quién no ha visto alguna vez iluminada su alma por la luz de luna que alumbraba el jardin de Julieta?

¿ Quién no ha sentido en ella el canto de la alondra y las vagas claridades de la aurora, que se re-

producen de vez en cuando en nuestra [illegible] fragmentos de músicas lejanas, tras las por el viento? ¿ Quién deja de tener veinte años eternamente en algún rincón del corazon? ¡ No sin esos los que me han hecho detener en Verona sólo á buscar la casa de Julieta ?

El frente de la de los Capuletos se [illegible] con todo su carácter.

Sobre la puerta, en una plancha de marmol, se lee la siguiente inscripcion :

Queste furono le case dei Capuletti d'onde uscì la Giulietta per cui tanto piansero i cuori gentili e i poeti cantarono.

¿ Verdad que es un pequeño poema?

Pasando por el ancho pórtico, y bajo el antiguo escudo de los Capuletos que cierra el arco, se llega al gran patio. ¡ Hay en él una cuadra de caballos y de mulos, con su olor á estiercol y todo su séquito de porquerias!

— Oh, nó, digo violentamente al hombre que nos sirve de guia ¿ Y el jardin? ¿ Dónde está el jardin? ¿ No habia un jardin detrás de esta casa?

— Oh sí, seguramente; mostraré á Vd. el sitio en que estaba; pero ahora la mitad es el mercado, y la otra mitad el teatro filarmónico.

. . . . . .

¡ Oh amigo Vesubio! Tú nos has conservado á Pompeya; y hoy levantamos el manto gris que en-

volvia su cadáver para reconocer los vicios romanos.

Hubo una lluvia de ceniza y lava, para conservarnos también á Herculano.

¡ Y no hubo una lluvia de flores para defender del tiempo y de los hombres la casa y los jardines de Julieta!

VENECIA

A pesar de que llegué aquí prevenido en contra de las fantasías venecianas con su góndola por protagonista, no puedo menos de entrar directamente en la leyenda con el gondolero, y en la canción del canal, al comenzar á hablarte de Venecia.

No sólo son verdad las leyendas y las manchas de color venecianas que nos han contado y hemos visto; sino que también aquí la verdad más sencilla es leyenda, melodía.

Estoy encantado con esta originalísima ciudad inundada ó anclada en el mar; me siento alegre á bordo de ella; no me convenzo de que no esté en un escenario de teatro, al ver pasar por debajo de mi ventana las góndolas cadenciosas; al ver moverse el agua del canal en el umbral de mi puerta; al bajar la escalera y encontrar la góndola que me espera al pie de ella para recorrer las calles de agua.

Llegamos ayer y, ¡es claro! á la noche, tomamos una góndola en el gran canal.

Aunque la luna que hacia algunos dias nos habia alumbrado el Coliseo en Roma estaba en el cielo, no podia romper los negros nubarrones, vestigio de la lluvia del dia.

La noche estaba obscura, pero serena y tibia: el gran canal inmóvil: sobre sus aguas se reflejaban, de trecho en trecho, las luces de los faroles de ambos bordes, trazando en el agua negra una raya larga y ondulada de luz brillante. Las góndolas resbalaban como sombras.

¡ Reina tánto silencio en ese cuadro!

Las góndolas pasan como recatadas, ocultas: van siempre á algo secreto.

Son negras, largas y muy finas; sus dos extremidades se alzan de modo que solo el centro de la barca queda en contacto con el agua, y resbala sobre esta, cortándola ritmicamente con el filo de su proa redonda como una anguila que alza la cabeza. La punta de delante, en forma de un pico característico de acero, sostiene un farolillo; sobre la punta de detrás que, como la otra, es totalmente cubierta hasta el centro, va de pie el gondolero, vogando de un lado. De vez en cuando, para anunciar su presencia al doblar una esquina, ó cuando la noche está obscura, lanza un grito largo, como el de un pájaro que pasa: *¡Apreme! ¡Stali! ¡Staaali!*

Su figura, esfumada por la noche, y sobre la base delgada y casi aérea de la punta de la góndola, parece una gran silueta fantástica.

Bogábamos en silencio sobre el canal : la estrofa de Lamartine, flotaba por todas partes :

On n'entendait au loin...

Yo esperaba algo que pronto salió del silencio.

Oí una voz que cantaba á lo lejos, é hice señas al gondolero para que guiara en esa dirección.

La canción se iba oyendo nitida, vibrante : al fin la oí con precisión.

¿ Sabes lo que cantaba ?

Aquella barcarola de tántos recuerdos para nosotros; que condensa para mi tánta ilusión después de tánta amargura ; el sueño de la felicidad en medio del insomnio del dolor ; la mirada de la clemencia en pos de la prueba.

La canción brotaba de entre la noche como entonces. En el cielo, la claridad, como entonces, pugnaba por desgarrar las nubes de tempestad.

La voz cantaba :

Dormi pure, dormi felice,
De l'amor mio non ti scordar.

y una pequeña orquesta la acompañaba con la más completa afinación é intenso sentido.

El silencio era absoluto : la melodía amiga parecía un canto del Adriático que se creía solo.

Nosotros íbamos á sorprenderle, resbalando silenciosos.

En pos nuestro, y á nuestro lado, y por todas partes, venian otras góndolas : todas atraidas por

el canto, y todas calladas, en sòn de sorpresa y de secreto.

El canto partia de una gran gòndola iluminada por una docena de esos farolitos de papel de colores, que no pueden ser substituidos por ilumina ción alguna, sin que ésta pierda toda su poesia.

Esa luz filtrada en el papel y concentrada por completo en la forma y el color del farolillo colgado que se balancea; esa luz que no ilumina, pero flota y sonrie, manchando sòlo de claridad el aire obscuro: esa luz que no es útil, pero es hermosa, es para mi el simbolo de la belleza por la belleza, como lo es la luciérnaga ó la flor.

La gòndola, pues, parecia toda ella hecha de papel de color iluminado debilmente. Recorria los grandes hoteles que dan sobre el canal y se detenia en ellos cantando. La orquesta estaba en el centro: el que cantaba, de pie en el sitio del gondolero.

Siguió una hermosa voz de mujer que cantó, yo no se qué.

Las notas musicales parecian alejarse al ras del agua que les comunicaba su frescura; se iban hacia el *Lido*, hacia las islas más lejanas, que las escuchaban en silencio, bañadas en luz de luna.

Cuando yo miré á mi alrededor, el canal estaba poblado de gòndolas que habian llegado sin ser sentidas. La mayor parte, si no todas, venian ocu-

padas por ingleses ó alemanes que, hundidos en el cómodo asiento de la barca, permanecian inmóviles.

Al concluir una canción, aplaudian frenéticos; el aplauso, á lo lejos, parecía el aleteo de una bandada de palomas; después volvian aquéllos á su inmovilidad, y el silencio más completo se reanudaba.

La góndola se ponia en movimiento hacia otro hotel, cantando la graciosísima canción napolitana *Santa Lucia*, ó aquel *Addio mia bella Napoli* tan lleno de melancolía: las demás góndolas la seguían en secreto, como si fueran siguiendo un pájaro; se dijera que temian espantarla ó hacerla callar con su presencia.

Vieni a la finestra
Guarda quella bianca stella...

se oía como una ráfaga de los tiempos de las serenatas de amor que hemos sentido pasar en los ensueños de la primera juventud.

Me parecian recuerdos que se alejaban cantando, recuerdos de cosas que jamás hemos visto, estremecimientos de mi alma en el aire, en las vagas lejanías que envolvian la flotante ciudad dormida entre una red de hebras de luz.

Yo bien me sé que es muy posible que todo esto se hubiera desvanecido, si yo hubiera ido á ver de cerca el hombre ó la mujer que habian cantado en la sombra: acaso él será sucio; ella fea. ¿Pero por qué desvanecerlo? ¿No seria hacer lo mismo

que el niño que revienta su hermoso globo de colores para ver lo que tiene dentro, y llora después al verlo reducido á un pedazo de goma arrugada que en vano pretende volver á inflar con su aliento lacrimoso? La ilusión es una de las pocas realidades de nuestra vida : es la hermosa parodia de la fé.

Fé es creer lo que no vimos y que es verdad.

Ilusión es creer lo que no vimos y que es mentira.

¡ Pero es, al menos, creer!

Cuando la orquesta ambulante se retiró, permaneci un largo rato mirando correr por el cielo los últimos nubarrones negros. Miré á mi alrededor : mi góndola estaba sola en el centro del canal ; las demás se habian retirado. Nó : se habian desvanecido.

¡ Hermosa noche! ¿ No es juventud esto que estoy sintiendo dentro de mi?

¡Y yo que hasta habia llegado á creer un dia que estaba irremisiblemente viejo!

LUGANO

Un hermosisimo paisaje de tonos brillantes se extiende ante mi ojos. Te escribo desde el balcón del hotel que domina al precioso lago de Lugano, y después de haber atravesado éste y el de Como en el vaporcito que toca en *Bellaggio* y en *Porlezza*.

Frente á mi, en primer término, veo la estátua de Guillermo Tell, con su memorable arco y su saeta: la leyenda suiza. Después, el agua azul del lago; las montañas del otro lado, verdes y brillantes, que se reflejan invertidas en las orillas.

No parece que hayamos salido de Italia; la lengua que aquí se habla es italiana, é italianos los tipos que he encontrado en todas partes al recorrer la villa.

Pero, al darme cuenta de que hemos cruzado la frontera, yo miro instintivamente, y siento que con verdadero afecto, hacia la hermosa tierra, cuna de nuestra raza latina, que no puedo dejar sin

pena. Miro con atención dentro de mí mismo, y veo que, más aún que el sentimiento de admiración hacia lo grande que he visto en Italia, predomina en este momento en mí el de afecto hacia lo pequeño. Recuerdo el carácter del pueblo italiano, afectuoso, trabajador, inteligente, respetuoso sin servilismo, altivo sin insolencia.

Yo me he encontrado, francamente, muy bien en Italia. Español de origen como soy, y tan aferrado á él, no puedo menos de advertir la facilidad con que mi espíritu se ha adaptado al genio italiano, y hasta la espontaneidad con que mis órganos se han adaptado á su lengua. No hay duda de que anda en todo esto la madre vieja nacida en el Lacio, la abuela Roma, de quien Italia es hija primogénita. Y al unir ésta mi impresión de ahora con la que experimentaba al atravesar el mediodía de Francia, la antigua *Provincia* romana en que la lengua de *oc* parece la intermediaria entre la italiana y la española, siento el vínculo de raza que, á pesar de todo, une y unirá siempre á los pueblos latinos que, como la familia en torno del hogar, se sientan en torno del mar Mediterráneo.

Salgo de Italia amándola de veras: no por lo que tiene, sino por lo que es. Desearía volverme, vivir algun tiempo más en Italia. No me resuelvo, pues, á decirle *Adios*: le digo sólo: ***hasta la vuelta***.

Entretanto, veamos esta simpática Federación Helvética en la que *¡rara avis!* las instituciones

republicanas son una verdad, y el pueblo es feliz á la sombra de sus libertades.

Estamos en una república, pues, y *república de nacimiento.*

¿Sabes que el pensar en esto me causa una alegría cuya naturaleza no hubiera comprendido allá en nuestra América?

No nos damos cuenta por allá del tesoro que poseemos en nuestra forma republicana. No por una superioridad abstracta que no es dado, sin contradicción, atribuir en absoluto á algo que es esencialmente relativo, como las formas de gobierno; sino por la espontánea unanimidad con que nosotros identificamos la forma republicana con la patria misma, haciendo de ambas un ideal, más ó menos alcanzado, pero indiscutible.

No se da cuenta un americano de ese tesoro, como no se la da el hombre sano del precio de la salud. Es preciso, para ello, vivir en este continente donde las opiniones sobre formas de gobierno dividen fundalmentalmente á los hombres: donde el amor á ideales pasados absorbe y consume gran parte de los más generosos esfuerzos sociales esterilizándolos á veces, mientras que los que abrigan el nuevo ideal no pueden abrigarlo como nosotros y como estos suizos: con la convicción serena y la pasión absoluta que sólo pueden dar la posesión irrevocable, las tradiciones y las costumbres. Nosotros estamos seguros; no discutimos eso. Casi no concebimos, sino como leyenda, otra organización social que la nuestra.

Yo declaro con ingenuidad que, á pesar de conocer teoricamente el problema, una de las cosas que me causaron más viva impresión al llegar á Europa, fué el ver en la vida práctica, vivos y sanos, condes y marqueses de carne y hueso. En nuestra tierra nos parece que sólo existen en los libros de cuentos en que figuran hadas y principes. No concebimos un principe ó marqués que no esté vestido de calzas de seda, golilla de blanquisimos encajes, justillo con lentejuelas y mangas acuchilladas.

Asi pensamos de niños: y después, como no tenemos ocasión práctica de rectificar nuestra opinión, seguimos creyendo que todo eso ha pasado, y no nos damos cuenta de su importancia en sociedades cuya organización secular, que debemos respetar, es distinta de la nuestra.

Los pueblos que no son asi republicanos, casi necesitarian volver á nacer para serlo : necesitan, cuando menos, mucho tiempo. De ahi el instinto de matanza y de destrucción que suele acompañar las grandes revoluciones. Obran estas como si con amputar miembros se pudiera cambiar la naturaleza de la sangre en un organismo vivo.

En este viejo mundo, las divergencias de opinión y las preocupaciones son terribles; y es natural. ¿Qué es el presente sino una parte minima del pasado? Existir y pasar, ¿no son la misma cosa en el tiempo?

Cuando León XIII dijo á los católicos franceses

que acataran la República establecida, y que trabajaran, dentro de ella, por mejorar las leyes, su palabra cayó como una piedra entre las ranas.

Se hizo al principio un silencio de asombro. Todos creían no haber oido bien; no podía ser.

¡La República, Señor!

— Sí, la República, ni más ni menos: dijo el gran Papa con serena firmeza.

Tú, ciudadano, trabaja por el bien de la República; si ella es mala, es porque lo son los hombres que la forman, tú mismo acaso entre ellos; hazte bueno en la República, y procura de ese modo hacerla buena también á ella. Tú, sacerdote, ruega á Dios por la República, pídele que la haga próspera, y feliz, y santa. Si no es cristiana, catequízala, y bautízala después. No mires hacia atrás, sino hacia arriba.

— ¿Y el rey, señor? ¿Y el emperador? ¿Y la bandera blanca? ¿Y las águilas? ¿Y las flores de lis?

— No hablemos de esas cosas, dijo el Papa, bendiciendo la bandera tricolor; no se mira hacia atrás. Sólo Dios es eterno, sólo Él inmutable, Él y su doctrina y su bandera. El mundo es pequeño para contener á Dios y su Cristo; pequeñísimas las formas de los hombres para contener ó monopolizar su ley y sus caminos.

¿Hay acaso algún hombre que pueda suponer agotadas en él las fórmulas de Dios?

Otro tanto sucedió en España, cuando el gran anciano hizo caer allí su palabra desde la cumbre de su genio : acatad la monarquía.

-- ¡ Esta monarquía, Señor !

Sí, esa monarquía democrática, ni más ni menos: esa mujer dignísima que la simboliza y que no es sino la virtud coronada; ese niño que será un hombre.

--¿Y la ley sálica, Señor? ¿Y el otro rey, el legítimo ?

-- No hay más que un sólo rey legítimo eternamente; no hay más que un sólo poder inagotable: todos los demás proceden de Él, cualquiera que sea su nombre, y son caducos. No hay más ley que su ley.

Las formas de gobierno son accidentales y determinadas por causas varias; lo único esencial es la autoridad sin más origen que Dios, que es es único que, directa ó indirectamente, puede obligar la conciencia humana sin humillarla. Nada más noble que la formula democrática : ***Dios en el pueblo.***

Y Léon XIII bendijo á la reina de España, como habia bendecido el tricolor republicano de Francia.

Nuestro gran Papa no ha dicho nada de nuevo absolutamente en todo eso; esa es la doctrina católica antiquísima y elemental; la que á nosotros nos enseñaron los jesuitas al enseñarnos á amar nuestras repúblicas independientes; la que se es-

tudia en todos los colegios, en todos los seminarios, pero que, en Europa, se queda allí muchas veces, como objeto curioso, entre el polvo de los archivos, y para uso particular de los estudiantes de Etica.

León XIII sopló el polvo que la envolvía, y la vieja idea brilló como una estrella polar, marcando el rumbo á la humanidad.

Pero la fuerza de las preocupaciones es por aquí tan grande, que la palabra del Papa, con venir de tan alto, no ha podido aún penetrar en muchos corazones; ha rebotado en ellos, como si diera sobre el espaldar de una tortuga. Esa idea tan fundamental es todavía una nebulosa.

Entre nosotros es astro, como lo es aquí en esta pequeña, pero vigorosa Confederación Suiza, cuyo espíritu democrático se respira por todos partes con el aire.

Nosotros fuimos formados por el sólo esfuerzo del pueblo, y nacimos naturalmente república. Por eso nuestros verdaderos héroes, nuestros símbolos, son los Guillermo Tell que, en nuestra tierra, se llaman Artigas, Lavalleja ó Rivera. Los otros grandes hombres de 1810, aunque quizá con más cultura militar ó política, tenían, menos que aquéllos, el instinto popular, encarnaban menos la ley providencial de nuestra vida colectiva, é identificaban menos, por consiguiente, el sentimiento de independencia con el de república y democracia. Si no hubiera sido por nuestro Guillermo Tell, por nuestro *gaucho*

indómito, acaso estaríamos aún por resolver el problema de nuestra forma de gobierno, ó no sería la república nuestra madre indiscutible, única.

Muy á menudo nos echan en cara, por estos mundos, las turbulencias de nuestros primeros cincuenta años de vida independiente. Es una injusticia.

¡No! No es mucho lo que hemos pagado, si se compara con lo que hemos obtenido. Hemos descartado de nuestra organización social las preocupaciones pasadas: hemos constituido una sociabilidad democrática de veras, con la igualdad de los hombres, no sólo escrita en las constituciones, sino inoculada en las costumbres; el hombre es hijo de sus obras; no hay privilegios de clase que atenúen la imputabilidad de los actos humanos, no ya ante el criterio de la ley, sino ante el de la sociedad. Nada son las sanciones legales cuando no son confirmadas por las sociales.

Y es indudable que la democracia es más hermosa, es más perfecta que las otras formas; no porque significa *derechos del pueblo*, sino conciencia de los *deberes* en el mayor número. Autoridad significa ministerio, virtud: democracia, pues, ó autoridad del pueblo, quiere decir virtud en el mayor número. La perfección social sería la virtud en la totalidad, es decir, la perfecta república.

Nosotros sabemos que no podemos contar con la venida de un hombre, de un mesías político que, por su propia virtud ingénita, hará á la Patria buena, y rica, y feliz. No creemos en más mesías

que en Cristo, cuya doctrina, hecha carne en el pueblo, basta para la felicidad de las naciones. Sabemos perfectamente que la Patria será lo que seamos nosotros mismos: buena, si somos buenos; rica, si somos ricos, y nada más.

Del pueblo tiene que salir todo: gobernantes y gobernados, obispos y fieles, sociedad doméstica y sociedad civil. No hay, para nosotros, en el orden natural, otro factor en el problema. Moralizar el pueblo, enriquecer el pueblo es el único medio de moralizar ó enriquecer la Patria. La elevación del nivel social tiene que ser como la del nivel del mar: ó sube todo ó no sube nada. El desequilibrio es tempestad. Descuidar la formación del pueblo para esperar el mejoramiento social de otro factor humano de virtudes infusas que caerá de alguna parte, es para nosotros inconcebible.

Si vemos y esperimentamos males sociales ó políticos, jamás se nos ocurre imputarlos á la forma de gobierno. No se nos ocurre, por ende, creer que, con cambiar esta, conjuraremos los males. No nos quejamos de la república, sino en nombre de la república. La república, como la Patria, siempre tiene razón.

Todas estas cosas, dichas en nuestra tierra, son verdades de Pero Grullo. En muchas naciones de Europa son vientos de tempestad.

Demos, pues, gracias á Dios de ser lo que somos: una base firme, cuando menos; un hogar modesto pero amigo, que preparamos á la sobria democracia cristiana del siglo XX.

Advierto que me está sucediendo, al escribirte, lo que á Sancho al contar historias: me voy por los cerros de Ubeda.

Sigamos, pues, mirando, en el lago de Lugano, el cuadro que se ofrece á nuestros ojos.

Son muy hermosos estos lagos tranquilos socabados al pie de las montañas que se reflejan en ellos como acuarelas que se ha querido borrar pasándoles una esponja. Una vela blanca, como una ala de gaviota, que resbala en el azul, es ahora la protagonista del paisaje: la está tocando el sol.

Yo, sin embargo, no siento hondamente este cuadro; lo encuentro sólo bonito.

Porque te lo diré con ingenuidad: hallo demasiada gente en este viejo mundo: gente que está, y que va, y viene, y en todas partes deja su huella prosaica. Hay demasiada gente que ahora mira aquella vela blanca que cruza el lago; y, por el simple hecho de mirarla, la hace vulgar. Casi iba á decir que la manosea con los ojos.

Yo siempre he necesitado, para acariciar y dar amplitud en mi espíritu á una impresión de la naturaleza, creer que esa impresión es mía sóla ó, cuando más, de algunos pocos; no de todo el mundo. Por eso nada despierta en mi espíritu la impresión que produce en él nuestra naturaleza americana casi primitiva.

Es el encanto de la virginidad.

Esto es maravilloso; pero se han maravillado ya tántos aqui, que yo, ¡vamos! me resisto.

Al recorrer estos lagos que tántos han cantado.

recuerdo aquellos rios interiores de nuestro pais. aquel rio que alguna vez recorrimos juntos y del cual, á pesar de exhalarse tánta poesia, aún no ha brotado acaso la estrofa animada de su espiritu salvaje y sonoro.

¿Lo recuerdas?

El rio, al recoger el tributo de un copioso arroyo, se dilataba, formando una espléndida laguna rodeada de espeso monte.

Bajábamos en nuestro bote por la barra del arroyo y, cuando entrábamos en el rio, bogando con energia, instintivamente dejábamos caer los remos buscando la inmovilidad y el silencio.

La quilla de nuestra barca era la primera que habia roto aquellas aguas; eran nuestros ojos los que primero habian gozado del cuadro que ofrecian aquellas costas verdes, frescas, primitivas, vistas desde el centro de la laguna.

Los *camalotes* de hojas amplias como verdes corazones extendidos sobre el agua, ó medio incorporadas en forma de copas en que nadie ha bebido, bordeaban la magnifica laguna. Tras ellos brotaban enmarañados los *sarandies*, y los *talas* espinosos, y los *laureles*, y los *sombra de toro*, que rompian y desmoronaban á veces la barranca con sus raices, retorcidas, como serpientes secas, en la tierra negra y vigorosa. Los sauces, en primer término, se destacaban del conjunto verdinegro por el color verde fresco y claro de sus hebras lacias y flotantes; besaban el agua y proyectaban en ella sombras carminosas transparentes.

Allí, al pie de la barranca, entre la maraña de raíces, y ramas, y troncos muertos caidos en el agua, y en lo hondo de los huecos formados por esta en la tierra negra, habia secretos nunca revelados. Allí tenian su cueva los feos *carpinchos* de enorme cabeza y redondo hocico que, al vernos, se echaban al agua con estrépito y cruzaban el rio asomando la cabeza como un punto negro en la tranquila superficie, sobre la que dejaban una estela triangular. Allí tenian también su agujero las nutrias y las ratas de agua: y dejaban sus huevos las tortugas: y corrian por la orilla las gallinetas que cruzaban rápidas como sombras entre les ramas húmedas. Allí, en los troncos desnudos que más se adelantaban, se posaba en cuclillas el *martin pescador* embozado en sus plumas azules tornasoles, y reflejando el pecho blanco en el agua: y se quedaba inmóvil, mirando correr el rio á sus pies, como si, al acechar el paso del pez que habia de ser su víctima, estuviese en larga meditación, con el pico sobre el pecho y los ojos brillantes como cuentas.

Allí, bajo aquellas marañas inaccesibles, habia cosas raras indudablemente, cosas que nosotros no veiamos, que nadie habia visto, y por eso, porque tenian misterio, eran más hermosas. Esas *cosas* fueron las que hicieron que los antiguos problaran de silfos, y de ondinas perseguidas por faunos, y de toda suerte de dioses rientes y melodiosos el secreto de los bosques y el de las aguas dormidas.

¿Recuerdas aquel ruido de alas, parecido á un

palmoteo apagado, que se oia entre las ramas altas de los ceibos ó de los sauces al alzar el vuelo la bandada de palomas torcaces? ¿Recuerdas cómo llegaba á nosotros desde el campo, al través del monte, esa especie de rumor sonoro que produce la perdiz al volar sobre los tupidos pajonales del *rincón* formado en la confluencia del arroyo con el rio?

Los patos nadaban y se zabullian en el agua; las torcaces dispersas cruzaban como saetas por el aire; y, al caer la tarde, el *dormilón* de largas alas, casi al ras del suelo, volaba silencioso en la sombra, apareciendo y desapareciendo en el aire brumoso á orillas del monte con vuelo sesgo y atolondrado, como si tuviera las alas desconyuntadas.

¿Hay algo más hermoso que aquella nuestra patria, nuestra querida patria uruguaya, tan poblada de nuestras amables mitologias?

Aqui las costas son pintorescas; la vegetación trepa copiosa hasta la cumbre de los montes; pero no se ve un pájaro sino en jaulas. Llego á creer que las mismas golondrinas, que cruzan de vez en cuando por el aire, son domésticas, han sido criadas á grano, y se les hace dar un paseo higiénico para conservarlas mejor como decoración del paisaje.

Veo una montaña, una hondonada, una planicie con flores, un horizonte que parece libre; pero re-

cuerdo que esas flores brotan á fuerza de estiercol. que todo esto no tiene secretos, pues á cada paso encontramos en la costa un largo malecón de tierra romana, una aduana, un hotel.

¡ Y las compañeras de viaje que traia á mi lado con sus gafas en los ojos, y sus guias de Baedeker con mapas de colores en las manos!

Se diria que el único objeto de su viage era el de verificar la exactitud de los datos que les daba la guia, como si fueran inspectores.

¡ Tan rubias, tan flacas, tan frias, tan mudas observadoras del detalle!

Me parecian pájaros embalsamados. En el vientre, sin duda alguna, tenian aserrin y ácido tánico.

En los campos europeos que he recorrido, he encontrado hermosura plástica, composición, linea. color; pero he echado de menos el ambiente de libertad caracterizado por el potro que recorre la llanura con la crin al viento; por el toro que, sobre la loma desierta, parece dominar la extensión de que es dueño; por el hombre á caballo que recorre al galope el campo sin caminos, y proyecta su silueta sobre el horizonte lejano. ¿ Querrás creerlo ? En todo mi viaje no he visto, ni una sola vez, un hombre á caballo por el campo.

En nuestra tierra el toro nace libre, altivo : se necesita el trabajo del hombre para hacerlo manso y dócil. Aqui es necesario esmero y trabajo para obtener un toro bravo: lo natural es que sea dócil: nace artificial.

Y lo mismo acontece con los conejos y las liebres, y las perdices : el cazador los conserva en su soto cerrado con tapias, para cazarlos después cómodamente. Y otro tanto sucede con los árboles y los prados; son artificiales.

¡ Acaso también sucede alguna vez con las sonrisas y con los amores!

Por eso, sin duda alguna, no he sentido en el alma, al atraversar los magnificos lagos italianos y suizos, la resonancia rítmica que, fundida en la palabra, da la vibrante estrofa.

Por eso aqui la naturaleza no tiene sobre mi el poder sugestivo que tienen las ruinas, los sepulcros, los vestigios de tiempos que fueron.

Ese es el gran patrimonio de la Europa.

Ojalá podamos los americanos del presente formarnos, con nuestras obras, sepulcros que constituyan el patrimonio de los que nos sucedan en la posesión de nuestra tierra, cuando ésta haya perdido su transparente frescura.

BASILEA

Dejo á Lugano, ciudad suiza, hablando en italiano; llego á Basilea, sin salir del territorio de la República, y encuentro á la gente hablando en alemán. Te aseguro que me sorprendí, como el portugués del cuento. Es claro que yo conocia teóricamente el hecho; pero en la práctica ¡me parecia tan raro! Me hacia, francamente, el efecto de una extravagancia.

¡Del italiano al alemán! ¡Y esto en cuatro horas de viaje! No me parecia serio.

Ver asomarse de repente á la ventanilla del tren una cara que me mira seriamente y, por debajo del bigote rubio, arroja hacia mí una serie de sonidos, especie de pequeños estornudos, y espera mi contestación, fué algo que me impuso un verdadero esfuerzo para no soltar la risa.

No me habia dado cuenta de que el tren habia andado algunas leguas; y como, por otra parte, no habia salvado frontera alguna, me costaba un

grande esfuerzo el convencerme de que era natural que aquel hombre me hablara de una manera que mi oido, en su limitado y torpe instinto, juzgaba estrafalaria.

Entonces es cuando los hombres de raza romana no podemos menos de bendecir el predominio conquistado por Francia en Europa. Por él las lenguas romanas, hijas de la gran madre latina, triunfan y se imponen y se hacen inteligibles en el mundo, representadas por su vigorosa hermana la francesa.

Asi como cuando nos alejamos de dos puntos relativamente cercanos, vemos acortarse la distancia que á estos separa, hasta creer que se confunden en uno sólo cuando nuestro alejamiento es muy grande, asi sentimos que se funden en una sóla lengua todas las lenguas latinas, y en un sólo pueblo todos los vinculados por ellas, cuando, de sorpresa, como á mí me aconteció ayer, oimos á las gentes hablar alemán entre si, y dirigirnos en su lengua la palabra.

Pero ese predominio de la lengua francesa está muy distante de ser tal que evite el inmenso vacio de que uno se siente rodeado en tierra cuya lengua ignora.

Suele decirse con insistencia que, hablando francés, se puede viajar con provecho por el mundo entero sin dificultad.

Mi impresión en esta tierra de lengua alemana, que ignoro desgraciadamente, rectifica esa afirmación en absoluto.

Es cierto, como antes te decia, que el francés nos sirve para hacernos entender en lo indispensable: para pedir pan si tenemos hambre, para pedir rumbo si estamos extraviados en el camino; y, sobre todo, para comunicarnos con algunas personas cultas.

¡Pero esta soledad en medio de la multitud!

¡Esta estupidez que uno siente en si mismo cuando ve que el pensamiento de todos los demás es impenetrable para uno, que no puede participar de la vida interior de sus semejantes, ni hacer á estos participes de la propia!

Eso es desesperante: me hace, en el orden moral, el mismo efecto que las tinieblas en el orden fisico.

La palabra es el resplandor del alma.

Oir una frase en francés ó en italiano en medio á los sonidos de la lengua ignorada que á uno lo rodean, es lo mismo que ver un rayo de luz en la obscuridad en que uno está envuelto; ahí se ve un alma, dice uno, un pensamiento, un hombre. Se experimenta el impulso instintivo de seguir aquel rayo de luz, de acercarse á aquel hombre para sentirlo pensar.

¡Y si esa frase llega á ser en español, en la lengua materna!

Entonces es cuando se ve palpablemente la unión intima entre el pensamiento y la palabra; el caracter innato de esta es el ser inteligente y libre.

Entonces es cuando los hispano-americanos comprendemos que, no solo por afecto, sino *por interés*,

debemos contribuir á la gloria y al prestigio de la madre España. Todo el terreno que esta gane en Europa, es terreno ganado para nuestra lengua, es decir, para nuestro espíritu.

La palabra en sí misma, ya desprendida del labio humano, es algo substancial sin ser material: es idea que anda, vibración que piensa, alma que pasa.

Por eso cuando esa palabra tiene la forma que nosotros damos á nuestro pensamiento: cuando se oye la frase española que brota anónima de entre una multitud que habla una lengua desconocida, se ama instintivamente ese sonido, prescindiéndose de lo que él expresa: se ama esa vibración ajustada al ritmo de nuestro espíritu.

Por eso un mismo pensamiento, expresado en dos lenguas radicalmente diferentes, deja de ser idéntico.

Por eso el verso, que es la música de la palabra, no puede traducirse de una lengua á otra; en él el sonido mismo es idea, sugestión: cambiar sonido es variar el concepto artístico.

En una de mis cartas anteriores te describía las aclamaciones de que fué objeto el Papa cuando entró á la gran capilla de San Pedro, y la viva impresión que esa escena me causó.

Pues bien: dentro de esa impresión general, yo sentí entonces otra que la asociación de ideas trae en este momento á mi memoria.

Yo oía conmovido los clamores de ¡Vive le Pape! ¡Viva il Papa Re! Pero recuerdo bien que sólo

llegó á su colmo mi profunda emoción cuando oí una voz que descollaba entre las otras y que decia: ¡Viva el Papa!

Esa llevaba mi alma: en esa y sólo en esa flotaba en aquel ambiente de entusiasmo filial mi espíritu: ese era mi verbo; era yo.

Y si eso es evidente: ¿cómo puede hallarse bien el hombre allí donde no sólo no se habla su lengua, sino que los sonidos humanos que lo rodean, los signos gráficos fijados en las paredes, todo, en fin, lo que es revelación de lo interior del hombre es cifra misteriosa?

Nó: no es posible viajar con provecho, y mucho menos con agrado, sin conocerse el idioma del país en que se viaja: para mí, al menos, es un suplicio.

Yo, en mis viajes, me detengo muchas veces á ver jugar en una plaza, por ejemplo, un grupo de niños. Es para mí un placer indefinible oirlos gritar en italiano, en francés, comprenderlos, penetrar en sus almas al través de sus ojos todo niñas: ver en ellos el germen del hombre italiano ó francés; dirigirles alguna vez la palabra y observar la sorpresa que les causa, ya mi entrometimiento, ya mi acento extrangero que es para ellos una novedad que les hace sonreir. ¡Si lo es para mí mismo!

Otras veces me detengo cerca de un grupo de gente del pueblo que trabaja, que comenta un suceso, que discute ó riñe, que bebe en una cantina al aire libre: leo con atención los letreros, las muestras,....

Recuerdo que, en Génova, por ejemplo, me hizo mucha gracia y encontré muchisimo carácter en un letrero colocado en el interior de una pequeña taberna al pie de una imagen de la Madona.

El letrero decia: *E vietato cantare.* ¡Está prohibido cantar! ¿No es verdad que ese letrero revela que alli el uso del canto puede llegar al abuso?

Todos esos son datos que el viajero tiene que recoger, si su observación no ha de limitarse á examinar cosas, edificios, prescindiendo de examinar hombres, el factor mas intéresante.....

De ahi que mi sorpresa, al hallarme inesperadamente con gentes que hablaban alemán, no me fuera grata. Sentia vacio en torno mio: el ambiente no pensaba, los sonidos articulados eran mudos como muertos que andaban por el aire mirándome con ojos sin expresión.

Y no extrañes que, en el camino de Lugano a Basilea, el cambio de lengua me haya tomado de sorpresa. Estábamos atravesando la Suiza, y los encantos de su naturaleza absorbian por completo mi atención.

Yo devoraba con los ojos aquellos paisajes que se desplegaban ante ellos y huían sonriendo, rápidos como la infancia: procuraba trazar en mi libro de viaje una nota, un signo siquiera que me permitiera mas tarde reproducir en mi memoria aquella espléndida mancha de color y su repercusión en mi alma: que impidiera que la impresión

que esperimentaba se hundiera para siempre en la sombra del espíritu pasando al través de la conciencia sin dejar huella, como el rayo de luz pasa por las tinieblas que vuelven á cerrarse trás él.

Desgraciadamente el fenómeno es inevitable.

¡Cuántas hermosas impresiones dormidas ó muertas tenemos aqui dentro, en nuestro espíritu!

¿Estarán sólo dormidas?

Acaso sí. Muchas veces despierta alguna en el recuerdo, y se nos aparece nitida y transparente: es la menos esperada, la que no llamamos, quizá la que no deseamos, la que hubiera podido suponerse muerta para siempre, ó tan débil, que jamás se la hubiera creido con fuerza suficiente para alzar la losa del tiempo que la cubria, y sobre la cual habian caido otras impresiones pesadas como montañas.

Y, sin embargo, se levanta de repente: se impone imperiosamente, y nos hiere el alma ó nos la llena de melancolía. Viene á veces de lejos: de la niñez, de la primera juventud.

¿Se alzarán alguna vez todas juntas nuestras dormidas sensaciones?

¿Se levantarán un dia á la voz del arcângel que golpée los sepulcros diciendo: *Ossa arida audite verbum domini?*

Oh! sí. Ese será nuestro juicio.

Las notas dormidas en las cuerdas del arpa inmortal, que hoy suelen despertar dispersas y melancólicas, despertarán unidas un dia para formar el tremendo acorde de la vida humana; las cuerdas

vibrarán con vibración inaudita y eterna, y nuestros oidos oirán, y nuestros ojos verán en un segundo, sonidos y colores de una vida.

No han muerto nuestros actos olvidados; existen nuestros recuerdos desvanecidos. Cuando se nos aparece uno de ellos, inesperado, es el nuncio de una época muy remota que nos dice claramente que, como él, viven todos sus compañeros, y que, como él, todos y cada uno de ellos son para nosotros, con sólo presentarse, tristeza ó alegria, placer ó amargura, infierno ó paraiso.

Y sin embargo, el dulce recuerdo de ayer se borra; la fresca impresión se desvanece. Nos es imposible detener el instante feliz que huye, dejar su huella siquiera en el alma que siente, para llamarlo á nuestra ayuda en el momento oportuno. Hay recuerdos viejos que podrian curar heridas nuevas, y hasta hacer primaveras en los inviernos del alma. Pero nuestros recuerdos no nos pertenecen; se mueven obedeciendo á una voluntad; mas esa voluntad no es la nuestra.

El paisaje de los lagos ha pasado. Lugano y Como, el Mayor y el de Lucerna, quedan allá dormidos en el fondo de las colosales y rotas copas de piedra formadas por las rocas que los circundan.

El rio Tesino se extiende hasta Belinzona, que blanquea en la convergencia de dos verdes montañas, atravesando un valle plano y extenso en que brillan los infinitos matices del verde, desde el ver-

dinegro de las hayas y las encinas, hasta el verde claro de los renuevos de la parra cuyas yemas revientan al amor del sol.

Vamos á la montaña, á la gran montaña que separa la Europa central y septentrional de la meridional. Vamos hacia arriba, sin temer que se oponga á nuestro paso el San Gotardo. Pasaremos al través del monte por la herida que ha abierto el genio en el corazón del gigante, atravesándolo de parte á parte, en la lucha que con él libró en la región de las nubes y de las eternas nieves.

A medida que subimos, cruzando valles encantadores, las montañas toman nuevo y expléndido carácter. El tren recorre la hondonada á lo largo del rio que rueda en el fondo; las montañas se alzan, á derecha é izquierda, verdes las unas, azules ó negruzcas las otras, y envueltas todas en transparentes medias tintas. La luz, el sol, el fulgor reverberante no llega hasta ellas : están allá en el fondo, allá arriba donde, cerrando en lo alto la convergencia de las montañas de primer término, se empinan hasta las nubes las últimas cumbres nevadas, refractando en su inmaculada blancura la expléndida irradiación solar.

De trecho en trecho, á cada paso, á derecha y á izquierda, de entre el verde de la vegetación agarrada á las piedras, desde lo más alto de la montaña, se desprenden grandes chorros de agua que caen en resonante cascada ; choca esta y rebota en las rocas, blanca como la nieve de la lejana cumbre, y se estrella y se pulveriza en ellas hasta parecer

humo blanco exhalado como un aliento por la roca misma.

Brota la cascada de dos ó tres puntos diferentes, y se une y vuelve á bifucarse ó trifucarse, hasta caer y confundirse en el rio que corre á nuestros pies, formando cercos de espuma al rededor de las piedras que se oponen á su paso.

Y como estas son tántas y tán grandes: como es tan áspero y desigual y pendiente el lecho del recién nacido rio, este corre blanco como leche transparente en ebullición. A medida que se sube, el rio ya no corre; salta, hierve, se encabrita, se revuelve en una serie de pequeñas cascadas ó remansos blancos que giran en el seno diáfano de las aguas: es la continuación de las cascadas de la cumbre que van desatentadas y vertiginosas á buscar descanso allá en el regazo de los grandes lagos que acabamos de cruzar, y que hemos dejado inmóviles y serenos á nuestra espalda.

A veces la cascada surge de una roca escueta, calva y negra; al pulverizarse en ella, la envuelve en una gasa brillante que recuerda esos velos de azucar que cubren los grupos de naranjas de la confiteria; otras veces corre rápida y silenciosa como si quisiera no ser observada, trazando una grieta blanca en la roca negra. Pero siempre el agua es lactea, rica de aire, de frescura y de vida.

El color y la composición del paisaje cambian á medida que nos vamos acercando á las cumbres.

Ya las montañas que nos circundan no buscan el plano del valle desenvolviendo su falda en una curva verde y alegre : se rocortan perpendiculares, negras y agrietadas horizontalmente, como muros de castillos colosales, cuyas almenas y torreones se elevan redondos en las cumbres. En las grietas de esos ciclópeos muros, como el musgo en las ruinas, brotan los pinos verdinegros que suben alineados y paralelos entre si, desde la falda hasta la cima del monte : parecen ejércitos que van hácia arriba, que escalan apresurados el muro, y coronan victoriosos las almenas.

Pero el sol no alumbra aún de lleno este hondo paisaje ; sólo penetra á él alguna que otra ráfaga de luz solar que lo toca y pasa, que abrillanta un grupo de pinos ó una roca, dejando envueltos en sombra los de al lado ó los de enfrente. La luz está aún detrás, allá en lo alto, donde asoman los picos nevados, en cuyo seno las nubes están dormidas al sol; éste las hace transparentes y confunde sus bordes inferiores con la nieve misma, communicándoles su blancura. Esas nubes parecen nieve desflocada y flotante, blanca, purísima; nieve convertida en nube; plumones dejados en el aire por un cisne que acaba de desprenderse de la blanca cima para sumergirse y desaparecer en la serena transparencia azul.

Salimos por fin de la última hondonada, para llegar á la región de la luz. Allí, frente á la estación de Airolo, la patria de Guillermo Tell, está la montaña que un dia pareció infranqueable: allí, al pie

del monte, está la boca del tunel de San Gotardo, por donde penetra el tren silbando, para recorrer quince kilómetros en las entrañas de la tierra.

Cuando entré al tunel colosal, el mayor del mundo; cuando los viajeros comenzaron á cerrar las ventanillas para evitar la molestia que ocasiona la respiración del aire impregnado de humo y de humedad; cuando me convenci, por fin, de que estábamos en el seno de la tierra, en el centro del túnel, á una distancia de seis ú ocho mil metros de ambos extremos, yo senti una especie de sobrecogimiento.

No era un sentimiento de pavor ó temor el que embargaba mi ánimo, ciertamente; no era la montaña la que gravitaba sobre mi espiritu: era algo más grande y más ponderoso que ella: era la leyenda del túnel, el triunfo del genio y del esfuerzo humanos, representado por aquel agujero en que el tren se habia introducido como una vibora que se arrastraba con vertiginosa rapidez entre la sombra en busca de la luz del otro lado del monte.

Yo sentia indudablemente una impresión semejante, aunque de distinta naturaleza, á la que experimenté al hallarme por primera vez bajo la cúpula de San Pedro en Roma; al penetrar al Salón de Murillo y Velasquez y Ribera en el Museo del Prado de Madrid; al mirar de cerca el Hércules Farnesio ó el Moisés de Miguel Angel ó la Venus Capitolina; al alzar la cabeza para contemplar desde

su base la torre inclinada de Pisa, ó al atravesar el dintel del Monasterio de la Rábida y pasear por su silencioso claustro.

En ese caso, la exclamación que acude al labio no es de admiración á la obra que se contempla; es de admiración al hecho de estarla uno contemplando por fin. No se dice, en presencia del Moisés ó de la basílica romana, ¡qué actitud! ¡qué luz! ¡qué movimiento! ¡qué grandiosidad! Se dice: ¿Conque éste es el Moisés? ¿Esta, al fin, es la cúpula de San Pedro?

Y se permanece en silencio.

Impresión es esa muy difícil de analizar: no es el cuadro, no la estátua, no la línea arquitectónica solamente lo que produce la gran impresión.

No es el juicio propio sobre la grande obra lo que subyuga el ánimo, al hallarse por primera vez en presencia de ella.

Es el prestigio de la admiración universal acumulada en un lienzo, en un pedazo de mármol, en un muro vetusto y agrietado. Después sobreviene el goce de ratificar esa admiración, agregando la propia á la del mundo entero; goce positivo é indudable, especie de sufragio universal que vigoriza cada vez más en su trono inconmovible la dinastía inmortal de las obras del genio humano. Pero como el juicio propio no puede formarse en un instante, el espíritu flota desatentado entre los recuerdos é impresiones que la gran obra despierta, sin detenerse en ninguno, sin definir su estado, sin fijarse en un sentimiento determinado. Y esa

falta de percepción fija en nuestro espíritu, ese paso de una á otra sensación vaga é indefinible, ese esfuerzo por sentir mucho sin sentir nada, es el vértigo, el iniciarse del vahido, casi el miedo.

Eso llega á tomar en mi el carácter de una verdadera enfermedad. Si yo dijera que, aunque de pie, sufrí un vahido con sudores frios y pérdida de conciencia por un momento, cuando entré por primera vez al Museo del Prado de Madrid y me sentí bajo los cielos de Murillo, acaso no se me creeria. Y sin embargo es verdad. Nadie que no lo experimente, puede imaginarse lo que yo padezco para gozar de las grandes impresiones; lo que yo sufro en un viaje; las soledades que se forman en torno de mi espíritu; los vacíos morales de algunos segundos, especie de paréntesis de la vida, que pasan por mí como relámpagos obscuros. La impaciencia febril por sentir *lo que voy á ver* casi me impide sentir lo que estoy viendo; mis facultades y mis sentidos no se concentran en lo que se ofrece á ellos porque están absorbidos por lo que se les vá á ofrecer después, por lo desconocido, que siempre es infinito, abrumador. De ahí que yo no pueda producir gran cosa literariamente : encuentro siempre desalentador lo que estoy haciendo, porque mi espíritu está siempre distraído por lo que viene después, receloso de ello, como si sintiera sobre mí la mirada fija y terrible del vacío que reclama ser poblado por nuevas creaciones que yo no podré evocar. Me asusta el solo disponer mi espíritu á la creación literaria, como si pro-

nunciara una fórmula cabalistica cuya virtud no conozco; como si despertara un fiera cuyos instintos ignoro.

Entreveo á veces una idea grande, una imagen nueva y genial que pasa por mi espiritu; y, francamente, esperimento una especie de pánico. Me acontece algo análogo á lo que siento cuando, en mis excursiones de caza, veo pasar por entre los troncos de los árboles ó entre las yerbas, una hermosa pieza. Yo retengo la respiración, pongo en tensión los nervios para hacer imperceptibles mis movimientos, clavo los ojos en la pieza como para fascinarla, ó no la miro, mientras monto lentamente y con esfuerzo el arma, para no ahuyentarla con los ojos... Y todo eso me apresura la circulación, me altera el pulso, me desvía por fin, el tiro, ó, muy á menudo, me lo deja en el cartucho, mientras yo miro levantarse la pieza, y salvar el monte, y perderse en la gloria del aire como un resucitado.

Una perdiz me parece del tamaño de un buitre; el rumor de sus alas un terremoto.

Mis grandes ideas andan por sus cielos azules; y no me resuelvo á disparar sobre ellas, para bajarlas á la tierra, por que las creo siempre fuera de tiro; espero el momento que no llegará nunca.

Y siento el vértigo de mirar mucho hacia arriba, hacia lo muy hondo.

Mis centros afectivos, yo no se porqué, están como un reloj descompuesto en el que la cuerda desarrolla toda su fuerza de una vez, y se escapa

con estrépito disparatado en cuanto se separa la llave que la contiene. Las consecuencias se escapan juntas y en tropel de cada premisa; los desenlaces de los dramas se amontonan en cada exposición.

¡ Las tempestades afectivas que sacuden á veces este vaso de agua de mi corazón! ¡Los efectos que producen en él las más pequeñas causas: una frase musical con recuerdos, una narración vulgar!

¿ Es porque el corazón es demasiado grande?

¿ Porque es muy pequeño?

¡ Vaya Vd. á saberlo!

Acaso hay en mí un desequilibrio ingénito; acaso también lo ha producido la vida, y solo se curará viviendo... ó después de vivir.

El alma ha vivido en mí más que el cuerpo hasta ahora; ha sentido, ha padecido más que él; no sabe dormir con él; lo vela como si fuera un niño enfermo.

¿Quién sabe también si todos los hombres no sienten algo de todo eso que yo siento, y no nos lo dicen porque no quieren ó porque no pueden?

¡Si yo pudiera saber á ciencia cierta cómo son por dentro los demás hombres!

Los médicos (porque ya les he hablado de esto) me han dicho que la mía es la enfermedad de nuestra época; y, acaso por consolarme, me han afirmado también que los tontos no la padecen. ¡Si serán tontos!

Yo, hablando aquí *inter nos*, no creo á pie juntillas tampoco lo que nos cuentan los médicos de

esas cosas. Ellos estudian demasiado el ojo y poco la mirada.

— Vd. no tiene nada, me han dicho; tome duchas y haga ejercicios de esgrima. Y, sobre todo, no piense mucho, no trabaje demasiado; el exceso de pensamiento es enfermedad.

No me ha ido mal con ese consejo; pero creo que las duchas serian más eficaces si nos fuera dado ducharnos el alma y moderarle por ese medio los afectos. Y en cuanto al segundo consejo, el del pensamiento á cucharadas ó á dieta, me hace recordar el que te daba á ti aquella tu vieja criada de Montevideo, cuando te veia aterrorizada por los truenos y los relámpagos durante las tempestades. No tenga miedo, te decia cariñosamente, no tenga miedo; mire que yo se, de buena tinta, que los rayos caen con preferencia sobre los que tienen miedo.

Algo, pues, de todo eso sentia yo, al penetrar al túnel de San Gotardo. Se desbordaba sobre mi espiritu toda su historia, y, con ella, la de los esfuerzos del genio humano en nuestros dias por descubrir los secretos del mundo físico, y que equivalen á los más grandes hechos anteriormente por descubrir ó precisar los del mundo moral. Tras los genios de las ciencias metafisicas, aparecen los de las naturales. Santo Tomas es más grande que Edisson, porque la tierra es más pequeña que el cielo.

Entre la Europa central y septentrional y la meridional se interponía, al parecer inconmovible, el gigante de los Alpes del que descienden tres de los grandes rios del continente: el Rhin, el Reno y el Tesino.

Cuatro pueblos lo miraban de alto abajo: la Francia, la Alemania, la Italia y la Suiza. El genio y el monte se miraban de hito en hito. El primero arrojaba su luz sobre la mole colosal, buscando el sitio en que debia herirla de muerte. La montaña hundia su base en las entrañas de la tierra, esperando el ataque; endurecia su seno jamás tocado; cultivaba en él los gérmenes de enfermedades, hijas de la falta de aire respirable y de luz, que habian de acabar con el audaz obrero que se atreviera á penetrar en él; ocultaba sus crestas en las nubes; amontonaba nieve en su cabeza, y hasta desfiguraba su soberbia actitud, para desviar la dirección del golpe que contra ella se preparaba.

Mucho se vaciló sobre el sitio en que debia abrirse el túnel. Los intereses encontrados y los cálculos cientificos se chocaban al respecto: la mole del Lukmanier, sobretodo, atrajo mucho tiempo la atención.

Pero por fin, previo un tratado internacional, se señaló la mole del San Gotardo para ser horadada, y comenzó la lucha.

El pensamiento del hombre envolvió en luz aquel monte: sus cumbres, sus faldas, su perímetro, su mismo seno misterioso ya no tenian secretos para él. Se estudia el corazón de un monte en una

piedra, como se estudia el de un hombre en una gota de sangre.

¡ Aquí ! dijo la Ciencia, señalando con el dedo un punto de la montaña.

¡ Aquí ! dijo del otro lado, á una distancia de 14,998 metros en línea recta del primer sitio marcado.

Y el 13 de Setiembre de 1872 se daba el primer golpe á ambos lados del coloso de piedra; y los obreros emprendían el viaje obscuro al través de la roca, los unos al encuentro de los otros. Llevaban como norte exterior la sombra impenetrable, y, como único medio de abrirse camino en medio de ella, la dinamita que estallaba, haciendo pedazos el corazón de la montaña.

Fué una lucha de ocho años. ¡ Y qué lucha !

Los obreros trabajaban desnudos á la luz de las antorchas; el calor insoportable, la falta de aire los estenuaba, los mataba : parecian sombras. Ciento setenta y nueve obreros fueron extraidos muertos de aquel campo de batalla en que también cayó el general, el arquitecto del túnel, que murió repentinamente en él de una afección cardiaca. Un millón doscientos mil kilógramos de dinamita estallaron en el seno de la roca.

Y nadie cejaba : siempre los de un lado seguian al encuentro de los que, desgarrando el monte, debian venir hacia ellos desde el lado opuesto.

¡Qué hermosa es esa odisea de la sombra! ¡Qué poema se oye en el fondo de ese agujero!

¿Se encontrarían los viajeros?

Un milímetro de desviación al iniciarse la ruta, haria imposible el encuentro, una vacilación, un cálculo erróneo, un golpe en falso.

Yo me imagino la impresión que experimentarian aquellos hombres cuando, el 29 de Febrero de 1880, á las 11 y 15 de la mañana, en el corazón del monte, sin aire, sin luz, acaso sin fé absoluta en el poder del genio que les señalaba el camino, sintieron sus mútuos golpes á ambos lados del último trozo de piedra que los separaba.

Este se derrumbó por fin, y el aire del Norte se fundió por primera vez con el del Mediodia, circuló libre por aquellos quince mil metros de una nueva creación, y los hombres de uno y otro lado se estrecharon, entre transportes de alegria y de victoria.

Alli, después de la colosal batalla, todos eran vencedores; el único vencido era el gigante de piedra que ofrecia al mundo el corazón atravesado.

Por él cruzaba yo el 3 de Junio con la rapidez del tren expreso. Y era tal mi estado de ánimo que, al contrario de lo que yo esperaba, me parecieron cortos los veinte minutos que el tren empleó en atravesar el túnel: cuando salimos de este, yo me preparaba á cruzarlo. Es ese un fenómeno análogo al que se produce al entrar por primera vez á la basilica de San Pedro. Se la encuentra pequeña. Yo encontré corto el túnel de San Gotardo.

Y es que la realidad material, por mas grande que

ella sea, jamás alcanza al poder que tiene el espíritu humano al formarse idea de lo grande; jamás satisface sus creaciones y sus anhelos. ¡Qué prueba tan evidente ofrece ese fenómeno común de que no está en el mundo el objeto final de nuestro espíritu!

Esa potencia de la esperanza en el alma no ha sido creada sin objeto. Hay un ideal de verdad, de belleza, de felicidad que atrae hacia arriba, siempre hacia arriba. Cuanto más se sube, más se anhela subir, porque la realidad material es siempre pequeña.

Si no está, pues, en la tierra eso que nos llama ¿dónde está?

¡Oh inmortalidad! ¡Oh Patria!

Pero si hemos admirado en nuestro viaje los arcos triunfales levantados por los esclavos de la antigua Roma para dar paso á Septimio Severo y Tito y Constantino, césares vencedores, admiremos este arco triunfal de San Gotardo, levantado por el genio y los obreros libres de la edad moderna para dar paso al triunfante espíritu humano que atraviesa las montañas en pos de su eterno anhelo de felicidad.

Subamos; marchemos hacia arriba: en lo alto está eso que buscamos.

Hoy vamos por las cumbres; casi ya no tocamos la tierra para andar rápidamente. Mañana acaso nos desprenderemos por completo de ella, y salvaremos las distancias por el aire mirando como

enanos los montes que hoy consideramos gigantes. Cuanto más á prisa caminemos, tanto más se achicará el espacio, tanto más pequeña será la tierra, más incapaz de contenernos. Si llegaramos á realizar una carrera de una rapidez infinita, seriamos como Dios: estariamos al mismo tiempo en todos los puntos de la linea que recorriéramos. Eso es imposible porque somos limitados; tenemos que estar *sucesivamente* en los distintos puntos de la linea. Pero esa consideración nos sugiere clara la idea de que, cuanto más de prisa andemos, más nos acercaremos al Ser ante el cual el espacio y el tiempo son sólo nombres; al Ser que no se mueve, pues, por el solo hecho de ser infinito su movimiento, como lo son todos sus atributos, dejaria de ser tal, para transformarse en inmovilidad soberana, en ubicuidad misteriosa.

Progresar es acercarse á Dios.

Al salir el tren á la nueva luz, después de cruzar el San Gotardo, yo oí conmovido el silbido de la locomotora como un grito de victoria.

Ese grito, en las cumbres de los Alpes, glorificaba al Señor en las alturas y anunciaba paz á los hombres.

Era el eco espléndido de los cantos aéreos de aquella aurora material y moral que alumbró un dia los campos de Palestina: — Gloria á Dios y paz á los hombres: á los hombres de buena voluntad.

PARIS

¡Que te envie impresiones de Paris!

No es chica dificultad. Hace ya varios dias que ando de ceca en meca por esta ciudad y, francamente, no veo claro. Por eso no te he escrito.

Y no es porque no haya sol: gozamos de unos dias primaverales; la luz envuelve las cosas, y nos las envia á los ojos y al alma empapadas de alegria. Pero eso mismo hace que se muevan demasiado dentro de nosotros, y sobretodo en esta ciudad en la que, si hay algo caracteristico, está diluido en el conjunto que gira y se renueva sin cesar. Este modelo no se está quieto.

El que viene á Paris crée, muy á menudo, que, desde que pone el pie en esta gran capital, ya va á encontrarse con sorpresas ó cosas extraordinarias.

Sucede, y tiene que suceder todo lo contrario.

Se concibe que se hallen sorpresas en ciudades que, como Sevilla, Toledo, Roma, Verona, Granada, Asis, tienen la eterna novedad de su pasado,

y estan encerradas en su ambiente antiguo como las joyas en su estuche. Pero Paris es el tipo y el modelo de la ciudad moderna; por todas partes, y muy especialmente en nuestro Rio de la Plata, se la imita desde sus pavimentos hasta sus techumbres. Toda ciudad recién nacida pretende ser un pequeño Paris; á ninguna se le ocurre aspirar á ser un pequeño Toledo. Y hacen bien. Un boulevard de Paris puede ser construido por los hombres; una Alhambra de Granada, una catedral de Toledo nò : las construyen las épocas.

Es cierto que en Paris existen también monumentos; pero no son lo protagonista de esta capital, no se ven, no se imponen, cuando menos, al viajero. La atmòsfera los borra.

Yo he visitado ya el Museo del Louvre, el de Cluny, los Inválidos, la Cámara de Diputados, la Magdalena, Notre-Dame, las arenas de Lutèce, Versailles; he visto todo eso con el mismo espiritu que ha presidido mi viaje entero: no tanto por divertirme cuanto por aprender algo; he recorrido, con ese objeto, muchos *boulevards* entre el gentio; me he mezclado á la vida que circula por todas partes. Creo, sin embargo, que te escribiré poco desde Paris. Siento que mi espiritu está disipado, que no se fija en nada con intensidad.

Es que casi no es posible ver monumentos en esta ciudad. Aquí todo distrae; la atmósfera exterior, llena de movimiento superficial, todo lo compenetra : hasta las piedras de los monumentos antiguos, hasta las admirables telas del Louvre.

La multitud que pasa y se divierte; los viajeros en montón que miran sin ver y sólo para decir que han visto, ó gastan dinero sólo para decir que lo han gastado, parece que irradian en torno suyo una atmósfera que mata el arte é impide la observación personal, y de la que no es posible sustraerse. Uno se siente arrastrado por el tumulto, y acaba por resignarse, aunque á regañadientes, á ser uno de los elementos que lo forman, por tal de ver, siquiera una vez, lo que ve todo el mundo. Yo me siento humillado cuando me encuentro en un teatro, por ejemplo, mezclado á una multitud que aplaude frenéticamente, con la boca abierta y los ojos ávidos, una gracia obscena y vulgar, como sucede tan á menudo. Me parece que se me ofende directamente, al confundirme con esa gente que se complace en lo indigno, en el espectáculo ó en la frase puramente animal. Pero el hecho es que yo estoy allí; me llevó el viento.

Para ver, pues, el Paris monumental ó histórico, el digno de estudio porque tiene fondo, es necesario emplear algun tiempo, bastante tiempo, sólo para aislarse un poco, para habituarse al Paris ligero que ve todo el mundo y que no tiene nada que no podamos conocer en otras partes; para no dejarse detener en el camino por el escaparate, por el abalorio, por el teatrillo, por el espectáculo fugaz que halaga á la multitud, por la multitud misma sobretodo.

La nota más característica de esta hermosa ciudad son las grandes calles, los grandes espacios vacios cuya amplitud, prodigada por todas partes, perjudica muchas veces el efecto estético. Yo creo que, aún para abrirse calles y plazas, debe guardarse una proporción. Asi como un edificio sin punto de vista pierde parte de su interés porque aparece deforme, asi el espacio vacio deforme aplasta el edificio al alejarlo demasiado sin aislarlo por completo. Una pirámide está bien en un desierto; pero un desierto no está bien dentro de una ciudad.

Yo creo que algo de esto pasa en Paris; y por eso lo protagonista es aqui la calle, el espléndido boulevard de amplias aceras, el arbolado que lo frangea, los cafés y los *restaurants* que lo limitan, los escaparates flamantes y de relumbrón, y sobretodo el gentio que lo recorre sin cesar, los ómnibus, los millares de carruajes de que esta materialmente atestada la calle, los cascabeles que suenan en las colleras de los caballos, los vendedores ambulantes que gritan, los charlatanes que peroran encareciendo las excelencias de una nueva baratija, la *dernière nouveauté*, cuyo uso enseñan al público, los concurrentes á las mesas de café que ocupan la mitad de las aceras y alli, sentados al lado de las botellas de anchas bocas en forma de cornetas y grueso cristal á prueba de porrazos sobre el mármol, presencian el interminable desfile de sombreros de copa alta, y cuellos tan altos como los sombreros, y damiselas de mangas infladas, golas de espuma blanca, y talles esbeltos

apretadísimos, y sombreros con pájaros de alas abiertas que parecen cuernos.

Es muy difícil sacar de todo eso una mancha exacta de color; no se le vé el carácter plástico; es fugaz y artificial; el año pasado era otra cosa, el que viene será otra distinta.

He llegado yo aquí demasiado empapado en el ambiente de ciudades homogéneas y llenas de carácter, como Florencia, Venecia, Verona; muy lleno de serenidades áticas ó medioevales, para poder hallar encanto en el gran *boulevard* de París; me da este en los ojos como un traje de arlequín, me suena á cascabeles y abalorios. Sus paredes están cuajadas de letreros colosales, avisos de teatros, métodos curativos, anuncios de chocolaterías. Hay papeles de todos colores pegados por todas partes: en los omnibus que ruedan atestados de gente, en los kioscos de periódicos, en los redondos urinales de hierro enfilados al borde de las amplias aceras. Veo mucho amarillo, mucho rojo, mucho azul, muchas letras blancas y negras y rojas; todo fuerte, desentonado; todo grita á más y mejor para hacerse oir: los ojos se aturden tanto como los oidos.

Enormes caras rapadas de cómicos hacen visages pegadas en la pared. Una bailarina amarilla ó una biciclista azul, muestran las pantorrillas pintadas en rutilante cartel. Una gran cabeza de zuavo fuma sonriendo su pipa, pegada en los cristales de los kioscos. Y en las paredes el brillo de los escaparates; y el brillo de las letras doradas y de

las muestras llamativas en las rejas de los balcones; y gente, mucha gente que se codea en las aceras; y fiacres y ómnibus y peetones asustados por el centro de la calle...

No hay monumento que pueda adaptarse á este medio ambiente; no hay para él estilo posible: la piedra tiene que parecer demasiado severa; fria, inmóvil la linea arquitectónica que tenga sobriedad; insipida la escultural que tenga reposo.

Es eso lo que ocurre al armonioso juego de lineas griegas de los frisos y cornisas y columnas del templo de la Magdalena. El mismo teatro de la Opera, con ser un magnifico esfuerzo de adaptación al medio en que se levanta, aparece, sin embargo, frio: las grandes calles que á él convergen, hirvientes de vida commercial, absorven todo el interés.

Es en este medio donde yo he venido á sentir el porqué de ciertas aberraciones estéticas. El esfuerzo por adaptarse á él engendra los estilos arquitectónicos que complican la linea y la retuercen hasta hacerla gritar de dolor; las escuelas de pintura que, con el nombre de impresionistas ó efectistas, hacen que colores irreconciliables en la naturaleza, se abofeteen, dando alaridos, en el lienzo; las doctrinas musicales segun las cuales la simple melodia es insipida, y sólo en la armonia estridente puede existir la expresión y el drama musical; las producciones literarias epilépticas ó extravagantes ó recargadas de color.

Es indudable que el hombre pierde en razon di-

recta de la multitud de que forma parte. Los pensadores, los grandes artistas, son solitarios como los astros.

Ese gentio que veo en el *boulevard*, se embriaga del conjunto, sin fijarse en nada; no podria decir lo que hay tres metros mas arriba de los escaparates; ve sólo, una y cien veces, los frisos ó zócalos de los monumentos, los pedestales de las estátuas; se cuela codéandose en las puertas de los teatros como las ratas en su agujero.

Salgamos, pues, del *boulevard*, y busquemos aire más libre.

Tomo un carruaje y me voy al *Bois de Boulogne*, por la magnifica avenida de los Campos Eliseos. Es uno alli un átomo de la ola que rueda por aquella calle. Allá va entre quince ó veinte mil coches que se aturden mutuamente, que mutuamente se arrebatan el paisaje, que corren por correr. Se ve solo gentio, cabezas de caballos, sombreros de cocheros que sobresalen, y látigos, y manchas de colores vivos de los trajes y sombreros femeninos que salpican la mancha obscura de la multitud que rueda monótona, incesante.

Los biciclistas, machos ó hembras, cruzan como relampágos por entre el tumulto sobando el aire con las piernas que ostentan sus pantorillas, nadando en el vacio, agarrados á la máquina en que cabalgan, con los pescuezos alargados y mirando con grandes ojos hacia adelante. Parecen aves-

truces extraviados que buscan su banda dispersa.

Los guardianes del orden detienen un momento la masa de carruajes para dar paso, de una acera á la otra, á un grupo de peatones que atraviesan azorados la calle, viendo enemigos por todas partes. Los curiosos, que forman una larga raya negra en los bordes del paseo, miran y miran sin cesar arrastrarse la otra cinta negra interminable que se desliza por el centro de la calle con rumor monótono de ruedas y cascabeles de colleras, y cascos de caballos que golpean á compás el pavimento de madera formando como el eco de un trueno lejano.

O yo estoy demás entre esta multitud, ó la multitud está demás para mi. Ambas cosas probablemente.

Yo, que no viajo para divertirme, pero tampoco para fastidiarme, respiro mal esta atmósfera.

Me habla más la soledad de una ruina que todo ésto; me oigo más á mi mismo sobretodo. Y si uno no oye nada ¿á qué diablos viene aquí?

Estoy deseando ver y oir una vieja ciudad puramente francesa; estar solo con ella. Quiero irme á Reims, á Rouen, á Tours, á Avignon á pasar siquiera dos días, á ver si encuentro la frente cana y venerable de la antigua Francia, tan grande y tan hermosa. Paris es demasiado joven, se viste demasiado bien, nunca se presenta en su traje definitivo; se lo cambia todos los años. Aquí existe la pasión de lo nuevo, de la *dernière nouveauté*, y yo, francamente, no me convenzo de que necesaria-

mente *nuevo* ha de ser sinónimo de *mejor*. Los griegos no conocieron la moda y crearon la belleza plástica. Belleza es reposo necesariamente; y, muchas veces, es negación de lujo.

Por otra parte, aquí siente uno casi siempre que está demás; hay en todos lados plétora de gente, hombres y mujeres que sobran: en las taquillas de los teatros, en las sesiones parlamentarias, en los espectáculos, en las estaciones de trenes y de ómnibus y de tranvías. Siempre hay gente que espera turno, que sobró del turno anterior. Todo el mundo está ocupado, aún los que se divierten. Estos se ocupan primero en ganar su plaza; después en no ser molestados en ella, en aislarse del vecino, al que miran de rabo de ojo sin perder la rigidez del pescuezo, en inflarse ó esponjarse para cubrir su puesto como si empollaran. El hombre es el rival del hombre; se arrebatan mutuamente el espacio, el aire, la luz.

Habiendo tanto espacio y tanta luz en la tierra, ¿por qué se amontonarán así los hombres? ¿Por qué se empeña en renunciar á ser personas para transformarse en números?

La importancia protagonista que tiene aquí la calle, el *boulevard*, el arbolado, la acera del café, el escaparate, el movimiento exterior, hace que los grandes edificios parezcan sólo decoraciones de las calles. Estas son como tajos dados en la masa de construcciones que, sacrificadas al hueco, for-

man una cuña como proa de barco en un lado, para hacer lugar á dos avenidos convergentes; una media luna en otro, para dar espacio á una plaza redonda; una isla irregular mas allá, para abrir camino á las tres ó cuatro calles que la circundan. Parece que las construcciones han tomado sólo los recortes de terreno que han sobrado á las calles; que los grandes edificios, iglesias, teatros, estaciones, se han colocado en los extremos de aquéllas como decoraciones pintadas muy hermosas, muy simetricas, admirables de situación; pero con algo de *pose*, es decir, de actitud enfática. Parece que el edificio se da cuenta de que lo están mirando, y dice á la gente: ¿Han visto Vds. que bonito soy? Se admira; pero la idea de monumento se va.

Muchas veces la avenida, para ser espléndida, ha aniquilado el edificio secular, lo ha aplastado arrebatándole su carácter, su ambiente propio que formaba parte de su sér. Ahí está, por ejemplo, la gran catedral gótica de *Notre-Dame de Paris*, el templo de las tradiciones y las leyendas. En torno de ella se agrupaba un dia el viejo Paris, como hoy Toledo en torno de su catedral ó de su alcázar. La construcción madre descollaba venerable y grandiosa en el sitio de la iglesia primitiva del siglo IV; aún á fines del siglo pasado se subia á ella por 13 escalones de piedra; estaba en lo alto. Hoy está en el mismo plano de la plaza y de las calles que la circundan, y cuyo nivel se ha levantado hundiendo la catedral. Grandes edificios simétricos han sido construidos á su alrededor formando

calles amplias; han regularizado la ciudad indudablemente; pero han estrangulado el monumento. Notre-Dame ya no existe, está sepultada.

Y es indudable que la *Notre-Dame* que fué no puede ser substituida.

Se ha construido, en cambio, un gran templo para el gran boulevard moderno: la Magdalena; pero eso es artificial y huelga en la atmósfera que lo rodea. No es, como lo fué *Notre-Dame*, el intérprete arquitectónico de una época, el gótico medioveval brotado lentamente de la tierra y del alma del pueblo, como desarrollo espontáneo y natural del bizantino, del románico; no es la Francia de piedra. Es una imitación de los templos griegos, hechos para figurar en la serenidad de la acrópolis, pero no para decorar el *boulevard* cosmopolita y abigarrado.

Paso por frente á la Magdalena por la mañana. Las puertas del templo están tapizadas de paños negros con franjas de plata y cifras; el vestíbulo corintio está enlutado. Un convoy funerario sube por las graderías conduciendo un ataúd; á lo largo de la verja esperan los carruajes de luto, cuyos caballos con gualdrapas, también enlutados, sacuden las orejas envueltas en cucuruchos de merino, y miran, como los antiguos disciplinantes, por los agujeros de sus caretas ó capuchones negros.

Y en torno de ese cuadro; al rededor del severo templo de luto, hierve el boulevard: ruedan los

ómnibus ó son asaltados por la gente; pasan por centenares los *fiacres* guiados por sus cocheros de sombreros de copa alta de hule blanco ó negro; se arremolina la multitud en las puertas de las tiendas, en los escaparates; beben cerveza ó ajenjo en la acera del *restaurant* de enfrente.

Paso, dos horas después, por el mismo templo de la Magdalena, y veo otro convoy, vestido de blanco, que aguarda á que acaben de descolgar los tapices negros que se ven amontonados en el vestíbulo: es una boda. La novia lleva su corona de azahares; el novio su frac; los acompañantes van sonrientes.

Ya han sacado el muerto, y los novios entran. En las alfombras de la iglesia quedan después mezclados siemprevivas y azahares, que son barridos juntos y arrojados al montón de residuos de la vida.

Se me ocurría, al ver eso rodeado por el hervor del boulevard, que la gente que respira esta atmósfera no puede aficionarse mucho, ni á morirse, ni á casarse.

Una de las calles más hermosas de Paris es la que, partiendo del palacio del *Louvre*, genuino monumento francés que es una verdadera maravilla, que tendria que describirte aparte, termina en el Arco de Triunfo, que sirve de centro á doce avenidas que forman como los radios de una rueda inmensa. No debe de existir en el mundo, seguramente,

una calle tan espléndida, ni una posición como la de ese Arco, erigido por Napoleón para conmemorar sus victorias.

Está aquél situado en una altura; se domina desde su pie la extensión de las calles que á el convergen y que aparecen como cintas frangeadas de árboles. En la de los Campos Eliseos, se ven de dia los carruajes que la cubren como caminos de hormigas ó manchones negros; de noche, como una procesión de millones de encapuchados con cirios que andan en la sombra, corriendo los unos sin rumbo, enfilados los otros; movible y fantástico el conjunto.

El cuadro, sin embargo, no tiene horizontes; se desarrolla en un solo plano. Los edificios que limitan la avenida desaparecen aplastados por la anchura y la extensión de la calle; no tienen más misión que la de determinar la espléndida cinta blanca frangeada de verde, que se ve inclinarse en blanda hondonada, y volver à levantarse á lo lejos hasta terminar en las Tullerias, y el Louvre por un lado, y en los bosques lejanos por el otro.

¿Y el arco de triunfo en si mismo?

Lo miro largo tiempo; miro sus grandiosas y nobles lineas greco-romanas, sus bajo-relieves de piedra : Napoleón con clámide griega coronado por la gloria, gritos de guerra, batallas, triunfos, nombres, fechas.

Este arco es una imitación del Arco de Tito en el

foro romano; pero es mucho mayor sin perder sus esbeltas proporciones; es el mayor del mundo segun creo. El recuerdo del arco de Tito y de los demás de la antigua Roma le perjudica, sin embargo.

Aquellas ruinas de dos mil años me parecieron de piedra condensada; irradian majestad; imponen silencio como los muertos. Este arco no me convence, no lo creo; me parece de carton pintado. Te doy mi impresión. Si es atrevida, es, en cambio, ingenua y sincera.

¿De qué nace?

Yo no lo sé con precisión; pero yo encuentro á Napoleón más grande que este Arco de Triunfo. Es que Francia es más grande que Roma; pero no es Roma. Yo veo á la Francia en su arte románico, en el transparente ojival nacido acaso en los claustros de Cluny; la veo en su espléndido renacimiento y aún en sus estilos galantes y delicados de Luis XIV y Luis XV: *Notre-Dame*, la *Sainte-Chapelle*, el *Louvre*. Veo en todo eso el vestigio de la nación protagonista del mundo; leo allí su gloriosa historia. No veo en cambio nada de su espíritu en este arco greco-romano que sólo representa la obsesión de Napoleón por la antigua Roma, su debilidad por imitarla á tontas y á locas, como si sus soldados fueran menos legendarios que los de César.

¡Cosa curiosa! Nuestro siglo, que ha tenido cien veces más arquitectos que los siglos creadores, no ha tenido una arquitectura, no ha creado una

línea nueva. Es que ha faltado reposo : los ideales han cambiado cada diez años; la fé en ellos no ha existido con la energía necesaria para tallar la piedra. Es el nuestro, el siglo de las construcciones rápidas y provisionales, que no dan tiempo á que un pueblo, por intermedio de un artista, imprima en ellos su carácter y su genio.

Si yo pudiera ver el Arco de Triunfo de Paris dentro de mil años, aunque fuera en ruinas, acaso me impusiera más que hoy, por más que no reconociera en él el espiritu francés; pero ¿quién me asegura que resistirá mucho tiempo á la atmósfera que lo envuelve con su poder disolvente? Me hace, pues, el efecto de una fruta que no está madura: no sé de qué color, ni de qué forma será, en definitiva.

Y si eso digo del Arco de la Estrella, ¿qué no diré de estas grandes construcciones de hierro, restos de exposiciones universales, que siempre me hacen el efecto de provisionales, como las tiendas portátiles de un campamento?

No son monumentos, son vestigios de ferias colosales.

La torre de Eiffel, de trescientros metros de altura, es su tipo.

¿Durará esta torre? ¿Madurará? ¿No la desmontarán cualquier dia para hacer otra más alta, después de haber llenado ésta su único objeto, que fué el de admirar á la gente por su tamaño, y hacer hablar al mundo?

La torre de Eiffel es un andamio gigante sin ser grande. Se ofrece á la vista como esas *cunitas* ó combinaciones de hilos que los niños se extraen mútua y sucesivamente de los manos. Se ven en ella los nudos ó soldaduras de los hilos de hierro que la constituyen por dentro y por fuera; se vé todo. Es una altura flaca y sin misterio. Parece que, para hacerla muy alta, la han estirado como una pasta que se levanta del centro, ó como se estiran esos aparatos formados de rombos articulados que se alargan y se acortan desde las puntas. La han alargado hasta donde ha dado el hierro.

Las pirámides de Egipto eran menos altas; pero eran tumbas; aplastaban Faraones y median el desierto. Las cúpulas son más bajas; pero son como grandes depósitos de cielo; guardan una porción de este dentro de su curva excelsa para consagrarlo á un objeto : están llenas.

La torre de Eiffel no tiene nada dentro; está completamente vacía. El cielo se escapa de ella, como el agua de la red.

Y como es tan desproporcionada con los edificios que la rodean y con todos los de la ciudad, parece un grito agudo, un fuerte silbido en medio de una melodia; no pertenece al acorde; aturde.

Hay, sin embargo, en ella, una grande impresión cuando uno se acerca por primera vez á sus enormes patas abiertas como las de una araña encrespada ó las de una girafa que ramonea las nubes; cuando se pasa por debajo de los cuatros arcos de hierro en que descansa, y que se proyectan sobre

el cielo, más arriba de todos los demás edificios, como círculos colosales de filigrana. Entonces, al levantar uno la cabeza, la enorme construcción tiene garra y da un zarpazo. Se ven las nubes que pasan, y la torre, y el tricolor francés allá en la punta, entre las nubes. Es una asta-bandera digna, al menos por su altura, del glorioso emblema que sostiene. El movimiento del cielo se comunica al excelso andamio, y este aparece como inclinado, vacilante por el flotar de la bandera.

Visto de noche, ese efecto es fantástico. Las sombras solidifican la gran malla de hierro, borran el pedazo de mundo que la rodea, hacen soledad en la tierra y en el aire, y la torre es entonces realmente grande con su corona de luces que determina, sobre el cielo obscuro, la cornisa de su primer piso.

Yo declaro que me produjo escalofrío cuando, una de estas noches, sentado al pié de ella, ví ponerse la luna, una luna rojiza y sin brillo como la esfera de un reloj de contar siglos, tras la silueta negra de un arbolado pegado en el horizonte obscuro, La luna y el cielo y la torre estaban en proporción.

Estaba yo sólo; el cielo no tenía estrellas; por el aire pesado y caliente pasaban ráfagas frías, y aquella torre de hierro á mi lado me parecía, francamente, un desmesurado compañero.

PARIS

Vengo de visitar, en el Hotel de los Inválidos, *le tombeau de l'Empereur*, el emperador por antonomasia.

El emperador está aqui por todas partes; el Paris moderno es la ciudad, el monumento del emperador.

Todas las ciudades enropeas tienen una época histórica, un nombre que les imprime carácter. Paris, que es la ciudad de este siglo (el año 40 no tenia un millón de habitantes), parece, á primera vista, nacida con él, es decir, con la revolución condensada en Napoleón.

Todo lo demás de la larga y gloriosa historia de Francia, que tiene tántas huellas en esta ciudad, y que pudiera tener su interpretación proporcional, se ha ido obscureciendo, á medida que los recuerdos napoleónicos han ido tomando posesión de los arcos, de las plazas, de las calles, de los monumentos modernos, de la atmósfera de Paris.

No veo aquí, en la proporción histórica que les corresponde, ni á San Luis, ni á Carlos V, ni á Luis XI, ni á Du Guesclin, ni á Bayard. No surgen Richelieu, ni Colbert, ni Mazarino, ni Turena, ni Condé, ni Luis XVI. En cambio, se están levantando monumentos á personajes modernos, muchos de ellos no juzgados aún; frutos madurados acaso artificialmente, mármoles poco duros.

Vese, de vez en cuando, es cierto, algún Carlo Magno ó algún Enrique IV que pasan, caballeros en sus negros caballos de bronce, por la plaza de *Notre-Dame* ó por el puente nuevo; aún se ve desembocar, por la *rue des Pyramides* hacia las Tullerias, la hermosa figura de Juana de Arco que se empina en los estribos para alzar en alto la gloriosa bandera de su patria; la incomparable heroina resplandece con luz tranquila allí en su pequeña plaza, y Paris riega á menudo de flores su pedestal. Pero es indudable que todo eso abre paso al emperador y á su época y á su siglo. Se dijera que los viejos héroes, al retirarse, sofrenan un momento sus caballos, para contemplar de lejos la apoteosis del emperador.

Arco de triunfo con Napoleón y sus victorias y sus generales; arco del Carroussel con Napoleón y los soldados de su guardia de alto morrión y fiero continente; columna Vendome con Napoleón vestido de túnica romana; columna de la Victoria ó *du palmier* con los nombres de las victorias de Napoleón; puente de Iena, y de Austerlitz, y de Arcola, con águilas imperiales en los estribos;

avenidas de la Grande Armée, y de Friedland, y de Rivoli, y de las Pirámides, y de Wagram, y de Hoche, y de Kleber, y de Marceau. Eso es lo que suena, eso lo que se destaca para el viajero en Paris.

En las galerias de pinturas del Louvre los grandes cuadros de David sin la apoteosis de Napoleón; el Emperador está en todas partes en las galerias de Versailles; en los salones anuales de pintura, Bonaparte ocupa las grandes telas. Una interesante exposición de la Revolución y el Imperio, que encuentro abierta, me hace conocer el lecho de muerte de Napoleón, sus últimos muebles, las ropas que usó en Santa Elena, sus camisas, sus calcetines, su sombrero de paja, los retratos y las armas de sus generales, rotas ó abolladas por las balas enemigas. Se ven por todas partes los retratos y las estátuas del emperador: á pie, á caballo; ya en actitud de meditación sombria, ya radiante de inspiración, ya vago como sombra que pasa al galope por el campo de batalla, despertando los recién muertos gloriosos que se incorporan un momento sólo para gritar ¡ viva el emperador!

Se vé la figura pálida del flaco soldadito de Tolón con traje del directorio, faja tricolor y larga melena de crenchas lacias; se vé después la otra figura, la del Cónsul, la del César, redonda, con su corto mechón de cabello sobre la frente, ó su sombrero elástico erguido sobre el entrecejo poderoso; con las piernas en sus ceñidos pantalones blancos y en sus botas; con la mano derecha entre los botones de su casaca gris.

El otro Napoleón, el tercero, fué el que construyó, puede decirse, este gran Paris moderno, borrando el antiguo con rayas de *boulevares*, como se tacha con la pluma una página que se corrige; pero como él nació y vivió de la gloria del primero, parece que su obra consistió en abrir grandes espacios para escribir el nombre de aquél por modo indeleble. Napoleón III no existe en Paris, no se le vé. No hay más emperador, que *el emperador*.

Los mismos grandes nombres de generales y soldados que suenan en calles, plazas y avenidas: Massena, Kleber, Marceau, Lannes, son sólo satélites del astro que paseó el cielo de Europa á principios del siglo goteando su luz roja como de sangre encendida.

Penetro en el gran patio de honor del Hotel de los Inválidos, noble construcción levantada por Luis XIV para dar asilo á los viejos servidores de la patria; y también allí, en el sitio protagonista, me encuentro con la estátua del emperador que ocupa el arco central de la galeria superior. Ahi está con la cabeza cubierta por su tricornio, é inclinada sobre el pecho; con la mirada de abismo luminoso hundida en el pensamiento; con la mano en los botones de la *redingote*. También se ha absorvido, pues, Napoleón la severa construcción de Luis XIV. Su patio de honor es el pedestal de su estátua; su hermosisima cúpula dorada es el baldaquino de su tumba.

Entro en esta : es un templo greco-romano en forma de cruz griega, de brazos iguales. En el de frente á la puerta de entrada hay un altar con un gran crucifijo de bronce obscuro bajo un baldaquino sostenido por cuatro columnas torsas ó salomónicas de mármoles brillantes y bronces dorados.

Sobre la intersección de las naves, se levanta la cúpula que es lo protagonista : lo demás concurre sólo á su solemne efecto. Bajo la cúpula está la tumba.

No te daria idea sensible de esta, si me limitara á decirte que ocupa el fondo de una cripta abierta en el centro del templo. Es necesario que te la haga ver con más precisión, pues tú no conoces criptas análogas.

Imaginate una escavación, un amplio pozo circular, que ocupa, bajo la cúpula, el centro de la iglesia, rodeado de un brocal de mármol. En el fondo de esa escavación se ve, desde arriba, el sepulcro sobre un piso de mosaico. Es aquél un gran sarcófago, en forma de cubo antiguo de mármol rojo, brillante, rodeado de doce estátuas blancas que están de pie delante de sendas pilastras cuadradas. Estas forman una obscura galeria circular en torno del sepulcro.

El efecto que produce el interior de este templo es grandioso. En los templos en que la nave principal es más larga que la del crucero y la del ábside, es necesario adelantar algo en la nave de entrada para llegar á colocarse bajo la cúpula; el

espíritu se prepara á la impresión de esta. Aquí, por el contrario, hay choque estético, sorpresa; todas las sensaciones estallan juntas como un acorde. Con sólo andar algunos pasos en el templo, ya se encuentra uno junto á la balaustrada de la cripta central. Se alza entonces la cabeza y se ve, arriba, la soledad de la cúpula; se baja la mirada y se ve, debajo, el misterio de la cripta. En el centro de esta está el sarcófago, frío, mudo, sin atributos: una gran piedra rojiza, envuelta en un crepúsculo. Las dos impresiones, la de arriba y la de abajo, se funden en una sóla emoción de vacío y de silencio, es decir, de grandeza.

Es un triunfo.

Después de pasear un momento la mirada por la cúpula, se apoya uno en la balaustrada, y mira hacia abajo. . . . . y se queda largo rato mirando aquel sepulcro brillante y frío, como si se quisiera penetrar con la mirada hasta el cuerpo embalsamado que está dentro de él. Se miran enseguida las estátuas pálidas é inmóviles que lo circundan, y que parece van saliendo de la sombra como apariciones, y detallándose poco á poco. Mira uno, por fin, los grupos de banderas que hay por allí, banderas desteñidas por el aliento de fuego de la batalla en que flotaron, pendones muertos como el héroe, sombras de una sombra.

Las doce estátuas, que se observan después de romper el círculo mágico en que uno ha estado clavado al mirar el sarcófago, son bellísimas. A primera vista parecen idénticas entre sí, imperso-

nales; pero, á medida que se detallan, van presentándose con personalidad propia.

Son griegas; tienen la inmovilidad, la imperturbabilidad de la estátua helénica, su secreta facultad de imponer silencio, de no distraer, y de confiar el secreto de su vida sólo al que anhela saberlo. No llaman, no preguntan jamás; contestan al que quiere y sabe interrogarlas. Son rigidas sin dureza; los pliegues de sus clámides talares caen ingenuamente; son líneas puras que ondulan; sus actitudes son nobles; sus cabezas, de clásica forma, tienen la expresión de bellas esfinges animadas; sus ojos sin pupilas miran el sarcófago con esa expresión de fijeza, al par que de vaguedad, que es propiedad de la mirada de mármol, cuando el arte ha conseguido que el mármol mire.

Ese conjunto de inmovilidad y de silencio no existiria, sin embargo, en este monumento, si el templo no estuviera iluminado por una luz dulce y fria que, penetrando par las ventanas del crucero, al traves de los vidrios de un blanco ligeramente azulado, difunde en el aire un timido color de aurora, dejando la cripta envuelta en medias tintas. La luz solar de las ventanas de la nave absidial penetra en cambio con libertad, é ilumina vigorosamente los mármoles de colores y los dorados del baldaquino del altar con resplandores de gloria. En medio de estos, abre los brazos y deja caer la cabeza sobre el pecho el Cristo de bronce. Ese baldaquino es un tribunal.

Salgo, pues, de la tumba del emperador y con-

servo, como impresión protagonista, el recuerdo de esa luz vaga, azulada, que se difunde por el templo : luz de aurora, luz de juicio final.

Es la que corresponde á la memoria de ese héroe extraño que está allí callado para siempre, metido en su sarcófago de piedra, rodeado de esfinges blancas, muerto ante el Cristo envuelto en luz.

A este la árdua sentencia.

Cuanto á nosotros, aún no somos su posteridad. ¿Acaso existe la posteridad sobre la tierra?

En la luz crepuscular que envuelve la tumba del emperador, yo he creido ver algo de esos resplandores de luna que inician la noche, ó de esas tintas, entre rosadas y celestes, que anuncian las auroras : rayos de la tarde de Santa Elena, mezclados acaso con los de la aurora de Austerlitz.

PARIS

La calle más hermosa de Paris es el rio Sena que atraviesa la ciudad dividiéndola en dos partes iguales.

Mucho más que recorrer los *boulevards* que me encierran y me aturden y me limitan los horizontes, me gusta recorrer el Sena en los vaporcitos-ómnibus que lo cruzan á cada paso, sin ruido, resbalando por la superficie tranquila, y que nos permiten tomar distancia para ver las cosas, gozar de cuadros en que no estamos metidos nosotros mismos. Me parece que, desde el momento en que el vaporcito se desprende del pontón, salgo de Paris, y lo veo con calma desde afuera.

Es este agradable paseo una parodia de viaje, con embarque, ruido de agua removida por el hélice, resoplidos de vapor, tremblor de barco en marcha, movimiento de la cadena del timón, olor á aceites quemados y á cables con alquitrán. Se juega á los viajes, como los niños á los muñecos ; viajes de

cinco ó diez minutos de una estación á otra, que permiten detenerse donde uno quiere, ver distintos cuadros, ya desde un puente, ya desde una calle, y seguir el viaje tomando otro vaporcito que pasa diez minutos después.

El rio es ancho, cien á ciento cincuenta metros; profundo de tres ó cuatro, fresco, de corriente rápida. Es un rio que parece, por sus proporciones, hecho expresamente para Paris. Ni es tan caudoloso que cobre el aspecto serio y comercial del Támesis en Londres, ni tan escaso que pierda el carácter de verdadero rio. Paris lo quiere bien, lo cuida, le arregla el lecho en que corre, lo cruza de puentes elegantes como de arcos triunfales, y le presenta sus mas hermosos edificios alineados á lo largo de su corriente.

Lo recorro en una mañana de sol. Los *quais* ó calles ribereñas de uno y otro lado están á dos ó tres metros de altura, y se ven poblados de árboles que forman una larga franja verde. Se desciende de ellos á la playa adoquinada del rio por escaleras de piedra; sobre esta playa pavimentada desarrolla el Sena el blando movimiento de sus olas.

El agua es verdosa; pero en un dia como el de hoy, en que el cielo está limpio, aparece azulada y brillante. Un ambiente de fresca alegría parece salir de su superficie.

El vaporcito adelanta por el centro del rio. En las márgenes hay movimiento de trabajo. Sobre las

grandes chatas cargadas de materiales de construcción, piedras, balastro, arena roja, maderas, se mueven los obreros que cargan ó descargan. Se acercan á ellos los carros que descienden á la orilla por planos inclinados desde lo alto de las calles. Los pescantes á vapor extienden su brazo oblicuo de hierro, que gira en el aire llevando colgado el cajon que sale lleno del vientre de la chata y se derrama con estrépito en tierra, para regresar de nuevo por el aire vacío y tambaleante.

Pero ese movimiento de trabajo no absorbe, no imprime carácter á las orillas del rio. La gente que pasea se mezcla á la que trabaja : los muchachos que juegan, los perros á los que se hace nadar arrojando al agua piedras ó trozos de madera, los caballos que se bañan, la gente desocupada que pesca con caña, sentada en los malecones, todo es pintoresca nota del cuadro. Las mismas chatas que recorren el rio ó están atracadas en sus márgenes tienen su casilla habitada, con sus ventanillas de cortinas blancas, y sus macetas de flores, y sus jaulas con pájaros prisioneros. En ella vive la familia del barquero; andan por sobre su cubierta la mujer de este, y los niños de cabecitas rubias, y el perro que se acerca al borde de la barca, y, desde allí, con la oreja parada y las patas rígidas, atisba al enemigo invisible á quien siempre espera, y se retira dejando algunos ladridos en el aire.

Al través de los arcos de piedra del puente más próximo se ven los de hierro del de más allá, y el de otro más lejano. En el estribo del primero, á flor

de agua, están de pié dos soldados de piedra con las manos apoyadas en los fusiles, los bizarros soldados de Crimea. Pasamos á su lado y atravesamos el ojo del puente.

Los vaporcitos ómnibus discurren en todas direcciones, van y vienen. Los unos se alejan mostrándonos la popa, que se hunde en el agua revuelta en la que queda profunda estela; los otros se nos acercan presentándonos su afilada proa, agrandándose á medida que se aproximan, y cortando el agua como un cepillo de carpintero que levanta virutas blancas; los otros pasan y repasan á nuestro lado, mostrándonos las séries de sus ventanillas cuadradas.

Estos vaporcitos, *bateaux-mouches*, son ligeros, elegantes, alegres; recogen la luz en sus cubiertas blancas, en sus toldillas de telas de colores claros, en sus esbeltos cascos rojos, y la pasean sobre el rio. Se detienen, á toque de campana, en sus pontones-estación, para dejar una hilera de gente por un lado, mientras recogen otra hilera por el otro en un minuto; y siguen ligeros, y esbeltos. Se les vé por todas partes : el Sena sin ellos seria triste; no tendria con quien reir.

El inspector anuncia á voces, y agitando una campana, el arrivo á las estaciones : *¡ Pont des Invalides ! ¡ Trocadéro ! ¡ Champ de Mars !*

Por el centro del rio van jadeantes los vaporcitos remolcadores pintados de negro. Más sérios, más burgueses que los *bateaux mouches*, desdeñan la elegancia y buscan solo la fuerza; arrastran un ro-

sario de enormes chatas cargadas de maderas ó de piedras, casi hundidas en el agua por el peso; tiran de la cuerda á que estas van amarradas; forcejan haciendo resonar sus toses de vapor, arrojando bocanadas de humo negro por sus chimeneas, y chorros de agua caliente por sus flancos de hierro; lanzan de vez en cuando un suspiro sonoro por sus silbatos de bronce que se envuelven en blanca neblina, que recuerda el aliento caliente de una boca en una mañana de invierno. Al pasar debajo de los puentes doblan sus caños articulados para no tropezar, como si se agachasen, y siguen, siguen tirando. Da ganas de aplaudirlos, al verlos tan fuertes, tan valientes. Las estúpidas chatas se dejan arrastrar, indolentes y hundidas en el agua, sin hacer nada por la riña; parecen viejas paralíticas arrastradas por un niño.

Se van cruzando, uno tras otro, los puentes de la ciudad, unos de piedra otros de hierro; se siente, al pasar bajo de ellos, el trueno de los carros que pasan por arriba; sobre sus pretiles se ve desfilar sin interrupción el hormiguero humano: ómnibus que aparecen enormes vistos desde abajo, con sus imperiales llenos de gente que abre sus quitasoles; coches que van y vienen, hileras de gente á pie, cuyos bustos, cabezas, sombreros ó paraguas llenos de sol, se ven pasar por sobre el antepecho del puente como muñecos fijos sobre una cinta que se desliza.

De los edificios que frangean el rio, se distinguen, sobre las copas de los árboles que ocupan el

primer término, las puntas mas salientes: una cúpula ó una torre, un pedazo de los últimos pisos de las casas, sus techos de pizarra abohardillados y erizados de tubos de chimeneas, una bandera tricolor que flota en el aire.

— *¡Concorde!* grita el inspector del vaporcito. *¡Pont de la Concooorde!*

Subamos, pues, al puente de la Concordia, centro de la ciudad; veamos el cuadro desde arriba.

Grande extensión vacía en todas direcciones.

A nuestra izquierda se extiende expléndida la plaza de la Concordia con su obelisco en el centro y sus dos fuentes de chorro exhuberante á los costados. Allá del otro lado, entre dos construcciones iguales de arcos y columnas que limitan por allá la plaza, desemboca en esta la *rue Royale*, cerrada en el fondo por el timpano triangular y el pórtico corintio de la iglesia de la Magdalena. A nuestra derecha, del otro lado de la calle ribereña, el frontón y pórtico griegos de la Cámara de Diputados, que aparece achatada por la extensión; y la desembocadura oblicua del boulevard Saint Germain. A nuestra espalda la corriente del Sena sobre el que hormiguea el sol en larga estela de oro fundido. Cierran el horizonte de este lado las colinas lejanas; y, en primer término, sobre los arcos del primer puente y sobre los árboles verdes que se ven tras él, se eleva la redonda mole del palacio del Trocadero, formada por arcadas pequeñas sobrepuestas que me recuerdan los nichos del muro

de un cementerio, y coronada por dos torres de estilo oriental, cuadradas y esbeltas. La torre Eiffel, á la izquierda, esfuma el largo cuello en el esplendor del aire.

En el lado opuesto, frente á nosotros y á lo largo del Sena, se ve el Paris antiguo: las islas de Francia y de San Luis, las dos hermosas torres cuadradas de *Notre-Dame* y su aguja fina, la otra aguja de la *Sainte-Chapelle*, la cúpula redonda color de pizarra ó de hierro del *Instituto de Francia*, el trapezoide del palacio del *Louvre* que se eleva sobre los árboles que ocultan el primer piso, y enarbola en alto la bandera francesa. Y otras torres puntiagudas más allá, y unas cuantas chimeneas de fábrica que humean allá muy lejos entre las nieblas de un gris rosado; y el horizonte, en fin, en que se hunde la inmensa ciudad.

Es esta una extensión de construcciones que, aunque grandiosas, aparecen achatadas par la dilatación del espacio que las envuelve; un cuadro plano del que es protagonista el rio que tenemos á nuestro frente y á nuestra espalda, la serie de puentes animados por la multitud que los cruza, los arbolados de las márgenes, los establecimientos flotantes de baños con sus series de ventanillas atracados en las costas, los vaporcitos llenos de gente y de luz que van y vienen, entran por los ojos de los puentes y salen de ellos haciendo sonar su campana, los curiosos ó pescadores de caña recostados en los parapetos ó sentados en las escaleras de piedra que se hunden en el agua.

Es, realmente, un espectáculo espléndido.

Entretanto, por el puente que ocupo, va pasando á mi lado el detalle del Paris viviente, las hormigas de ese gran hormiguero humano: ómnibus como torres, atestados de gente; damiselas de redondos sombreros de paja y exhuberantes pantorrillas, caballeras á la gineta en sus velocipedos, y que se agachan para oprimir los pedales; un portero de oficina de galoneada gorra y botones dorados; un misionero de barba y largo cabello gris con su *rabat* sobre el pecho; más velocipedistas que caminan á pie por el borde de la acera haciendo rodar á su lado la ligera máquina; una hermana de san Vicente de Paul que, con los ojos bajos, cruza el puente como una ave azul de alas blancas que busca callada el nido; series de *fiacres;* soldados; carros cargados de mercancias, bolsas, pipas, cajones, y cuyo peso hace estremecer el puente; un perrillo que, desde los brazos de una señora que lo lleva, mira enojado el tumulto, ladra y se esconde gruñendo en el caliente seno que lo abriga; diez, veinte, cien clases distintas de coches de casas de comercio, de colores llamativos y letras doradas, con cocheros y lacayos y pajes; estudiantes y agentes de comercio con sus carteras bajo el brazo; un soldado de dragones que pasa á caballo reflejando el sol en su casco de bronce del que cuelga sobre la espalda el penacho de crin negra; chiquillos, viajeros con anteojos, negros del Sudan, obreros, coches aristocráticos... la mar. Todo eso se ve en diez minutos; todo pasa y se renueva sin cesar. Y

pasa en silencio relativo : no se oyen voces; aquí, en general, nadie habla en voz alta; creo que los mismos perros de Paris se han habituado á no ladrar por las calles; se huelen en silencio; solo suena la balumba de ruedas y cascos de caballos sobre el pavimiento, como un redoble sobre un bombo.

Bajemos, pues, la escalera del puente y descendamos á la orilla; tomemos ese vaporcito que se acerca un momento á su pontón tocando la campana, y, como una gaviota que da al pasar un picotazo en la orilla, se desprende inmediamente para seguir hacia *Notre-Dame.*

El Sena se bifurca cruzado por dos puentes para abrazar la pequeña isla de la *Cité.* Ahi está la antigua *Conciergerie* llena de carácter y de recuerdos; sus torres de piedra negra parecen tubos lisos cerrados por largos embudos. Se une el rio y vuelve á bifurcarse para abrir espacio á otra isla más pequeña, la de San Luís, cuna de Paris que se agrupó un dia allí, al rededor de su gran catedral.

Aún hoy, vista desde el Sena, la cincelada mole negruzca de *Notre-Dame* se hiergue soberana en aquella pequeña isla que parece arrojada al rio con la espléndida catedral cimentada en ella y formando con ella un solo bloque de piedra rodeado de agua. El gran bloque aparece coronado por la crestería del templo; por sus dos torres cuadradas, de esbeltas ventanas gemelas como dos largos nichos ojivales; por los encajes de piedra que forman sus rosetones; por sus contrafuertes aislados termina-

dos en agudos y elegantes doseletes y en agujillas finas, y en los que se apoya el maravilloso juego de arbotantes tenuísimos que soportan el ábside, como brazos delicados que sostienen una joya con la punta de los dedos.

Este exterior de *Notre-Dame* es una maravilla.

Bajo á tierra para pasar media hora encantado en torno de la catedral y por fin me hundo en la *rue Rivoli* y en la *avenue de l'Opéra* que me aturden, para meterme, buscando un poco de silencio, en el *Hôtel des Deux Mondes* en que me alojo, situado en esta última.

Es inútil huir de la calle si se vive en el centro de Paris; ella se nos mete por la ventana; la estoy sintiendo redoblar en la mia como un tambor muy grande, mientras yo trazo esta mancha de color. Si la encuentras un poco deshilvanada, inquieta, chillona acaso, no me eches toda la culpa; el original no se está quieto un instante : es Paris que hierve al sol.

LONDRES

No estaba indicada, como tú sabes, en mi itinerario de viaje, una visita á esta ciudad.

¿Porqué? Francamente no se me ocurre.

Estando en Paris, ¿qué viagero del continente europeo puede dejar de asomarse siquiera á este otro pequeño continente separado de aquél, más aún que por el Paso de Calais, por tántos rasgos morales que le imprimen carácter? Eso es lo que hago yo : me asomo sólo un momento á esta capital, y muy poco podré decirte de ella que no sea muy fugaz.

Siete horas y media de viaje separan á Paris de Londres. Buenos ferro-carriles; detestables vapores.

Almorcé tranquilamente en Paris, y, á las siete de la tarde, ocupaba mi butaca en el teatro *Covent Garden* de Londrés en que se cantaba *Carmen* en francés ante la alta sociedad inglesa allí congregada... España, Francia é Inglaterra : un lio.

Cruzamos el canal entre *Boulogne-sur-Mer* y *Folkestone* : hora y tres cuartos de mar.

Y sin embargo, al encontrarme en el centro del Paso de *Calais*; cuando, apenas perdida en el horizonte la costa francesca en que Napoleón soñaba un dia en la travesía que Trafalgar hizo imposible, veia yo aparecer en el otro horizonte la costa inglesa, me parecia hacer un largo viaje.

¡Está tan lejos Inglaterra de Francia!

Porque esa distancia se recorra en poco tiempo ¿deja de estar más lejos Paris de Londres, que Montevideo de Méjico?

Yo he atravesado nuestra América Meridional, de Este á Oeste, al través de los Andes y de las pampas argentinas : seis dias á lomo de mula, y seis en aquellas diligencias de imperecedera memoria, desalojadas hoy por el ferro-carril. Aún me parece sentir el zangoloteo de la mula de paso monótono como el movimiento de una criba; recuerdo las noches estrelladas de los Andes pasadas al raso, envuelto en mi poncho; las madrugadas en que nuestros arrieros recogian y cargaban las mulas que yo veia como grandes bultos en la semi-obscuridad al incorporarme en mi cama de cueros de carnero; oigo el cencerro de la yegua que las precedia mientras nosotros nos calzabamos unas botas grandes y duras, ¡malditas botas! que, al comenzar el viaje, nos daban aires de conquistadores, y después nos los daban de condenados á muerte.

Los Andes estaban acostados al rededor nuestro por todos partes sobre los horizontes; parecian gigantes dormidos echados de espaldas, más ó menos ventrudos. El uno sacaba el codo, el otro alzaba las rodillas, el otro se desperezaba incorporándose más allá en la sombra como si soñara. Seis dias andábamos entre montañas con nieve ó sin ella.

Después saliamos al llano. Recuerdo el rodar sin fin de la diligencia á través de la llanura polvorosa. Y rodaba, rodaba, rodaba. Una manga inmensa de langosta hervia entonces en aquellos campos; la tierra estaba en ebullición, salpicaba el aire; parecia una alfombra verde, negra y amarilla que se deslizaba lentamente. Uno que otro árbol, desnudo, rapado por el insecto, retorcia de vez en cuando sus ramas negras sobre el cielo sin límites. Aquellas llanuras parecian elásticas; se alargaban aplanándose cada vez más.

Y llegábamos por fin, después de cuatro ó cinco dias, á la cuenca de los grandes rios, al Paraná, al espléndido soberano del que han huido los Andes y las montañas atlánticas para no parecer pequeños á su lado, ó para abrirle amplio camino hacia el mar.

Y el viaje después por el espléndido rio; sus noches de nacar con luz de luna; su marcha hacia el sur en busca de nuestro Uruguay; y el desposorio de este con el Paraná que engendra el Plata allá en las costas de la Patria, hermosas como leyendas. Y la travesía del Plata por fin. Y por fin la Patria llena de los ensueños de la primera juventud.

Era un viaje de centenares de leguas y era, sin embargo, un viaje en casa.

La villa de los Andes, y Santiago de Chile, que habia dejado á mi espalda detrás de las montañas, me salian al encuentro en Mendoza, en Buenos Aires ó en Montevideo; el arriero chileno que me acompañaba por la cordillera reaparecia, con pequeñas variantes, en el mayoral ó cuarteador de la diligencia que me esperaba en Mendoza. Lengua, costumbres, tipos, vicios y virtudes, todo era lo mismo. Allí las fronteras de los distintos pueblos son trazadas sólo por la distancia, por la inmensa extensión que hace imposible la unidad política, é hizo independientes las distintas naciones hispano-americanas á pesar de constituir una misma familia.

No serán muchos los pueblos de nuestra América española cuya independencia tenga, como nuestra República del Uruguay, una razón de ser que no sea la distancia. El Uruguay tenia que ser independiente y constituir una nación aparte por razones más fundamentales. Porque de la República Argentina, á la que nos unia la raza, la lengua, la tradición del virreynato, nos separaban causas etnológicas : la cuenca del Plata y de sus grandes tributarios; y del Brasil, al que nos unia la formación geológica, nos separaban causas morales : la lengua, la tradición y las costumbres españolas. De ahí la formación inevitable é inquebrantable de nuestro Uruguay, la ley irrevocable de su gloriosa autonomía, los esfuerzos legenda-

rios de sus héroes instintivos, y el alto significado y la grandeza de nuestra nacionalidad, á pesar de su pequeña extensión territorial con relación á las otras naciones americanas.

Eso, unido á su situación geográfica, imprime á la República del Uruguay un carácter propio muy especial. Dueña de la márgen oriental del Plata y de su espléndida entrada por el Atlántico; con un hermoso territorio en la zona templada capaz de contener veinte millones de habitantes de raza caucásica con menor densidad que la Bélgica; y con una ley secular de existencia, fundada en principios étnicos y sociológicos superiores á la voluntad de los hombres, es como un eje inquebrantable en torno del cual me parece ver girar los misterios del porvenir en nuestra América. Pertenece nuestra tierra á la formación geológica atlántica; somos, pues, atlánticos por influencia étnica. Formamos parte, en cambio, de las naciones andinas bajo el punto de vista histórico. No somos, pues, ni de unos, ni de otros. *Somos porque somos.*

Unido á y separado de sus hermanos, el Uruguay no despertará celos, porque no amenaza; no despertará codicias por que no puede, y no quiere, por consiguiente, fundirse. Es, pues, naturalmente, el árbitro de paz y fraternidad en la gran familia ibero-americana en un porvenir acaso no remoto.

¿Fué eso lo que quiso decir nuestro grande Artigas cuando nos legó, escrita en nuestro primer escudo, aquella cifra profética: *Con libertad, ni ofendo ni temo?*

Todo eso no obsta, sin embargo, á que, al cruzarse la extensión en nuestra América, nuestro pais esté incluido en la comunidad de rasgos exteriores, de raza, de lengua, de costumbres, que se hallan en toda la América española. Desde Santiago de Chile hasta Montevideo, no se pasa una sola frontera moral.

¡Pero aquí en Europa! ¡Qué sorpresas á cada paso! ¡Qué tormentas en un vaso de agua! ¡Qué cambios de decoraciones y de almas en unas cuantas horas, y á tiro de fusil!

Atravesar el canal de la Mancha es pasar á otro planeta : lengua, carácter, tipos, costumbres, tradiciones: todo separa á estos dos grandes rivales.

Y no es ciertamente un planeta muerto el que cruzamos en ferro-carril de Folkestone á Londres; no fué la Albión nebulosa y fria de que nos han hablado, la que me recibió en la orilla occidental del canal. Llegábamos en un radiante dia de verano: los campos parecian pieles vivas en que circulaba la savia verde ; el sol teñia el suelo; las sombras frescas y trasparentes se recortaban en él azuladas.

Por las distintas propiedades, limitadas por lujuriantes arbolados y subdivididas por verjas de madera, se ven andar á paso lento y grave de digestión deleitosa, los olímpicos toros aristocráticos, de ilustre estirpe y sangre azul, casi sin patas y hasta casi sin huesos, cuadrados, mofletudos. Andan también por allí los carneros no menos lina-

judos, príncipes redondos, guardianes de la dinastía, especie de caracoles de lana que se mueven sin verse el movimiento de las patas; que miran sin ojos, pues estos están en el fondo de las tupidas greñas de la cabeza. Parece que la lanuda piel es demasiado grande para sus cuerpos, y se les arruga al rededor del cuello y en las narices. Las pobres ovejas que los rodean ó los siguen están ya esquiladas; y así, despojadas de su vellón, parecen hermosuras rapadas, escuálidas, que, expuestas á la pública ignominia en su amarilla desnudez, estiran el pescuezo en ademán de disponerse á echar á correr, y miran con ojos entre asombrados y afligidos que hacen reir.

Vamos llegando á Londres. El tren, durante largo tiempo, vuela, al parecer, sobre las copas de los árboles, sobre los tejados, sobre las puntas de millares de chimeneas de pequeñas casas que se ven en un plano mas bajo que el que recorremos.

Una estación : bullicio, estrépito, viajeros que suben y bajan en un segundo, portezuelas que se cierran, gritos premiosos, ruido de marea, vapor que chilla comprimido en las locomotoras impacientes, silbidos de máquinas que pasan, humo que sale de las chimeneas y recorre el techo de hierro de la estación.

Nuestro tren sigue : nosotros vamos á la estación central, á *Charing Cross*. Las casas van tomando aspecto más grande; la arboleda es menos tupida. Atravesamos un puente, otro y otro después; bajo

de ellos se ven calles en todas direcciones, y todas llenas de gente. Cinco, diez, cuarenta trenes que corren en dirección opuesta á la nuestra cruzan á nuestro lado lanzándonos un soplido que parcee una bofetada que no ha llegado á la cara. Nuestros compañeros de viaje comienzan á cambiar sus gorras de paño por sus sombreros de copa; ajustan las correas de sus maletas ó de sus sombrereras; descuelgan sus bastones; se ponen de pié estirando las piernas ó sacudiéndolas en el aire para que los pantalones recobren su posición natural.

¡*Charing Cross*! ¡*Charing Cross*!

Hemos llegado.

Bajo del tren atolondrado y desorientado.

¡Qué mal hablan los ingleses el inglés! Cuando menos, este que estoy oyendo aquí no es el que yo conozco.

No entiendo ni jota.

¡Y para esto he estudiado yo año y medio la lengua de Shakespeare!

Y lo que es peor es que tampoco me entienden gran cosa.

Por fin, un cochero caritativo me ha hecho el favor de comprenderme desde la alta culata de su coche desde donde guia por elevación su caballo, y estamos en camino del hotel.

Me voy riendo de mi mismo.

Mucho estoy desconfiando de mi nueva lengua recién aprendida ó á medio aprender.

¡Como no haga yo alguna barbaridad en inglés

LOURDES

No me he olvidado de que me encargaste especialmente una larga carta de Lourdes.

Ya que yo no puedo ir, me decias, escribeme desde la gruta, desde cerca de la Virgen; tráeme agua de la fuente, musgo de la roca.

Aunque sea necesario retardar mi regreso, te escribiré, sí, desde aquí : es preciso que vaya esta carta impregnada de este aire. Guárdala, porque á mi vuelta me gustará leerla. Te envio también algunas hojas de musgo de la roca de Massabielle que he arrancado personalmente á hurtadillas y violando la ley.

Tengo sin embargo que confesarte algo que te sorpenderá ¿ Quieres creer que vine á Lourdes con poco empeño, casi con tibieza?

No me regañes por ello.

No era que no tuviera vivo deseo de conocer esto : es que habia rodado vertiginosamente durante mucho tiempo al través de Europa; es que, al dia si-

guiente de volver de Londres, habia hecho el pesado viaje de 13 horas de Paris á Burdeos en un dia canicular; y, después de mal dormir en esta última ciudad dos ó tres horas, habia reanudado la marcha á las siete de la mañana siguiente para llegar á Lourdes á mediodia.

La atmósfera estaba pesada; con esa pesadez que precede á las tempestades de verano.

Sueño, calor, polvo; en fin: me acercaba á Lourdes con el espiritu indiferente, amodorrado: la carne lo ahogaba.

La corriente del rio Gave, que es muy hermoso, habia salido á nuestro encuentro desde los lejanos Pirineos; el tren corria á lo largo de sus orillas. Y yo, soñoliento, muellemente recostado en los almohadones, miraba sin ver.

En la estación de Pau, que está á una hora de Lourdes, sube á nuestro coche, con dificultad, un ciego acompañado de su hija. Se sienta, y se queda inmóvil con la cabeza inclinada. En el andén, que miro desde la ventanilla, aún no del todo despierto, la gente abre paso á dos hombres que, en una silla de manos, conducen á una mujer que suben á un wagon de segunda. Otra mujer joven, que fué hermosa, y que hoy tiene color de cera, camina lenta y fatigosamente, apoyada en el brazo de su marido: tose debilmente, con esa tos sin sonido como fragmentos de soplo que se escapa; su cabeza pálida se balancea sobre los hombros: parece colgada del cuello. Sube á otro coche.

¿Qué es esto? me dije despertando.

Sólo entonces ¡bárbaro de mi! empecé á darme cuenta intensa de que estábamos cerca de Lourdes.

El dolor humano anunciaba la proximidad de la que la Iglesia llama *consolatrix aflictorum.*

Aquel ciego inmóvil sentado frente á mi iba, sin duda alguna, á pedir luz para sus ojos á la Virgen; aire para sus pulmones iba á pedirle la pobre tísica en plena juventud; vida la paralítica que habia pasado por el andén llevada en hombros.

Yo no esperaba presenciar esos cuadros, francamente, en una visita de cuarenta y ocho horas. Se me habia dicho, por otra parte, que llegaria á Lourdes en la época de menos concurrencia; que no hallaria peregrinaciones importantes...

El hecho es que, en Pau, yo sentí algo raro: ya no tenia sueño.

Empecé á mirar el horizonte intensamente.

Los altos Pirineos, que antes se veian á lo lejos como una nube, toman cuerpo pasado Pau; van saliendo rápidamente del fondo de las medias tintas, y detallándose. Las montañas se proyectan las unas sobre las otras, determinando planos diferentes. Brotan, por fin, claros y precisos los contrafuertes inferiores de la cordillera que van á perderse en la llanura.

¡*Lourdes!* El tren pasa rápido por la orilla derecha del Gave buscando su estación en el otro extremo de la villa cuyo antiguo castillo se alza en una eminencia. Del otro lado del rio, frente á nosotros, y sobre un pequeño cerro que llega casi

hasta la misma orilla de aquél, se levanta, proyectándose sobre el cerro de más atrás cubierto de vegetación, una blanca iglesia de torre puntiaguda. Las campanas sonaban. Debajo de la basílica se ve la roca tapizada de verdura en que aquélla se asienta : *la roca de Massabielle*. Entre los árboles se distinguen algunos puntos blancos. Alli, entre estos, está la gruta, la fuente, la Virgen, el misterio ; la esperanza de ese ciego que se ha levantado á mi lado y saca la cabeza por la ventanilla al hacerle saber que estamos en Lourdes. ¡El pobre mira..... mira sus tinieblas!

Al hotel, pués, á almorzar rápidamente, y, en seguida, á la gruta.

¿Qué importa esa tempestad de verano que gruñe en su nube pesada y cenicienta, y empieza ya á á dejar caer sus grandes gotas de agua que parecen estallar en el polvo como si fueran explosivas?

Vamos á la gruta, aunque todos huyen de ella á guarecerse de la tormenta. Nosotros nos acogeremos á la gruta misma.

Cuando llegamos á esta, que dista trescientos ó cuatrocientos metros del extremo de la villa, cocomenzaba á caer una lluvia torrencial.

La verja de hierro que cruza la entrada estaba cerrada; no habia más sitio en qué guarecerse que otra pequeña gruta exterior formada por un trozo saliente de la roca á un metro del suelo. Ese mismo refugio estaba ocupado por las únicas personas que

allí habian quedado : dos pobres aldeanos, hermano y hermana, que abrigaban bajo su paraguas á su madre octogenaria sentada en el suelo y recostada en la roca, y rezaban con ella el rosario.

Partieron, sin embargo, con nosotros su escondrijo que nos ofrecieron cariñosamente en su *patois*.

Allí, defendido por aquella piedra y en medio á una deshecha tormenta, miraba yo por primera vez la misteriosa gruta de Lourdes : un simple hueco socabado en una roca á distancia de veinte y cinco metros de rio Gave; á cierta altura (cuatro ó cinco metros) del suelo, un agujero profundo en la piedra, en una de cuyas grietas brota un rosal; y en el fondo negro de aquel agujero, una imágen de la Virgen, la que tu conoces reproducida, la que conoce todo el mundo, blanca, esbelta, con la cabeza hacia arriba, con los manos juntas, con la cinta azul que ciñe su cintura y cuelga sobre la veste blanca, con el rosario en el brazo; con ese movimiento de éxtasis é imperceptible ascensión que es privilegio de esa estátua, solo de esa estátua dictada al arte por la inocencia de una aldeana, y que se conserva, por raro fenómeno, aún en las más toscas reproducciones.

¿Qué tiene esa figura? Es evidentemente original y de una sencillez pasmosa.

Ni en Murillo, ni en Rafael, ni en el Perugino, los grandes santos del color y de la luz y de la linea, se encuentra la genealogía artística del movimiento de esa figura, del juego de sus líneas, de su

transparencia. Es la linea escultural griega sumerjida en el cielo para quitarle su soberana frialdad y hacerla capaz de la reproducción que en aquélla es imposible.

Y esa estátua es original de la aldeana. El escultor Fabisch, para modelarla, seguia fielmente las indicaciones de aquélla, copiaba la actitud en que se colocaba al querer describir la aparición; y, cuando creyendo el artista haber interpretado ó reflejado el ideal de la niña, presentó á ésta la obra, Bernardette exclamó al verla: « ¡Qué hermosa! Pero... no es *Ella*; oh, no! la diferencia es la misma que del cielo á la tierra. »

Se preguntaba á Bernadette á quién se parecia *la Señora*. A nadie. Se le presentaban cien matices de azul; ninguno coincidia con el azul del cinturón de la Virgen. Se le preguntó, por fin, qué edad tendria la Señora que habia visto; y ella dió sin vacilar aquella contestación de belleza superior á las frases de los grandes genios « Pero Señor, *la Señora no tenia edad* ».

¡ Y sin embargo de un reflejo lejano de la visión de la aldeana ha salido esa figura nueva en el arte humano!

La tormenta « revolvia en el aire un oceano » que borraba á mis ojos los montes, los árboles, el rio, todo lo que no era aquella gruta, aquella forma blanca y extática que, inmóvil y sin alas, parecia sin embargo elevarse, ascender con la gruta, con nosotros, con el mundo.

Las paredes de la gruta conservan allí todo su carácter primitivo : son un hueco en la piedra pelada. Las tupidas enredaderas que tapizan la parte superior del cerro, terminan al llegar al hueco que ocupó un día la radiosa aparición que vió Bernadette y hoy ocupa su imagen; pero la piedra está en cambio cubierta de centenares de muletas y aparatos ortopédicos de otros tantos enfermos que allí han hallado la salud.

Además, en una grieta de la piedra desnuda, á la misma altura del pecho de la imagen, y al lado derecho de esta, brota el antiguo rosal, el rosal silvestre con ocho ó diez pequeñas flores, las únicas que por allí se ven, y que el viento movía blandamente en medio de la inmovilidad del cuadro misterioso que la tempestad me ofrecía como aislado del mundo.

En el suelo ardían centenares de cirios cuya luz agitaba el viento sin conseguir extinguirla, pero haciendo correr en chorros precipitados la cera fundida á lo largo del cirio que chisporroteaba al ser tocado por el agua de las gotas oblicuas que penetraban en la gruta y, rebotando en el suelo, salpicaban las luces.

Mi primera impresión fué la de siempre en casos análogos ; no sé si es una impresión común : las percepciones nacen y huyen, se dispersan ó se mezclan, sin fundirse en un juicio ó en un afecto; no se siente más que silencio que ni siquiera es asombro. Es ese el momento de la sensación pura, sin resonancia allá dentro, en el cerebro, en el corazón.

Parece que los sentidos sedientos deben recoger apresuradamente sensaciones qúe amontonan sin órden ni concierto, para que después la mente disponga de ellas.

Mis labios repetian instintivamente la salutación del arcángel : ¡Oh, la llena de gracia! ¡Oh, la bendita entre las mujeres! ¡Oh, la madre de Dios, ruega por los pobres que te llamamos madre! Entonces la oración puramente vocal tiene toda la intensidad de la mental; mi sola presencia allí era una plegaria; pero yo pensaba poco ó nada; era solo ojos y oidos; miraba la imágen y oia la tempestad.

Por eso cuando, calmada la lluvia, me retiré de la gruta, el deseo de volver á ella se despertó imperioso. Allí habia algo que me esperaba, y que yo no habia visto.

Y volví en cuanto pasó la tormenta al comenzar la noche.

Como si la lluvia hubiese lavado el fanal en cuyo seno palpitan, las estrellas brillaban radiosas en su cielo obscuro como espigas de cristal illuminado; miraban fijamente hacia abajo, é invitaban á mirar hacia arriba, hacia la infinita transparencia negra.

La gruta cantaba : sentimos los cantos al acercarnos á ella, y vimos resplandor de luces.

Mucha gente, con cirios apagados en las manos, se dirigía hacia allí apresurada. La aldeana fran-

cesa, con su cofia blanca y limpia plegada alrededor de la cara, corría mirando hacia la gruta, como si quisiera llegar á ella más pronto, enviando su mirada adelantada : niños y niñas de las manos de sus padres ; labradores con sus ropas de fiesta.

Cuando llegamos á la explanada que está frente á la reja de la gruta, el espectáculo me conmovió de veras.

Tres ó cuatro mil personas estaban arrodilladas allí con cirios encendidos en las manos. Era la peregrinación de Montaubán, que había llegado en el tren de la tarde, y ya había corrido á los pies de la Virgen, y cantaba.

Cantaba el *Magnificat*, el canto indescifrable de la *esclava del Señor*, á la que llaman dichosa todas las generaciones ; la acción de gracias más espléndida y memorable que han escuchado los siglos.

Magnificat anima mea Dominum, cantaba un grupo ; y el pueblo, hombres, mujeres, niños, tres ó cuatro mil voces, contestaba con un estribillo en francés.

Me acerqué á oir.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, cantaba con solemnidad el coro, *ecce enim beatam me dicent omnes generaciones ;* y entónces oí claramente la contestación del pueblo :

¡ Vierge, notre espérance !
Etends sur nous ton bras.
¡ Sauve, sauve la France,
Ne l'abandonne pas !

Oh, Virgen, oh esperanza nuestra. Extiende sobre nosotros tu brazo. Salva la Francia; sálvala! ¡No la abandones!

Yo miré á la Virgen al través de una lágrima que me saltó á los ojos. Estaba inmóvil en su gruta: seguia mirando al cielo. La lumbre de los cirios que el pueblo tenía encendidos á sus piés la iluminaba de una manera extraña: la luz resbalaba de abajo arriba por los pliegues de su ropaje blanco, tocaba las aristas de sus manos juntas sobre el pecho, é iluminaba la garganta, la parte inferior de la cabeza inclinada hacia atrás. Los ojos, la frente, quedaban casi hundidos en la sombra del profundo agujero de la gruta, en el misterio, en lo hondo, adonde no podía penetrar la luz de los cirios.

Y el rosal, el rosal de primer término con sus ocho ó diez pequeñas rosas blancas, allí, junto al pecho de la Virgen, como si fuera un sér vivo, se movia, nadaba en la luz; era un intermediario; no parecia movido por el viento, sino sostenido en el aire y balanceado por el aliento de aquel pueblo arrodillado que repetia, entre los versiculos del *Magnificat*, el unisono clamor por la patria: ¡Oh, Virgen! ¡Oh, esperanza! ¡Salva la Francia! ¡Sálvala!

Una conmoción profunda me dominaba; corria el escalofrio por todo el vello de mi piel. La primer plegaria de aquel pueblo era por su patria: después pensará en sus enfermos; mañana los llevará á la fuente milagrosa.

Yo recorria la multitud; me arrodillaba al lado de los unos y unía un rato mi oración á la suya; me levantaba para colocarme al lado de los otros; me alejaba para situarme á orillas del rio que rodaba allá abajo en la sombra, y ver desde allí el conjunto, la mancha aquélla de luz de cirio al través de cuyos gases iluminados todo temblaba, como si se mirara al través de una agua cristalina, pues la atmósfera, purificada por la pasada tempestad, estaba diáfana.

Me aproximo de nuevo al grupo. Un joven y vigoroso aldeano canta con voz estentórea ¡*Vierge notre espérance*! Mas allá es un grupo de niñas el que dice ¡*Sauve la France*! con voz débil que parece de cristal. Y allá, de pié sobre un banco, siguiendo con curioso asombro el desarrollo del cuadro, los miembros de una familia inglesa hablan entre sí indicándose los detalles que van observando.

Todos los cirios estaban ya encendidos en las manos de la muchedumbre. Unos cucuruchos de papel blanco protegian del viento, á guisa de fanales, las luces que, filtradas en ellos, arrojaban un resplandor de un amarillo pálido sobre las caras de los que los sostenian.

Comenzó una procesión que, partiendo de la gruta, circundaba el cerro por la orilla del Gave, y terminaba en la gran explanada circular que, rodeada por dos grandes arcadas que sostienen la

rambla que da acceso á la basílica superior, se extiende al frente de la iglesia del Rosario situada al nivel del suelo y debajo de aquélla.

Desde lo alto de la rambla, miraba yo el desfile de aquellas miriadas de luces de abajo que parecian el reflejo sobre agua negra de las estrellas de arriba. Las caras, iluminada cada una de ellas por la luz del cirio al través del fanal de papel blanco, parecian transparentes.

Todos cantaban : á mis piés, allá lejos, en la plaza adonde habian llegado los primeros peregrinos, en la gruta de donde aún no habian salido los últimos; en todos partes se repetian dos solas palabras : ¡*Ave María*! ¡*Ave María*!

Ese nombre eternamente nuevo; que nadie ha definido; que es en sí mismo luz y melodía, amor y esperanza y gloria, andaba allí entre aquellas sombras, entre aquellos puntos de luz; flotaba en el aire, se cruzaba, iba y venía, subía y bajaba, alzaba aquí el vuelo mientras allá se extinguía como si se posara á lo lejos.

Los largos regueros de lucecillas, como caravanas de luciérnagas, se iban paulatinamente agrupando en la gran plaza circular : eran pequeños arroyos de luz, que, por fin, formaron en la explanada á donde se iban derramando un lago luminoso, en cuya superficie se veian millares de caras iluminadas por la luz filtrada en los fanales de papel.

El vapor de aquel lago de almas y de luz, se exhalaba en un solo clamor que entonces se alzaba

unisono y espléndido : *¡Ave Maria! ¡Ave Maria!*

Imaginate ese cuadro que yo apenas te esbozo en esta ligera mancha de color. No puedo describirtelo, apesar de que, al recordarlo, lo veo como si se abriera en mi memoria la puerta de un templo iluminado. Temo que ni siquiera consigo sugerirtelo.

Y sin embargo, aún tengo que esforzarme por trazarte el otro cuadro : el de la mañana y dia siguientes, el cuadro humano, el de las piscinas, el del dolor y la firme esperanza en lo sobrenatural.

Desde la madrugada, las tres iglesias, la del Rosario, que está al nivel del suelo, la basilica superior, y la cripta, que es también una hermosa iglesia, han estado llenas de gente; todos han recibido el pan eucaristico. Yo con ellos, por supuesto.

Ahora estamos todos en la gruta, y frente á las fuentes y las piscinas.

Sentado yo en el largo banco de piedra que se apoya en la balaustrada que corre á lo largo del rio, frente al cerro de Massabielle, veo el conjunto del cuadro. El espacio que media entre el rio y la roca no excede de cincuenta metros.

Frente á mí, en una gran plancha de mármol empotrada en la roca de la gruta se lée en letras de oro :

Fechas de las diez y ocho apariciones
y
Palabras de la Santísima Virgen
El año de gracia 1858.
En el hueco de la roca en que se vé su estátua
La Santísima Virgen apareció
á Bernardita Soubirous
Diez y ocho veces:
El 11 *y el* 14 *de Febrero;*
Desde el 18 *de Febrero hasta el* 4 *de Marzo*
Todos los días excepto dos;
El 25 *de Marzo; el* 7 *de Abril; el* 16 *de Julio.*
El 18 *de Febrero, la Santísima Virgen*
dijo á la niña:
¿Quiéres hacerme el favor de venir aquí
durante quince días?
No te prometo hacerte dichosa en este mundo
sí en el otro.
Deseo que venga gente.
Durante la quincena la Virgen la dijo:
« Ruega por los pecadores, besa la tierra
Por los pecadores.
¡ Penitencia! ¡ Penitencia! ¡ Penitencia!
Ve á decir á los sacerdotes que hagan construir
una capilla
Quiero que se venga á ella en procesión.
Ve á beber á la fuente y á lavarte en ella.
Come de esa hierba que hay ahí.
El 25 *de Marzo la Virgen dijo:*
« Soy la Inmaculada Concepción. »

A mi derecha, en el extremo, está la gruta; en las enredaderas que cubren la parte alta de la roca cantan los pájaros. En seguida están los quince ó veinte surtidores de agua de la fuente que brotó un día en el fondo de aquélla bajo la mano de la aldeana que obedecia las órdenes del ser invisible cuya existencia reverberaba en la cara extática de la niña. Por fin, más allá, á la izquierda, se ven los tres arcos ojivales, pequeños pórticos ó canceles de tres departamentos en que están las piscinas ó baños, á los que también es llevada por tubos el agua de la misteriosa fuente. En esas piscinas de agua helada se sumergen los enfermos, los moribundos; humedecen sus ojos sin luz los ciegos; bañan las madres á sus hijos exánimes; hunden sus miembros rigidos los paraliticos.

Todo el pueblo canta con los brazos abiertos en cruz.

¡Oh Virgen, Virgen, curad nuestros enfermos!

Y los enfermos van llegando. Se detienen primeramente en la gruta, miran á la Virgen larga y hondamente. . . . rezan y pasan: van ó son llevados á las piscinas.

¡Qué procesión desfilaba frente á mi!

Algunos carritos cubiertos con sus medias capotas de hule, y tirados por los hijos, ó los padres, ó los hermanos del hijo, ó la hija, ó la madre que va adentro, pasan lentamente. Miro al interior de un carro: una mujer pálida y extenuada reza con los

brazos en cruz y los ojos hacia el cielo; no mira á nadie; espera firmemente.

— Tu fé te ha salvado, dijo un día el que vino á salvar.

Mira aquel contraste: esa madre lleva de la mano á su niño, sano, rubio, sonriente: á su lado va esa otra con el suyo extenuado, pálido, con los ojitos todo niñas, hundidos en las órbitas moradas, y la cabecita lacia, caida sobre el hombro de la madre, que va llorosa á dar agua al niño, agua de vida, agua de la fuente. « Dejad también que los niños se acerquen á mí. »

Una anciana muy enferma va apoyada en el brazo de otra viejecita sana. También ella va á la piscina ¿por qué no?

Quiere prolongar un poco más la vida, la vida que ella quiere mucho, precisamente porque es su vieja amiga. ¿Por qué se ha de morir tan pronto, si allí está la Virgen con su rosario en el brazo, y su cinta azul en la cintura, y los ojos hacia el cielo? Anda, pobre anciana, anda; la Virgen te de vida, mucha vida.

Ahí van los ciegos: parece, al verlos con las cabezas altas y los ojos fijos, que miran atónitos lo que pasa á lo lejos, sin preocuparse de lo que sucede á su lado. Es que los pobres miran hacia adentro, porque su mirada hacia afuera tropieza en la dura obscuridad y retrocede.

Varios enfermos, no se cuáles, han entrado á las

piscinas. A las puertas de estas, están de pie los miembros de su familia, madres, hijos, hermanos, con los brazos abiertos y dando frente al pueblo que, detenido por una cuerda que va de un árbol á otro, y también con los brazos en cruz y esperando el hecho sobrenatural, une su oración y sus cánticos á los de los que directamente esperan á la puerta. Un sacerdote los preside rezando el rosario y entonando de vez en cuando un cántico que, repetido por aquella multitud que abre los brazos, y por los que están en las puertas esperando, con el pensamiento en lo que está pasando tras ellos, en la piscina, toma el carácter de un clamor solemne y premioso, un grito lanzado á los oidos de Dios cuya misericordia está allí cerca, muy cerca, pues allí ha dado vista á los ciegos, vida á los moribundos.

Allí el clamor de piedad se ha transformado mil veces en una exclamación de acción de gracias al verse salir de la piscina por sus pies al tísico ó al paralítico que habia entrado en brazos, al verse salir dando gritos, con su niño sano en las manos, á la madre que lo habia llevado moribundo. . . . .

Tú no necesitas que se te demuestre la existencia y el poder de lo sobrenatural.

¿Es necesario acaso demostrar que Dios sabe y puede más que el hombre?

Es cierto, por otra parte, que si necesitaras pruebas, estas serian inútiles por si solas; la soberbia puede más que la razón en el hombre caido. ¡Y qué ridícula es la soberbia en nosotros! La fé, para

el alma, es como el aire para los pulmones : nós es necesario algun esfuerzo de nuestra parte para inspirarlo; pero ¿qué es ese esfuerzo comparado con la fuerza que hace el aire mismo para penetrar en nuestros pulmones y encenderlos de vida?

Es necesario, sin embargo, abrir siquiera los labios para darle entrada.

La razón humana es el pequeño movimiento de inspiración; la fé es el espiritu de Dios que, como el oxígeno del aire en nuestra circulación, penetra en nuestra alma en torrentes de luz y vida, nos trae mensajes misteriosos, evidencias que se abren como flores que revientan al sol, claridades australes que surjen del horizonte.

No hay proporción posible entre la fé y el esfuerzo por creer puramente humano.

Si quieres saber porqué se cree, comienza por creer, y lo verás.

Si no tienes fe, pidesela á la Verdad y la obtendrás; pero no pretendas crear tú misma la Verdad en tu alma como un efecto de las operaciones de tu mente.

Dios es la Verdad, y no puede ser un efecto, porque es la causa de las causas.

Pedir la fe á Dios, á la Verdad increada; pedirla con humildad y confianza y sin descanso, es el concurso que el hombre puede aportar al acto de creer. Pretender tener la fé, es decir, pretender tener á Dios en el alma, por el simple raciocinio, sería suponer que Dios es una creación del hombre.

Y dice el libro sagrado : « Tu niegas al orgullo

del sabio lo que revelas á la humildad de los pequeños. »

Seamos pequeños; hagámonos superiores á la razón.

« Cierra los ojos para ver más lejos. »

Yo, frente á las piscinas de Lourdes, miraba á los peregrinos de afuera y á los de las puertas, que á su vez se miraban los unos á los otros cantando, como si se infundieran mutuamente con la voz la esperanza; y cuando ellos se arrodillaban, me arrodillaba con ellos.

¿Quién no se arrodilla?

Pero también cantan allá en el otro extremo del cuadro, frente á la gruta.

Voy hacia allá; me abro camino hasta cerca de la verja y me arrodillo entre la multitud. Rezan el rosario, y me uno á él con verdadero fervor, mirando la imagen de la gruta, estática, dulce, ascendente. Estoy abstraido.

Me tocan el hombro y me suplican que abra paso : *s'il vous plaît.*

Es un carrito, arrastrado por dos jóvenes elegantemente vestidos, que quiere acercarse todo lo posible á la Vírgen : queda colocado precisamente al lado mio entre la multitud.

Miro al interior de él, y veo allí, á mi lado, una jóven de diez y ocho á veinte años, con las dos piernas vendadas y colocadas sobre un almohadón, paralítica. La demacración del dolor no ha domi-

nado en ella la juventud : es evidentemente hermosa; no está abatida; es dueña absoluta de sí misma. Abre los brazos con pasmosa naturalidad bajo la capota de su carrito, como si estuviera á solas con la imagen que está en la gruta, en la que posa su mirada ingenua y casi sonriente : reza. ¡Ahora canta con el pueblo! ¡Canta con voz clara, serena, como si estuviera sola y fuera feliz!

¿Y acaso no lo es, puesto que cree y espera?

Los carritos, los enfermos apoyados en los brazos de sus compañeros, andan entre la multitud por todas partes; por todas partes se mueve aquel pueblo; canta, reza, bebe agua de la fuente ó la recoge en cubos de latón, en botellas.

Y hoy se efectúa la peregrinación de Montaubán; para mañana está anunciada la de Marsella, que será de diez á quince mil personas : las hay de cincuenta mil, todos los dias : francesas, alemanas, españolas.

Durante la gran Peregrinación Nacional anual, mil ó mil quinientos enfermos se hallan reunidos al rededor de la gruta; es un número superior al de los pacientes que encierra el Hotel-Dieu de Paris.

Las iglesias de Lourdes están tapizadas de sus recuerdos : no solo de estandartes y banderas y atributos colectivos, sino de recuerdos personales : espadas de soldados, cordones, condecoraciones, penachos, cruces, chareterras.

Todos esos han creido : todos han amado algo evidentemente digno de amor; lo ideal, lo alto, la esperanza.

¿Cómo puede existir un hombre iluminado por el sol, que consagre su vida à arrancar á los que la poseen la esperanza? ¿De quién puede haber recibido esa triste misión? ¿Es del cielo ó del infierno?

¿Qué daño puede hacer á ese hombre la fé de los demás?

Es esa una pregunta que me he hecho muchas veces.

Hoy, al hacérmela una vez más junto á la gruta de Lourdes, miraba yo á la Virgen extática é inmóvil, que, junto á su rosal silvestre, difundia en su torno la fé que hace milagros. Las miradas de los desgraciados la envolvian como en una red de hebras de luz, y el aire que la circundaba parecia santo, porque estaba lleno de dolor resignado.

En Lourdes, al lado de la Virgen, *el dolor es feliz.*

Yo no presencié otro milagro; no los necesito tampoco, gracias á Dios; pero, ese solo me basta para poder afirmar que anda algo de divino en torno de la grutta de Massabielle.

TOLEDO

Francamente, al escribirte algo sobre esta ciudad, no se cómo ni por dónde empezar. Tengo una impresión de conjunto de cuyas causas no me doy cuenta precisa; y yo quiero, como siempre, escribirte con sinceridad, darte la sensación real y sus resonancias inmediatas.

Esto es una maravilla. Pero ¿por qué?

Yo recuerdo aquellos cuentos disparatados é inverosimiles que nos contaban las criadas viejas cuando éramos muy niños. Sus impresiones persisten quizá en nuestro espiritu; han sido acaso base de muchas de nuestras ideas de hombres; han contribuido á la formación de nuestro carácter. Y sin embargo, el relato mismo se ha borrado por completo de nuestra memoria. Es que no tenia consistencia, ni protagonista, ni proporciones, ni acción racional; era la contradicción, nada.

Toledo tiene algo de esos cuentos.

Creo que lo maravilloso de esta ciudad está en nosotros mismos; en la proyección de todo esto sobre nuestro espiritu. Es la sombra de una cosa grande, proyectada por el sol al ponerse detrás de ella.

¿Qué es aqui lo protagonista? ¿Qué es lo que nos asombra y nos atrae?

¿La catedral?

Coloquemos con la imaginación esta catedral en la plaza de Milán ó en la isla de Francia, y resultará la catedral de Milán ó la de Paris: una gran catedral gótica.

¡Qué diferencia, sin embargo, si se la mira aqui encajada entre las callejas de Toledo! Es menester, para apreciarla, tropezar de repente con su mole rojiza, con uno de sus estribos ó una de sus grandes puertas ojivales; ó, al revolver el ángulo de una calleja, divisar la punta de su torre por sobre los tejados que casi se juntan dejando ver sólo una faja angosta é irregular de cielo.

Entonces es cuando uno siente, ¿la torre? ¿la catedral? Nó: algo más, mucho más: un cuento que se aparece, un cuento raro, sin acción determinada, pero sugestivo, perdurable como los cuentos de los niños.

¿Es entónces la iglesia de San Juan de los Reyes, las mezquitas árabes, ó las sinagogas judias, ó las puertas moriscas de la ciudad? ¿Es el carácter de las habitaciones, las calles, las plazas?

Si: es todo eso; pero amontonado en una roca negra á cuyos pies, muy abajo, rueda un rio que

suena: es todo eso que trepa por la roca cruzada de callejuelas tan estrechas, que se puede dar la mano de un balcón á otro al través de ella; circundado de torreones árabes y muros dentellados llenos de rojizas negruras ó de verdin, y cuyas almenas se proyectan sobre el cielo por todas partes. Es el montón de casas desiguales, de puertas y ventanillas de todas clases y de todas épocas, abiertas sin simetria sobre los muros blancos. Y la red de callejuelas, que son más bien corredores, en linea quebrada las unas; cerradas por una construcción antiquisima y original las otras á pocos pasos de la otra calleja en que desembocan.

Esas casas y corredores se desarrollan sobre la roca, siguiendo las sinuosidades de esta, subiendo y bajando, interrumpiéndose por aquí en un barranco, en cuyo borde se alza el antiguo parapeto almenado, bajando por allá en áspero declive, lleno de ortigas y malvones y montones de escorias ó escombros, hasta la orilla del rio que corre en el fondo; descendiendo por el otro lado á la vega por una escalera de piedra medio ruinosa que conduce á una de las puertas de la ciudad.

Esa escalera da á su vez acceso á un puente antiguo, con su antepecho de piedra que luce de trecho en trecho grandes bolas de granito, como balas de cañon sobre la punta de pirámides enanas y chatas. Y el puente cruza el Tajo; y allá, del otro lado del rio, se ve la ribera opuesta á la en que estamos, tan escarpada como esta, y formada de piedra negra, semejante á enormes trozos de alumbre

obscuro que forman rombos salientes, cristalizaciones fantásticas. Sobre las puntas de estas, coronando la roca, se ve alzarse un castillo en ruinas, esqueleto de cuatro siglos, con torreones hechos pedazos, redondos los unos, cuadrados y almenados los otros, con lienzos de muro llenos de agujeros y melladuras, con penachos de verdura, con manchones de verdin.

Se mira hacia otro lado del rio; y, desde lo alto de una calle interrumpida por la muralla en que uno está apoyado, se ve allá abajo el plano, el campo verde, la vega de las leyendas, en la que el Tajo, que suena á nuestros pies royendo la roca, culebrea hasta perderse á lo lejos, sereno y sin árboles en las márgenes.

Se atraviesa el rio, al caer de la tarde, para ver la ciudad desde la vega. Es de allí Toledo una masa obscura, con manchones bermejos y puntos blancos, rodeada de muros que van desmoronándose y rodando hasta el rio; una masa coronada de dentelladuras, de parapetos árabes, de torreones redondos ó cuadrados, de la silueta erizada de torrecillas y agujas y cresteria ondulante de San Juan de los Reyes.

Y vuelve uno á internarse por los vericuetos de la ciudad; y á cada paso se ve forzado á detenerse para ver ¿qué?

Otra nueva calleja ó red de callejuelas más original que la que antes nos había detenido, y tan llena de carácter, de color, de sugestiva hermosura, que nos arranca una instintiva exclamación. Con

qué facilidad crea allí la imaginación el cuadro que corresponde á ese fondo : la riña, el desafío de la calleja, el paso sigiloso del matón ó del amador nocturno, la confidencia ó la despedida del amante á través de la reja en plena edad media, en guerra de moros!

Mira un cuadro: es una callejuela de gran pendiente, que desemboca en la que vamos atravesando. Está cerrada en lo alto, á cincuenta ó sesenta metros de su salida, por una construcción extraña y curiosa : consta esta de tres cuerpos chatos y viejos sobrepuestos; el segundo avanza sobre la línea perpendicular del primero que apenas lo sostiene, y el tercero se adelanta á la del segundo : se aplastan los unos á los otros : parecen cimentados en el aire, formando una escalera invertida que se cae hacia adelante. El cuerpo inferior es una construcción gótica, pero gótica de veras, no ojival, sino hecha por los godos : dos columnas bajas de fuste liso de piedra con chapiteles toscos y roidos sostienen el dintel de la puerta, formado por una cornisa cóncava con bolas encajadas en ella de trecho en trecho. La puerta está claveteada con enormes clavos de hierro. El segundo cuerpo es una pared lisa, con dos ventanillas cuadradas, con cortinillas y flores ; una leyenda. El tercero tiene una sola ventana cruzada de rejas como de cárcel. El viejo alero del tejado se adelanta á todo, recortando su sombra sobre las paredes, y su silueta sobre el cielo.

¡Qué líneas, qué color, cuánto carácter, cuánto claro-obscuro hay en eso! ¡Qué distinto es de la helada simetría de las ciudades modernas cortadas con tijera sobre un mismo molde, enfáticas. con sus calles de pacotilla y sus marcas de fábrica!

Mi amigo y maestro el notable pintor Ramirez, que me acompañaba con su cajita de colores bajo el brazo, se quedaba, como yo, extasiado á cada paso: me parecia un cazador que, á fuerza de ver salir conejos y perdices por todas partes, se resuelve á no disparar sobre ninguno por no interrumpir el goce de ver tántos. Nó, amigo artista, le decia yo señalándole su caja de colores: de ahi adentro no podrá Vd. sacar aquello: ahi ha cabido la montaña de Santander y una puesta de sol en sus valles; pero esa calleja, esa puesta de sol de un dia de siglos. . . . ¡vamos! ¡Que no hay ahi bastante color!

¿Y esa callejuela de más allá y que de nuevo nos detiene? No está cerrada; pero una torrecilla árabe, cuadrada, con unos cuantos ajimeces abiertos sin simetria en sus muros bermejos, sale de la linea de las casas, y se atraviesa esbelta, haciendo formar un recodo á la calle. Los tejados de esta casi se juntan; las sombras bajo de ellos andan por la callejuela; sólo se ve allá arriba entre los dos bordes dentellados una tira irregular de cielo. Las casas de ambos lados tienen puertas góticas como la del

callejón sin salida, y ventanas abiertas aquí y allá, las unas pequeñas como agujeros, las otras mayores y cruzadas por rejas salientes y gruesas.

Es indudable que en esa callejuela en que, aún á medio día, se ve la huella de la noche anterior, anda algo invisible, algo muy antiguo y muy hermoso. En una de esas puertecillas acaba de entrar alguien embozado, el extremo de cuya capa levantada por la espada se ha visto flotar. ¿O era una mujer hermosa, y lo que flotaba era el extremo de su brial?

Esos cuadros salen al paso á cada momento y toman diverso carácter, segun la hora en que se observan, el estado del tiempo ó del ánimo : tristes á la tarde, llenos de luz y sombra y calor y vida en las horas de sol.

De noche no tienen rival.

No ha sospechado á Toledo quien no se ha metido á media noche entre sus callejuelas; quien no ha verificado la verdad de las leyendas fantásticas, al ver, en medio á la soledad y el silencio, la luz intermitente, temblorosa y amarilla de un farol colgado de una cuerda ante una imágen fija en un alto y liso paredón de piedra. La luz pestañea al través de los vidrios ahumados ; vierte resplandores que andan un momento por la pared y se apagan ; que hacen aparecer y hundirse de nuevo en la sombra la cabeza confusa de la imagen que parece asomar un instante en lo hondo para mirarnos tristemente; son, ¡qué se yo! quejidos ó bostezos

de luz, llamaradas enfermas que se tambalean, relámpagos en agonía. Todo eso pasa sólo en un pedazo de la pared; lo demás está obscuro.

Y ¡qué soledad! ¡qué silencio! Se sumerge uno en ambos con sólo separarse cincuenta pasos del compañero de excursión nocturna, y quedarse inmóvil un cuarto de hora en el ángulo de una callejuela. Parece que uno ha salido del mundo real y se ha sumergido en uno imaginado; que se ha ido lejos, muy lejos.

Las casas de tejados salientes, de puertas pequeñas y claveteadas, de ventanillas abiertas aquí y allá en la pared, todo herméticamente cerrado y obscuro; la torrecilla cuadrada, cuya silueta se deja sentir, haciendo formar un recodo á la calleja allá entre la média tinta; los rincones, el resplandor de las luces de trecho en trecho, voces que claman en el desierto; el color rojizo ó negruzco de una pared antiquísima, que contrasta con la masa blanca de un portal de piedra no menos antiguo, pero blanqueado con cal recientemente, todo es misterioso, sólo.

Dentro de esas casas duerme, sin embargo, gente, gente que alienta, que respira. Se oye la respiración de los dormidos desde la callejuela, una tós de vez en cuando, un ronquido: todo se oye, pero muy debilmente. El silencio es allí el protagonista, ó los rumores muy vagos y lejanos, ó el brillo de plata de la estrella que, clavada en el fondo obscuro del cielo y tiritando en su soledad, se ve por entre los aleros de los tejados casi unidos.

¿Pero hay gente, entónces, en Toledo? me dirás tú. Porque hasta ahora he prescindido de ella; parece que estoy hablando de una ruina desierta.

Es verdad. Sí: Toledo es una ciudad habitada; pero la gente es un accesorio; gente hay en todas partes ¡tánta gente!

Yo la he suprimido de aquí, como se suprimen con la imaginación las figuras en un paisage pintado por un artista de genio, que ha sentido la naturaleza, y hace, del simple caer de una tarde sobre una montaña, un estado del alma propia ó del alma universal.

He suprimido hasta el canto de un ciego que cruzaba la callejuela acompañado de su lazarillo, y que, al sentir que allí habia gente, nosotros, se detuvo á cantar acompañado de su guitarra debajo de un farol. En otra circunstancia, ese detalle me hubiera llamado mucho la atención; pero entónces yo buscaba el silencio, el silencio transformado en *ente* la *persona del silencio.*

Pues sí: aquí hay gente: gente que comercia, que se viste de levita y no de talabarte de terciopelo y calzas de seda y capotillo de mangas perdidas y espada al cinto; desentonos vivientes: gente que se alumbra con luz eléctrica y clava los alambres incandescentes en el viejo portalón gótico, en el muro de la torrecilla mudéjar, en la hondonada de la callejuela sin salida, hechos solo para la obscuridad ó el farolillo ambulante; gente que está derribando poco á poco al Toledo insustituible; que está blanqueando con cal los portales visi-góticos

y remendando con construcciones modernas, sin carácter alguno, el maravilloso conjunto de la vetusta ciudad medioeval que ya casi no ofrece punto alguno de vista en que no disuene alguno de esos malhadados remiendos que interrumpen la ilusión, la hermosa impresión artística. Toledo va rodando al Tajo, ó amontonándose en las plazuelas y suburbios en forma de escombros.

Y eso ¿por qué?

Pues por nada, dirán los habitantes de Toledo; por una bagatela. Porque á título de que los visitantes y turistas y poetas se deleiten, no hemos de someternos nosotros, gente de carne y hueso, á alumbrarnos con candiles y á habitar ruinas, por mas caracteristicas que ellas sean, ni nos hemos de exponer á que se nos ponga de sombrero un hermoso cupulin árabe, lleno de carácteres cúficos y sostenido por hermosas columnas de chapitel cúbico, el dia que se le ocurra decir «hasta aqui he llegado» y le de por echarse á descansar sobre lo que encuentre debajo.

Y, bien mirado, ¿no es verdad que no les falta alguna razón á los buenos toledanos? No hay remedio: Toledo se va, se nos va poco á poco: la vida lo está matando.

El tronco del árbol negro con tres ó cuatro ramas que parecian brazos crispados: el árbol único que daba carácter al paisaje, está brotando por todas partes; los renuevos empiezan á borrar sus lineas. Y brota como los arbustos, como los árboles jóvenes, con las mismas yemas que revientan, y

las mismas hojas frescas é infantiles que sonrien.

Para esos troncos no deberia haber primaveras; pero ¡qué le hemos de hacer! No pensarán asi los pájaros que anidan en él.

La florescencia es lenta, sin embargo: aún hoy Toledo es la ciudad más caracteristica y más sugestiva que conozco; no vacilo en decir que la más hermosa.

TOLEDO

España tiene en Toledo, en toda la masa de Toledo, su verdadero monumento, levantado por el tiempo, el grande artista.

Pocas ciudades me han sugerido las cosas que me está sugiriendo esta ; no se si es porque la estoy visitando con mayor reposo que á otras, ó porque las impresiones recogidas en otras partes se han ido agrupando en mi espiritu, educándolo, y brotan ahora con mayor órden y nitidez al contacto de este extraño monumento.

El hecho es que yo siento aqui un espécimen de la historia humana, sobretodo de la medioeval.

Como se cuenta de aquellos *rastreadores* de nuestra tierra que distinguian en el polvo ó la yerba del desierto la huella de los hombres, y conocian por ella el número de los que habian pasado, y su raza, y la del caballo que montaban, y el número de los que llevaban en libertad, y el punto de que procedian y el á que se encaminaban, puede uno

aqui reconocer las pisadas de los siglos casi confundidas las unas con las otras, pero perceptibles aún y distintas para la mirada experta. Y dentro de cada siglo podria reconocerse el andar de los hombres, su origen, su rumbo, su carácter, casi el color de sus ojos. Eso constituye un deleite intenso del espiritu.

Después de gozar durante uno ó dos dias con el sólo aspecto y carácter general de esta ciudad, de compenetrarse de su original espiritu, y de visitar una y varias veces la catedral, de estilo gótico, pero mezclado con lineas de todos los estilos, desde los serenos órdenes clásicos, hasta el plateresco y el embrollo de lineas curvas de Churriguera; después de ver la huella del visigodo en las construcciones antiguas, y la profunda pisada del árabe en los arcos apuntados ú ojivales ó de herradura que se mezclan y confunden aqui por todas partes en las puertas de la ciudad, en las antiguas mezquitas ó sinagogas judías como el *Tránsito*, ó *Santa Maria la Blanca*, ó *el Cristo de la Luz*; después de ver la huella de la reconquista secular en las almenas y torreones de la antigua muralla y hasta en las más insignificantes construcciones viejas escondidas en el fondo de una plazuela, siente uno resonar majestuosamente en el alma los pasos del tiempo al través de los siglos.

Los ecos de esas pisadas se levantan en la memoria, van y vienen, se funden en largos accordes. Y el rumor de muchedumbre de humanidad que pasa, parece andar por entre las ruinas silenciosas,

que la imaginación puebla facilmente de hombres cubiertos de armaduras ó alquiceles, y de hermosas mujeres de flotantes briales ó cendales ligeros, que desfilan nobles ó provocativas como ensueños entrevistos.

La arquitectura, si es un arte, es, á mi sentir, el arte soberano; es la epopeya de las artes plásticas. En ella desaparece por completo la personalidad *hombre*, y aparece *lo maravilloso*. Una fuerza invisible y misteriosa es la que va modificando paulatinamente, al través de los siglos, las lineas arquitectónicas; las va agrupando en torno de núcleos desconocidos, y formando así los estilos que aparecen definitivos cuando menos se piensa, sin autor personal, elaborados sólo por el tiempo, brotados como flores de la primavera de un invierno de siglos.

Por eso casi he puesto en duda que la arquitectura fuese realmente un arte: porque el arte supone un artista personal, tiene siempre algo de subjetivo; y los grandes tipos arquitectónicos son obra de la humanidad en marcha al través del tiempo, vestigios de su paso. No son visiones del genio, estremecimientos inesperados del cerebro, voces repentinas de la obscuridad, como la inspiración literaria ó musical, sino obra lenta y paulatina, como las grandes conquistas de la ciencia. Una línea arquitectónica no es el trazo de un génio, es el trozo de la trayectoria de un astro.

Se ve á las lineas venir desde lejos, desde el remoto oriente asiático, cuna de la humanidad, hasta el occidente europeo: desde el mediodia africano

hasta las mezquitas cordobesas ó toledanas. Me parece ver andar las formas arquitectónicas al traves del aire y de los siglos; buscarse las lineas ó rechazarse; fijarse la griega, nacida sabe Dios cómo y cuándo á orillas del Egeo, en la nitidez de su inmortal reposo; venir del Asia la curva para ceñirse á la bóveda etrusca; desprenderse esa misma curva del arco redondo en plena cimbra y flotar por los aires, como fragmentos de alas invisibles, hasta encontrarse un dia con otra curva hermana, y estrecharse y limitarse mútuamente para vivir por fin eternamente unidas la vida de la ojiva.

Pero el andar de las lineas al través del espacio y del tiempo determina las grandes marchas y las grandes influencias, no ya de los hombres, sino de los pueblos y de las razas entre si.

En las lineas árabes mezcladas con las góticas en Toledo, fundidas en los mismos edificios ú observadas en la mezquita muzlimica que se levanta al lado de la gótica grandiosa catedral, me parece sentir como dos soplos encontrados del huracán que empuja á la humanidad.

Trae el uno del Norte esa esbelta ojiva, esos espléndidos rosetones multicolores, esos grupos de pilares cuyos juncos se abren en nervios en los arranques de la excelsa bóveda en que se cruzan para formar la ojiva. Y en esas lineas ligeras y bóvedas flotantes, alienta el espiritu cristiano, el recogimiento de la oración, la resignación en la tierra, y la esperanza en el cielo espiritual.

Trae el otro, del Mediodia africano, ese arco de

herradura, esa columnita de chapitel cúbico, esas estalactitas de las techumbres, y esa profusión de ornamentación arabesca, hija de la imaginación eflorescente que invita á los brillantes ó lánguidos ensueños terrenales.

Pero si el uno ha entrado en la Peninsula ibérica por el Norte y el otro por el Mediodía, ambos proceden, sin embargo, de donde sale el sol, ambos vienen del remoto Oriente. Allí, en la cuna de la humanidad, se separaron: unas líneas, para ser pedestal de la media luna; las otras para alzar al cielo la cruz.

La arquitectura árabe tiene por base y progenitora la asiática, la pérsica especialmente, fundida después con la bizantina. Bizancio suministraba al árabe sus artistas y modelos; la cúpula sobre plano cuadrado, la columna de chapitel cúbico, el arco que el árabe modifica dándole la forma de herradura, y sobre la base de cuyas líneas riza, cala, borda, escribe en carácteres que son mas ornamento que escritura, refleja en las paredes y en los arcos y en las techumbres las reverberaciones y estremecimientos de sus soles en los desiertos, ó de sus lunas en los rios.

Todo eso es soplo del Mediodía, corriente de humanidad que, dilatada desde la India hasta el estrecho de Gibraltar, y buscando, como el sol, el Occidente, ha saltado audazmente el estrecho para correrse hácia el Norte, en donde ha tropezado con la ojiva, con la invasión del arte y del espíritu cristianos inoculados en la catedral gótica.

¿De dónde salió al encuentro del arco de herradura y del ajimez árabe ese expléndido y victorioso rival, el de las ojivas explendentes?

Venia también acaso del Oriente, pero del Oriente olvidado; también, como el sol y como la civilización humana, ha caminado hacia el Occidente, hacia nuestra América, es decir, hacia el porvenir de la humanidad.

Toma acaso alguna de sus lineas de Bizancio; pero remotisimas.

El imperio cristiano de Constantinopla es el último vinculo entre el Asia y la Europa: las lineas arquitectónicas bizantinas son el Oriente y Grecia y Roma refundidos: cúpulas sobre planos cuádrados, columnillas griegas, ventanas timidas: Santa Sofia de Constantinopla es el tipo.

Pero los bárbaros se hacen cristianos en la Europa occidental; y, á medida que el cristianismo va penetrando en ellos, va alboreando ó reapareciendo una nueva linea arquitectónica: timida en un principio, sostiene sus techos planos de madera que se derrumban al fuego de las hogueras normandas; pero después de pasado el periodo de prueba, se reedifican las ruinas; y, para evitar la repetición del derrumbe, una bóveda espontánea y original busca apoyo en los muros calcinados.

En ese momento nace el arte románico.

¿Cómo pasar de él al gótico?

No lo sé, ni creo pueda afirmarse con precisión. El gótico, soberano arte cristiano, ha nacido con el románico: este empieza por engrosar sus muros

para sostener la bóveda; construye immediatamente más angostas las naves, para que soporten mejor el peso de la techumbre; busca en seguida para ésta la arista que distribuye la gravitación, en reemplazo del arco en plena cimbra; para neutralizar aquélla, vigoriza los contrafuertes exteriores ó pilares adosados al muro, y emplea la ventana ojival.

¿Qué falta para que el gótico aparezca?

Nada ó casi nada; el arte ojival está ya en el románico: en las nerviosidades de dos arcos diagonales que se cruzan en la bóveda; en el arco agudo ó apuntado. Este esbelto arco, que el árabe usaba sólo como ornamento, sustituye en absoluto, como base de construcción, al arco pleno en el estilo románico; se han olvidado las antiguas proporciones de las columnas; han desaparecido los cornisamentos de lineas paralelas; la vegetación ha trepado á los chapiteles de formas varias, y ha anidado en ella una familia abigarrada de figurillas, que asoman entre el follage de piedra ó se acurrucan en las puntas de los mechinales salientes.

Nace entonces, por fin, el *arbotante*, especie de brazo aislado exterior que, apoyado en el contrafuerte, sostiene desde afuera la nave; y el gótico aparece definitvo con su bóveda por aristas establecidas sobre las nerviosidades que forman su esqueleto esbelto, y con todas sus presiones hacia afuera, hacia el contrafuerte ó el arbotante.

Entonces las paredes no sirven ya casi de apoyo; pueden desaparecer, pueden agujerearse sin te-

mor: la tierra, el aire con sus presiones en todos sentidos, el cielo, la gravitación universal sostendrán el templo que flotará y permanecerá como flotan y permanecen las estrellas.

Ha nacido el arte cristiano.

Si los muros son inútiles para soportar el peso material de la bóveda ojival, servirán para dar al cielo libre entrada hasta la nave en que vivirá el Dios verdadero para que la luz lo adore: *cœli enarrant gloriam Dei.* El ojo inmenso del rosetón absidial derrama entonces su espléndida y dulce mirada empapada en todos los colores del iris por la flotante nave; todas las naves, á su vez, rompen sus ya inútiles muros para dar amplio paso á la miradadel día, filtrada en los vidrios de color de sus ventanas ojivales.

El arte cristiano, el arte gótico ha nacido; no se si en Alemania ó en Francia, pero él ha nacido, y se ha difundido por Occidente, y ha penetrado en esta nuestra peninsula (digo nuestra, porque hablo de la madre España) y, siguiendo la senda abierta ya por el románico, ha ido marcando la huella de la reconquista, que hunde en Africa la media luna, y marca su paso con jalones espléndidos que son la catedral de León y la de Burgos y la de Toledo y la de Sevilla. La Cruz, con las alas abiertas, va saltando de cumbre en cumbre hacia el mediodía; las líneas convergentes de las ojivas, como manos puestas en actitud de orar, brotan de la tierra por todas partes, hasta levantar su acción de gracias en la nave y el claustro de San Juan de los Re-

yes. Allí proclaman el triunfo de Isabel, de la gran Isabel, sobre la Beltraneja, triunfo que habilita á aquélla para realizar la unidad nacional y hacer que la cruz, que venía triunfante de ojiva en ojiva, salte por fin el Océano, desde las almenas de Granada, y vaya á caer en el corazón de América, hundiéndose en él para arraigar hondo, muy hondo, como los árboles que no mueren.

Aquí en Toledo y muy especialmente en esta soberbia catedral, se ve el encuentro de las grandes líneas arquitectónicas; aquí se han fundido las del Norte con las del Mediodía, el arco apuntado con el de herradura, la arista recta de la torre mudéjar y el arabesco y el ajimez, con la aguja de la torre gótica, con la crestería ondulante, con los doseletes calados que sombrean las cabezas de los heraldos de piedra; los versículos del Corán en caracteres árabes con las hojas de trébol ó de cardo ó de parra, y con los caracteres góticos.

Pero el gótico ha triunfado en esta catedral; las líneas árabes que aquí se ven son trofeos de los vencidos, notas de victoria que hacen más hermoso aún este acorde de líneas cristianas.

Yo encuentro aquí el gótico más grandioso y más clásico que en cualquier otra parte: más que en el duomo de Milán, por supuesto; más que en Notre-Dame de Paris; más que en la abadía de Westminster de Londres. Es cierto que vino de allá; pero vino hasta aquí en son de guerra; aquí luchó y venció. Esto es una estación de término, un grito de piedra de una multitud armada que alza su ac-

ción de gracias sin sacudirse el polvo de la batalla secular.

Como se consagra algún tiempo á leer un poema, he consagrado un dia casi entero á la catedral de Toledo, sólo á mirarla, á vivir en ella.

Pasaba allí la mañana, y volvia á mediodia y regresaba al caer la tarde, como si cerrara el libro y volviera á reanudar la lectura.

Iba á gozar del poema de luz y sombras, de líneas y colores que se difunde por aquellos ámbitos, y que tiene fábula, proporciones, verdadera unidad de acción, desde los esplendores del dia, hasta las tintas crepusculares y la sombra nocturna.

Las luces que se difunden por sus cinco naves parecen espíritus dulces y discretos que flotan graves y serios en las laterales, sonrien en las segundas, y rien noblemente, sin carcajada, en la nave central y en el crucero adonde penetran en bandas de mil colores por los espléndidos rosetones redondos ó las amplias vidrieras ojivales. Ese hormigueo de luces de lo alto parece que, como las aves reprimen el vuelo al posarse en la tierra, va disminuyendo en intensidad al posarse en los dos coros tallados que interrumpen la nave central, en las verjas que los cierran, en los retablos, en los sepulcros. La vista pasa instintivamente de la luz espléndida que vibra y chispea en los vidrios de colores de los rosetones, á la dulce y discreta que se difunde hasta cierta al-

tura de la nave silenciosa. No se sabe adónde ván, qué se hacen, en dónde se diluyen las luces blancas que hormiguean en lo alto y salpican el aire entre uno y otro color de los infinitos de que está empedrado el rosetón transparente: entre el azul obscuro y el amarillo vivo, entre el rojo y el esmeralda reverberantes.

Se ocurre que el color juega allí con el día, y lo hace girar en torno suyo, para adornarse de un nimbo. Parece también que la luz ama el color puro de aquellos vidrios y, aunque los atraviesa para penetrar en la nave, no se atreve á alejarse de ellos, y flota y se estremece en su torno, como las abejas de alas encendidas por el sol en torno de las flores, formándoles una aureola. De los reflejos de esta viven la expléndida nave central y el crucero, en un semi-día sin hora precisa.

Sentado en la base de una columna, ¡cuántos ratos he pasado mirando esos rosetones góticos y dejándolos rielar en mi alma, en la que hacían brotar, como la luna resplandores en el agua, ideas raras y sin lógica, procesiones disparatadas y fugaces, raciocinios inconsistentes, pero con cierto encanto! Si el color sonara, me decía yo una vez, ¿qué acorde, qué armonía, qué música no sería ese ventanal? Ese azul profundo como el mar, ¿qué voz tendría? ¡Y ese rosado tan pálido! Así cantaran los niños en las alboradas del cielo. ¡Y esos verdes, y esos ocres, y esos amarillos que parecen risas, y esos carmines que parecen sonrojos!

¡Si el color sonara!

¿Y porqué no ha de sonar? ¿No es vibración el sonido como la luz?

Si: eso es música de luz.

El ventanal que estoy mirando es hermano de esos dos órganos de tubos dorados que, más abajo, ocupan dos arcos ojivales opuestos.

Cuando, estando la catedral á obscuras, se descorra la cortina de uno de esos ventanales dando entrada al dia; y cuando un artista genial ponga las manos en las teclas de esos órganos, dando salida á un gran suspiro de sus grandes pulmones, ¿no penetrarán al templo luces y sonidos, notas y colores, formando un solo acorde, un arte solo?

Desde el crucero se sumerge la mirada en la hondura ojival de las naves laterales. Allá, en el fondo de estas, se abre también el ventanal de colores; á él van convergiendo los nervios que, arrancando de los grupos de pilares, ya aislados á la izquierda ó ya empotrados en el muro á la derecha, se cruzan diagonalmente en la bóveda. Parece que esa serie de arcos ojivales se va encogiendo poco á poco hasta ajustarse allá en el fondo obscuro al nítido contorno del sonriente ventanal. El candoroso resplandor resbala por los nervios de la bóveda, por los grupos de columnas, ó por los calados de piedra de las ventanas laterales.

Las luces penetran por todas partes al través de una filigrana de hierro ó de un encaje de piedra: atraviesan las unas las rejas que cierran las capillas debilmente iluminadas; brotan las otras de

entre los calados de piedra de las grandes vidrieras, de los espléndidos rosetones radiosos.

. . . . . .

Es tarde ya. El sol se está poniendo sin duda allá por el mundo, porque advierto que los ventanales se entristecen y los vidrios de color pierden su brillo como ojos que se cierran ó brasas que van quedando apagadas por su propia ceniza. Las luces que, descendiendo de los altos ventanales, flotaban por la iglesia, se van replegando hacia arriba, seguidas por las sombras que van brotando de abajo y ganando el aire. No se ha dado uno cuenta de cuándo brilló la última mirada del rosetón y de las grandes ventanas; pero ya están apagados. Los calados parecen esqueletos; la noche ha pegado su negrura en los vidrios por la parte de afuera.

También la noche comienza á andar por todo el templo. En la inmensidad de este, las lucecillas avivadas de las lámparas ó de algunas velas encendidas en los altares parecen estrellas, espigas de rayas finas y elásticas que se alargan y se acortan desigualmente al rededor del foco. Este brilla como una miraba triste y muy fija, dejando grandes espacios del templo completamente á obscuras, cargados de noche. ¡Lo que cabe en esas honduras!

Las leyendas empiezan, pues, á brotar de los sepulcros que pueblan el templo, y de detrás de los grupos de columnas, y de entre las rejas que ro-

dean los coros ó cierran las capillas; comienzan á volar por entre todo esto, á mover el aire que sensiblemente se va oscureciendo, á pasar por delante de las velas encendidas que, á veces, parecen sacudidas por un soplo fugaz.

He cobrado un verdadero terror á las leyendas: sus personajes me han hecho mucho daño. Se funden con las realidades de mi vida, y después ¡ vaya uno á establecer la diferencia entre lo que es y lo que no es!

Me arrodillo un rato, apoyada la cabeza entre las manos, en la balaustrada de la capilla del sagrario, y salgo del templo, dejando en pos de mí la resonancia de mis pasos, que se difunde á lo largo de las naves solitarias.

SAN PEDRO

(Valle de Soba)

Te escribo, al fin, desde este valle de Soba; desde el valle paterno que tánto he deseado conocer.

¡Pobre pequeño valle de mis abuelos!

¡Patria hermosa de mi padre á quien ayer no más dejé en su sepulcro en nuestra tierra! Esta fué tan suya como hoy siento que es mia la que piso, en que el buen viejo querido vió la primera luz : allí, en aquella antiquísima y casi ruinosa casa de piedra que estoy mirando como á un santuario!

Le he traido sus nietos á su tierra; cumplo una promesa. Los he traido para que conozcan, y amen y recuerden siempre la aldea de su honrado abuelo.

También á eso he venido yo como en peregrinación. Esta carta yo se la hubiera escrito á él. ¡Con qué gusto la hubiera leido! ¡Hubiera llorado! ¡Qué le hemos de hacer!

Desde el sitio en que te esribo, estoy viendo á Alejandro y Juan Carlos, con sus boinas de lana azul, mezclados á otros niños de la aldea, correr tras unas cabras bajo el castaño secular á cuya sombra jugó niño mi padre ; al lado de la pequeña iglesia en que se bautizó, y en que están enterrados mis abuelos de varias generaciones.

¡Si vieras qué raros son los pensamientos que todo esto me sugiere!

Pero te haré merced de ellos : están tan adentro, que el esprimirlos ahora seria largo y fuera de sazón ; acaso se iran diluyendo en lo que te vaya escribiendo, sin yo proponérmelo. Los hondos afectos son como la luz de la aurora : no toman forma repentina : van poco á poco inoculándose en el ambiente en que flota la frase y aclarándolo. La expresión más ingénua tiene entonces cierta luz vaga y casi imperceptible que la forma nimbo y la compenetra.

Yo quisiera decirte mucho, hablándote muy poco.

Vamos, pues, á mi propósito : de Laredo á Soba.

El fuerte chaparrón que nos sorprendió cuando te dejé en Laredo, con ser tan estrepitoso, no habia caido más allá de Colindres.

Dejamos, pues, la costa del cantábrico con un precioso dia, y nos internamos en busca del valle paterno, atravesando el territorio montañés que es un encanto. La montaña, llena de vegetación hasta la cumbre, queda á nuestra izquierda ; el rio Asón, hermano del de Soba, que viene hacia nosotros

desde el valle paterno, corre á la derecha, allá en el fondo del barranco que han cortado verticalmente para formar, entre el rio y la montaña, la magnífica carretera en que rueda nuestro coche. Enfrente, montañas que ya convergen, ya se separan para hacer aparecer las que vienen detrás; ya se interrumpen bruscamente al llegar al rio, ya se encogen poco á poco para llegar hasta él en blando declive de un verde esmeralda.

Han pasado los paisajes de alegres montañas que tú viste, cuando veníamos de Madrid, desde Reinosa hasta Santander, y, sobretodo, desde Santander, por la costa Cantábrica, hasta Laredo: esa es la sonrisa que la montaña envia al mar al bajar á la playa. Han pasado los bosques de robles y cagigas y castaños y avellanos, y comienzan los mas obscuros de encinas y de hayas.

Las montañas se elevan; y, detrás de las vestidas de verde, empiezan ya á presentarse las otras más altas, las montañas calvas de cabezas de piedra gris con grietas negruzcas y con sus chales de niebla atravesados en las frentes azuladas.

— Por allá está Soba, me dice nuestro amigo Terreros. ¿Vé Vd. aquella punta que se vé á lo lejos? Es el Mazo de San Pedro: á su pie está la aldea.

Vamos atravesando algunos pueblecitos, en extremo pintorescos y llenos de carácter con sus casones antiguos de amplia solana y portalada ostentosa, en la clave de cuyos arcos de sillares obscuros el escudo señorial ennegrecido por el tiempo, con su casco y cimera de plumas de piedra, presenta

sus cuarteles heráldicos llenos de símbolos y empresas. A su lado está la casita humilde con su establo en el piso bajo, su solana de pilares de madera, y el grupo de la familia bajo el cobertizo.

Salen del establo algunos cerdos abanicándose el hocico con las lacias orejas que les ocultan los ojos, hozando y gruñendo, perseguidos por un chiquillo que los hostiga : picotean las gallinas en los montones de basura, mientras sacude el gallo las alas y se empina alargando el cuerpo, disponiéndose con altivez á cantar ; y corren desaforados los perros hasta la mitad de la carretera, en que se detienen como si tropezaran en sus patas delanteras extendidas y crispadas, ladrando furiosamente al montañés que pasa con su cuévano á la espalda ó su dalle al hombro, mirándolos de soslayo sin interrumpir su camino.

— Detengámonos aquí un momento, me dice mi compañero; ahí, en el borde de esa hondonada. Esas dos montañas que están frente á nosotros y que casi se juntan formando una estrecha garganta, son las dos columnas de las puertas de nuestro valle. Ahí lo tiene Vd. Aquel pequeño caserío de allá arriba, es *Incedo*, el primer pueblo de Soba.

Llegamos á *Rozas*, ó, más bién, al pie del cerro en que el pueblecito está trepado como un águila blanca. Allí nos esperaba la pobre Felisa, mi prima hermana á quien tú conociste con sus hijitos en Montevideo cuando su marido trabajaba en el campo de mi padre. Se entrega á las mayores de-

mostraciones de cariño; bruscamente y llorando, me dice que todos sus hijos han muerto: te recuerda á ti, á Elvira, á mi padre. ¡Pobre Felisa! Es una alma buena.

— Ahora estoy sola, me dice; mis hijitos están en el cielo. ¿Sabes que todos se me murieron?

— Sí, hija, sí: adios. Vamos á San Pedro, al pueblo de mi padre: allá nos veremos mañana.

Y llegamos á *Regules* al pie de la última montaña, en cuya abrupta cima está *San Pedro* y, detrás, *San Martin*, el solar de mis abuelos.

Tres caballos están prontos para trepar: nuestro amigo Gutierrez los tiene allí dispuestos y será nuestro compañero y guia: somos sus huéspedes en San Pedro.

Monto yo el uno, ocupa Gutierrez el otro, y Alejandro y Juan Carlos van en el tercero. Alejandro va adelante; Juan Carlos se agarra á él detrás. Van más contentos que unas pascuas.

¡Y eche Vd. cerros, y peñas, y lajas resbaladizas, y escalones toscos, lavados y removidos por las lluvias, y senderos estrechos y empinados y ásperos!

Es necesario agarrarse á la crin del caballo, el que, á su vez, sube fijando el casco en las grietas de la roca ó suturas de las lajas que busca con inteligente cuidado, ya á un lado ya al otro del estrecho atajo; ya haciendo rozar nuestras piernas en los arbustos del borde de este, ya apoyándose bruscamente en sus patas traseras é impulsando su cuerpo hacia arriba, para salvar un tosco escalón.

Un muchacho tira de la brida de la caballería

en que van acurrucados y agarrados fuertemente mis dos hijos que rien con risa ya no del todo franca, al sentirse sacudidos más violentamente de lo que suponian; dos hombres llevan en cuévanos nuestras maletas.

La tarde va cayendo: las montañas comienzan á envolverse en sus vapores grises en primer término, y casi violetas más allá. Parece que la naturaleza cierra lentamente los ojos con una sonrisa triste.

Los arbustos del borde del camino y las roças van apareciendo casi repentinamente al llegar á ellos, como si les interrumpiéramos el sueño.

Todos seguimos silenciosos uno detrás del otro; el atajo es muy estrecho. Hasta mis muchachos se han callado, y ya nada preguntan sobre lo que ven á un lado y á otro medio esfumado.

Un eco dulce salido de entre los cerros inmediatos llega á mis oidos: pocas veces una campana me ha producido un efecto semejante.

No habia duda: aquella era una campana echada á vuelo: no era la lenta melodia del *Angelus*: su sonido era prolongado, alegre; no tenia la melancolia de la campanada aislada que parece deleitarse en dejar morir el eco con agonia larga, y en sentirlo hundirse en la distancia como en un sepulcro. Aquellas campanas reian: sus notas se atropellaban como las de una carcajada. Me pareció, al sentirlas en medio de aquella tristeza azulada de las montañas dormidas, la risa de un niño en medio al silencio de una familia de luto.

¿Eran aquéllas las campanas de San Pedro, el pueblecito paterno? ¿Porqué reian asi, en vez de rezar, si era la hora del *Angelus?* ¿Reian acaso conmigo las buenas campanas de la montaña?

Yo empecé á presumirlo: más aún: estaba seguro; las entendia.

Sin embargo, lo pregunté á Gutierrez interrumpiendo el silencio:

— ¿Qué campana es esa?

— Son las de San Pedro.

— ¿Y á qué tocan?

— ¡Oh! Los pobres de la aldea no tienen otro modo de manifestar su alegría al recibir á las personas que quieren. Esas campanas lo reciben á Vd. Mire Vd. además hacia adelante: el pueblo sale á su encuentro.

Como de sorpresa, efectivamente, pues no lo habia visto á causa del gris crepuscular que todo lo envolvia, me encontré con un grupo de hombres casi á mi lado. Era un grupo de labradores que, con el *dalle* al hombro, bajaban entre los riscos á mi encuentro, de vuelta de la faena del dia. Un momento después, yo me arrojaba entre ellos de mi caballo, y estrechaba sus manos callosas entre las mías, sintiendo en los ojos el agrio de mis lágrimas.

Mas allá estaba otro grupo: el cura párroco, los vecinos, las mujeres, los niños. Estos últimos, al verme abrazar por sus padres, que me saludaban á gritos, pronunciando su apellido, el mismo mío, prorrumpian en ¡vivas! clamorosos, cuyas notas,

unidas a las de las campanas que seguian volteando como locas, formaban un acorde infantil y sagrado.

¡La cancion del regreso! Yo no llegaba por primera vez á aquel valle que por primera vez pisaba: yo regresaba á él. Mi padre habia salido de alli casi niño, hacia sesenta años: yo regresaba con mis hijos, con los nietos uruguayos del noble viejo montañés de larga barba blanca como la nieve de estas montañas, no mas blanca, por cierto, que su conciencia de hombre de bien. ¡Bendita sea su memoria!

Todos sabian que yo pensaba entonces en mi padre; y, aunque ya era casi de noche, y no se veian bien las caras, todos sabian que yo no hablaba porque tenia que llorar.

Besé á algunas niñas que salieron timidamente á mi encuentro, mientras que los demás seguian aclamando como grillos, al son de las campanas; tomé á una de aquéllas de la mano, á uno de mis hijos de la otra y subí la cuesta pedregosa en cuya cima blanqueaban entre los árboles las casitas de la aldea, y se proyectaba, sobre un fondo de altísimas montañas, la sonora torrecita cuadrada de la iglesia.

Las campanas se han callado; mis hijos duermen; yo, desde la alta ventana de mi habitación, miro hacia afuera: las montañas están alli al lado de la aldea, durmiendo también, enormes, amonto-

nadas. Me parecían aquellas olas grandes del mar que, al través del grueso y redondo cristal del ventanillo de nuestro camarote, veíamos hincharse al lado de nuestro barco para meterse debajo de él y levantarlo en su lomo obscuro; se me ocurría también que las montañas eran un montón de cosas colosales y con puntas tapadas con un inmenso encerado.

Las estrellas, al lado de esas moles, son chispas. La aldea está situada en una eminencia. Entre esta y las montañas que la circundan hay una hondura; allá abajo todo está obscuro; parece más hondo que lo de arriba. Pienso que si una montaña de esas que están ahí dormidas se arrojara en esa sima que veo llena de tinieblas á mi lado, se hundiría y desaparecería como una piedra lanzada al mar; no volvería á saberse de ella: las sombras se la tragarían, y ni siquiera avanzarían las tinieblas de su actual orilla.

El mundo está callado como un muerto: las altas horas pasan silenciosas sobre él.

Hasta mañana.

INDICE

Pag.

Carta Introducción... 5

Barcelona. — De Madrid á Barcelona. — Montserrat. — La Cuestión Social..... 21

Barcelona. — Recuerdo de Sevilla. — La Cigarra y la Hormiga. — Fortuny..... 43

Marsella.— De Barcelona á Marsella.—En Francia. — La Maison Dorée. — Notre-Dame-de-la-Garde. — El Puerto..... 55

Génova. — De Marsella á Génova. — El Mar. — Niza. — Monte-Carlo. — En Italia..... 74

Génova. — El Cementerio. — La Ciudad. — Un barco que se va..... 85

Pisa. — Mancha obscura. — La Torre inclinada. 95

Roma. — León XIII. — Una Beatificación..... 102

Roma. — La Basilica de San Pedro..... 113

Roma. — La Misa del Papa. — León XIII. — La Audiencia..... 120

Roma. — La Via Apia.— *Quo vadis?* — Las Catacumbas.— La Cárcel Mamertina..... 131

Roma. — Entre las Ruinas. — El Foro. — Los Arcos de Triunfo..... 139

Roma. — Noche en el Coliseo..... 149

Roma. — El Sepulcro de Luis Nadal 157

Nápoles. — Roma en el horizonte. — La llegada. — Nápoles y Montevideo..... 163

Nápoles. — La Tumba de Virgilio. — La Belleza.. 171

CONTINUUS LABOR VITA
IMPRIMERIE NOUVELLE

14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

MAR 17 1966

LD 21A—60m-10,'65
(F7763s10)476B

General Library
University of California
Berkeley

YB 58024